



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director:

Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar:

Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.

Datos de la revista:

Año XXXII, Vol. CLXXXVII, Núm. 2 (marzo-abril de 1973).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

2

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 5-75-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXII

2

MARZO-ABRIL

1973

INDICE

Pág. 3

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Jesús Silva Herzog

EL PENSAMIENTO ECONOMICO, SOCIAL
Y POLITICO DE MEXICO

(1810-1964)

Con 690 páginas y 51 retratos de los autores que se estudian. Encuadernado en tela.

Si usted quiere conocer lo que han pensado 54 mexicanos distinguidos sobre los problemas de la República, es indispensable la lectura de este libro.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	70.00	
América y España		6.00

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

UNA NUEVA OBRA POETICA
 PARA DELETREAR EL INFINITO
 Por Enrique González Rojo

Bellísimo y original poema en quince cantos. Su autor, filósofo y poeta, es bien conocido y estimado en los centros universitarios y entre los hombres de letras de toda nuestra América.

—OoOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	40.00	
Extranjero		4.00

De venta en las principales
 librerías

—OoOo—

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel. 575-00-17

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía

Organo Trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México.

México, D. F. Año IV, Núm. 13 Nov. 1972-Enero 1973

Director: Fernando Carmona de la Peña
 Secretario: Ramón Martínez Escamilla

CONTENIDO:

OPINIONES Y COMENTARIOS: Sobre la *crisis de la economía ortodoxa*, opina Joan Robinson; sobre la *crisis y reorientación de la sociología latinoamericana*, opina Gloria González Salazar.

ENSAYOS Y ARTICULOS:

Andre Gunder Frank: *De la dependencia a la acumulación*.
 Rolland G. Paulston: *La educación rural en Cuba: Una estrategia para el desarrollo revolucionario*.
 Gloria González Salazar: *Estabilidad política, crecimiento económico y clases sociales en México: Los antecedentes; algunas hipótesis iniciales*.
 Arturo Ortiz Wadgymar: *El centralismo en México: problema estructural que se agrava*.

TESTIMONIOS:

Angel Bassols Batalla: *Canadá, ¿un gigantesco país dependiente?*
 Francisco Gómez-Jara: *Chile: la marcha del cuatro de septiembre*.

LIBROS Y REVISTAS — DOCUMENTOS Y REUNIONES

SUSCRIPCIONES: *México*, anual \$ 80.00, estudiantes: anual \$ 70.00, semestral \$35.00. *Extranjero*: anual Dls. 7.00. *Por correo aéreo registrado: México, \$ 100.00. Centroamérica, E.U.A. y Canada: Dls. 11.00; Sudamérica y Europa: Dls. 12.00* Sólo se atenderán suscripciones a partir del número 5.

NUMERO SUELTO: *México: \$ 25.00; estudiantes: \$ 20.00 Extranjero: Dls. 2.00. Números atrasados: México: \$ 35.00. Estudiantes: \$ 22.50. Extranjero: Dls. 3.00.*

REVISTA IBEROAMERICANA

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA
IBEROAMERICANA

University of Pittsburgh,
Pittsburgh, Penna

Director: Alfredo A. Roggiano
Secretario-Tesorero: Julio Matas



No. 78 (enero-marzo 1972)

ESTUDIOS

- Jorge Carrera Andrade, Poesía y Sociedad en Hispanoamérica.
 Enrique Anderson Imbert, Filosofía del Escenario.
 Enrique Pezzoni, "Blanco". La República al Deseo.
 John Fein, La Estructura de "Piedra de Sol".
 Tamara Holpzapfel, El "Informe sobre ciegos" o el optimismo de la voluntad.
 Jaime Giordano, Forma y Sentido de "La escritura de Dios" de Jorge L. Borges.
 Luis Pérez Botero, Caracteres Demonológicos en "Mulata de tal".

NOTAS

- Bruno Podestá, Ricardo Palma y Manuel González Prada: Historia de una enemistad.
 Emilio Carilla, Sobre el Barroco Literario Hispánico.
 Marguerite C. Suárez-Murias, La Lengua Española, Patrimonio Espiritual y Político.

RESEÑAS



Suscripciones y Compras dirigirse a Gloria J. Hardy. 657 AIR Bldg.
University of Pittsburgh.

Canje, Lillian S. Lozano, 660 AIR Bldg. University of Pittsburgh,
Pittsburgh, Pa. 15213

COLECCION DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL COMERCIO EXTERIOR DE MEXICO

SEGUNDA SERIE

Vol. I

El comercio exterior y el
artesano mexicano (1825-1830)

Vol. II

El comercio exterior y
la expulsión de los españoles

Vol. III

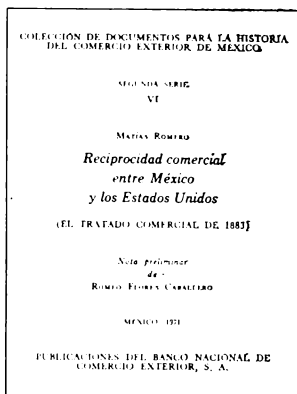
El Banco de Avío y el fomento
de la industria nacional

Vol. IV

El contrabando y el comercio
exterior en la Nueva España

Vol. V

Protección y libre cambio: el debate entre 1821 y 1836



Vol. VI

PRECIO DE CADA VOLUMEN

\$25.00

Dhs. 2.00

PEDIDOS A

**BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S. A.**

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS Y DIFUSION

Venustiano Carranza 32 México 1, D. F. México

UN NUEVO LIBRO
 LA REFORMA AGRARIA EN EL DESARROLLO
 ECONOMICO DE MEXICO

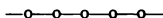
POR

MANUEL AGUILERA GOMEZ

El licenciado Aguilera Gómez es uno de los jóvenes mejor preparados en la ciencia de la economía política. Trabajó durante cinco años para dar cima a este libro, el primero que se ha escrito relacionando la reforma agraria mexicana y su influencia en el desarrollo económico del país.

El material acumulado laboriosamente dará al lector una visión nueva de problema tan fundamental, no sólo en lo económico sino en lo social y en el campo de la lectura.

El Banco Nacional de México ha otorgado a este libro el Premio 1970.



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
 ECONOMICAS

Precios:

México .	\$ 40.00	
Extranjero		4.00 Dls.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Teléfono: 5-75-00-17

*Precios
Pesos Dólares*

JAMES W. WILKIE.—EDNA MONZON
DE WILKIE

MEXICO VISTO EN EL SIGLO XX

Entrevistas de historia oral. Ramón Beteta, Marte R. Gómez, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Miguel Palomar y Vizcarra, Emilio Portes Gil, Jesús Silva Herzog

Ninguna de las personas entrevistadas se propuso hacer su autobiografía o la historia contemporánea de México, no obstante lo cual, hay un poco de lo uno y de lo otro. Sin embargo, tenemos la seguridad de que el contenido de la obra será de indudable utilidad e interés para historiadores, sociólogos, economistas, políticos y aún para sicólogos 100.00 9.00



INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOG.		
Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA AIEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	70.00	6.00
<i>México Visto en el Siglo XX</i> , por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	100.00	9.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes</i> , por Mercedes Escamilla	10.00	1.00

—oOo—

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

CH. FOURIER

El nuevo mundo amoroso. 576 pp.

A. LEON

Psicopedagogía de los adultos. C. M. 59. 200 pp.

B. FALL

Ho Chi Minh: sobre la revolución 312 pp., C. M. 58.

VARIOS AUTORES

América Latina en su Literatura,

Edición y Prólogo de C. Fernández Moreno.

(Coedición con UNESCO). 504 pp.

J. L. GONZALEZ

En Nueva York y otras desgracias. 152 pp., C. M. 60.

P. GASPARINI

Para verte mejor, América Latina. 180 pp.

L. SEBAG

Marxismo y estructuralismo. 288 pp.

H. LEFEBVRE

Lógica formal, lógica dialéctica. 356 pp.

M. RANDALL

Mujeres en la revolución, 368 pp.

C. BATAILLON

La ciudad y el campo en el México Central, 414 pp. Ilustrado.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN
SIGLO XXI EDITORES, S. A., GABRIEL MANCERA, 65
MEXICO 12, D. F., TEL.: 513-93-92



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en **RENAULT** nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama **RENAULT** para que usted escoja (**RENAULT** 4, 6, 8, 12 y 12 guayn, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matricula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el **RENAULT** 12 paga 32.525 00 Pesetas y otros gastos menores in-significantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srta. Andión.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Nuestras colecciones, que cubren una amplia gama de conocimientos con libros de pulera edición y precio justo, están ahora más cerca de usted en nuestras diez librerías, en donde, además, puede adquirir las ediciones de Era, Joaquín Mortiz, Porrúa, Siglo XXI y UNAM.

LIBRERIAS DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA

En el Distrito Federal:

LIBRERIA CUAUHTEMOC
Avenida Cuauhtémoc 80.

LIBRERIA ESCOBEDO
Mariano Escobedo 665

LIBRERIA LINDAVISTA
Insurgentes N. y Montevideo.

LIBRERIA REFORMA
Reforma y Havre.

LIBRERIA UNIVERSIDAD
Av. Universidad 975

En el Interior:

SUCURSAL GUADALAJARA
Corona y Revolución
Guadalajara, Jal.

SUCURSAL JALAPA
Zamora 12
Jalapa, Ver.

SUCURSAL MONTERREY
Galeana 1032
Monterrey, N. L.

SUCURSAL PUEBLA
Avenida Juárez 314
Puebla, Pue.

SUCURSAL SATELITE
Local 178, Plaza Satélite
Edo. de México.

ULTIMA PUBLICACION

LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFICO

MARX, ENGELS, LENIN.

por

JESUS SILVA HERZOG

Un libro sin académicos engorros con propósitos de divulgación.
Contiene un estudio preliminar y una antología de los tres pensadores estudiados, con veintidós retratos.

—OoOoO—

PRECIOS:

	Pesos	Dólares
México	20.00	
Exterior		2.00

—OoOoO—

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	90.00	7.20	7.50
1943	90.00	7.20	7.50
1944	Números 2, 3, 5	90.00	7.20	7.50
1945	90.00	7.20	7.50
1946	90.00	7.20	7.50
1947	Número 6	90.00	7.20	7.50
1948	Número 6	90.00	7.20	7.50
1949	Números 2, 4 al 6	90.00	7.20	7.50
1950	90.00	7.20	7.50
1951	75.00	6.00	6.30
1952	Número 4	75.00	6.00	6.30
1953	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1954	Números 5 y 6	75.00	6.00	6.30
1955	Número 6	75.00	6.00	6.30
1956	Números 3 al 6	75.00	6.00	6.30
1957	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1958	Números 3 y 6	75.00	6.00	6.30
1959	Los seis números	75.00	6.00	6.30
1960	75.00	6.00	6.30
1961	Número 5	45.00	3.60	3.90
1962	Números 4 y 5	45.00	3.60	3.90
1963	Número 6	45.00	3.60	3.90
1964	Números 1, 2, y 6	45.00	3.60	3.90
1965	Número 4	45.00	3.60	3.90
1966	Número 6	45.00	3.60	3.90
1967	Números 4, 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1968	Números 1 al 6	45.00	3.60	3.90
1969	Números 2, 4 al 6	45.00	3.60	3.90
1970	Número 4	45.00	3.60	3.90
1971	Números 5 y 6	45.00	3.60	3.90
1972	Números 2 al 6	45.00	3.60	3.90

SUSCRIPCIÓN ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 150.00	
Otros países de América y España		Dls. 13.50
Europa y otros continentes		" 15.50

PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO 1972

México	\$ 30.00	
Otros países de América y España		Dls. 2.70
Europa y otros continentes		" 3.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 5-75-00-17

México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943
Y COLECCIONES COMPLETAS.

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos.
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RIFTAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

SIN NOMBRE

Revista Trimestral Literaria
Directora: Nilita Ventós Gastón
Subdirectora: Monelisa L. Pérez-Marchand
Administradora: Oritia Oliveras Carreras

SUMARIO

[Homenaje a Pablo Neruda]

Vol. III, No. 1 — Julio-Septiembre — 1972

* PABLO NERUDA: Los hombres. *PABLO NERUDA: Discurso de aceptación del Premio Nobel. *CONCHA MELENDEZ: Pablo Neruda: Residente en la tierra y amante de América. *LUIS DE ARRIGOTIA: Las "Odas elementales" de Pablo Neruda. *MARIA ANTONIA FRAU: Neruda en su discurso de aceptación del Nobel. *AUGUSTO TAMAYO VARGAS: Tres premios Nobel hispanoamericanos. *HUGO MONTES: El primer libro de Neruda. *MARIA SOLA: Pablo Neruda: poética y política. *CARLOS MENESES: La mujer a través de "20 poemas de amor". *LOS LIBROS: JOSE EMILIO GONZALEZ, EFRAIN BARRADAS, MARGOT ARCE DE VAZQUEZ, LYDIA D. HAZERA, MANUEL DURAN. *COLABORADORES.

Portada de Lorenzo Homar
sobre un texto de Neruda

SUSCRIPCION:

Un año	\$ 10.00
Estudiantes, Puerto Rico	\$ 5.00
Número suelto	\$ 2.75

Cordero 55,
Santurce, P. R. 00911

Apartado 4391,
San Juan, P. R. 00905

CUADERNOS AMERICANOS

(La revista del nuevo mundo)

Publicación bimestral

Circula ampliamente por todos los continentes

Precios para 1971

Suscripción anual:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	150.00	
Otros países de América y España		13.50
Europa y otros continentes		15.50

Precio del ejemplar:

México	30.00	
Otros países de América y España		2.70
Europa y otros continentes		3.00

Ejemplares atrasados precio convencional

HAGA SUS PEDIDOS A:

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado 965

México 1, D. F.

Tel.: 5-75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.

Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

CUADERNOS
AMERICANOS
AÑO XXXII VOL. CLXXXVII

2

MARZO-ABRIL
1973

MÉXICO, D. F., 1º DE MARZO DE 1973

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Pablo GONZALEZ CASANOVA
Manuel MARTINEZ BAEZ
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YAÑEZ

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2

Marzo-Abril de 1973

Vol. CLXXXVII

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	Pág.
JESÚS SILVA HERZOG. Países ricos y países pobres . . .	7
HERNANDO AGUIRRE GAMIO. El Proceso revolucionario peruano	17
<i>Argentina: 2a. Operación Masacre</i> , por CARLOS O. SUÁ- REZ	46

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

JESÚS SILVA HERZOG; VICENTE ALEIXANDRE; JOSÉ AL- VARADO; FRANCISCO AYALA; MANUEL DURÁN; JAIME GARCÍA TERRÉS; JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO; JOSÉ LUIS MARTÍNEZ; JOSÉ EMILIO PACHECO; JOSÉ MARÍA DE QUINTO; JUAN REJANO; MANUEL TUÑÓN DE LARA; RAMÓN XIRAU; AGUSTÍN YÁÑEZ y RAÚL CAR- DIEL REYES. Homenaje a MAX AUB	57
--	----

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

CARLOS DÍAZ. Personalismo y Marxismo	105
ARTURO SERRANO PLAJA. ¿La religión es el opio del pueblo? ¿El opio será la religión del Pueblo?	123
PEDRO DANIEL MARTÍNEZ. Imagen de la desnutrición social	136
MAURICIO DE LA SELVA. Dos libros de Silva Herzog	147

PRESENCIA DEL PASADO

	<i>Pág.</i>
JOSÉ DURAND. Juegos ecuestres en el Inca Garcilaso .	159
RICARDO DONOSO. Confesión de un historiador . . .	182
Crónica de Indias, por ALBERTO MARIO SALAS . . .	193

DIMENSION IMAGINARIA

RAÚL AMARAL. El modernismo literario en el Paraguay	205
CARLOS D. HAMILTON. La novela actual de Hispano- américa	223
ROBERT M. SCARI. Roberto Arlt, escritor maduro y ado- lescente	252

Nuestro Tiempo

PAISES RICOS Y PAISES POBRES

Por *Jesús SILVA HERZOG*

I

LA Compañía de las Indias Orientales fue fundada por Inglaterra en el año de 1600 para comerciar con la India. El primer director de la Compañía fue Thomas Mun, economista convencido de las bondades del Mercantilismo. Desde ese año distante, muy distante, comenzó la explotación de aquel dilatado territorio que habría de durar 350 años, ya que no fue sino hasta 1950 cuando el gran Imperio tuvo que darle la independencia.

Hoy Inglaterra es una de las diez naciones capitalistas del mundo más desarrolladas por el saqueo sistemático de la riqueza de sus colonias, particularmente de la India. Comparemos ahora unos cuantos datos correspondientes a 1972 entre este país y la que fuera su metrópoli, datos ilustrativos y a la par impresionantes:¹

El territorio de Inglaterra es de 243 000 kilómetros cuadrados, en el cual vive una población de 57 millones. El Producto Nacional Bruto per cápita es de 1 900 dólares. Anualmente mueren 18 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos. La población de la India es elevadísima: 585 millones; su territorio es de casi 3 200 000 kilómetros cuadrados; el Producto Nacional Bruto per cápita llega apenas a 110 dólares y la mortalidad infantil en niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos se eleva a 139. El contraste salta a la vista y la conclusión es sencilla: Inglaterra es uno de los países más ricos del mundo porque ha explotado entre otros territorios a la India, uno de los países más pobres, donde anualmente suelen morir de hambre decenas de miles de habitantes. A Inglaterra también hay que abonarle el tráfico bárbaro de esclavos negros y la piratería durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Viene a pelo recordar el caso de Francis Drake. Se adueñó de una nave española que llevaba un cargamento de 8 000 000 de pesos, suma enorme para aquellos

¹ Estos datos y los subsecuentes sobre población han sido tomados de "Population Reference Bureau", cuya oficina principal se encuentra en la capital de los Estados Unidos. Entendemos que esta Institución no es oficial.

tiempos. El tesoro se lo llevó a Inglaterra y la reina Isabel, agradecida, premió al pirata con el título de caballero.

Ahora vamos a poner dos ejemplos más de países capitalistas que figuran entre los diez más ricos del mundo, con dos que cabe incluir entre los más pobres. Nos referimos por una parte a Holanda e Indonesia y por la otra, a Bélgica y la República Democrática del Congo:

La Compañía Holandesa de las Indias Orientales se constituyó en 1602 y fue, hasta su disolución en 1798, el principal órgano del imperio colonial holandés. Holanda se adueñó de la mayor parte del gran conjunto de islas y archipiélagos del sureste de Asia, hoy Estados Unidos de Indonesia. Su independencia la conquistó a fines de 1949. Hagamos las mismas comparaciones que en el caso de Inglaterra y la India:

La extensión territorial de Holanda es de 33 000 kilómetros cuadrados, la mitad del Estado de Nuevo León, aproximadamente. La superficie de Indonesia es de 1 900 000 kilómetros cuadrados. En sus islas viven muy cerca de 130 millones de habitantes. Cada año mueren 125 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos. El Producto Nacional Bruto per cápita es de 100 dólares, todavía menos que en la India. En cambio en la pequeña Holanda, cuya población es de 13 millones, el Producto Nacional Bruto per cápita llega a 1 800 dólares y la mortalidad infantil es de 13 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacidos. Se cuenta que los conquistadores holandeses fueron más brutales que sus congéneres españoles e ingleses.

En 1876, se constituyó, bajo los auspicios de Leopoldo II de Bélgica, la "Asociación Internacional para la Exploración y Civilización" de Africa, luego transformada en la "Asociación Internacional del Congo". Este inmenso país de 2 350 000 kilómetros cuadrados obtuvo su independencia hace apenas 12 años. El número de sus habitantes pasa un poco de los 18 millones. El Producto Nacional Bruto per cápita es de 90 dólares, igual a espantosa miseria. De paso hagamos notar que hay todavía países en el mundo en que el nivel de vida de sus habitantes es inferior al del Congo. Unos cuantos ejemplos: Haití, en América; Birmania, Nepal y Afganistán, en Asia, y Nigeria, Etiopía y Somalia, en Africa. En cuanto a la mortalidad infantil en el Congo el dato es el siguiente: 115 niños de menos de 1 año por cada 1 000 nacimientos. Veamos el contraste. Bélgica, cuya extensión territorial es de 31 000 kilómetros cuadrados, casi igual a Holanda, tiene 10 millones de habitantes. El Producto Nacional Bruto per cápita es de 2 000 dólares, más alto que en Holanda e Inglaterra. La mortalidad de niños menores de 1 año por causas que no conocemos es levemente más alta que en Ingla-

terra y bastante más que en Holanda, donde la medicina preventiva es de las más adelantadas del mundo.

Y Holanda y Bélgica de igual manera que Inglaterra se han desarrollado y son ricas debido a la explotación de sus antiguas colonias, y el Congo e Indonesia están subdesarrollados y son pobres, debido a esa explotación.

Ya sabemos que el mundo se divide en el Primer Mundo, los países desarrollados por la vía del capitalismo; el Segundo Mundo, los países desarrollados, en proceso de desarrollo o subdesarrollados que están construyendo el socialismo, y los del Tercer Mundo: La América Latina, Africa y Asia con excepción de Japón. Esta división en tres mundos diferentes es el problema fundamental en esta hora dramática de profunda crisis humana. Los viejos valores ya no funcionan cabalmente y el hombre de hoy todavía no es capaz de crear valores nuevos que sirvan de norma a su conducta individual y social.

Recientemente en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo celebrada en Santiago de Chile, el ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Raúl Roa, pronunció un discurso excelente, del cual nos limitamos a tomar los dos párrafos que siguen:

"La tercera conferencia de la UNCTAD se enfrenta a un mundo en que las disparidades de toda índole se multiplican y avanzan. El 80 por ciento de las riquezas de ese mundo lo poseen, en estos momentos, los países capitalistas desarrollados. Los desniveles en los países subdesarrollados entre la gran masa de la población y los grupos económicos privilegiados son cada vez más pronunciados. . . Mientras la renta promedio per cápita de los países capitalistas desarrollados es, actualmente, alrededor de 2 400 dólares, la de los países subdesarrollados es de 180. El endeudamiento externo de los países subdesarrollados traspasa ya la cifra de 60 000 millones de dólares y a más de 5 000 millones el servicio anual de la deuda. Las exportaciones de manufacturas de los países subdesarrollados ha ido contrayéndose mediante la imposición de aranceles discriminatorios y restricciones de diversa naturaleza. El 25 por ciento de la población del mundo disfruta hoy los bienes y valores de la civilización a costa de la superexplotación del resto de la humanidad. Las cifras aducidas son inapelables, las suministra el Banco Mundial, aunque sin mencionar al villano.

"Según un estudio reciente de la OEA, el superávit en la cuenta corriente de los Estados Unidos con la América Latina alcanzó la cifra sin precedentes de 2 110 millones de dólares en 1970. La descapitalización de América Latina se viene produciendo, pues, a pasos

agigantados. Su déficit en cuenta corriente con los Estados Unidos es hoy tres veces más de lo que era en 1961. Entre 1965 y 1970, las exportaciones norteamericanas aumentaron en casi 1 900 millones de dólares y las importaciones crecieron en 1 200 millones. La posición comercial global, especialmente desde 1967 —sigue apuntando la OEA— muestra un creciente superávit de los Estados Unidos que no se encuentra compensado por un incremento de la ayuda financiera”.

Los datos anteriores son correctos, y demuestran el abismo que existe entre las naciones ricas y las pobres, a lo que hay que agregar la injusta y a veces monstruosa distribución del ingreso dentro de cada país, lo mismo entre los países capitalistas que entre los subdesarrollados que han escogido, equivocadamente, el camino del capitalismo para desarrollarse. Desigualdad entre las naciones y desigualdades dentro de las fronteras de cada nación sin excluir a los Estados Unidos. Lograr hacer que desaparezcan esas desigualdades cada vez más grandes, o por lo menos disminuirlas, atenuarlas, es la tarea más importante y urgente a que se enfrenta la presente generación y a la que se enfrentarán las próximas generaciones de jóvenes y adultos.

II

CONVIENE ahora comparar siete países socialistas o que están edificando el socialismo en grados diferentes de desarrollo, con siete países de la América Latina que han escogido la vía capitalista para desarrollarse, haciendo las mismas comparaciones y con los mismos datos que en los casos del apartado anterior. Los países socialistas son los siguientes: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Polonia, Yugoslavia, Rumania, Checoslovaquia, Alemania Oriental y Hungría. Se presentan en orden de la mayor a la menor extensión territorial:

U.R.S.S., extensión territorial, 22 300 000 kilómetros cuadrados; población, 248 millones; mortalidad infantil, 24 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 1 200.

Polonia, extensión territorial, 312 000 kilómetros cuadrados; población, 34 millones; mortalidad infantil, 33 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 940.

Yugoeslavia, extensión territorial, 255 000 kilómetros cuadrados; población, 21 millones; mortalidad infantil, 55 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 580.

Rumania, extensión territorial, 237 000 kilómetros cuadrados; población, 21 millones; mortalidad infantil, 49 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 860.

Checoslovaquia, extensión territorial, 128 000 kilómetros cuadrados; población, 15 millones; mortalidad infantil, 22 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 1 370.

Alemania Oriental, extensión territorial, 107 000 kilómetros cuadrados; población, 16 millones; mortalidad infantil, 19 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 1 570.

Hungría, extensión territorial, 93 000 kilómetros cuadrados; población, 10 millones; mortalidad infantil, 36 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 1 100.

Con respecto a los países latinoamericanos hemos escogido a Brasil, Argentina y México, los tres grandes de la región como suele decirse. Además se incluyen Perú y Colombia y dos países de Centroamérica: Guatemala y Costa Rica.

Brasil, extensión territorial, 8 514 000 kilómetros cuadrados; población, 98 millones; mortalidad infantil, 170 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos;² Ingreso per cápita en dólares, 270.

Argentina, extensión territorial, 2 796 000 kilómetros cuadrados; población, 25 millones; mortalidad infantil, 58 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos;³ Ingreso per cápita en dólares, 1 060.

México, extensión territorial, 1 969 000 kilómetros cuadrados; población, 54 millones; mortalidad infantil, 69 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 580.

Perú, extensión territorial, 1 285 000 kilómetros cuadrados; población, 14 millones 500 mil; mortalidad infantil, 72 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 330.

Colombia, extensión territorial, 1 380 000 kilómetros cuadrados; población, 23 millones; mortalidad infantil, 76 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 290.

Guatemala, extensión territorial, 110 000 kilómetros cuadrados; población, 5 millones; mortalidad infantil, 92 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 350.

Costa Rica, extensión territorial, 51 900 kilómetros cuadrados;

² Este dato corresponde a 1971 y es muy probable que no sea fidedigno, entre otras razones porque parece excesiva la mortalidad infantil.

³ El dato también se refiere a 1971.

población, 1 millón 900 mil; mortalidad infantil, 67 niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos; Ingreso per cápita en dólares, 510.

La comparación de la mortalidad infantil de niños menores de 1 año por cada 1 000 nacimientos entre los países socialistas europeos y los precapitalistas de Latinoamérica es pertinente y sirve para medir el progreso social de una nación o de una zona geográfica dentro de una misma nación. En cambio el Ingreso per cápita entre los precapitalistas y los socialistas no es comparable, sobre todo porque en éstos los ingresos personales son semejantes, al no existir propietarios de los medios de producción con muy altos ingresos individuales, ni tampoco bienes inmuebles que proporcionan elevadas rentas a sus dueños. De lo dicho resultan todavía muy superiores las condiciones de vida de los habitantes de naciones socialistas o que están construyendo el socialismo que aquellas que tienen como modelos a las potencias altamente industrializadas.

Sea de ello lo que fuere, el viraje del precapitalismo o del capitalismo al socialismo, por medios pacíficos o violentos, y no obstante las dificultades que implique, nos parece la solución del Tercer Mundo para no quedarse definitivamente a la zaga de la civilización. Nosotros deseáramos que ese viraje y su desenvolvimiento posterior se llevara al cabo por medios pacíficos, contando y no cortando cabezas. El caso de la República de Chile nos dirá en un plazo históricamente breve si ello es posible o si el único camino es la lucha enconada y sangrienta.

III

A continuación vamos a ocuparnos del caso de México que es, incuestionablemente, lo que más nos atañe e importa. Durante tres siglos fuimos explotados por España, contribuyendo junto con el Perú con la producción de oro y plata a que los países europeos aceleraran su proceso precapitalista y entraran de lleno en una economía monetaria. En este caso la metrópoli no pudo enriquecerse con los productos de sus colonias por hallarse empeñada en luchas religiosas contra la Reforma, por la expulsión de judíos y moros, gente muy trabajadora, y por la emigración a sus colonias de América de centenares de hombres laboriosos y emprendedores. A lo anterior hay que agregar las numerosas festividades religiosas, los numerosos conventos de monjas y monjes improductivos que pesaron durante siglos sobre la productividad de la nación. El hecho fue que España, potencia de primera magnitud en el reinado de Carlos I de España y

V de Alemania pasó a ser un país de tercera categoría en los albores del siglo XIX.

Después de lograr la independencia política en 1821 anduvimos empeñados en guerras intestinas durante casi seis lustros y sufrimos dos guerras extranjeras: una con los Estados Unidos en 1847 y otra con Francia desde 1862 a 1867. En la primera perdimos algo más de la mitad de nuestro territorio y en la segunda logramos que abandonaran el territorio nacional los soldados de Napoleón III, gracias a la tenacidad y al patriotismo de Benito Juárez y del pueblo mexicano. Desde 1876 hasta 1911 abrimos las puertas del país a las inversiones extranjeras: minas, petróleo, construcción de vías férreas, industria de transformación y comercio. En noviembre de 1910 con la Revolución comenzó la historia contemporánea de México. La Revolución Mexicana —así se conoce este hecho histórico— terminó según nuestro parecer el 1º de mayo de 1917, cuando don Venustiano Carranza protestó ante el Congreso de la Unión como Presidente de la República y se restableció el orden constitucional en el país. Después vinieron los gobiernos revolucionarios que cubren la etapa de mayo de 1917 a noviembre de 1940, es decir, los gobiernos de Carranza, De la Huerta, Obregón, Calles, Portes Gil, Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez y Lázaro Cárdenas. El sexenio de Avila Camacho cabe considerarlo como un régimen de transición debido a que México se vio obligado a sumarse a las democracias contra las potencias nazi-fascistas y participar en la Segunda Guerra Mundial.

Ahora bien, de Alemán a Díaz Ordaz México entró a una nueva etapa histórica que hemos denominado neoporfirismo, por las semejanzas en lo político y en lo económico, no así en cuanto a lo relacionado con la educación, la cultura y las instituciones de progreso social en general, campos en los cuales no es dable encontrar analogías.

Pero dejemos a un lado lo histórico y pasemos a analizar los problemas derivados de las inversiones extranjeras directas e indirectas en el curso de los últimos 30 años.

De enero de 1941 a diciembre de 1970 las inversiones extranjeras directas —algo más de 1 900 compañías— fueron de 2 822 millones de dólares, de acuerdo con fuentes fidedignas de información. En el curso de ese lapso la exportación de dólares de México al extranjero —los Estados Unidos representan el 80%, aproximadamente— por concepto de utilidades, intereses y regalías, ascendió a 4 603 052 000 dólares, cantidad que obviamente, ya no participó en la capitalización ni en el desarrollo de México.

Ahora vamos a suponer que los 4 603 millones de dólares exportados se hubieran reinvertido totalmente en nuevas empresas o

en ampliación de las existentes en México, el resultado sería que en la actualidad las inversiones extranjeras directas se hubieran elevado en 1971 a 7 425 millones de dólares a los que había que añadir en nuestra hipótesis las nuevas utilidades obtenidas en las nuevas empresas o en las supuestas ampliaciones; y por ese camino en cierto número de años, los capitalistas extranjeros se adueñarían de la economía de la nación. De suerte que de todas maneras precisa llegar a la conclusión de que las inversiones foráneas son en numerosos casos indeseables, sobre todo si predominan, como es nuestro caso, las de Estados Unidos, porque seremos víctimas de una explotación sin término o nos transforman en un Estado Libre Asociado como Puerto Rico.

Sabemos muy bien que nuestro análisis puede ampliarse y afinarse con disquisiciones de carácter teórico; mas preferimos presentarlo así en forma sencilla, tal vez un poco tosca, para la fácil comprensión del lector no especializado, acerca del gravísimo problema a que se enfrentan lo mismo que México, las naciones del Tercer Mundo. A nosotros nos importan sobre todo las de la América Latina.

Por otra parte, sabemos que por el momento, desgraciadamente, no es posible prohibir las inversiones extranjeras directas en nuestros países; pero sabemos de igual manera que sí podemos y debemos reglamentarlas para dirigir las por donde nos hagan bien y no daño. En México, por ejemplo, cabe prohibir que las compañías nacionales establecidas se vendan a extranjeros, de manera particular si se trata de entidades económicas multinacionales, que suelen favorecer la penetración imperialista con todas sus consecuencias. Hoy como ayer es cierto lo que dijo Dulles: "Los Estados Unidos no tienen amigos sino intereses", y todavía puede ser verdad aquello de que tras los comerciantes van las banderas. Recuérdese el caso de Santo Domingo de abril de 1965.

Podemos y debemos prohibir el establecimiento de empresas extranjeras en el comercio porque no las necesitamos. Podemos aceptar reinversiones y fijar su cuantía cuando así convenga al interés nacional; y debemos aceptar únicamente la inversión extranjera directa cuando se trate de producir artículos que no producimos y que es conveniente producir para llenar necesidades domésticas, reducir nuestras importaciones, y aun para exportar.

Nuestra política en relación con las inversiones extranjeras debe aceptarse como un mal necesario y transitorio que hay que superar y cuanto antes mejor.

Tratándose de las inversiones indirectas, vamos a apoyarnos en el libro "Instructivo condensado de la Contabilidad de la Hacienda

Pública Federal", editado por la Secretaría de Hacienda en 1968. Aquí se impone elaborar un cuadro en verdad interesante e impresionante, abarcando los cuatro últimos sexenios:

<i>Sexenios Presidenciales</i>	<i>Empréstitos y Financiamientos</i>	<i>Servicio de la Deuda Pública</i>
Lic. Miguel Alemán	2,105.000,000	3,565.000,000
Sr. Adolfo Ruiz Cortines	6,196.000,000	9,366.000,000
Lic. Adolfo López Mateos	38,102.000,000	31,849.000,000
Lic. Gustavo Díaz Ordaz*	53,000.000,000	41,600.000,000
Total	99,403.000,000	86,380.000,000

* Estos últimos datos fueron tomados de información directa de la Secretaría de Hacienda.

De lo cual resulta que de los 99 403 millones, el país sólo pudo utilizar para cubrir déficit presupuestales y financiar obras de infraestructura un poco menos del 13%, todo lo demás se fue en pago de empréstitos vencidos e intereses de los endeudamientos insolutos.

El Secretario de Hacienda, licenciado Hugo B. Margáin, ha declarado en más de una ocasión que la política del gobierno del presidente Echeverría estriba en sustituir con el financiamiento interno los préstamos del exterior. Sin embargo, las palabras no han coincidido con los hechos, según informaciones oficiales publicadas en la prensa sobre nuevos empréstitos del exterior. Hay un dato reciente que es oportuno recoger: en el Presupuesto de Egresos para 1973 se asigna a Deuda Pública la cantidad de 17 871 511 000 pesos, cantidad superior a la destinada a Educación Pública. La enorme cifra alarma un tanto porque sabemos que la mayor parte de esa cantidad será para cubrir compromisos con instituciones de crédito extranjeras.

¿Y no estaremos cerca de la incapacidad para cumplir con los compromisos contraídos?

IV

EN México, ya lo hemos apuntado en otra ocasión, hemos seguido equivocadamente la vía capitalista para desarrollarnos, con inversiones extranjeras directas e indirectas y no hemos resuelto estos dos problemas fundamentales: el hambre y la ignorancia que padecen millones de compatriotas. Palabras, palabras... Buenas intenciones

en el mejor de los casos. Situación en 1972: 19 millones de mexicanos desnutridos, sobre todo niños, en diversos grados de desnutrición, y 12 millones de analfabetos. Lo que hemos logrado, si logro puede llamarse, es una fuerte concentración del capital, el fortalecimiento de una burguesía inmensamente poderosa y agresiva con plena conciencia de sus intereses y resuelta a defenderlos. Del otro lado el aumento del desempleo, las ciudades perdidas y algo muy grave, sumamente grave: el pueblo, en términos generales, desde hace buen número de años, ha perdido la fe en sus gobernantes. Este es el problema más serio a que se enfrenta el presidente Echeverría y su disímbolo equipo de colaboradores.

Lo que hay que hacer es aumentar cada día la intervención del Estado en la economía, tanto en la actividad primaria como en la secundaria y terciaria. El Estado debe irse adueñando tan de prisa como sea posible de la industria pesada y de la banca con la mira clara y precisa de llegar a la nacionalización de ambos importantísimos renglones de la economía de la República. Para nosotros el camino es bien claro: intervención del Gobierno Federal en el campo económico, para llegar a un capitalismo de estado y después al socialismo, aprovechando la coyuntura histórica propicia desde el punto de vista internacional; un socialismo democrático o una democracia socialista con libertad para pensar, crear y actuar; pero que quede claro que por socialismo entendemos la desaparición de la propiedad privada de los medios de producción, el lucro como finalidad suprema de la vida y la lucha de clases. Ninguno de los países socialistas o que están construyendo el socialismo son iguales entre sí. Los caminos han sido y son diferentes y cada uno tiene matices distintos y ciertas características privativas. Algo semejante ocurrirá o ya está comenzando a ocurrir en los países de la América Latina y en otros del Tercer Mundo. Lo fundamental consiste en el cambio radical de las estructuras económicas y de las superestructuras políticas, sociales y culturales. En fin, pensamos en un socialismo acorde con nuestra historia, nuestra geografía, nuestras características predominantes y nuestras aspiraciones de mejoramiento colectivo e individual, sin olvidar que lo humano es el problema esencial y que la sociedad capitalista ha fracasado en cuanto a la resolución de los problemas fundamentales del hombre; el ejemplo de los Estados Unidos de América es a tal respecto dramático e incontrovertible.

EL PROCESO REVOLUCIONARIO PERUANO

(Antecedentes y Etiología)

Por *Hernando AGUIRRE GAMIO*

I.—Introducción

LAS estructuras económico-sociales y jurídico-políticas del Perú experimentan en la actualidad un profundo proceso de cambio. Desde los ángulos más opuestos se analiza hoy el proceso revolucionario peruano con ánimo de extraer conclusiones valederas para la praxis social del hemisferio. En los Estados Unidos como en la Unión Soviética se le dedican trabajos de investigación a diverso nivel, así como también en otros países económicamente avanzados. Y en los países del Tercer Mundo se estudia asimismo las medidas adoptadas por el Gobierno Militar de Lima, procurando descubrir en el "modelo peruano" de cambio social, pese a sus peculiaridades nacionales, las posibilidades inéditas generalizables a los pueblos en el mismo grado de desarrollo.

Como un ejemplo entre muchos de ese interés reinante en el mundo respecto al proceso revolucionario peruano, podemos citar el trabajo de investigación realizado en los últimos meses de 1969 y primeros de 1970 por numerosos especialistas norteamericanos, bajo el patrocinio del Instituto "Adlai Stevenson", para desentrañar sólo un aspecto de ese proceso: las relaciones de los Estados Unidos con el Perú, luego del pronunciamiento militar del 3 de octubre de 1968. Fruto de esa labor es un voluminoso libro que, bajo el título de *Estados Unidos y la Revolución Peruana*, ha sido traducido y editado en español por Editorial Sudamericana de Buenos Aires. Obra que contiene temas tan sugestivos como "El Contexto de la Política de Estados Unidos en Perú"; "Las Relaciones de Estados Unidos con los Militares Peruanos"; "Los Organismos Financieros Internacionales"; "El Despertar del Nacionalismo Peruano"; "La Cuestión de las 200 Millas"; "El Sector Rural"; "Los Indios"; "La Inversión Privada"; "El Sector Privado Extranjero en Perú"; "Estudio de las Perspectivas Empresariales y Gubernamentales"; "La Política Obrera de Estados Unidos y Perú"; "El Gremialismo Auspiciado por

Estados Unidos"; "El Desarrollo Educativo Peruano"; "Las Misiones en Perú Financiadas por las Iglesias Norteamericanas". Monografías que suscriben respectivamente los expertos: Daniel A. Sharp, Luigi Einaudi, John P. Powelson, Lorenzo Harrison, David C. Loring, John Strasma, William P. Mangin, Charles T. Godsell, Bruce A. Blomstrom y W. Bowman Cutter, William J. McIntire, William A. Douglas, Robert G. Myers, Dan C. McCurry y Joseph F. Michenfelder.

Ese es uno de los extremos. Se basa en el propósito de influyentes círculos norteamericanos de entender el fenómeno para ellos sorprendente de un proceso de hondo cambio social efectuado por la Fuerza Armada de un país subdesarrollado de América Latina sin antecedentes en la materia. En el otro están los estudiosos de los países de economía centralmente planificada, como Kossok, Kubbler, Mirski. Y además tenemos los investigadores de Europa Occidental como Lambert, Hamon, Lindberg, para no citar sino los más destacados. En los pueblos del bloque no capitalista estamos no sólo ante trabajos académicos sino también frente a pronunciamientos oficiales de carácter político. Así, Fidel Castro, al inaugurar la "zafra de los diez millones", el 14 de julio de 1969, dijo:

Acontecimientos importantes se desarrollan, se han estado desarrollando en un país hermano de América Latina que es el Perú. Sí, a nuestro juicio, aquel movimiento militar tenía un carácter distinto del carácter de otros movimientos militares. Desde el primer momento en que se produce el movimiento militar y desaloja del poder a la camarilla reaccionaria y pro-imperialista que gobernaba ese país, surgen declaraciones que revelaban en los dirigentes de aquel movimiento militar, un propósito de desarrollar su país. Pudiera decirse que sus ideas eran ésas. Tomaron conciencia de la situación de atraso, de pobreza y explotación en que vivía la nación peruana y estaban albergando el propósito de salir de esa situación. La primera medida fue contra una compañía petrolera imperialista que había estado saqueando y explotando al pueblo de Perú. Bien: fue una medida patriótica, una medida valiente. Ulteriormente surgió la Ley de Reforma Agraria. Nuestro juicio objetivo, nuestro juicio acerca de esa Ley, es que efectivamente se trata de una medida radical y de una medida que, aplicada consecuentemente, puede calificarse de medida revolucionaria... Es un proceso en plena marcha. Nosotros, no ahora, desde el principio definimos nuestra política con ese país. Desgraciadamente no todos entienden el proceso peruano. Nosotros lo entendemos. Lo hemos observado con esperanza y hemos visto cómo se ha ido desarrollando...

La incapacidad para entender el proceso revolucionario peruano a que se refiere el Primer Ministro de Cuba proviene, básicamente, de la ceguera originada por la adhesión a esquemas cuya aceptación casi irracional obnubila la mente y le impide abrirse paso hacia la comprensión cabal de los fenómenos realmente nuevos. Como éste de una Fuerza Armada de comportamiento tradicional que, de pronto —para quienes no se han adentrado en los vericuetos de la maduración social del Ejército peruano— se convierte en un instrumento de cambio radical. A ese respecto, se viene desarrollando un debate internacional con relación al proceso peruano y cuya interrogante es: ¿modernización capitalista o revolución? Buena parte de los polemistas se inclinan hacia la primera definición.¹ Y es que, como se ha señalado, no ven la acción de los militares peruanos *como un proceso sino como un proyecto*. En tal sentido, la mayor parte de los mismos han quedado chasqueados en sus predicciones acerca del comportamiento del régimen instaurado en el Perú hace cuatro años. Y es que los analistas de gabinete son menos eficaces para entender los fenómenos sociales que los hombres que actúan y se ensucian las manos en la praxis revolucionaria. En el Perú de hoy, los pronósticos y los esquemas poco cuentan frente a la dinámica interna de los acontecimientos dentro de un mundo rápidamente cambiante. Así se dijo, por ejemplo, que en las Cooperativas Agroindustriales de la Costa Norte se había entronizado una burocracia estatal para no irse más; poco después el Gobierno entregó la administración total a los propios trabajadores. Se dijo también que la Ley de Reforma Agraria tendía en su aplicación a forjar una importante capa de medianos y pequeños agricultores individuales; las últimas estadísticas señalan que, al 31 de agosto de 1972, de un total de 2'128,225.78 hectáreas adjudicadas definitivamente sólo 120,018 hectáreas han sido adjudicadas a agricultores individuales. El resto ha correspondido a Cooperativas campesinas, Comunidades indias y Sociedades Agrícolas de Interés Social (que agrupan a Comunidades).

En este ensayo no se pretende ingresar al debate indicado, en gran parte bizantino. Aquí solamente trataremos de ofrecer elementos de juicio para que dicho debate continúe en las mejores condiciones. Por eso este trabajo se reduce a una tarea de esclarecimiento en lo relativo a los antecedentes del pronunciamiento militar del 3 de octubre de 1968 y al cambio de mentalidad experimentado por el cuerpo de oficiales de la Fuerza Armada del Perú y, especialmente, de su Ejército.

Además de nuestra propia experiencia político-social, de larga

¹ Entre esos sociólogos pueden citarse principalmente a James Petras, R. La Porte, Anibal Quijano y Julio Cotler.

data, ponemos a contribución para lograr resultados aceptables las más diversas fuentes de información, tanto académicas como testimoniales y periodísticas, ciñéndonos a un método dinámico de acercamiento a los procesos sociales y dejando de lado cualquier tipo de dogmatismo esterilizante.

II.—*Antecedentes Históricos del Pronunciamiento Militar*

NO cabe entender cabalmente el actual proceso peruano sin remontarse a la época en la cual surgen o se vigorizan los factores históricos de cuya confluencia y conflicto emerge dicho proceso.² Es decir, a la etapa inaugurada bajo la presidencia de Augusto B. Leguía, tras la Primera Guerra Mundial, en 1919. El régimen leguista fue portavoz de nuevas fuerzas sociales que aparecieron embrionariamente en la escena política en el curso de la primera conflagración planetaria y se fortalecieron posteriormente. Sectores que se enriquecieron rápidamente sin pertenecer a los rangos de la oligarquía tradicional y constituyeron algo así como un esbozo de burguesía nacional; además, grupos de intelectuales y obreros que se politizaron al influjo de las revoluciones mexicana y rusa. El leguismo plantea un nuevo modelo de crecimiento económico, poniendo énfasis en el sector externo de la economía y se apoya en la inversión norteamericana más que en la británica, preponderante con anterioridad y en la cual se respaldaban los intermediarios clásicos pertenecientes a la oligarquía. La penetración yanqui asume con Leguía principalmente la forma de grandes empréstitos y jugosas comisiones para los negociadores. A la inercia relativa de la "República Aristocrática", que había durado desde 1895, sucede una política de mucho dinamismo en materia infraestructural. En 1930, a raíz de la gran crisis mundial, cae el régimen de Leguía, derrocado por el mestizo comandante Luis M. Sánchez Cerro, con el cual se inicia en el Perú el Tercer Militarismo de su historia, pues anteriormente hubo el originado por la guerra de la independencia y el generado por la derrota en la Guerra del Pacífico (1879-1883).

Este Tercer Militarismo abarca los regímenes de Sánchez Cerro, Benavides y Odría, con un interregno que incluye el primer gobierno de Manuel Prado (1939-45) y el llamado "régimen de la jurisdicción", presidido por José Luis Bustamante y Rivero y del cual formó

² Cfr. la serie de artículos publicados por el autor, con el seudónimo de Julio Augusto Espejo, en el Semanario *Oiga*, de Lima, Perú, del 19 de marzo al 23 de abril de 1971.

parte el Apra con una numerosa bancada parlamentaria, además de contar por algún tiempo con tres ministros. Apra y Fuerza Armada protagonizarán durante toda esa etapa —abierta o embozadamente— un duelo implacable, estando la segunda prácticamente al servicio del orden tradicional. En el Perú no se había dado hasta ese momento el fenómeno ya conocido en otras latitudes: el de una Fuerza Armada Nacionalista (en el plano económico) y era el Apra la que encarnaba esa tendencia.

En 1956 sube nuevamente al poder Manuel Prado, esta vez con apoyo aprista. Para esa época la familia Prado había ya formado uno de esos "imperios" económicos que reúnen en su seno variados sectores de la actividad económica y financiera: bancos, fábricas, empresas comerciales y agrícolas, así como todo género de inversiones especulativas. Es la etapa de la llamada "convivencia" aproradista que concluye con el primer "golpe institucional" de la Fuerza Armada, en julio de 1962, cuando Manuel Prado se apresaba a entregar el mando a Manuel Odría, general en retiro que había gobernado dictatorialmente entre 1948 y 56. Odría iba a ser electo por el Congreso con la importante ayuda de los parlamentarios apristas, al no haber alcanzado ninguno de los candidatos el tercio de los sufragios requerido por la Constitución para ser automáticamente proclamado. Los años finales del gobierno odríista tuvieron importancia histórica pues en esa época emergen nuevas corrientes partidarias: Acción Popular, jefaturada por el Arquitecto Fernando Belaúnde Terry (que se concretó en tienda organizada el año 1957); la Democracia Cristiana; y el Movimiento Social Progresista que preconizó la implantación de un socialismo humanista.

El primer "golpe institucional" de la Fuerza Armada es, por decirlo así, el ensayo general del régimen revolucionario que seis años después instauraría el General Juan Velasco Alvarado. Ese primer golpe presenta ya fisonomía distinta a la de los tradicionales cuartelazos. Es una fuente de sorpresas para los estudiosos de la política peruana. La Fuerza Armada no encumbra a un caudillo sino que gobierna institucionalmente, encabezada por su Comando Conjunto. Crea el Instituto Nacional de Planificación; esboza una política exterior independiente, tras un gobierno como el de Prado que propugnaba vincular a la OEA con la OTAN; dicta una Ley de Bases para la Reforma Agraria.

Por entonces, sin embargo, la Fuerza Armada deposita aún ilusiones en un régimen civil, concretamente en Belaúnde Terry y su partido Acción Popular como elementos capaces de acometer la transformación estructural del país. Y la Junta Militar convoca a elecciones para junio de 1963. Triunfa Belaúnde, sobre la base de un

programa reformista presentado por la Alianza que se formó entre Acción Popular y la Democracia Cristiana. Y gracias a la no presentación de candidatos izquierdistas que dispersasen el voto antioligárquico y antiaprista.

La Alianza AP-DC, empero, no obtiene el control del Parlamento, donde se forma la mayoritaria Coalición Apra-Unión Nacional Odríista. La historia de este "régimen de renovación" es la relativa a la pugna entre el Ejecutivo y el Congreso, al que Haya de la Torre, jefe del Apra, atribuye la calidad de "primer poder del Estado". El problema se agudiza en las postrimerías del mandato y Belaúnde busca un modus vivendi con la oposición centro-derechista para evitar la crisis constitucional. La Alianza gobernante ve poco a poco deteriorada su imagen, pese a los triunfos electorales 1963 y 66 (comicios municipales). En 1965, tras una agitación de varios años en el campo, dirigida principalmente por el líder trotskista Hugo Blanco, surge el movimiento guerrillero, cuyo más importante protagonista es el Movimiento Izquierdista Revolucionario, proveniente del Apra Rebelde, un desprendimiento del partido que fundara Haya de la Torre. Entretanto, se ha producido un hondo antagonismo en las filas del mayor partido gubernativo, Acción Popular. El ala nacionalista, acaudillada por el Primer Vicepresidente de la República, Edgardo Seoane, Embajador en México durante algún tiempo, se niega a respaldar el acuerdo tácito de Belaúnde con la derecha. La capitulación cada vez más notoria de éste y de su círculo palaciego —denominado "carlismo"— origina un profundo descontento popular, agudizado por escándalos e inmoralidad administrativa, contrabando en gran escala, una fuerte devaluación, y, finalmente, por el arreglo con la International Petroleum Company (filial de la Standard Oil of New Jersey), calificado de entreguista. Este fue el detonador del segundo "golpe institucional" de la Fuerza Armada, en octubre de 1968. Se cierra así un ciclo histórico. El que se abriera en 1919 con Leguía.

Todo hacía suponer por entonces que debía producirse, en las elecciones convocadas para 1969, lo que el sociólogo Julio Cotler denomina la "formación de un gobierno burgués reformista"³ establecido sobre la base de "un claro acuerdo entre una pujante burguesía urbana, cierto que representante de los nuevos intereses extranjeros, con el partido político modernizador de la clase media con bases populares (el Apra)." Es justamente en esa coyuntura que se alza la Fuerza Armada, derriba a Belaúnde y disuelve el Congreso. Es decir, liquida las posibilidades abiertas para un tal go-

³ Cfr. *Crisis Política y Reformismo Militar en el Perú*, en "Estudios Internacionales", enero-marzo 1970, Santiago de Chile.

bierno. Este hecho debía ser motivo de profunda reflexión para quienes niegan al actual proceso carácter revolucionario, porque era ya un síntoma de que la Fuerza Armada se colocaba en una situación y una perspectiva distintas y elegía una opción diferente a la de los grupos sociales modernizantes. Todo indicaba que la Fuerza Armada no sólo se había divorciado ya de la oligarquía sino que incluso no coincidía con los sectores representativos del estrato a que hace referencia Cotler.

III.—Reacción Frente al Golpe Militar

LA reacción frente al golpe militar del 3 de octubre de 1968 fue variada, dispar en el detalle, pero se orientó por lo general a rechazarlo. Tanto en la derecha —por considerarlo atentatorio contra la Constitución—, cuanto en la izquierda, por estimarlo reaccionario y destinado a cortar un desarrollo revolucionario auténtico, ya sea en las "movilizaciones de masas" (Partido Comunista) o en la acción violenta, guerrillas, ocupaciones de tierras (ultraizquierda).

Lógicamente, la actitud más beligerante fue la de los desplazados: los belaudistas y su órgano oficioso, el diario *Expreso*, así como de *Caretas*, un quincenario de la misma línea. Igualmente la del Apra. *Expreso*, en su edición del 3 de octubre, titula en primera página: "Golpe contra el país." La columna editorial sólo contiene una pequeña nota céntrica con grandes caracteres: "Expreso rechaza el nuevo atropello contra la Constitución y la libertad. Los padres de la República la crearon libre, digna y soberana y así queremos y debemos mantenerla." El resto en blanco. Su principal comentarista político, Manuel d'Ornellas, escribe: "se percibe un matiz claramente nasserista en el manifiesto del nuevo Gobierno, que enfatiza los aspectos ultranacionalistas en materia energética y subraya la necesidad de transformar las estructuras del país."

La revista *Caretas*, aunque no acostumbra a editorializar, trasunta por medio de una selección de artículos, publicados en sus dos números de octubre y debidamente orientados dentro de la aparente objetividad, su rechazo terminante al golpe militar. En la portada del número inmediatamente posterior al golpe titula: "La cosecha de las botas" y trae notas como "¿Un golpe incruento?", dando a conocer la muerte de un estudiante, "que quería ser guardia civil", en los disturbios callejeros; "Rebeldía en el Exilio", que destaca la actitud del depuesto presidente; "Lo que no se debe olvidar", recuerda la obra de Belaúnde; "Generales, Coroneles y Civiles", en que especula sobre la orientación del nuevo régimen; y, en fin: "La co-

secha de las botas" en el cual hace una comparación entre el Gobierno Militar y el de Belaúnde y sostiene que aquél recoge lo sembrado por éste.

La fracción populista que se había mantenido en posición incondicional con respecto a Belaúnde, luego de la separación del sector mayoritario encabezado por Edgardo Seoane, emitió el día 3 un comunicado. "La Comisión Reorganizadora de Acción Popular", señala el documento, "expresa ante el país su más enérgica condena por el levantamiento de unidades de la guarnición de Lima contra el Gobierno Constitucional del Arquitecto Fernando Belaúnde Terry. . . Acción Popular manifiesta su plena e incondicional adhesión al jefe del Partido y Presidente Constitucional de la República, Arquitecto Fernando Belaúnde Terry y está segura de interpretar el sentir del pueblo peruano, sin distinción de credos ni partidos, al afirmar que los condenables sucesos de esta noche constituyen una página negra en la Historia del Perú. Formula asimismo una invocación a las Fuerzas Armadas que no se han plegado a este movimiento para que, fieles al mandato de la Constitución y a los principios que son consustanciales a la Institución, depongan a los sublevados y restauren el orden constitucional. . ."

El Movimiento Democrático Peruano, organización política del ex-Presidente Prado, también manifestó su "protesta enérgica" contra el golpe militar y exigió "el pronto retorno a la normalidad constitucional. . ."

En los primeros días, la dirección aprista repudia violentamente el golpe y centenares de jóvenes de ese partido promueven disturbios en las calles. El 3 de octubre, su diario *La Tribuna* no informa sobre el golpe, pues su hora de cierre es temprana. El día 4 titula en primera página: "Golpe Indigno y Vergonzoso". En un editorial especial de segunda página, bajo el rubro: "Indignidad y Vergüenza del Golpe de Ayer", señala que el Perú ha retrocedido a la época del cuartelazo; que el "madrugón tanquista" significa la usurpación y el manotazo; que ha nacido por la ambición de un jefe (Velasco) cuya voluntad ha hecho de la Fuerza Armada escabel para saciar sus apetitos; que los errores y problemas del Ejecutivo (belaundista) debieron ventilarse y resolverse democráticamente; que un golpe como éste es peligroso, pues tras un Batista está un Fidel. En la misma edición publica un comunicado del Partido Aprista en que formula un llamamiento a "todos los partidos democráticos, a las organizaciones del trabajo y la producción. . . para que resistan a la usurpación." Al respecto, debe recordarse que el 21 de septiembre, el Secretario General del Apra, diputado Armando Villanueva, había manifestado que el Partido Aprista no toleraría un golpe y que los apristas no necesitaban esperar una orden para lanzarse a la

rebelión si tal hecho se produjese. El 23 del mismo mes, Villanueva había dicho en su Cámara que el Acta de Talara (arreglo con la IPC) era irreversible. "Sostener lo contrario —añadió— es pretender devolver a la IPC los yacimientos que entregó y, por tanto, quienes esto pretenden son traidores a la Patria." Respecto a la nacionalización de la refinera, que había quedado en manos de la empresa extranjera, otro líder aprista, el senador Ramiro Prialé, manifestó el 28, que si tal hecho ocurriese los costos de la Empresa Petrolera Fiscal subirían, pues sólo tendría para refinar 16 mil barriles diarios de petróleo (de los yacimientos de La Brea y Pariñas, devueltos al Perú), mientras que la IPC puede refinar 50 mil barriles provenientes de otros campos y así la relación pozo-hombre la beneficia.

Por otra parte, y de acuerdo con una versión proporcionada por *Caretas*, en su edición del 26 de octubre, Armando Villanueva en una reunión de activistas de su partido habría exigido, al día siguiente del golpe, que se cerrara "el paso a los gorilas". Habría dicho: "Hay que incendiar desde un fósforo hasta Palacio." Fruto de esas demandas y directivas habrían sido los tumultos estudiantiles que se produjeron en las calles de Lima, el 3 y 4 de octubre.

La Confederación de Trabajadores del Perú, controlada por el Apra, acordó el 3 de octubre condenar el golpe y declarar que "luchará por el restablecimiento del orden constitucional..." Sin embargo, el fracaso experimentado en julio de 1962, cuando el primer "golpe institucional", la hizo ser más cauta y esta vez no decretó una huelga general e indefinida. Además, un numeroso grupo de representantes a Congreso se reunió en una casa particular y acordó que "los pretendidos actos de gobierno de los usurpadores son nulos, de absoluta nulidad y no tienen fuerza obligatoria para la ciudadanía."

La Prensa, el órgano más calificado de los sectores oligárquicos "neoliberales" más vinculados al imperialismo norteamericano, titula a toda su primera plana, el 3 de octubre: "Golpe Militar: Sacan a FBT de Palacio; rodean Congreso. Ulloa sindic a Velasco como jefe del Golpe." El día 4 da a conocer un agresivo editorial protestando por la "violación del orden constitucional." "Recuerda al respecto que igual actitud asumió ese diario frente al primer "golpe institucional" contra Prado.

La Crónica, vocero del "Imperio Prado", tituló en su primera página del 3: "¡Golpe Militar! Belaúnde depuesto. Tanques en Palacio." En su editorial, visiblemente escrito antes del pronunciamiento militar, se ocupa del cambio de Gabinete Ministerial de Belaúnde, un día antes del golpe. Habla de aciertos y errores del anterior

equipo. Pero afirma que debe reconocerse que la actividad de ese Gabinete se desarrolló en un momento difícil. Su mejor mérito, añade, es "haber aportado la solución de graves problemas que tenía la Nación". Recuperó la posesión para el país "de los yacimientos de La Brea y Pariñas. Con esto último puso fin a un asunto que hacía mella en la confianza de los inversionistas extranjeros. . . ." Recién el 6 de octubre editorializa sobre el golpe, bajo el título: "Con la soberanía nacional no se debe ni se puede jugar." "Con la autoridad que nos da la línea de absoluta imparcialidad que conscientemente hemos guardado —dice— creemos que es también el momento de reflexionar para sacar experiencias aprovechables. . . sobre determinados acontecimientos. . . que crearon un clima de tensión tal que fueron la causa que impulsó a la Fuerza Armada a realizar los actos de la madrugada del 3 de octubre." Analiza enseguida la política económica del régimen depuesto, criticando su despilfarro y señala que "se aceptó el fácil expediente de hipotecar nuestras riquezas aceptando una solución incalificable en el caso de La Brea y Pariñas y entregando la banca nacional al capital extranjero en actos definitivamente atentatorios a la soberanía nacional." Y con la frase "antes que la democracia está el Perú" justifica el golpe militar.

Es interesante anotar que, desde el primer momento, los voceros del régimen depuesto procuraron dar la impresión de que no se estaba realmente observando un "golpe institucional" de la Fuerza Armada sino un pronunciamiento más o menos tradicional, encabezado por un caudillo militar: Velasco. Con ese fin, aportaron una serie de elementos de juicio deslizando insinuaciones sobre discrepancias en el seno de los institutos armados.

En su edición del día 3 de octubre, *Expreso* dice en su información que los jefes de la Fuerza Aérea y de la Marina manifestaron en la madrugada que no se habían plegado al golpe, al que señalaban como producto de "sólo una fracción del Ejército." Agregaba el diario que la Armada estaba lista a zarpar (presumiblemente con intenciones contrarrevolucionarias). El 5, d'Ornellas apunta: "Existe una notoria diferencia de tono y hasta de contenido entre el Manifiesto original y el posterior Estatuto de la Junta. El primero habría sido redactado por los coroneles que intervinieron en las primeras horas de la insurrección. El Estatuto, en cambio, habría sido largamente meditado por los generales que posteriormente se plegaron al movimiento." El 6, Manuel Ulloa declara en conferencia de prensa: ". . . la Fuerza Armada se sumó al golpe para evitar una guerra civil. Eso a mí me consta. Por eso pido a la Fuerza Armada que medite mucho sobre el papel que le toca desempeñar. Que no se dejen llevar por la ambición. . . El cambio de estructuras que ha ofre-

cido la Junta Militar es una frase vacía. . . El cambio de estructuras es un caballito de batalla para no hacer nada. Lo que el pueblo quiere son mejores sueldos y salarios, quiere paz y tranquilidad en sus hogares." En su columna del mismo día d'Ornellas indica que el pronunciamiento del 3 de octubre encierra dos momentos o golpes sucesivos: 1º—uno de los coroneles "nasseristas"; 2º—un golpe dentro del golpe, dado por los generales del Ejército y los jefes de la Marina y la Aviación, que se plegaron condicionando el movimiento en un sentido de moderación.

Por su parte, el día 3, *La Prensa* informa que circularon rumores en la madrugada sobre que los marinos enviaban fuerzas en contra de los insurrectos, y que tales rumores cobraron verosimilitud porque los tanques estacionados en la Plaza del Congreso viraron la puntería de sus cañones hacia las calles adyacentes. El último y efímero Gabinete Ministerial de Belaúnde, presidido por Miguel Mujica Gallo, en declaración expedida el propio 3 de octubre, afirma: "Ni la Marina ni la Aviación ni las Fuerzas Auxiliares secundan este movimiento, son sólo algunos malos militares. Es posible que haya confusión y que se esté tratando de confundir a elementos dentro de las Fuerzas Armadas para sorprenderlos con este movimiento, invocamos nuevamente el patriotismo de todas las Fuerzas Armadas para que rechacen la conjura de quienes están tratando de sembrar el desorden y el caos en el país. . ." Mujica Gallo manifestó por su lado: ". . . la actitud de la Marina y la Aviación es patriótica, digna de un cuerpo colegiado que respeta al Gobierno y el orden democrático constituido. . ." Refiriéndose a los alcances del pronunciamiento militar, dijo: ". . . es solamente un movimiento local, en Lima, inspirado por un grupo nasserista del Ejército. . ."

Por su parte, *Caretas* subrayó en varios números lo que calificaba de "esquizofrenia" del régimen castrense. Es decir, su aparente vinculación con hombres de la derecha y la izquierda y la naturaleza de sus medidas políticas y administrativas que, según el quincenario, ora favorecían a un sector social, ora a otro. Por lo demás, tanto *Expreso* como la revista *Caretas* continuaron especulando, hasta su clausura temporal —el 31 de octubre—, con esa supuesta división en la Fuerza Armada, entre revolucionarios y moderados. Para *Caretas*, por ejemplo, Velasco y "los coroneles" se caracterizan por su antiaprimismo y nacionalismo (número 382). En su edición número 383 (26 de octubre), *Caretas* describe con toda crudeza (en un artículo denominado "¿Sabe la Junta lo que quiere?") los, a su juicio, entretelones del golpe institucional del 3 de octubre. Sostiene que la "esquizofrenia" del régimen se debe a que Velasco dio el golpe "prácticamente solo". Dice que éste había albergado hasta el 1º de

junio "la modesta ilusión de terminar su carrera como Ministro." Cuando Belaúnde, en esa fecha, designó Ministro de Guerra al General Dianderas, inferior jerárquico de Velasco, el golpe fue decidido, tras el verano en Ancón, durante el cual "varios amigos le calentaron la cabeza." Velasco habría revisado un plan conspirativo elaborado entre 1966 y 1967 por "su amigo y admirado General Julio Doig", prefiriendo presentar "el hecho consumado a la mayoría de los jefes, no ya de las otras armas, sino del mismo Ejército." Sólo contados jefes habrían conocido los propósitos de Velasco "y si participaron coroneles desde el inicio —por ejemplo un llamado grupo de 'coroneles ideológicos' al que pertenece el actual jefe de la Casa Militar, Eduardo Portella— éstos lo hicieron en reducido número y bajo las órdenes de Velasco."

Por su parte, el suplemento dominical del diario *La Prensa* —"7 Días del Perú y del Mundo"—, en su edición del 6 de octubre, pretende dar su propia "versión fidedigna" de los sucesos que precedieron al pronunciamiento castrense. Dice: "se asevera asimismo que el General Velasco, ya Comandante General del Ejército, tuvo un diálogo agrio con el General José Rodríguez Razzeto, conocido como "Machote" por sus amigos y opuesto a las declaraciones anti veto (frente al Apra) del General Doig. El General Rodríguez Razzeto habría sido virtualmente obligado a ocupar la representación del Perú en la Junta Interamericana de Defensa con sede en Washington.—Según ha trascendido a través de una fuente merecedora de crédito, las relaciones del General Velasco, Presidente del Comando Conjunto y Comandante General del Ejército, con el Poder Ejecutivo se endurecieron a raíz de una entrevista que sostuvo con el ex Ministro de Hacienda, Manuel Ulloa, y el ex Ministro de Aeronáutica, General José Gagliardi Schiaffino. Aquella reunión habría sido organizada por Gagliardi con el objeto de obtener el visto bueno del Ejército a los planes económicos de Ulloa. . . Velasco habría empezado por observarle a Gagliardi que debía estar uniformado y no con ropa de civil y concluyó afirmando que no podía comprometer el apoyo del Ejército a la política hacendaria de Ulloa. . ." Las relaciones entre Gagliardi y Velasco se fueron poniendo tensas y "como se recordará, Velasco rebatió declaraciones de Gagliardi expresando el apoyo de las Fuerzas Armadas al ex Presidente (Belaúnde). Velasco declaró que Gagliardi no estaba facultado para hacer declaraciones en nombre de las Fuerzas Armadas.—Los vínculos entre Velasco y Belaúnde fueron fríamente protocolares, según se sabe. Pocos días después de conocerse el Acta de Talara y los acuerdos celebrados con la International Petroleum Company, el General Velasco habría sido factor influyente en una

reunión en la que más de una treintena de generales tomó un acuerdo contrario a dichos convenios.—El General Velasco propugnó una posición nacionalista en el asunto del petróleo y expresó su discrepancia a que la International Petroleum ampliase sus operaciones en refinación y fabricación de aceites y lubricantes. . .” A ese respecto, entre Belaúnde y Velasco se habría producido un encuentro desagradable y este incidente ha sido señalado “por algunos como la chispa que encendió la preparación del golpe militar. . .”

Pese a todo, hubo personas o sectores que dieron su apoyo inicial a la acción de la Fuerza Armada. *El Comercio*, propiedad de la tradicional familia Miró Quesada, que había criticado duramente la política de Belaúnde frente a la IPC, publica un editorial el día 4 de octubre, bajo el rubro: “El Pronunciamiento de la Fuerza Armada”, donde señala que la caída de Belaúnde “es el resultado penoso de un lento deterioro institucional.” Aprueba el “patriótico nacionalismo” que revela la Fuerza Armada en su Manifiesto; subraya que el Gobierno Militar hace suya la tradicional posición “occidental y cristiana” y anuncia que respetará los tratados que rigen la vida internacional; recalca, finalmente, que ese Manifiesto “está de acuerdo con la colaboración leal y amiga del capital extranjero. . .” Aquí puede observarse el germen de la posición que llevaría ulteriormente a *El Comercio* al terreno opositor.

El seminario *Oiga*, que durante mucho tiempo venía combatiendo al régimen de Belaúnde desde una posición progresista y criticando, sobre todo, la inmoralidad administrativa de ese Gobierno, editorializa el 4 de octubre, titulado: “Ocurrió lo que tenía que ocurrir.” “Nadie más lejos que nosotros de la complacencia por el triste y desamparado final del régimen que presidió el arquitecto Belaúnde”, dice. Y añade: “Tampoco nadie más lejos que nosotros del golpe militar”. Da cuenta de los esfuerzos realizados por su Director, Francisco Igartua, para encontrar una salida legal, propiciando que ilustres personalidades dirigiesen un mensaje al país cuyo objeto sería “imponerle al Presidente de la República y al Congreso un gabinete ministerial que, asumiendo el mando real, rectificara por completo la política del régimen.” Subraya que tanto el Presidente como el Apra son “los grandes responsables de la tragedia que lamentamos.” “Lo que ha ocurrido tenía que suceder. Y no por obra de los militares precisamente sino del propio régimen. Sucedió porque se había llegado al colmo del cinismo, a una aberrante manera de practicar la democracia.” Sostiene que Belaúnde fue empecinado hasta el final, rodeándose de obsecuentes e incondicionales. “Lo que Belaúnde nunca admitió, por vanidad y soberbia —concluye— fue corregir sus errores. Por eso está él donde está. . .”

El único partido importante que no rechazó de plano el golpe, sino que tácitamente lo justificó, fue la fracción seoanista de Acción Popular. El mismo día 3 dio a conocer un comunicado en el que decía: "La grave crisis moral y política que confronta el país como consecuencia de una política equivocada que provocó la devaluación monetaria; la falta de sanciones en los casos del contrabando y de la especulación; la pretendida solución dada al problema de La Brea y Pariñas, condenable por su fondo y por su forma; la postergación de las reformas estructurales y otros hechos han causado en el país un sentimiento de frustración... generando los graves acontecimientos que han quebrantado nuestro ordenamiento constitucional... Hace, finalmente, responsables a "los grandes intereses económicos" que ejercieron una "dictadura económica permanente" a través del Parlamento y del propio Ejecutivo.

La izquierda marxista reaccionó de diversa manera. Pequeños núcleos trotskistas, como la Liga Socialista Revolucionaria y el Partido Obrero Revolucionario (t), dieron su respaldo crítico al pronunciamiento militar. La mayor parte de los componentes de la primera se integraron luego en el proceso. En cambio, el Frente de Izquierda Revolucionaria, orientado por Hugo Blanco desde la prisión (a que fue sometido bajo el régimen de Belaúnde); Vanguardia Revolucionaria; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); y los grupos "pro-chinos" lo rechazaron en forma terminante, denunciándolo como un intento de dar salida burguesa a la crisis y evitar la profundización de las luchas sociales. La actitud del Partido Comunista de tendencia "moscovita" (el más antiguo y de mayor influencia en la clase obrera, dentro de las agrupaciones marxistas) fue evolucionando, de una oposición cerrada a un apoyo casi irrestricto, en el lapso de pocos meses.

El XX Congreso del PC de la URSS; el cisma causado en el bloque comunista por la ruptura entre Rusia y China; y la Revolución Cubana produjeron honda repercusión en la izquierda marxista. Hasta 1956 esa izquierda tradicional se dividía entre stalinistas y trotskistas, con un brazo secundario: el Partido Socialista, híbrido social-demócrata-stalinizante, dirigido desde siempre por el profesor Luciano Castillo. Los mencionados acontecimientos dieron lugar a la emergencia de la llamada "nueva izquierda", hoy bautizada con mayor propiedad como "ultraizquierda delirante."

Héctor Béjar, uno de los jefes guerrilleros (líder del "Ejército de Liberación Nacional"), que hoy coopera con el Gobierno Revolucionario, ha descrito esa aparición política de los años cincuenta-

sesenta.⁴ ¿Quiénes conforman esa "nueva izquierda"? se pregunta Béjar y responde:

- a) Los discrepantes del Apra que, después de un complicado proceso de la lucha interna, dieron nacimiento al MIR y a VR;
- b) Los discrepantes del Partido Comunista que, luego de un proceso similar, fueron a nutrir, unos al FIR y el ELN, y otros las tendencias maoístas que aparecieron posteriormente;
- c) La enorme cantidad de jóvenes, principalmente universitarios, que sin pertenecer a estas organizaciones se identificaban, en una u otra forma, con ellas;
- d) Algunos trotskistas como Hugo Blanco, cuya decidida actividad en el campesinado los diferenciaba claramente del trotskismo "tradicional", teorizante y dogmático.

Desde entonces, tales agrupaciones se han dividido y subdividido, en su afán bizantino de discutir hasta el cansancio "las malditas cuestiones generales" de que hablaba el pensador ruso Berdiaev; los problemas de estrategia y táctica; ya hasta la preminencia de éste o aquél minicaudillo. En la actualidad existen, por ejemplo, dos o tres MIR, tres VR y un número indeterminado de grupúsculos "pekinéses" desautorizados todos al parecer por el gobierno de China Popular.

Como reacciones típicas de tales cenáculos frente al pronunciamiento militar recogemos aquí declaraciones in extenso de sus líderes más calificados.

Hugo Blanco, liberado por el Gobierno Revolucionario y luego desterrado tras algunos meses de acción agitativa, declaró a una revista⁵ que la Ley de Reforma Agraria dictada por el Gobierno Militar podía calificarse de avanzada y superior a la belaundista en muchos aspectos, pero que su debilidad está en no plantear la confiscación lisa y llana de las tierras, no dar participación suficiente a los campesinos en la toma de decisiones, haciéndose la reforma prácticamente al margen de los campesinos. Y al contestar a una encuesta elaborada por otra publicación⁶ añadió que si bien el Gobierno ha expulsado a la IPC, ha robustecido, en cambio, a la Southern, empresa norteamericana que explota los yacimientos cupríferos de Toquepala, iniciando, así, "un período de gigantescas inversiones norteamericanas." Dijo también que la Ley de Reforma Agraria

⁴ H. Béjar: *Perú 1965: Una Experiencia Guerrillera*, Campodónico Ediciones, Lima, 1969.

⁵ Revista *Así*, Lima, 15 de agosto de 1969.

⁶ Revista mimeografiada *Inkarri*, Lima, marzo de 1970.

adolesce de otro defecto, a su juicio, obliga a pagar la tierra a los campesinos para pagar a los gamonales.

Ricardo Gadea, dirigente del MIR, liberado como Blanco por una Ley de amnistía promulgada por el Gobierno Revolucionario, formula el punto de vista de una de las fracciones de ese grupo en un folleto mimeografiado. Admite que la Fuerza Armada creó en 1968 una situación nueva y desató un proceso de reformas cuyas características radicales han "sorprendido a la izquierda peruana y desconcertado a muchos observadores extranjeros." Esa política podría explicarse por los antecedentes históricos, por los cambios económicos y sociales ocurridos desde poco antes de iniciarse la década del 50. La oligarquía tradicional, "compuesta por los latifundistas precapitalistas y los hacendados capitalistas exportadores" ve declinar su poder y paralelamente aparece "en la cúspide de la pirámide social una nueva oligarquía que basa su poder en el auge de la pesquería, el desarrollo industrial y en su papel de testaferros, representantes y socios menores de las grandes corporaciones monopólicas que actúan en nuestro territorio." Surge también una "burguesía media industrial y comercial, vinculada parcialmente a las empresas extranjeras y que generalmente produce para el mercado interno." Nuevas capas medias "predominantemente urbanas han emergido igualmente en los últimos lustros; son técnicos, profesionales, militares, intelectuales que aprovechan las posibilidades de rápida ascensión que les brinda el crecimiento del sistema." Una de sus expresiones fue el gobierno de Acción Popular. Sin embargo, éste fue incapaz de vencer la resistencia de los sectores dominantes tradicionales y fracasó, poniendo fin "al primer intento de gobierno de la burguesía industrial urbana, es decir de la nueva oligarquía." A raíz de este fracaso y de una "de las peores crisis coyunturales del sistema" es que la Fuerza Armada toma el poder, "como la única institución burguesa relativamente incólume y en condiciones de llenar el vacío de poder dejado por la quiebra del gobierno". A los jefes de la Fuerza Armada, colocados aparentemente por encima de las disputas políticas correspondía proseguir "la experiencia reformista en nuevas condiciones históricas. Si antes era el sistema democrático representativo la vía escogida por el Departamento de Estado yanqui, ahora el reformismo suponía un régimen vertical al margen de las elecciones y del libre juego de partidos." La nacionalización de la IPC no suponía, dentro de esas condiciones, una ruptura con el imperialismo. Es sólo el motivo para una apertura de negociaciones con el gobierno norteamericano, que "no podía terminar en una nueva mutua colaboración." La amenaza yanqui de aplicar sanciones, en especial la enmienda Hickenlooper, y otras

efectivas represalias económicas "fueron armas suficientes para poner de rodillas al régimen militar. Lo suscripción con la Southern del contrato para la explotación de los yacimientos cupríferos "ha sido el precio del chantaje; la apertura del país a la desenfadada inversión monopolista." La Reforma Agraria busca trasladar los capitales de las empresas agro-industriales y de la propiedad terrateniente a la industria manufacturera mediante el sistema de bonos que pueden ser invertidos hasta un 50% del capital de empresas industriales. A través de los topes para la extensión de la propiedad "destaca nítidamente la protección a una nueva clase de medianos propietarios capitalistas, que pasarán a ser los sectores dominantes en el campo. La reforma presenta, pues, un carácter "netamente capitalista y burgués."

"La élite militar, reclutada en las clases medias ascendentes, educada en el nacionalismo burgués y en las modernas teorías desarrollistas, tiene en sus manos hoy la conducción de una experiencia reformista capitalista cuyos fines objetivos son la modernización, expansión y consolidación del capitalismo en el país." El desarrollo nacional ambicionado "no será realmente autónomo ni nacional. . ." Un tal desarrollo es "artículo de primera necesidad para el propio imperialismo. . ." Y, por su parte, la burguesía industrial dependiente "apoya y sostiene a la Junta Militar. . . Basta contratar el respaldo que le brindan la Sociedad Nacional de Industrias, la Corporación Nacional de Comerciantes, el grupo financiero industrial de los Prado y otros núcleos de intereses asociados al imperialismo, para comprobar a quiénes benefician las reformas. . ." Las tareas inmediatas de la izquierda deben ser trazadas a partir "de las características de un régimen fascizante y represivo selectivamente (que) consolida la dominación imperialista en un nuevo nivel. . . Ante la Junta, por consiguiente, nuestra consigna permanente debe ser prepararse político-militarmente."⁷

Vanguardia Revolucionaria, hoy escindida en varios subgrupos, uno de los cuales empero mantiene un mínimo de tradición partidaria y de continuidad ideológica como para ser considerado el mismo que surgiera hace algunos años bajo la conducción de Ricardo Letts, se opuso desde el primer momento al Gobierno Militar. Con altibajos, ha sostenido una posición crítica, negando al proceso actual carácter revolucionario. "A partir del 3 de octubre —dice un editorial típico de *El Proletario*, órgano de VR— el Gobierno Militar no ha iniciado una Revolución. "Lo que ha comenzado es un proceso reformista burgués. Está dando reformas a través de las cuales quiere modificar el sistema capitalista. Sus medidas funda-

⁷ *Perú: Reformismo Capitalista*, Lima, abril de 1970.

mentales lo llevan a eso".⁸ En un folleto reciente, Evaristo Yawar, dirigente vanguardista, sostiene polémicamente esa posición. "Mientras que para algunos —dice— el Golpe militar fue dictado por el Pentágono en interés de los grandes monopolios internacionales contra los intereses del capital nacional, derivando por tanto en un Gobierno Fascista, para otros se trata de un Golpe que instaura en el poder un Gobierno Reformista burgués, entendiendo por reformismo burgués la política de la Burguesía Nacional, con su núcleo industrial a la cabeza..." Ahora bien, a juicio de Yawar, "...la política reformista está signada por un desarrollo contradictorio que inevitablemente tiende a concluir el establecimiento de un grado superior de dominación por el imperialismo. Este, al no ser liquidado por las reformas, las convierte en algo positivo para él en un nivel superior..." De un lado se toman medidas que restan fuerza a la penetración imperialista, pero de otra se le hacen concesiones... "Frente al pueblo ciertas libertades enormemente restringidas al mismo tiempo que represión en todas sus formas y extremos... La burguesía nacional o los intereses del capital nacional representados por el Gobierno Militar en su núcleo básico, la burguesía industrial, no van a enarbolar las banderas de la independencia nacional, de la liquidación del latifundismo precapitalista, de la industrialización independiente con su eslabón principal la industria pesada o productora de bienes de producción..." Corresponde, entonces, a la clase obrera tomar en sus manos esas banderas, que el Gobierno levantará demagógica pero insinceramente, "y llamar a todo el pueblo a luchar consecuentemente por su realización..."⁹

Frente a esa caracterización —"moderada" dentro de la ultrazquierda— emerge otra, la que ubica al Gobierno Militar en una posición fascista, sin más ni más. Es interesante citar a ese respecto algunos acápites de un folleto mimeografiado que editó el sector pro-chino o "pekinés" llamado "Bandera Roja", que conduce Saturnino Paredes.¹⁰ Es interesante, aparte el pintoresquismo, porque nos ofrece un síntoma muy claro sobre la extrema irrealidad en que se mueve el extremismo infantil universitario, donde "Bandera Roja" tiene su fuerte. Una de las notas incluidas en el mencionado folleto es típica. Se titula "El sueño oportunista de las dos alas de la Junta Militar de Gobierno (Evaristo Yawar: nuevo chacal del oportunismo)". Combatiendo la tesis sobre el reformismo burgués del régimen castrense, enunciado por VR y otros grupos, sostiene que la

⁸ *El Proletario*, periódico eventual de Vanguardia Revolucionaria, Lima, 10. de mayo de 1970.

⁹ *Las Tareas Actuales del Proletariado y la Izquierda Marxista-Leninista*, separata de "Crítica Marxista-Leninista", No. 4, Lima, mayo de 1972.

¹⁰ F. E. R. (*Frente Estudiantil-Derecho-San Marcos*), Lima, junio de 1972.

caracterización del Gobierno efectuada por Yawar es totalmente errónea y tiende a "liquidar" el movimiento revolucionario dirigido por los "marxistas-leninistas". "Los oportunistas, por boca de Evaristo Yawar, su más claro expositor —afirma el folleto—, ocultan el carácter del gobierno, ocultan sus intenciones contrarrevolucionarias. Su táctica no es más que de apoyo a pesar de las divagaciones sobre 'rechazo al gobierno', 'recuperación de las reformas' y otras pamplinas." En realidad lo que ocurriría en el Perú es lo siguiente: "El fascismo ha montado el Estado Totalitario en nuestro país. Ha tomado el control vertical y policial a todos los niveles de las distintas instituciones políticas... Para los oportunistas (sin embargo) éste es un 'Estado Nacional'..." Tal fascismo, finalizan los de "Bandera Roja", constituiría "el esfuerzo desesperado" del "imperialismo y sus lacayos" para mantener su explotación contra el avance revolucionario de las masas.

El Partido Obrero Marxista Revolucionario es un desprendimiento de VR con banderas que se reclaman del trotskismo. Su líder, Ricardo Napurí, describió a *Caretas*¹¹ su posición con respecto al Gobierno Militar de la manera siguiente: "Para nosotros se trata de un gobierno nacionalista pequeñoburgués. Lo tipificamos como nacionalista porque encara desde un ángulo de clase las tareas pendientes de un país atrasado. Estas tareas son la revolución agraria y la emancipación nacional. El gobierno, por supuesto, no realiza ni ha encarado una revolución agraria, ni, en nuestro concepto, desarrolla una política que vaya a emancipar al país. Pero la capa pequeñoburguesa que está en el gobierno encara esas tareas e intenta culminar las tareas de la revolución democrático-burguesa que, históricamente, en los países atrasados, es tarea de la burguesía nacional. En la medida en que la burguesía criolla ha sido incapaz de plantearse esas tareas liberadoras, una capa pequeñoburguesa —en este caso la Fuerza Armada, de ahí la especificidad de la situación peruana— es la que ha tomado en sus manos esta responsabilidad histórica..." El POMR reconoce que este Gobierno "es mucho más audaz y ambicioso que cualquier otro gobierno burgués y que el propio aprismo, que si bien formuló las tareas de la liberación nacional nunca las pudo culminar". El Gobierno, tipificado por Napurí como nacionalista pequeñoburgués, realiza un programa "nacionalista burgués", pero "no adquiere la fisonomía de gobierno revolucionario", porque no se plantea "medidas antiimperialistas consecuentes" que produzcan "una subversión en todas las relaciones de clase en el país" ni se enfrenta "polarmente a la burguesía", creando condiciones para una participación de las masas con independencia de clase y

¹¹ *Caretas*, 8 de junio de 1972.

"desarrollando su propia organización de clase", como, por ejemplo, bajo el régimen de Torres en Bolivia. Sin embargo, dentro de las condiciones imperantes, no sería lícito "luchar actualmente por derribar al gobierno. De lo que se trata es del tono de la oposición. . . la tarea de la izquierda revolucionaria es formar el partido de la revolución socialista. . ." Admite, por lo demás, que si la izquierda no logra superar su crisis ideológica ni superar la incomunicación entre los grupos que se reclaman del marxismo, "obviamente podría hacerle el juego a la derecha. . ."

El Partido Comunista, que ahora apoya el proceso, lo combatió inicialmente. Siguiendo la pauta de Moscú, donde se denunció el golpe como producto de los laboratorios del Pentágono, el PC acusó a los militares de "gorilas" y llamó a luchar contra ellos. El 4 de octubre, *Unidad*, órgano de ese partido titulaba en primera plana: "¡El Pueblo Rechaza el Golpe Gorila!" Una declaración de su órgano directivo manifestaba que los jefes militares desde su primer planteamiento habían revelado "su firme intención de perennizarse en el poder." Se trata, decía, de "una nueva dictadura militar". Frente a tal hecho, el partido declara: "En primer lugar su absoluto rechazo y condena al golpe de estado." ¿Por qué razones? "Porque significa un innegable retroceso en la evolución política y democrática del país. Porque significa una usurpación a espaldas y en contra de los intereses del pueblo trabajador y de las masas populares." Tal golpe de Estado respondía —a juicio del PC— "a la orientación y estrategia del Departamento de Estado y del Pentágono, destinada a cercenar los movimientos nacionalistas en toda Latinoamérica. . ." "No es casual —añadía— que el cuartelazo se haya producido apenas concluida la conferencia de los ejércitos latinoamericanos realizada en Brasil, bajo la presidencia del general yanqui Wetsmoreland, y que el premier del nuevo gabinete sea justamente el General Montagne que concurrió a dicho evento. . ."

En su edición del 11 de octubre (se trata de un semanario), tras la recuperación de todo el complejo petrolero de Talara por el Gobierno Militar, *Unidad* titula en primera página: "Victoria Popular. Derrota de la IPC!!" e incluye un pronunciamiento del Partido en el cual se manifiesta que la ocupación militar de La Brea y Pariñas es la culminación victoriosa de la lucha antiimperialista y nacionalista librada por el pueblo peruano a lo largo de 50 años.

A fines de octubre se inicia el viraje que llevaría finalmente al PC a un apoyo apenas crítico al Gobierno Revolucionario, posición mantenida hasta hoy. *Unidad*, en su edición del 1º de noviembre, da cuenta del plenario del Comité Central efectuado el 27 de octubre y publica un informe leído por Jorge del Prado, Secretario

General del Partido. "Si para justificar su captura del poder —señala—, la Junta ha tenido que dar un paso muy importante en el terreno nacionalista, los otros eslabones de la cadena deben llevarnos no sólo a defender la nacionalización del petróleo sino también a "luchar por una constituyente democráticamente elegida. . ." Admite del Prado en ese informe que en el seno del movimiento militar puede haber coroneles u oficiales jóvenes nacionalistas, pero aún persiste en sostener que "el movimiento en su esencia no es nacionalista ni predomina en él el nasserismo." En su edición del 12 de diciembre, el viraje es mucho más acusado. *Unidad* publica una declaración del PC, de fecha 9 del mismo mes, que analiza la situación tras la conferencia dictada por el Primer Ministro, General Montagne, respecto al plan económico del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. ". . .el contenido y el significado del Plan de Gobierno dimanado del régimen militar de facto —dice— manifiesta en algunos aspectos básicos una orientación de evidente sentido nacionalista. . . Estamos, pues, frente a un fenómeno nuevo y nada simple, por el contrario, profundamente complejo. . ." Hace luego algunas críticas, especialmente a lo que llama el Talón de Aquiles del Plan, es decir, a la ausencia de un pronunciamiento en favor de la nacionalización de la gran minería, en manos de inversionistas norteamericanos. Pide aun elecciones municipales y congreso constituyente. Hoy otorga sin mezquindades al régimen castrense carácter revolucionario, nacionalista, antiimperialista y antioligárquico. Y rechaza la celebración de comicios que puedan retrotraer al país a la etapa anterior al 3 de octubre. Estamos, en consecuencia, frente a una visible evolución rectificatoria que denota flexibilidad y merecería un análisis.

Los motivos de tal cambio pueden entrecruzarse, sin embargo, desde ya si se acude a las teorizaciones de algunos jerarcas comunistas de elevada posición dentro del movimiento mundial orientado por Moscú, entre ellos Rodney Arismendi, uruguayo y uno de los más explícitos. Sostiene el teórico comunista que, en diversos países atrasados, es característica generalizada que:

representantes o movimientos de la pequeña burguesía radical, o de la intelectualidad avanzada, procuren ocupar la vanguardia del proceso revolucionario. . . Para el proletariado y su partido —para nosotros comunistas— surgen de aquí los términos de un problema complejo y dificultoso pero insoslayable: configurar la *unidad contradictoria con tales* fuerzas. . . En aras del objetivo estratégico de la unidad, la presencia vivaz de una táctica revolucionaria justa debe limpiar la lucha ideológica de todo doctrinarismo. . . el predominio ideológico resultará de la transformación de la ideología socialista en influencia

principal sobre todo el movimiento, en eje ideológico en torno al que, *prácticamente*, deberán girar —pese a los desencuentros— las otras concepciones no proletarias, semiproletarias, "cuasi-socialistas", de reverdecido premarxismo o de nacionalismo democrático radical, etc. . . .
 . . . hay que creer que el ingreso de algunos países a la fase democrática y antimperialista, quizá ocurra por *vías de aproximación variadas*; y en algunos casos, es posible que la pequeña burguesía radical lleve, durante un tiempo la batuta del movimiento —ya como grupo intelectual, militar o de otra índole. . . la profundización revolucionaria exige, sin embargo, la existencia independiente de un partido marxista-leninista que acaudille a las masas. Y este es el Partido Comunista que debe mantenerse en el interior y no fuera del movimiento real tal como éste se da, por ejemplo en el Perú.¹²

Por las reacciones inmediatas y posteriores al golpe militar, se observa que los sectores de la derecha o del centro-derecha entendieron mejor y más rápido el fenómeno, que afectaba sus intereses, y procuraron, según los casos, combatirlo o acomodarse a él para destruirlo o atenuar su virulencia. Es cierto que *Caretas* trató por algún tiempo de destacar lo que llamó "esquizofrenia de la Junta", señalando incongruencias reales o aparentes en la política del Gobierno Militar y subrayando la, también más o menos real operante, influencia de sectores derechistas en el comportamiento supuestamente errático del régimen. Pero asimismo es cierto que Ulloa, cabeza visible del nuevo experimento de "capitalismo desarrollista" o reformista propiciado por Washington, denunció desde el primer instante la presencia de militares de orientación nasserista en el nuevo Gobierno. Después de todo, se sabía que algo había cambiado en el interior de la Fuerza Armada y especialmente en el Ejército, a partir —por lo menos— del primer "golpe institucional" de 1962. El autor de este ensayo, por ejemplo, formuló ya en esa fecha algunas apreciaciones que si de algo pecaron fue por defecto para enfocar la evolución hacia la izquierda de la Fuerza Armada peruana. Dijimos entonces:

En los países subdesarrollados como el nuestro, que no han podido engendrar una burguesía nacional fuerte, consciente de sus diferencias y contradicciones con el imperialismo, donde las tareas de la emancipación nacional y económica están por realizarse, donde, prácticamente, la burguesía abdica de su papel histórico, aparecen nuevos candidatos para desempeñarlo. El Estado adquiere una cierta autonomía,

¹² R. Arismendi: *Lenin, la Revolución y América Latina*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1970, pp. 287 y ss.

equilibrado entre las clases en pugna. Las Fuerzas Armadas, elemento principal del aparato estatal, pueden asumir y asumen de hecho, en muchas ocasiones, una importancia excepcional. Se atribuyen a sí mismas, de manera consciente o semiconsciente, el derecho a llenar la vacante dejada por la burguesía. Pero, tanto por su formación mental como por la tarea que esperan realizar, las Fuerzas Armadas levantan en estos casos la bandera del nacionalismo. Si las circunstancias son efectivamente favorables, en los terrenos económico, social, geopolítico, cultural y militar, como ocurrió en el Egipto de Nasser, ese nacionalismo puede dar muchos pasos hacia adelante y desembocar en una especie de semisocialismo. . .¹³

La incapacidad de los llamados sectores de izquierda para comprender con la necesaria rapidez y profundidad el fenómeno que se desarrolla ante sus ojos no puede menos, en verdad, que llamar a reflexión. Máxime si se trata de teóricos que hacen gala de sus conocimientos dialécticos y, sin embargo, parecen encarar el régimen castrense como un proyecto, dado de una vez por todas, y no como un proceso susceptible de irse modificando y avanzando de conformidad con el cambiante mundo de las circunstancias. Pareciera, por lo demás, que tales teóricos al crear un abismo entre su posición y la gubernamental, no se dieran cuenta de que están suprimiendo con el propio aislamiento un factor positivo en la ecuación del cambio social; que están abandonando "a su suerte" el proceso para luego condenar acerbamente "su fracaso ya previsto." Hay en esto visiblemente un fenómeno de retorcimiento psicológico, producto en gran parte de la crisis y frustración universitaria, pues de la Universidad provienen y en ella sustentan principalmente su fuerza los grupos de "ultraizquierda." No es por azar que el partido con mayor vinculación real con las clases productoras —dentro de la izquierda clásica—, el PC, haya rectificado su posición a pesar de las presiones en contrario de los otros grupos. Y no es por azar, tampoco, que tanto el bloque soviético del Pacto de Varsovia como China Popular, Cuba y hasta el Vietcong observen con cautela no exenta de simpatía, claramente manifestada, el proceso peruano. Los líderes de esos países deben necesariamente asentar los pies en la realidad. Muy distinto es el caso de quienes no obedecen en la formulación de sus planteamientos sino a patrones estereotipados, a esquemas cuyo "radicalismo" proviene principalmente de una subjetividad desbocada.

La incapacidad "ultraizquierdista" para captar correctamente el

¹³ Hernando Aguirre Gamio, *Liquidación Histórica del Apra*, Ed. Debate, Lima, 1962, pp. 20 y 21.

fenómeno y desplazarse positivamente con respecto a él se sitúa dentro de una fosilización del pensamiento "izquierdista" debido a una adhesión irracional a esquemas sin basamento real. No obstante, debemos admitir que en esa actitud debe haber influido —dicho sea en descargo de los teóricos ultraizquierdistas— la experiencia histórica de largos decenios de predominio político-militar en el Perú, caracterizados no precisamente por sus rasgos de avanzada. Como admitimos también que hay un ingrediente de oportunismo y de segundas intenciones en la actitud favorable al proceso de algunos hombres y grupos que se reclaman de una posición izquierdista. Pero todo esto no puede explicar en su integridad la obcecación "ultra". Hay detrás un hondo problema de frustración experimentado por el estudiante universitario. Durante los años de la crisis mundial (años 30) se disputaron el control de la Universidad apristas y comunistas. Luego éstos fueron disminuyendo rápidamente su influencia a medida que buscaban un entendimiento con sectores económicos y políticos de poder, a fin de "combatir al fascismo". En los años cuarenta y parte de los cincuenta el control aprista en las universidades fue total. Y durante ese tiempo, con todas las distorsiones imaginables, hubo un relativamente importante contacto entre los estudiantes y la realidad del país. Vino después la gran frustración: la entrega aprista a los sectores dominantes tradicionales. Pese a todos los vaticinios, no fue entre los trabajadores donde se sintió de inmediato este impacto sino entre los universitarios. Por formar parte de la "intelligentsia" y por su condición de jóvenes, los universitarios están inclinados a la adopción de concepciones globales del mundo, que satisfacen su necesidad espiritual de seguridad; y a posiciones radicales de ruptura total con el *establishment*. El maoísmo y el castrismo ofrecieron, por entonces, la compensación psicológica anhelada tras la frustración aprista. No debe subestimarse, naturalmente, un factor objetivo que vino a presionar vigorosamente en el mismo sentido: la masificación de la Universidad; el crecimiento vertiginoso de la población estudiantil de extracción clase media baja y provinciana. Sector cuyas apetencias quedaban también frustradas en gran parte por la incapacidad social para satisfacerlas en forma adecuada. Todo contribuyó a preparar el caldo de cultivo donde se abreviarían los ideólogos ultraizquierdistas, prontos a rechazar cualquier proceso que se apartase de sus esquemas y estereotipos. Y fue cabalmente en este clima que se dio el pronunciamiento militar de octubre del 68, con las previsibles consecuencias anotadas.

IV.—*Etiología del Cambio Castrense*

No poseemos en el Perú trabajos de investigación, monografías descriptivas, obras de interpretación de carácter científico sobre el comportamiento de la élite militar, a diferencia de otros países del hemisferio. En parte, eso ha dado lugar a que se haya creado algo así como una leyenda negra en torno a la oficialidad de la Fuerza Armada. La intervención de los militares en la vida política del Perú, durante el primer y segundo militarismo, pese a ser materia específicamente histórica, no ha merecido un análisis lo suficientemente documentado y desapasionado como para darnos una visión más o menos exacta de los hechos y sus proyecciones. Nos hemos alimentado más del panfleto que de la investigación objetiva. Si bien se ha denunciado la parcialidad y superficialidad de algunos historiadores militares para enjuiciar la conducta de sus camaradas de armas del siglo pasado, no se ha hecho lo mismo respecto a los historiadores civiles de la misma etapa, sobre todo con relación a quienes, perteneciendo a los rangos de la intelectualidad oligárquica, falsearon presumiblemente ciertos hechos cruciales; a sabiendas o, al menos, impulsados por el interés subconsciente de justificar a su clase.

Recién en años muy cercanos, tan pocos que todavía no pueden influir en el ánimo de la gente común, estudiosos peruanos y extranjeros, señaladamente norteamericanos, se han venido ocupando sistemáticamente de la investigación histórica y sociológica de las élites o grupos de presión en el Perú, incluyendo a la Fuerza Armada. Pero aun en esta novísima fase no se ha podido erradicar del todo el enfoque interesado, particularmente si en su manipulación intervienen personas formadas dentro de un clima social de gran potencia.

A falta de estudios satisfactorios y de un enfoque más o menos racional, predomina el impacto psicológico determinado por algunas actitudes muy destacadas y por la especulación en torno a las mismas. En lo relativo a la época contemporánea son hechos determinantes el apoyo de la Fuerza Armada —o, por lo menos, la tolerancia— a regímenes autoritarios que, de una u otra forma, sirvieron para mantener intocado el sistema tradicional de dependencia y dominación, de subdesarrollo, a que ha estado sometido nuestro país. Y, además, la pugna que, por cuarenta años, ha enfrentado la Fuerza Armada con otra fuerza, ésta popular y aureolada antaño de ribetes revolucionarios: el movimiento aprista. De ese modo, tanto ha traumatizado a los militares la frustración histórica de que habla Víctor

Villanueva¹⁴ como a los civiles politizados su propia frustración, encerrada en la historia del aprismo como corriente política de masas incapaz de tomar por entero el poder y aplicar su programa, a diferencia de sus homólogos en casi toda Latinoamérica. Frustración que, lógicamente, debía proyectarse en odio a la Fuerza Armada como "impedimento" del triunfo aprista. Es posible que esa pugna haya retrasado considerablemente en el Perú la emergencia de corrientes nacionalistas, antiimperialistas y antioligárquicas en el Ejército.

Así tenemos el trasfondo, cuyo contraste con las actitudes recientes del Gobierno Militar ha dado lugar a la confusión, al escepticismo y a la duda, más o menos sistematizada, a través de teorizaciones de la denominada ultraizquierda. Pero como no es posible siquiera vivir en permanente actitud de negación, se está desarrollando hoy una vasta obra de investigación en torno a las causas del cambio de la mentalidad militar o de lo que se supone tal. Entre esas causas cabe señalar, tentativamente, los cambios económicos, sociales y políticos sobrevinientes a la Segunda Gran Guerra, tanto en el Perú como fuera de él; a la extracción social promedio de los oficiales de la Fuerza Armada, particularmente del Ejército; el profundo viraje hacia la derecha operado en la dirección del Apra; la tecnificación del cuerpo de oficiales; la influencia de las ideas de la Iglesia postconciliar; la actividad del Centro de Altos Estudios Militares y del Servicio de Inteligencia Militar; el impacto de las guerrillas de 1965.

a) El mundo de la segunda postguerra mundial no se parece mucho al que conocimos antes de ella. El capitalismo ha entrado a una fase de profundo deterioro. El Tercer Mundo antiimperialista es una fuerza con la que se debe contar. Nadie tiene ya el monopolio de las ideas revolucionarias, tras la frustración burocrática de experimentos más o menos recientes. La renovación de la Iglesia Católica ha quebrado el esquema tradicional en torno a uno de los antiguos pilares del orden establecido. La filosofía existencial y el remozado humanismo cristiano, así como el retorno a las fuentes pre-marxistas y al marxismo del manuscrito de 1844, constituyen un vivero de agitación intelectual. El desarrollo de las ciencias sociales permite una mejor comprensión de los fenómenos de la vida humana. En fin, el humor revolucionario de las masas se ve centuplicado por el enorme desenvolvimiento de los medios de comunicación. Todo esto debía operar necesariamente en la mentalidad de los militares. Como también los cambios producidos molecularmente en la sociedad peruana durante los últimos 25 años. Tales como la

¹⁴ Cfr. *100 Años de Ejército Peruano*, Ed. Mejía Baca, Lima, 1971.

traslación del centro de gravedad económico desde la agricultura de exportación a la minería, la pesca y la industria de transformación; el surgimiento de nuevos sectores sociales con ambiciones políticas; la aparición de partidos de masas competidores del aprista; la emergencia de una corriente ideológica, el socialismo humanista, liberada de la camisa de fuerza del marxismo, tal como lo entienden sus seguidores "ortodoxos".

b) La fuerza Armada en el Perú no tiene un origen aristocrático como en la Europa tradicional. Es cierto que muchos aristócratas, en los años de la guerra emancipadora, formaron parte del Ejército, pero su influencia no fue muy grande. Han sido plebeyos, como Santa Cruz, Gamarra, Castilla, Cáceres o Sánchez Cerro, los jefes militares decisivos por su capacidad gubernativa o su atractivo popular. Estadísticas recientes muestran que, en promedio, el oficial peruano —notoriamente en el Ejército— es de extracción provincial y plebeya, principalmente de clase media.¹⁵ Y si antes las condiciones no le permitieron adquirir conciencia de esa situación con la suficiente nitidez para obrar en consecuencia, todo parece indicar que esto se modificó en los últimos decenios.

c) El Partido Aprista, antaño abanderado del antiimperialismo, del nacionalismo latinoamericano, de la posición antioligárquica y del cambio de estructuras, fue paulatinamente transformándose en una corriente integrada al *establishment*, como resultado de sus frustraciones. En la década del sesenta, los líderes apristas habían abandonado ya toda su fraseología anterior y, por el contrario, habían dado su aprobación y santificación a la subsistencia de las viejas estructuras. La derechización del Apra coincidió con un paralelismo izquierdizamiento de la Fuerza Armada y, como dijéramos, hace ya más de un decenio, se produjo un cruce en el camino.¹⁶ Una vez a la derecha el Apra, la Fuerza Armada no tenía ante sí ninguna traba psicológica para avanzar hacia posiciones revolucionarias o, al menos, radicales.

d) La segunda guerra mundial y la guerra fría trajeron grandes cambios de estructura para la Fuerza Armada. La influencia francesa fue sustituida por la norteamericana. La suscripción del Pacto Interamericano de Ayuda Mutua, en 1947, y los consiguientes acuerdos bilaterales con EE. UU., dieron como consecuencia una tecnificación creciente de los oficiales. Al mismo tiempo se produjo una mayor capacitación de los militares en diversas especialidades

¹⁵ Cfr. Luigi Einaudi: *Las Relaciones de Estados Unidos con los Militares Peruanos*, en *Estados Unidos y la Revolución Peruana* (trabajo colectivo), Ed. Sudamericana, Bs. As., 1972.

¹⁶ Aguirre Gamio, *op. cit.*, p. 22.

como corolario de una concepción que vinculaba la seguridad y la defensa nacional con el desarrollo económico y social.

e) El cambio operado en la Iglesia a partir de la renovación de su doctrina social y acentuado tras el concilio ecuménico impresionó, sin duda, a un cuerpo de oficiales cuya gran mayoría ha considerado siempre la religión católica como un ingrediente medular de nuestra personalidad nacional.¹⁷

f) Según ha podido saberse, desde la década del 40 se comenzó a hablar en el seno de la Escuela Superior de Guerra acerca de la necesidad de crear un centro superior de estudios "donde se plantearan y analizaran los problemas de orden estratégico hasta entonces no abordados." El 14 de julio de 1950 se aprobó la Ley Orgánica del Ejército cuyo artículo 24º creaba el Centro de Altos Estudios del Ejército. Más tarde esta entidad se transformaría en Centro de Altos Estudios Militares para englobar a oficiales de la Marina y la Aviación. "Desde su primera época el CAEM se dedicó con creciente afán al estudio de los recursos naturales y del potencial económico del país, en función de las necesidades militares. . . los investigadores militares debieron haber percibido, cuando menos intuitivo, que en el Perú, con una burguesía raquítica. . . era imposible un 'desarrollo espontáneo'. . . Era pues indispensable que el Estado impulsara el desarrollo, pero que lo dirigiera también. . .".¹⁸ De ahí a formular la necesidad del cambio no había sino un paso. Otra entidad cuya influencia en el proceso de cambio no ha sido estudiada debidamente es el Servicio de Inteligencia Militar (SIM). De testimonios diversos se deduce que el SIM influyó tanto, por lo menos, como el CAEM. Es interesante anotar que varios de los más importantes conductores del actual proceso revolucionario han pertenecido o pertenecen al Servicio de Inteligencia.

g) A mediados de 1965, en las zonas central y sur de la Sierra, lindante con la región selvática comenzaron a operar dos frentes guerrilleros del Movimiento Izquierdista Revolucionario (MIR). Casi al mismo tiempo se abrió otro frente en el Departamento de Ayacucho organizado por el "Ejército de Liberación Nacional" (ELN), de elementos castristas de origen comunista (stalinista). El 2 de julio de 1965, ante la ineficacia policial para dar cuenta de los brotes guerrilleros y ante la presión que ejercían el Apra y la derecha sobre el gobierno de Belaúnde, se expidió un Decreto Supremo que

¹⁷ Ivan Vallier: *Las élites Religiosas en América Latina: Catolicismo, Liderazgo y Cambio Social*, en Lipset y otros: *Elites y Desarrollo en América Latina*. Ed. Paidós, Bs. As., 1967.

¹⁸ Víctor Villanueva: *EL CAEM y la Revolución de la Fuerza Armada*, IEP, Lima, 1972, p. 167.

disponía el ingreso en operaciones de la Fuerza Armada. Se dice que los jefes de ésta se mostraron renuentes a entrar en acción para una lucha que juzgaban "de segunda clase" y dentro de la cual se podía esconder una trampa oligárquica. Pero una vez resuelta su intervención y concedidas las facultades solicitadas, el Ejército, con apoyo de los otros Institutos Armados, liquidó las guerrillas en seis meses. Se ha sostenido¹⁹ que la Fuerza Armada experimentó un shock debido a que, por primera vez, vio con toda claridad las consecuencias que podían derivarse de la situación de miseria y atraso en el país. En consecuencia, tal impacto pudo servir como desencadenante para poner de inmediato en marcha las lecciones aprendidas en el CAEM y el SIM.

¹⁹ Cfr. Ministerio de Guerra: *Las Guerrillas en el Perú y su Represión*, Lima, s/f ¿1966?.—Victor Villanueva: *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, Ed. Mejía Baca, Lima, 1969, pp. 37 y ss. — Roger Mercado: *Las Guerrillas del Perú (El MIR, De la Predica Ideológica a la Acción Armada)*, Ed. Fondo de Cultura Popular, Lima, 1967.

ARGENTINA: 2a. "OPERACION MASACRE"

EL 13 de diciembre de 1828 en la localidad de Navarro, Provincia de Buenos Aires, era fusilado el coronel Manuel Dorrego, gobernador de ese Estado y jefe del Partido Federal bonaerense. Su ejecución, ordenada por el general Juan Lavalle, antiguo soldado de las tropas sanmartinianas y vencedor de los brasileños en Ituzaingó, abrió la etapa de las guerras civiles, que de una u otra manera se prolongarían hasta 1870.

San Martín calificó a Lavalle de "espada sin cabeza", rechazando el ofrecimiento que éste le hiciera acerca de la gobernación de Buenos Aires. "Yo supe en Río de Janeiro —diría el ya Libertador desterrado— la revolución encabezada por Lavalle; en Montevideo, el fusilamiento del coronel Dorrego; entonces me decidí a venir hasta balizas, permanecer en el Paquete y no desembarcar, haciendo desde aquí algunos asuntos que tenía que arreglar y regresar a Europa. Mi sable... no... ¡jamás se desenvainará en guerras civiles!".

Lo cierto es que la guerra civil asoló al país sin solución de continuidad, entremezclándose incluso con las contiendas de las repúblicas vecinas, tales los casos de Paraguay y Uruguay. Concluido en 1880 el período más álgido de los enfrentamientos, subsistiría no obstante la lucha entre el llamado "unicato" conservador y el Partido Radical, que en aquella época representaba las aspiraciones de las mayorías populares. Recién en 1916, cuando el primer Presidente libremente elegido por la ciudadanía, Hipólito Yrigoyen, asume la primera magistratura, se atenúan las violentas disputas políticas iniciadas el día mismo de la proclamación independentista de 1816. Sin embargo, el 6 de setiembre de 1930 un golpe de Estado pro-imperialista y financiado por los monopolios petroleros, derroca al viejo caudillo radical y comienza otro nivel de la guerra que actualmente vive Argentina.

Durante trece años, o sea hasta 1943, los conservadores mantienen el gobierno mediante el fraude electoral sistemático y la represión más desmedada. Tras sancionar un cuerpo de leyes entreguistas, que en Argentina se conocen como "el estatuto legal del coloniaje", los tardíos epígonos de la vieja oligarquía terrateniente son a su vez derrocados por un golpe militar de orientación nacionalista-católica. En ese confuso conglomerado de oficiales nacionalistas, dentro del cual existían tendencias que iban desde un nazi-fascismo acriollado hasta extremas posiciones emancipadoras en lo económico, aparece la línea política del nacionalismo-revolucionario expresado por el coronel Perón, quien interpreta los reclamos obreros y los sintetiza con su programa de las "tres banderas": independencia económica, justicia social y soberanía política.

Llegado al gobierno con el apoyo de la inmensa mayoría popular, Perón desarrolla entre 1946 y 1955 una de las más controvertidas gestiones gubernativas, no sólo de Argentina sino de América Latina. Baste decir que a 17 años de su derrocamiento, cuando todavía el 85 o 90% del movimiento obrero organizado sigue reconociendo su jefatura y, a la vez, grandes contingentes de juventud universitaria se enrolan en las filas peronistas y organizan guerrillas urbanas de la misma inspiración, sus enemigos y críticos oscilan en calificar al Movimiento que lidera de "fascista" o "castro-comunista". Ello evidencia su vigencia, que, no obstante, escapa al objetivo de este artículo y será el motivo central de otras notas.

En 1955 se inicia la guerra abierta

Es muy poco común que un ejército ataque a una multitud desarmada, y menos que la aviación bombardee objetivos no militares, salvo en guerras incontroladas y genocidas como la de Vietnam. Sin embargo, los militares argentinos no vacilaron en bombardear la ciudad de Buenos Aires el 16 de junio de 1955, día en el que centenares de ciudadanos, la mayor parte de ellos obreros, murieron alcanzados por la metralla y las esquirlas de granada arrojadas desde los aviones. Poco después, el 9 de junio de 1956, 30 militares y civiles, rebelados contra la recientemente entronizada dictadura gorila de Aramburu y Rojas, son fusilados sin juicio previo. El general Juan José Valle, jefe del movimiento revolucionario, es pasado por las armas luego de haber aceptado las garantías ofrecidas por el gobierno para entregarse, mientras que los coroneles Yrigoyen, Ibazeta y Cogorno enfrentaban a pelotones que ignoraban el veredicto de las mismas leyes militares. Por eso, el coronel Irigoyen pudo decir a sus matadores: "¡Soldados! Uds. no tienen la culpa de lo que hacen; el régimen es el responsable. ¡Viva la Patria! ¡Viva Perón!".

Igual suerte correrían los civiles sospechosos de participar en la insurrección. Detenidos unas horas antes de sancionarse la ley marcial, que desde luego no puede ser aplicada con retroactividad, la policía los ametralla en una localidad suburbana. Esa "operación masacre" sería más tarde investigada y llevada al libro por un escritor y periodista de talento, Rodolfo Walsh, que desnudó las falacias de una dictadura empeñada en exterminar a sus opositores. Diez y seis años más tarde el régimen continuador de aquella línea antinacional y antipopular, hoy encabezada por el general Alejandro A. Lanusse, lleva a cabo la 2ª "operación masacre", aunque agregándole elementos del más refinado ensañamiento y exhibiendo ante el mundo la verdadera raigambre de "los principios occidentales y cristianos" "y el estilo de vida" que defiende el ejército argentino.

El 22 de agosto de 1972, en las primeras horas de la madrugada, 19 prisioneros políticos confinados en el penal de Trelew (ciudad capital de la

Provincia de Chubut, situada en la región patagónica) son intimidados por la guardia a levantarse y dirigirse a un pasillo para ser sometidos a "una inspección de rutina". Una vez alineados en dos filas, ubicadas una frente a la otra, desde el extremo del pasillo varios marinos abren fuego con pistolas ametralladoras y dan por tierra con los presos. Tres de ellos —Alberto Camps, María Antonia Berger y René Haidar—, son dados por muertos en la confusión, y luego, ante la inmediata filtración de la noticia a los diarios locales, no alcanzaron a rematarlos como sucedió con varios de los caídos en primera instancia.

Posteriormente, la inmediata movilización de las agrupaciones populares detuvo en parte la violencia oficialista, sin que se pudiera impedir la repetición de actitudes lisa y llanamente inhumanas por parte de la dictadura militar. En efecto, por directa gestión del Dr. Héctor J. Cámpora —delegado personal de Perón en Argentina y Presidente en ejercicio del Partido Justicialista— se logró que tres de los guerrilleros —Eduardo A. Cappello, Ana María Villarreal de Santucho y María Angélica Sabelli— fueran velados en el local central del Movimiento Peronista. Allí, eludiendo la severa vigilancia policial, se dieron cita muchos miles de ciudadanos, quienes durante quince horas montaron guardia y permitieron que un equipo de abogados y médicos legistas, acompañados de periodistas y fotógrafos, examinaran los cadáveres y comprobaran las aberraciones a que habían sido sometidos. María A. Sabelli fue muerta por estrangulamiento y a bayonetazos, mientras que Ana María Villarreal de Santucho y Cappello presentaban heridas de bala en la nuca.

Todos esos testimonios, y otros muchos que obran en poder de diversos organismos internacionales —entre ellos la Comisión Internacional de Juristas, con sede en Ginebra—, reafirman las denuncias que desde hace bastante tiempo se vienen realizando sobre secuestros, torturas y asesinatos perpetrados por los organismos policiales, militares y paralelos, que a su vez conforman verdaderos "escuadrones de la muerte". Incluso el "New York Times" publicó hace unos meses una serie de artículos acerca de las torturas sufridas por la maestra rural católica, Norma Morello, que permaneció alrededor de ocho meses encarcelada en un cuartel perteneciente al 2º cuerpo de ejército en la ciudad de Rosario. Recién después de la ejecución del Gral. Juan Carlos Sánchez, comandante de esa división militar, fue liberada la militante popular; eso también indica que cada jefe de cierta importancia, sobre los cuales descansa el poder represivo de Lanusse, tiene "sus" propios prisioneros. Lo mismo sucede con el dirigente gremial Agustín Tosco, secretario adjunto de la CGT cordobesa, quien permanece confinado en la Patagonia desde hace diez y ocho meses por directa imposición del Gral. Alcides López Aufranc, otro de los "señores de la guerra" que comanda el 3er. cuerpo de ejército.

La revista "Primera Plana", ahora clausurada en virtud de la "ley" 19.797, que incorpora al código penal en su artículo 212 algunos agrega-

dos, relató los acontecimientos que culminarían con el asalto a la sede central del Movimiento Peronista y el secuestro de los ataúdes que contenían los cuerpos de Cappello, Villarreal de Santucho y Sabelli. El artículo, titulado "Represión post-mortem", comienza con una cita de Fedor Dostoievsky: "Si Dios no existe está todo permitido", y dice: "...El tanque Shortland golpeó una sola vez el portón de hierro de la sede central del peronismo. Fue suficiente. Atrás, vinieron los gases y una docena de vigilantes arremetió sobre la gente, replegada en el local: había que sacar los ataúdes. Afuera, tres mil personas se defendían de las cargas de caballería. Nada cristianos, los equinos pisotearon una y otra vez las coronas de flores. Sus jinetes, gritaban obscenidades, totalmente descontrolados. De golpe, los que buscaban refugio se volvieron y cantaron, haciendo frente: "¡O juremos con gloria morir!" Adentro, veinte minutos costó a los policías rescatar los tres féretros ansiosamente buscados: en ellos descansaban, cribados, Eduardo Adolfo Cappello (28 años, perteneciente al Ejército Revolucionario del Pueblo —ERP—), Ana Villarreal de Santucho (36 años, ERP) y María Angélica Sabelli (23 años, Fuerzas Armadas Revolucionarias —FAR—)... Ese viernes 25, los viejos lloraban. Al resto, los movía la indignación. El asombro. La impotencia. Pero era indudable: los guerrilleros no merecen, ni muertos, un último adiós como la gente. Pero la rabia venía también por otro motivo. A la madrugada —aún no había llegado AVS—, alguien con presencia de médicos abrió dos de los féretros. Algunos periodistas también lo vieron. Cappello tenía por lo menos quince perforaciones en la espalda; Sabelli, marcas en la garganta (¿apretada con un lienzo?) y el occipital destruido a golpes. Ambos estaban desde las 2. El cuerpo de AVS llegó, en cambio, ese mediodía y fue vitoreado. Bonet —el cuarto— no llegó. El I cuerpo lo entregó a los padres, en Pergamino, a pesar de que su esposa —a ella le correspondía, por ley—, vive en Buenos Aires y había aceptado velarlo junto a los otros en Avenida La Plata".

Hasta allí ese testimonio, al que se podrían agregar centenares provenientes de los sectores más dispares de la población. Al respecto, es preciso dejar constancia que la versión gubernamental (intento de fuga y ataque a los guardias) no fue avalada ni siquiera por las agrupaciones políticas más pro-oficialistas, que debieron guardar silencio ante lo abrumador de las pruebas de la masacre y las excesivamente descabelladas explicaciones de las fuerzas armadas. Porque, como si el gravísimo hecho hubiera sido insuficiente de por sí para indignar a la inmensa mayoría del pueblo, a los pocos días un alto oficial de la marina llevó a cabo por radio y televisión una pantomima dirigida a convencer a los argentinos acerca de la justeza del proceder gubernamental. Los resultados fueron exactamente los opuestos, y a este corresponsal le consta que muchas personas, hasta allí dubitativas, llegaron a la conclusión de que los 16 presos políticos habían sido asesinados.

El conflicto con Chile

UNA semana antes de la masacre, precisamente el 15 de agosto, tras una operación-rescate de gran precisión los guerrilleros lograron evadirse del penal de Rawson (otra ciudad de la región patagónica). Luego de copar el aeropuerto local y después de varias horas de alternativas cambiantes, los milicianos deben rendirse a una fuerza superior, no sin que diez de ellos alcancen a abordar un avión y pasar con él a Chile. La acción conjunta de las tres principales agrupaciones guerrilleras (Montoneros y FAR —peronistas— y Ejército Revolucionario del Pueblo ERP —marxista—), evidenció no sólo una capacidad operativa muy desarrollada, sino que alertó al gobierno acerca de un hecho sumamente peligroso para el sistema dominante: las organizaciones armadas se están uniendo por encima de sus discrepancias ideológicas y con vistas al derrocamiento de la dictadura.

El gobierno de Salvador Allende se encontró así, de buenas a primeras, con una situación muy comprometida. Por un lado, como es lógico para un régimen de extracción popular y respetuoso de los derechos humanos, debía considerar el hecho de los guerrilleros que solicitaban asilo político desde una perspectiva acorde con su posición y trayectoria; pero, asimismo, tenía que evaluar la posibilidad de un conflicto con Argentina en momentos particularmente difíciles de su vida institucional. Finalmente primaron los principios por sobre las conveniencias, aunque previamente se produjo un intercambio de notas diplomáticas que trasunta la filosofía básica de ambos regímenes: uno —el argentino—, apegado a la concepción de "las fronteras ideológicas" y, dada su propia conformación usurpadora y dictatorial, negador de aquellos derechos que los pueblos han conquistado tras una larga lucha; el otro —Chile—, que más allá de tener en cuenta un problema de Estado que comprometía sus relaciones con un país al que trata de acercarse, supo levantar una actitud acorde con las esperanzas revolucionarias que los pueblos latinoamericanos han depositado en él.

Demás está señalar que la dictadura argentina puso en evidencia su absoluto desconocimiento del derecho internacional, exhibiendo ante el mundo, a través de una nota de protesta presuntuosa e insolente, la sinrazón de los regímenes que consideran a sus opositores como ajenos al género humano. Porque, de acuerdo al concepto de estos militares pentagonistas —que en esta etapa de la monopolización imperialista en Iberoamérica es lo mismo que decir fascistas—, cuyos máximos ejemplos y guías son los "defensores del occidente cristiano" que arrasan Vietnam con napalm y bombardeos insensatos, el gobierno chileno debía devolver a los evadidos para que éstos se acogieran a "sus garantías". Esas "garantías" quedaron claramente manifestadas una semana más tarde, y si alguna duda tenían los chilenos sobre la necesidad de salvaguardar diez vidas y cumplir con un elemental deber de solidaridad latinoamericana, quedó superada de inmediato. Además, también vendría la respuesta emitida por el ministerio de relaciones

exteriores, que serena pero enérgicamente rechazó las pretensiones dictatoriales de Lanusse, al mismo tiempo que le recordaba, muy veladamente, que no es un régimen surgido de la imposición despótica el más indicado para hablar de constituciones, leyes y códigos penales.

Y al respecto, si algún lector estima que la anterior evaluación nace solamente de una apreciación parcial y subjetivista, es preciso recordarle que en Chile el gobierno es elegido por el conjunto de la ciudadanía en elecciones absolutamente libres. En Argentina, mientras tanto, el poder constituyente reside en los tres comandantes en jefe, y acaba de ser reformada la Constitución por decisión de estos modernos monarcas absolutos del tan castigado país sudamericano. Si eso ocurre respecto a la Constitución Nacional, que es formalmente la norma suprema de cualquier nación civilizada, repare el observador imparcial la importancia que los militares argentinos le pueden dar a las leyes, los derechos humanos y el respeto a la vida del pueblo.

Algunas conclusiones necesarias

DE los trágicos sucesos han surgido una serie de evidencias y síntomas, demostrativos en su conjunto de la gravísima crisis que atraviesa Argentina. La dictadura militar vio derrumbarse la imagen diferenciadora del Brasil, que durante más de un año trató de construir el "liberal y democrático" Lanusse, mientras que el pueblo reafirmó su convicción sobre la condición fraudulenta de las próximas elecciones. A medida que pasa el tiempo y los hechos se acumulan, configurando todos ellos la definida caracterización de un gobierno al servicio incondicional de los planes colonial-capitalistas de Estados Unidos, se alejan las ilusiones electoralistas de algunos sectores de izquierda. Los trabajadores cordobeses, cuya acción ha sido y es la vanguardia de la resistencia al régimen, van mostrando el camino; por su parte, los partidos, aun muchos de los denominados "tradicionales", cuestionan los estatutos proscriptivos elaborados por el ministerio del interior. 17 agrupaciones concurren a una asamblea convocada por el Movimiento Peronista y llevada a cabo el día 12 de setiembre; allí, quienes representan al 90% de la ciudadanía coincidieron en señalar al proceso político como "proscriptivo, continuista y condicionado".

Numerosos dirigentes se refirieron a los hechos políticos mencionados y a los sucesos de Trelew, destacándose algunos juicios terminantes. Por ejemplo, el Dr. Oscar Alende —presidente del Partido Intransigente y ex-gobernador de la Pcia. de Buenos Aires—, afirmó: "Los actuales gobernantes pretenden entregar el gobierno, pero no el poder; el pueblo les va a arrancar el gobierno y el poder". A su vez los socialistas, comunistas, democristianos, frondicistas, etc., atacaron los planes gubernamentales y condenaron la legislación represiva vigente. Finalmente, dado que la mayoría de los

partidos presentes pertenecen al Frente Cívico de Liberación Nacional liderado por el Peronismo, se conocieron declaraciones del Gral. Juan Perón, quien expresó: "... Hace unos días se ha producido una masacre de jóvenes argentinos, miembros de una juventud generalmente universitaria que está en una posición de protesta permanente. Sin juicio de ninguna naturaleza, utilizando el estado de sitio —lo que les permite detener a la gente indiscriminadamente—, los han masacrado en la cárcel. Todas esas explicaciones que dan ahora, que he leído en los diarios de allá, son demasiadas explicaciones para creerlas. En los casos de masacre de este tipo o genocidios de cualquier naturaleza, las explicaciones huelgan. Están de más. Más explican, ¡peor será!".

Para concluir, Perón manifestó: "Después del discurso descompuesto de Lanusse en el Colegio Militar, si es que a eso se le puede llamar así, no me siento inclinado a comentar sus incongruencias. La calumnia, la diatriba y el insulto son en casos como éstos homenajes que se rinden a un mérito o a un valor. En lo que se refiere a los asuntos institucionales que comenta, me inclino a pensar como Agustín Alvarez: "Quién lo mete a Lanusse a reformador institucional, que no es asunto del arma de caballería". Habla de gran acuerdo y pacificación nacional e inicia una guerra abierta contra todos los que no sienten o piensan como él, a los que amenaza violentamente. Indudablemente se siente como si estuviera al frente de un escuadrón en la formación de la tarde, sin percatarse siquiera que ahora el asunto es un poco más grande. Pero nunca la incongruencia fue un punto de partida feliz, y a este improvisado político parece acompañarlo como a su sombra. No es más congruente cuando intenta alcanzar la pacificación nacional por medio de la violencia o la arbitrariedad, estableciendo el estado de sitio, implantando la pena de muerte para los delitos políticos, metiendo en la cárcel sin proceso y sin causa a miles de ciudadanos que tienen la impertinencia de no pensar como él, implantando un aparato represivo que actúa al margen de la ley y creando "fueros judiciales de excepción" expresamente prohibidos por la Constitución Nacional... Ahora, como si todo eso fuera poco, pretende obligar a los dirigentes políticos a dialogar con él. Dice que quiere conversar conmigo. Yo ya soy demasiado viejo para perder el tiempo en un diálogo que será entre sordos. La experiencia, por otra parte, me induce a no perder mi tiempo, ya que, primero, se trató de inducirme a acuerdos inconfesables; luego, se intentó sobornarme con promesas de restituciones personales que me interesan mucho menos que las conveniencias nacionales".

Como remate de este proceso institucional que un periodista ocurrente calificó como enmarcado en los límites de la "política-ficción", uno de los principales jefes militares —el comandante de la III División, Gral. Alcides López Aufranc—, acaba de afirmar que "así voten tres personas, en marzo de 1973 habrá elecciones". Desde luego que el Gral. López Aufranc no sabe nada de psicología, y probablemente de ningún otro tema que exceda la equitación, porque si no sabría que el suyo fue típico acto fallido. En

marzo de 1973, efectivamente, votarán 3 personas, aunque los guarismos señalen lo contrario, ya que desde el comienzo de este fraude impuesto por la violencia represiva, son los tres comandantes en jefe quienes deciden el resultado de los comicios. Todo lo demás no dejará de ser un acto ritual; sólo será, en definitiva, la culminación de este trágico surrealismo político que los militares vienen desarrollando desde hace años ignorando, también, aquellas palabras tan justas de Lenin: "Tengamos cuidado de no transformarnos en esclavos de nuestras propias frases".

CARLOS O. SUÁREZ

*Hombres de Nuestra
Estirpe*

HOMENAJE A MAX AUB

CUADERNOS AMERICANOS rinde cumplido homenaje al gran escritor Max Aub, cuyo pulso dejó de latir el 22 de julio de 1972. Sorpresa y dolor de sus amigos, de sus centenares de amigos: españoles, franceses, alemanes, mexicanos, argentinos y de los otros países de nuestra América. Dramaturgo, novelista, cuentista, ensayista, crítico, poeta; en fin, escritor de cuerpo entero, de primera talla, a lo grande, fecundo, profundo, de lo mejor de nuestra lengua en el curso del presente siglo. Español, mexicano, francés, alemán y universal. Algo más, mucho más: hombre excelente y amigo cordial.

Durante los primeros treinta años de vida de *Cuadernos Americanos*, Max Aub colaboró 30 veces con trabajos de muy diversos géneros: ensayos, de crítica literaria, poesía y no pocos de difícil clasificación dada su rica, su riquísima personalidad. La primera vez con *Dos Cuentos* en la entrega de la revista de marzo-abril de 1947 y la última con *Una cena en Madrid en 1969* en la de enero-febrero de 1971. Hay que agregar que en la cena de *Cuadernos* del 18 de noviembre de 1971 para celebrar sus treinta años de limpia trayectoria, hablaron a nombre de México, Fernando Benítez, del resto de la América Latina, Carlos Solórzano y por España, Max Aub. Todavía lo vi en más de una ocasión en el curso de los primeros meses de 1972. La última vez que estreché su mano amiga fue en la Embajada de Francia con motivo de la condecoración que le concedió el Gobierno de aquel país. Después... la noticia triste y amarga. Había llegado la Pálida Inviolada.

Pero quiero dejar la palabra a los trece colaboradores que rinden homenaje en estas páginas al dilecto amigo que hoy descansa en el amor eterno de la tierra de su segunda Patria a la que él supo amar con entrañable amor.

J. S. H.

ULTIMA VISITA

Por *Vicente ALEIXANDRE*

ME parece estarle viendo entrar. Su última carta decía así:

"Querido Vicente:

"¡Yo volviéndome calvo, perdiendo peso, insomne, para demostrar que no hay poetas surrealistas españoles si exceptuamos a Picasso, Dalí y Buñuel, y tú publicando un libro mal titulado: *Poesía superrealista!*

"Como supongo que le has puesto un prólogo o hasta eres capaz de haber dejado que te lo pongan, en justo castigo hazme el favor de enviarme por correo aéreo un ejemplar del antecitado volumen, que, no lo dudo, me va a servir muchísimo.

"¿Cuándo volveré a entrar en Velintonia 3? Dentro de un mes sale "La gallina ciega", donde cuento o, mejor dicho, doy cuenta de nuestro encuentro.

"Te abrazo.

Max".

No había de tardar mucho en entrar en Velintonia 3. Me parece estarle viendo en la puerta de la habitación. De ningún modo calvo. Sí un poco más delgado que la vez anterior. Los ojos vivos, con ese brillo casi flagelador que tan bien apoyaba su punzante palabra. La boca no había variado, pero no desde dos años antes, sino desde su mocedad. Levemente adelantada en su centro, retrasada en sus comisuras, con un realce en su labio superior que daba como una pinza de juventud. La mejilla quizá más apretada al hueso, como reconociendo despacio su fundamento y su seguridad, más bien su certeza. Y arriba la frente, ancha pero precisa, porque allí estaba todo su pelo, gris de plata joven (de ningún modo vieja), ondeado como antaño, sin más variación que el color, tomado de las muchas luces (que no de las sombras) que lo traspasaron.

Porque Max era siempre una victoria. Nunca tuve más esa sensación que en su clímax trágico. Aquella noche lejana que no pude dormir leyendo su libro sobre su campo de concentración africano. Pero él, en su fortísima moral, resplandeciendo.

Recuerdo lo primero que yo leí de Max. Era en 1928, y fue una décima. Aparecía en una revista de su generación, la mía también, y la composición creo se titulaba sencillamente: "Décima". Allí estaba Max entero. Era en el rauda lapso de la boga de esa estrofa que Jorge Guillén había repristinado con nuevo vigor y resolución

poética. Y Max anotaba con puntual gracia, como dedicatoria: "Peaje a J. G."

Entre aquel "encuentro" con Max y el último que hemos tenido han pasado cuarenta y cuatro años. Ahora entraba con José Luis Cano y me sonreía bajo el dintel.

En aquellos cuarenta años, si Max había sido finalmente una victoria, era por su entereza moral. Es ésta la cualidad que resplandece a través de toda su literatura. Pocos testimonios tan vivos de la presencia de un hombre inabitable podrán encontrarse a través de las letras de toda una sazón. Y por otra parte, por la misma, pocas serán las literaturas, y la de Max era toda una literatura, que resulten tanto la encarnación de una época, tan inmediatamente coherentes con su expresión histórica. Admirable imaginación que se liberaba en todos los géneros y sin embargo resultó la más atendida, la más válidamente expresadora de la realidad en la que se erguía y de la que era hijo. Hijo (tanto como padre en cuanto creador), y no lo digo por los temas, sino por el movimiento de la figura, desde el impulso que parecía haberle puesto en el mundo hasta la expresión múltiple de su pluma y sus afirmaciones suasorias.

Se sentó a mi lado. "No estoy bueno. Tú te cuidas, estás ahí echado a esta hora; pero yo estoy peor que tú". Y sonreía. Más apurado de rostro que la vez anterior. Pero ¿quién podía hacerle caso, si te añadía el relato de la vida que estaba haciendo en los pocos días que llevaba en Madrid? El buscaba su Madrid, y lo desenterraba con ansiedad de amante nunca desengañado. Pero, al mismo tiempo, si la juventud se le acercaba, como así era, no se rehusaba, y la lección sólo de su presencia era un ejemplo deslumbrador de lo que un artista responsable, un hombre, podía ser, a través de toda una consecuencia. Y a los jóvenes los conquistó inmediatamente, sin una concesión, por su mismo rigor, por su exacta severidad, que resultaba fortalecedora.

Yo estoy seguro que las cortas dos estancias españolas finales de Max Aub concentraron en unas pocas semanas toda la virtud de una presencia de muchos años que no pudieron cumplirse, pero que de algún modo estallaron y se sembraron, en una explosión de sorpresa y ejemplaridad. Hablaba y se oía su son interior:

"Estuve en el homenaje a Fulano. Allí dije algo de lo que tenía que decir".

Lo hablaba con sencillez suma y te miraba a los ojos sonriendo, como si bromease, con algunas palabras donde sus famosas erres sonaban tal un pequeño redoble de tambor que se nos burlase.

"Max, ¿qué has hecho ayer?" "Estuve en el Rastro". Y el Rastro, el mercado o amontonamiento de vejees, libros, telas, cañas, hie-

rras, lámparas apagadas, tubos de aire, imágenes difuntas. . . sol más allá los soles, era el rastro brillador de un pasado que este hombre más de hoy que ninguno buscaba con infinito amor, entre los derrumbes de un Madrid sin tramoya que allí estaba de pie ante sus ojos, y sólo ante ellos.

"Campo del Moro", "Campo cerrado", "Campo abierto", "Campo de sangre" . . . campo, campo, en fin "Campo de los almendros", en una primavera que no llegó porque fue suprimida.

Me miraba. . . "Volveré todavía. Ahora me voy a México".

Se puso de pie. Yo estaba echado y no podía darme un abrazo. Estrechó callado mi mano y con un súbito movimiento de viejísima ternura la acercó a sus labios. Besé la suya con respeto y silencio. En sus ojos húmedos había un adiós y —¡cómo lo entendí!— como un presentimiento de la última despedida. Sin palabra ninguna cerró la puerta y escuché los pasos que se alejaban.

Hoy duerme en paz. Cobijado en su México que le adoptó. Yo quisiera que mis palabras fueran un puñado de polvo, pero de polvo de la otra tierra que él amó tanto, donde nació su verbo, y por la que el hombre dio mucho más que la vida.

"HOMBRE ENTRE DOS GUERRAS"

Por José ALVARADO

LA vida de Max Aub fue configurada por dos guerras. La de 14-18 llevó a sus padres, alemán y francesa, a España. Allí crece y lee, observa al mundo, conoce la vida y empieza a escribir. La tragedia española lo trae a México y en su valle los párpados se abaten y la mano deja caer lápiz infatigable. Se definió él mismo: escritor español y ciudadano mexicano. Nació en París y sus ojos conservaron siempre la dulzura impresionista de un tiempo ya muerto reflejado en el Sena, junto al cielo marítimo de su Valencia y el azul de un Guadarrama hecho suyo por derecho visceral; cuando los cerró se llevó hasta su postrer estancia corporal siluetas verdes de nopales, magueyes, palmeras, tabachines y pirules. Queda en México.

Max Aub pertenece a una generación europea condenada al exilio y la nostalgia de los bienes perdidos y es víctima de la fractura en tantos espíritus españoles. Pero no lo doblegan adversidad, reclusión ni trashumancia. Creador de personajes en sus novelas, cuen-

tos y relatos, él mismo supera a todos. Max vive su propia historia y escribe la de otros, mas en cada uno deja un destello, una sombra, un eco de su existencia. Hay una porción, grande o minúscula, de Max en las figuras transeúntes por sus páginas: el Max español, el Max mexicano, el Max francés, el Max alemán, el Max confinado en Africa, el Max triste ante lo de Hiroshima, el Max irritado por lo de My Lai. Max en los textos de André Malraux, Max en los diálogos de Bertold Brecht, en algún poema de Louis Aragon; Max dolorido por el sacrificio de García Lorca, Max, con su hija y sus nietos, en La Habana de Fidel Castro. En suma: el viejo Max, nuestro querido viejo Max, con los pies sobre una tierra asesinada y los ojos puestos en un horizonte secuestrado, pero con venas donde los glóbulos de la protesta dialogan con los de la esperanza.

Ni el mismo Max Aub supo, al morir, el número de páginas escritas por su mano. Todavía se ignoran los libros por reunirse cuando Peua organice sus papeles. Escribía como respiraba y tal vez ello lo conducía al equilibrio, el entendimiento de las cosas, los hechos y los actos y la reconciliación con un orbe hacia cuyos elementos no hubiera deseado pelear, pero no podía someterse a su irracional imperio. ¿Era tinta la sangre de Max Aub? Más bien su tinta era de sangre.

Ajeno al odio, antípoda del rencor, Max enriqueció la comunidad, trajo armonía a lo confuso y unión a lo disperso. Dueño de vieja ironía y mozo júbilo de vivir, europeo radical y americano floreciente, Max halla entre mestizos el origen de sus frutos más completos. En él mismo confluían varias vertientes rubias, teutonas, galas, semíticas y jaféticas y su mente —asamblea de la claridad cartesiana, el anhelo de Heine y el tesón de Alfonso Reyes— dejó sitio a los rumores de Nezahualcoyotl y los misterios de Ilhuicamina. Mestizo rubio por corazón y pensamiento, pudo fincar su estancia entre mestizos de mancha mongólica y tez cobrera.

Algún día se estudiará con cuidado la disímbola obra de Max Aub y ha de encontrarse, desde el primer hasta el último párrafo, una continua, persistente unidad: la de su vida y su ilimitada entrega a la comunicación. En Max Aub el pan baja al trigo y éste sube hacia la luz dorada; el ángel preso en el hombre se libera y adquiere los perfiles del demonio absoluto, la uva llega al vino. . . Pero ha de ser más interesante seguir la combustión de su vida, muestra de toda una tribu castigada, no por sus errores, sino por sus aciertos. Las contradicciones de Europa en este siglo hicieron a Max americano y las contradicciones, casi tetracentenarias, de América lo vieron europeo. No es el único caso, pero él lo representa como un tipo para la investigación. Escritor del tuétano a las huellas

digitales, Max Aub ha dejado sus libros como datos para un laboratorio histórico y su existencia como una placa para el corte de esta época. Hombre entre dos guerras y dos revoluciones, la soviética y la frustrada española, vino a caer los últimos años de la mexicana y supo de la del Tercer Mundo, así como de todas las contiendas hipócritamente limitadas de este siglo, frías, cálidas o tibias: de Corea a Argel, del Congo a Vietnam. Turista interno por muchos caminos del ser, viajero por distintos lugares de la tierra y el mar, detiene el paso bajo los cipreses mexicanos. . .

LA GALLINA CIEGA

Por Francisco AYALA

CUANDO Max Aub murió, todavía no había tenido yo ocasión de leer su "diario español", *La gallina ciega*, último libro que publicaría en vida. Desde Madrid, en el pasado junio, nos habíamos citado para vernos en México al mes siguiente. Llegué tarde: el día de mi llegada acababan de enterrarlo. . . Hacia esas fechas me puse a leer por fin su "diario", al mismo tiempo que leía también, y comentaba en algunas conversaciones, otro libro recién publicado que me importa mucho: el titulado *In Hiding*, donde un periodista inglés ha recogido de labios de sus protagonistas el relato de la vida de un hombre español, Manuel Cortés, que, como varios más, había permanecido oculto en su propia casa nada menos que treinta años, hasta que en el de 1969 promulgó el gobierno de Franco una amnistía que les garantizaba inmunidad. Los periódicos publicaron en su momento algunos de estos casos, y Max recoge otro en su *Gallina ciega* al apuntar: "¿Con qué finalidad me cuenta N. la historia del hermano de su cuñado? ¿Únicamente para que la sepa y la aproveche para escribir un cuento? . . . Rafael Fuentes vivió treinta años escondido en su casa. . . El año 60 o el 61, cuando otros empezaron a surgir de la noche y se hablaba de ellos en todas partes, como casos famosos, se avergonzó de su conducta (son las palabras de N.), se disfrazó de mujer, salió de su casa, fue a vivir en Madrid. . . Fuentes arregla sus papeles. El jefe del puesto de la Guardia Civil de su pueblo se carcajea: lo supo escondido desde 1949 (?). Podía salir a la calle: no había nada contra él, pero le dejó encerrado. Y se lo decía, riéndose las tripas, en la cara (me lo repite N.), en la Dirección General de Seguridad". . .

En suma, todos estos casos, como el que —más o menos ficticio— había presentado yo hace mucho en mi relato "La vida por la opinión", son circunstancialmente muy parecidos entre sí. Lo que tiene para mí de particular y fascinante el reportaje del inglés Fraser sobre la vida de Manuel Cortés es que éste, recluido como en prisión domiciliaria dentro de España, y en relación continua con su mujer, su hija y, luego, su yerno y nieta, no vivió sin embargo el paso del tiempo que alteraba todo en el mundo exterior, y cuando por último sale a la luz es para confrontar estupefacto esa realidad circundante de la que, por lo demás, debía estar informado. La confronta con la imagen que, cual amarillenta fotografía, guardaba en la memoria, y a duras penas la reconoce, negándose a aceptar aquello que, no obstante, se le impone por el mero hecho de ser la realidad, la vida actual, mientras que no pasa de ser vida congelada, pretérito perfecto, la que él había conservado entre el paréntesis de su reclusión.

Pues bien, algo semejante es lo que ocurre en *La gallina ciega* (y con esa irónica y autoirónica lucidez suya Max encontró para su "diario" un título que mejor no podía haber sido.) El libro repite a la inversa, como en un espejo, la experiencia de Manuel Cortés. Ciertamente, durante los treinta años de su encierro este hombre ha estado viviendo, y es precisamente esa vida suya en clausura lo que recoge el reportaje del periodista inglés: una vida condicionada y oprimida por la circunstancia de su segregación respecto del tráfico exterior; como también los segregados al otro lado de la muralla, los exiliados, llevaron adelante sus vidas respectivas fuera de España, porque el tiempo no da tregua a la tarea de vivir. Y ¡qué treinta años tan ricos en experiencia y creación han sido los del exiliado Max Aub! ¡Qué plétóricos de vida! Sólo que este vivir suyo no era ya vida española actual y efectiva, sino precisamente, la vida de un exiliado de España, de un hombre empeñado en guardar, en preservar con apasionado celo la imagen de aquel pretérito perfecto (o, si se quiere, idealizado) que es, en definitiva, la de su propia juventud trunca, la baza —ay, perdida irremisiblemente— que constituía su tesoro de expectativas.

Si el tiempo no da tregua, y el expulso como el recluso, por apretadas que fueran las circunstancias a que se veían reducidos, han tenido que seguir viviendo, también España, la sociedad española, al asumir las suyas, no menos apretadas en verdad tras de la guerra civil, ha proseguido entre tanto su existencia histórica, ha continuado su vida colectiva, y con ello se ha separado a su vez de aquel pretérito, no sólo en cuanto a sus proyecciones ideales de hipotéticos futuros que las decisiones del destino fueron cancelando,

sino de lo que en aquel entonces habían sido sus realidades, y el curso de los decenios debían alterar.

Así, la sorpresa del reencuentro consiste, para quienes vuelven o salen del escondite, en encontrarle al país una faz extraña, tan distinta de lo esperado y acaso temido, es decir, de lo que se conocía ya de antes. (Un conocimiento que, como experiencia viva, no se suple ni siquiera con la más cumplida y exacta información.) Esa extrañeza produce en ellos, claro está, desconcierto, y enseguida un incómodo rechazo de raíz emocional cuya racionalización no siempre resulta fácil. En tal sentido las palabras de Manuel Cortés, el enclaustrado, recogidas de viva voz, y las palabras escritas del exclaustrado Max Aub reflejan una reacción idéntica frente a la realidad con que se enfrentaron al caer de nuevo dentro de la sociedad española tal como ahora es.

Antes de haber podido hacerme con un ejemplar de *La gallina ciega* encontré en España algunas personas que conocían ya el libro. Me sorprendió al hablar con ellas —pues se trataba de antiguos republicanos que debieron padecer el llamado "exilio interior"—, el que todos indefectiblemente torcían el gesto con leve desaprobación al mencionarlo. Y es que el exilio interior sólo metafóricamente es tal exilio: ellos sí que habían vivido, y bien duramente por cierto, la realidad española de estos treinta años, y por eso les chocaban las reacciones de extrañeza que el "diario español de Max Aub" documenta: sus apreciaciones, sus repudios, sus juicios, en fin su visión de la realidad. ¿Acaso el libro mismo no revela ya una actitud análoga por parte de los sucesivos interlocutores con quienes el autor se entrevista, simpatizantes en su mayoría con la posición política que lo empujara al exilio? Como un diario que es, *La gallina ciega* anota las experiencias del escritor conforme se van produciendo, una tras otra, con lapsos que la memoria no se esfuerza en rellenar. No presenta otra estructura que la que pueden prestarle los movimientos de su ánimo en cuanto que esas experiencias lo alteran. A Max lo alteraban mucho las cosas que encontraba y veía en su regreso a España; tanto, a veces, como para provocar en él explosiones de irritación. Y es apasionante seguir ese ávido careo del recién llegado con las gentes españolas, antiguos y nuevos conocidos. Igual que en sus novelas, el "diario" está repleto de inagotables conversaciones, discusiones con la mayor frecuencia entre puntos de vista contradictorios, quizá irreconciliables, con una forma tensa de diálogo interminablemente argumentativo. Diría yo que *La gallina ciega* es, en cierto modo, más novela que las novelas del propio autor, pues aquí hay un protagonista —el escritor mismo— que en sus múltiples encuentros polemiza, no con éste o aquél, o aquel otro

contradictor particular, sino en definitiva, con el país entero. Y, por lo demás, puede advertirse una clara progresión en el modo cómo las compulsaciones sucesivas van haciendo mella en su ánimo, con lo cual hay, incluso, desarrollo del personaje a través de la acción, como debe darse en toda buena novela. Escrito el libro, según corresponde a un diario, conforme esa acción avanza, y no con arreglo a un plan de conjunto más o menos elaborado, quizá el escritor no se diera cuenta cabal de la íntima, pero no menos dramática aventura de que estaba haciéndose protagonista en su obra. Desgraciadamente, ya nunca podré, como tantas veces antes, preguntarle y entrar con él en su juego de estimulantes discusiones.

EL ULTIMO MAX

Por Manuel DURAN

DE Max Aub se podría decir lo mismo que afirmaba Azorín a propósito de otro gran español: "Pi y Margall era perfectamente joven cuando murió; lo fue durante toda su vida." Juventud, lozanía, sentido alegre de la vida —que no excluía la gravedad, el sentido trágico— fueron patrimonio de Max hasta el final. Y, siempre, fecundidad.

Tengo a la vista dos bibliografías de su obra, una en el cuaderno que forma parte de su disco en la colección "Voz viva de México": cien títulos. Otra, en el que es, quizá, su último libro, *Versiones y Sub-versiones*: ciento uno. No; me equivoco; ciento dos. Y sin contar su obra póstuma, su libro sobre Buñuel, que dejó incompleto pero ya muy avanzado, y que —estoy seguro— verá la luz muy pronto. Alegría, gravedad: también intensidad vital, también el aceptar la vida como un "juego serio". Quizá, en el caso de un gran escritor, el mejor homenaje sea el que sus lectores sigan leyéndolo, sigan ocupándose de sus libros, escribiendo sobre ellos.

Si no fallan mis listas, los tres últimos libros de Max son *La gallina ciega*, *Del amor*, y el título ya citado, *Versiones y Sub-versiones*, todos aparecidos en 1971. Entre estos tres, quisiera ocuparme ahora, de preferencia, de *La gallina ciega* y de *Versiones*. Los dos son "de buena cosecha". El primero, libro de comentarios, observaciones, en rigor, casi cae en la categoría de "libro de viaje", si bien por ser crónica del regreso de Max a España después de tan largos años de exilio no tiene nada que ver, como es fácil comprender, con

los libros de viajes tal como los entendemos generalmente. Es, más bien, una apasionada lucha con sus raíces, con sus recuerdos, con su visión de España. (Pero, claro está, ¿cómo mencionar el lazo de apasionada inteligencia que unía a Max Aub con España sin recordar al mismo tiempo que Max fue, también, un gran mexicano, un apasionado y lúcido partícipe de la vida mexicana? Quien lo dude deberá releer miles de páginas de Max, entre las muchas dedicadas a México. En especial, sus *Cuentos mexicanos*, cuyo título completo es *El zopilote y otros cuentos mexicanos*, de 1964, tan auténticos, tan impregnados de amor a México, y la *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, de 1969, libro concentrado, maduro, indispensable para los que quieren conocer este aspecto esencial de la literatura de México).

No es de extrañar que entre sus últimos libros prefiera yo *Versiones y Sub-versiones*. Entre otros motivos, porque en el volumen, editado por Alberto Dallal con pulcritud y elegancia, figura, tras el texto de Max, un breve texto mío, titulado "Pequeño retrato de Max como el Héroe de las Mil Caras". Es tan breve que me permito reproducirlo aquí: "Sí, ahí está ante nosotros, ante nuestras miradas asombradas, ese ser proteico, ese inacabable desdoblarse, esa infinita bifurcación (y en el fondo la fuente, la razón de todo, el manejo apretado en forma de gran corazón, la unidad de tanta diversidad). Ahí está Max, el novelista. Max Aub, el crítico de cine. Max el dramaturgo. Aub, 'ejecutivo' de la cultura y director de Radio Universidad. Max, el viajero incansable. Max, el humorista. Max, cuentista. Max, biógrafo, Max, traductor de cuentos y poemas apócrifos. Max, guionista de cine. Max, hombre de acción. Max, diplomático. Max, preso político en campos de concentración. Max, gurú de los jóvenes autores. Max, catedrático en Jerusalén. Max, mito en México y en España. Max, crítico literario. Max, antólogo. Max, crítico social. Max, poeta, Max, ensayista. Max, redactor en jefe de *El Correo de Euclides*. Y sobre todo —en la base, en esa piel tierna— la última máscara no es ya más que humana realidad: Max amigo, Max ser sincero y generoso, Max el que siempre tuvo tiempo para los demás. Y no es que le haya faltado tiempo para lo suyo. Lo suyo fue, desde el principio, la vocación de escritor."

Volviendo a los últimos libros de Aub: no cabe duda de que cualquier biografía de Max habrá de tener muy en cuenta *La gallina ciega*. En ella coexisten, profusamente, los datos concretos, historiales, y los juicios; toda la vida de Max vibra ante el impacto de su viaje. Muchos de sus juicios, muchas de sus impresiones, ofrecen un tono melancólico. Sin duda era otra la España que Max ansiaba redescubrir. Una y otra vez comprendemos que se siente defraudado.

Pero, sobre todo, el motivo por el cual, para mí por lo menos, el libro resulta imperfectamente satisfactorio, es que, conscientemente o no, he podido dejar de compararlo con otro libro sobre el mismo tema: *Las vueltas*, publicado en 1964 por Joaquín Mortiz. *Las vueltas* es, también, un libro de viajes; pero el viaje —el regreso a España— es puramente imaginario. Max da rienda suelta a su fantasía, a su ingenio, a su ironía a la vez alegre y mordaz. El resultado es deslumbrador: un alarde de inteligencia, un diálogo que arde como un castillo de fuegos artificiales. Comparar estos dos libros es entender la frase de Oscar Wilde, "la Naturaleza imita al Arte". Max inventa un regreso, unas aventuras, unas conversaciones, a diez mil pies de altura por encima de lo que fue la realidad —compleja, a ratos amarga— narrada en su último, "verdadero" relato. Y no es que dicho relato carezca de interés; forma parte de la historia y de la sociología, y pocos observadores hallaremos más sagaces y finos que su autor. Pero la frase de Oscar Wilde, "la vida imita al arte", parece aplicarse plenamente en este caso. El libro imaginario resulta más convincente, mejor organizado, más artístico, más ingenioso, que el que describe lo que de veras ocurrió al regresar Max a España.

Y ello nos lleva a la sugestiva belleza de *Versiones y Sub-versiones*, que es también un libro imaginario, hecho con la imaginación y la rara fantasía de Aub. Pertenece a la misma familia de *Jusep Torres Campalans* y de la *Antología traducida*, dos de los mejores libros de Max, libros de "humorismo serio", de humorismo a la vez paródico y erudito, en que se mezclan la creación, la caricatura, y la honda penetración psicológica, artística, histórica, y que aparecieron, respectivamente, en 1958 y en 1963, el primero en el Fondo de Cultura, el segundo en la Imprenta Universitaria, de la UNAM. En efecto: lo que ocurre en *Versiones y Sub-versiones* es que Max parte de una realidad histórica concreta (realidad que conoce bien, o que intuye, a base de unos pocos datos; la intuición de Max es tan amplia y certera como su erudición, o quizá la supera). Esta realidad histórica puede situarnos ante la poesía griega clásica, o ante los Vedas, o ante el Brasil de fines del siglo pasado, o ante la España del siglo xv o el Marruecos del xvi. Partiendo del ambiente y las tendencias, Aub inventa un poeta; nos da una breve nota biográfica, totalmente fantástica, y luego procede a construir un texto —poesía o prosa— correspondiente a esa personalidad recién creada y a la época en que vive. Los textos son siempre habilísimos, capaces de engañar a un experto; pero, sobre todo, se mantienen con frecuencia cerca de la parodia, cerca de la caricatura, si bien en algunos casos resultan admirables. Aub nos revela, pues, la esencia de la

poesía y de la historia a través de la recreación irónica y paródica —pero no hay que fiarse demasiado; algunos de sus poemas existen de veras, uno, por lo menos, de los textos es auténtico—. Creo, más aún, estoy seguro de ello, que si Jorge Luis Borges hubiera firmado *Versiones y Sub-versiones*, el libro se habría ya traducido a cuatro o cinco idiomas y habría causado revuelo internacional. Releamos —o leamos— por ejemplo la regocijante composición de la poetisa espartana Hagesícora acerca de las diferencias entre los órganos sexuales masculinos y los femeninos. O la concreción del odio, un odio hecho poema, en el texto de Marco Bruto Crispo (48-17 a. J.C.). O la "Plegaria hindú a las Plantas" (de los Vedas). La gama es casi infinita, la riqueza de matices, de actitudes, de estilos, desafía toda descripción, todo intento de resumen. No se trata de un juego de ingenio, aunque abunde el ingenio; sino más bien de una inagotable facultad a la vez creadora y mimética; Aub ha puesto en movimiento un gigantesco caleidoscopio poético, que es a la vez una máquina de tiempo: nos permite penetrar en el pasado y reconstruirlo a voluntad.

¿Qué más agregar? Max se nos ha ido. Quedan en nuestras manos sus libros. Dejo a otros el cuidado de justipreciar sus novelas, tan ricas, tan llenas de vida —y de tragedia—, y que, tomadas en conjunto, en la serie de relatos que narran la guerra civil, constituyen una verdadera "novela río", lo más parecido, por ahora, que se ha escrito, en español, a *La guerra y la paz* de Tolstoy. Pero para mí el Max humorista y fantástico, el Max de *Jusep Torres Campalans* y de *Versiones y Sub-versiones*, el Max regocijado y regocijante, que bromea con sus lectores, les toma el pelo, los lleva de la mano hacia realidades inventadas, más reales que la vida cotidiana, es el Max que yo prefiero.

LA HISTORIA

Por Jaime GARCIA TERRES

Los biógrafos más minuciosos anotarán —ya lo han hecho— el lugar exacto de su nacimiento. Lo que me interesa es que Max bien pudo haber nacido en México. Fue siempre, desde hace siglos, uno de nosotros, puntual ciudadano de nuestro mundillo en perpetua revolución; un semillero de ideas que le discutíamos en se-

guida, y así daban fruto. A la vuelta de la esquina, allá estaba él: con el último libro de Fulano; con Zutanito, profesor recién llegado de Toulouse, o de Montreal, o de las Filipinas; con la noticia del día, qué sé yo. Eso sí, libro, profesor y noticia pasaban desde luego, como por arte de magia, a incorporarse también a nuestro grupo.

Curioso: no recuerdo cuándo lo conocí. Tal vez me lo presentó Joaquín Díez-Canedo, tal vez Paco Giner. O Alfonso Reyes, que tantas cordialidades iniciaba. De pronto apareció Max en nuestro patio aquel de Mascarones, la antigua Facultad de Filosofía y Letras; en las reuniones del Fondo de Cultura, comentando las canciones de Imaz; en las comidas de los sábados, entre Julio Torri, Alí Chumacero y José Luis Martínez; en las ceremonias aquellas en que León Felipe partía un auténtico queso manchego, curado en misteriosos ritos. Max estaba dondequiera. Y ahí se quedó.

Entonces las cosas eran más fáciles. Salvo excepciones efímeras nadie peleaba en serio ni se creía demasiado importante. Nadábamos en el Peñón, jugábamos dominó en cualquier sitio, festejábamos el menor pretexto en la villa suburbana de los Giner. Jorge González Durán, Pablo González Casanova y yo escapamos, uno tras otro, a Europa. Corrieron meses y años de ausencia. Pero al regreso continuó la historia con Max. Claro, habían acontecido —y prosiguieron— muchos episodios. Algunos dolorosos, como la muerte de Bernardo Ortiz de Montellano. No pocos fecundos y dentro del orden normal de la vida. Nuevos rostros hicieron su entrada en la escena: Carlos Fuentes, todavía inédito; Hugo Latorre Cabal, Abel Quezada, Pepe Alvarado hablaba de sus tiempos. Octavio Paz, hijo pródigo, anunciaba el futuro. Max fue el testigo —por cierto, nada oculto— de todo ello, abierto sin reservas ante los conflictos del prójimo.

Vino al mundo Jusep Torres Campalans. No cupo bautizo porque su autor nos lo entregó ya maduro y artista con un impresionante curriculum vitae. Al fin de consumir la ficción Max confeccionó y desplegó en una galería las pinturas apócrifas de su personaje; y a la exposición concurrieron los críticos y espectadores consabidos. La gente compraba los cuadros. Fuentes y yo sorprendimos a uno de los teóricos de mayor fama local en el momento en que analizaba influencias y ponderaba —muy circunspecto— simetrías. Al punto decidimos falsificar una serie de textos alusivos al pintor imaginario, atribuyéndolos a firmas genuinas en boga. Un suplemento literario acogió sin dificultad nuestros engendros en la primera plana. Y se armó la de Dios es Cristo. Max reunió las parodias y las editó en un folleto de lujo, titulado: *Galerías*. En estricta justicia, *Jusep*

Torres Campalans sobrevivió como novela; sus cuadros y nuestras Galeras cumplieron su breve función de travesura.

Y sin embargo, Max Aub se quejaba de que no lo leíamos. La verdad es que resultaba imposible no leerlo. Inundaba los periódicos. No había colección, antigua o joven, sin él. A la *Revista de la Universidad de México*, que dirigí por espacio de casi tres lustros, me mandaba artículos constantes, y luego una columna fija. Solíamos acusarlo, no sin envidia, de escribir directamente en el linotipo. El soportaba la broma, pero no el principio implícito. El escritor, decía, debe escribir. Aunque, agregaba, el poeta tiene ciertos privilegios. Y puesto que no se sentía poeta, no cesaba de practicar la legítima doctrina. Descubrió la competencia profesional de mi secretaria, Alicia Pardo, y, por su cuenta, la adoptó en horas extras, para dictarle de corrido novelas, ensayos, dramas, crímenes, cuentos y cartas.

Una noche nos dio el primer susto. Se puso, de repente, lívido, y pidió que llamáramos a un médico. Peua, su esposa, se acongojó. Con todo, los años siguieron pasando. Los incidentes de este género, aunque no dejaron de repetirse, tampoco lo disuadieron de comer bien, viajar mejor y fumar a escondidas. En 1966 ó 67, mientras la insospechada diplomacia me retenía al pie de la Acrópolis, me visitó en Atenas. Charlamos a más no poder, olvidando las excursiones de costumbre y sin perdonar ningún tema mexicano. Sólo interrumpimos la conversación para ir a saludar un instante a Gustavo Durán, amigo común, y asimismo veterano del cenáculo de Lorca y Buñuel. Cuando vuelvas, concluyó Max antes de tomar el avión a Londres, necesitamos hacer una revista.

No la hicimos. Las cosas se habían complicado. Y se agravaron después, con lo de Tlatelolco. La salud de Max iba empeorando sin remedio. Pero él fue uno de los que me ayudaron a reinaugurar *La Gaceta*, que don Antonio Carrillo Flores me confió al asumir el mando del viejo Fondo de Cultura. ¿Por qué no influyes —insistió Max en diversas ocasiones— para que me nombren vuestro representante en Madrid? No lo permitieron los dioses. Ni, al final de cuentas, lo quiso él. Tras la última aventura en España, me habló por teléfono:

—Ya no es posible vivir —me dijo—. Y mi testamento contiene una sola cláusula: Que me entierren en México.

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

MARIANO CUBÍ, 166 · BARCELONA-6

Barcelona, 16 Enero 1973

Prof. Jesús SILVA HERZOG
MEXICO

Querido amigo:

La premura de tiempo, ya que salgo dentro de pocos días para el extranjero, me obliga a contestar casi telegráficamente a su carta.

Yo conocí primero a Max Aub por sus obras, que difícilmente se conseguían en la España de la postguerra civil, mucho antes de conocerle personalmente. Nos vimos luego en Barcelona, en Madrid y en otras ciudades del mundo. También conocí a su familia, y me metí en su vario y complejo mundo de hombre y de escritor. De toda su obra siempre me complació especialmente la maravillosa fabulación del inventado pero real pintor Torres Campalans, pese a la importancia y profundidad de muchos de sus otros escritos.

Es muy difícil expresar en pocas líneas la variopinta y rica personalidad de Max Aub.

La última vez que hablé con él fue en un viejo y hermoso caserón en Palma de Mallorca, y le encontré tan vital y lleno de proyectos como siempre. Sería un fatuo recurso sentimental y una trampa asegurar que le vi triste, o que en su rostro o sus palabras algo me hizo presentir su próxima muerte. Ahí nos queda su valiosa obra. Para el Max Aub siempre vivo que está en mi memoria, y para sus familiares, vaya otra vez más, mi agradecimiento, amistad y amor.

Reciba un cordial saludo,

Fdo. José Agustín Goytisolo

P.D. Le agradeceré incluya esta carta en el número de su revista dedicado a Max.

UN ESCRITOR GRANDE Y FECUNDO

Por José Luis MARTINEZ

DE manera tan llana era escritor que no consideraba condición especial o privilegiada el hecho de vivir en las letras, entre gentes de letras y de escribir y publicar. Parecía haberlo vivido todo, conocer o saber de todo el mundo, leído casi todo, y tenía siempre ánimos para seguir alimentando, al día o por anticipado, esta múltiple curiosidad. Contra la inclinación de los hombres maduros, no solía ser relator de hazañas y grandezas pasadas, y aún menos de desventuras, porque su interés mayor era lo inmediato, lo que tenía entre manos, lo que habían hecho o escrito otros, la página o la imagen descubierta ayer, las historias que se contaban. En cuestiones políticas tenía ese buen juicio que es memoria y conocimiento, con el que sabía atemperar entusiasmos o cóleras irreflexivos, volviendo a personas o hechos a sus justas proporciones. Gustaba mucho la compañía de sus amigos, a menudo menores que él, y antes que inquietarlo las singularidades de la revolución juvenil las consideraba menores que otras insurgencias del pasado, y aun hizo intentos por adoptar algunas de sus modas.

Uno de los hábitos de su amistad era dar con un gesto sencillo sus nuevos libros, y sus amigos recibíamos su abundancia como algo tan natural como el curso de las estaciones. El no esperaba que el mundo se conmoviera por cada uno de ellos y ni siquiera volvía a mencionarlos ni esperaba comentarios. Ya estaba más interesado en otros nuevos y en innumerables proyectos. ¿Habrán hecho alguna vez la lista de sus libros, folletos, proyectos, guiones, sobretiros y artículos dispersos? No lo sé. Alguien lo hará ahora y, paso a paso, iremos volviendo a las páginas leídas y a las no leídas, ordenándolas y descubriéndolas, para disfrutar otra vez tal fantasía, reflexionar sobre una opinión política, apreciar un pensamiento o admirar la enorme galería de humanidades que hay en sus obras.

Escribió tanto y ha sido estudiado tan fragmentariamente que no podría anticiparse cuáles de sus obras van a sobresalir o a preferirse en el futuro. ¿Las novelas o los cuentos? ¿El teatro o los versos? ¿Los estudios críticos o los ensayos? ¿El humor, las fantasías y las invenciones? Desde luego, el ciclo novelesco de los *Campos*, *El laberinto mágico*, acerca de la guerra civil española, es ya uno de los mayores testimonios literarios de aquellos acontecimientos. Y acaso llegue alguna vez la hora de su teatro, que él tenía en mucho. Mientras tanto, hay una sección de su obra y un libro que previsi-

blemente serán cada vez más apreciados, porque en cierto sentido son los más personales suyos. La primera es la que antes he llamado de humor, fantasías e invenciones; astillas, las llamaría Alfonso Reyes, del trabajo cotidiano, escapes de la imaginación y la ironía de varios calibres. Desde los apuntes de humor negro de los *Crimenes* y los aforismos de *Signos de ortografía*, hasta la espléndida invención de un pintor y su obra, en el *Jusep Torres Campalans*, y el hermoso discurso imaginario de ingreso en la Academia Española, *El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo*—que se apoya en la suposición de que no hubiera ocurrido la guerra civil y que, consiguientemente, fueran miembros de ella cuantos debieron serlo: Juan Ramón Jiménez y Américo Castro, Federico García Lorca y Rafael Alberti, José Moreno Villa y Manuel Altolaguirre, Emilio Prados y Luis Cernuda, Juan Larrea y Adolfo Salazar, José Bergamín y Agustín Millares Carlo, y aun Martín Luis Guzmán—, pasando por otras fantasías como los poetas inventados en la *Antología traducida* o las fábulas político-morales que, con gusto e imaginación tipográfica, ofrecía anualmente en *El Correo de Euclides*.

La obra suya que tendrá un lugar de excepción es *La gallina ciega*. Este diario, que narra las impresiones de su viaje a España en 1969 después de treinta años de destierro, es uno de esos libros a los que el curso de una vida nos hace sentirlos necesarios. La nostalgia acumulada del mundo perdido, al confrontar la mudanza de la realidad, tenía que explotar en la ira y el desencanto, aunque también en la fascinación del reencuentro de cuanto subsistía a la medida del sueño. Además de las impresiones subjetivas, dan una variada vivacidad a esta obra las conversaciones, las estampas de personajes, las descripciones de paisajes y sitios y los juicios políticos y literarios. Un ancho y gozoso entusiasmo, lleno de sensualidad y de memorias, y una ávida capacidad para comunicarse y saber escuchar animan cada página. El novelista, el dramaturgo y el ensayista entrecruzan con fluidez sus recursos y, como en las pinceladas de los maestros, en este otro arte hay un ahorro de elementos verbales—sobre todo de enlaces y presupuestos del discurso, dentro de la tradición del zeugma— y un ágil juego de alusiones y elusiones que conservan sólo los rasgos esenciales de imágenes e ideas e imprimen al estilo una aceleración interior y una soltura tan peculiares como eficaces.

Con todo, *La gallina ciega* no es un ejercicio de virtuosismo literario sino la crónica de una desilusión. El cielo y la tierra de España están allí, y allí quedan hombres de su tiempo o de su cercanía, huellas de escenarios de sus mocedades, viejas ciudades y monumen-

tos y pródigos dones para el alimento y la gula. Pero su propia España, la de las imágenes y las emociones recordadas, la reinventada en la memoria en tantas páginas, ya no estaba: "Los de la España 'grande, única, sola' o como se diga (¡Una, grande, libre!) asesinaron a la que conocí y —como en cualquier película— la reemplazaron por un doble", escribe. Hay una hermosa página que narra lo que pudiera llamarse su crisis de amor a España. Sale en la madrugada por las calles del viejo Madrid para intentar poner en claro a su propia alma confusa y se pregunta:

¿Era España esta oscura neblina que iba tiñéndose de no sé qué colorcillo rosado? No sabía qué pensar, no sabía ni qué pensar; sólo andaba por las ramas. ¿Qué sentía? ¿Cómo esclarecer mis sentimientos? No podía despabilarme y empezar a contar dos y dos son cuatro, aun suponiendo que lo fueran. Sí: no era España, no era mi España. Pero lo sabía con certeza de antemano y hacía mucho tiempo. ¿Qué me sorprendía? Me sorprendía no sorprenderme, que todo fuese —¡ay!— tal como me lo había figurado. . .

¿A qué vienes? No lo sabía. Me apoyé en un árbol y, en el amanecer ya vivo, sentí que lloraba. Lloraba calmo, por mí y por España. Por España tan inconsecuente, olvidadiza, inconsciente, lejana de cualquier rebeldía, perjuración. . .

¿Sobre qué lloras? ¿Sobre los mineros de Asturias? ¿Sobre los obreros de Sabadell o de los alrededores de Madrid? ¿Sobre los campesinos andaluces? No me hagas reír. Lloras sobre ti mismo. Sobre tu propio entierro, sobre la ignorancia en que están todos de tu obra mostrenca, que no tiene casa ni hogar ni señor ni amo conocido, ignorante y torpe. . .

La respuesta a estas preguntas aparece en otra parte del libro y se la da agresivamente un joven:

Lo que sucede es que aquí estás buscando lo que no hallarás nunca. Ni tú ni nadie.

—¿Qué?

—El tiempo pasado. Tu juventud. Ahora es la nuestra.

Esta búsqueda apasionada e ilusoria de un pasado cuyas huellas se han desvanecido da a este testimonio, de tan persistente interés, uno de sus rasgos más conmovedores.

¿Quién era Max Aub? Su biografía no lo explica del todo. Nace en París, de padre alemán y madre francesa, y allí comienza su educación. Pero llega a Valencia a los once años —primera guerra mundial— y allí cursa el bachillerato. A los veintiún años adquiere

la nacionalidad española. Vive también en Barcelona y en Madrid. Recorre España como agente de comercio y en los descansos de su tarea lee vorazmente literatura española, europea y americana, y comienza a escribir poesía, teatro y narraciones. Durante la guerra civil dirige un periódico socialista, se ocupa de teatro, es agregado cultural de la Embajada de España en París y, con André Malraux, hace una película: *Sierra de Teruel*. Al fin de la guerra sale de España. En París es denunciado y pasa tres años detenido en cárceles y campos de concentración. Desde 1942 vive en México, aquí escribe la mayor parte de su obra, se hace mexicano y aquí muere ("lo más probable —escribió— es que me quede viendo el valle de México, entre Emilio Prados, Luis Cernuda y León Felipe").

Ni sus sangres, ni sus nacionalidades sucesivas —francesa, sumpongo, hasta los veintiún años, española durante cerca de veinte y mexicana durante casi treinta—, ni sus varias residencias ni su tiempo y las duras experiencias que debió vivir explican a este hombre singular, como hecho desde dentro y no por las contingencias. ¿Qué podía tener de francés o alemán? ¿En qué se asemeja al español que decidió ser? ¿Qué llegó a tener de mexicano aparte de conocidos y entendernos? En verdad sólo fue él mismo: escritor apresurado y múltiple que trabajaba con la alegría de un niño que inventa cada vez un nuevo juego, tierno y constante en sus afectos, sensual en la fiesta y estoico ante adversidades, amigo del humor y de la juventud, leal a sus convicciones y tolerante ante mudanzas y veleidades ajenas.

Su temperamento tenía poco que ver con orígenes y circunstancias, mas las heridas que sufrió fueron de diferentes profundidades. Pues, habiendo pasado, digamos, la mitad de su vida entre Francia y España, y la otra mitad, pero la segunda, en México, al fin sólo se sentía español, sólo pensaba en función de España y su tragedia y sólo tenía verdaderamente a "España en el corazón". México era para él —sobre todo en el testimonio que es *La gallina ciega*— más bien apoyo y afición, conocimiento de modos y secretos, asiento de su casa y su familia, libros y trabajo, amigos; una honda marca, por cierto, pero no aquel amor entrañable que ya había sellado. El mismo intenta explicarlo cuando dice: "Uno es de donde estudió el bachillerato", y ello nos fuerza a reconocer que, fatalmente, este sentimiento de patria, de pertenencia, de adhesión, sólo tiene una vinculación indeleble con la juventud, con el tiempo de posesionarse del mundo y de perderlo, y que los tiempos de cosechas de la madurez poco pueden mudar lo que ya nos hicimos.

Pero Max Aub, escritor de su tiempo, aquí se nos queda.

EL ESCRIBIA COMO HABITO Y PASION

Por José Emilio PACHECO

‘ ‘**N**O hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa.’’ Mateo, Marcos y Lucas señalaron imborrablemente en los Evangelios la proclividad humana a descreer de la grandeza de nuestros prójimos más próximos. Jesús obró pocos milagros en Nazaret debido a la incredulidad de sus paisanos, quienes se preguntaban cómo era posible que tuviese tantas sabidurías y poderes el hijo del carpintero.

El hombre sólo comparte con Cristo el cáliz y la cruz, no la capacidad de hacer milagros. Seguramente uno de los cálices que le tocó apurar a Max Aub fue el desinterés hacia su obra literaria por parte de quienes, de algún modo, estuvimos próximos a él. La cercanía, que nutre los afectos, no suele propiciar las admiraciones. Ha pasado medio año desde su muerte y aún nos cuesta trabajo convencernos de que nuestro amigo, secamente cordial y siempre bondadoso y pródigo de su tiempo, con quien solíamos almorzar y pasarnos tardes y noches conversando, era —sigue siendo— el primer escritor del exilio español, el mayor de sus novelistas, el más importante de sus dramaturgos.

Nadie se atrevió a decir esto en México, sí en España y en otros lugares en que la proximidad de la persona no estorbaba la apreciación del autor. Max Aub fue afortunado, sin embargo. En su última etapa vio el pago de duros años de silencio y trabajo incesante: obtuvo el reconocimiento en su país, su obra comenzó a llegar al público español —que fue siempre su principal destinatario— y él no conoció la decadencia de sus dones que acecha fatalmente a casi todos los escritores. *La gallina ciega*, el libro postrero, el diario de un sobreviviente que vuelve en busca de sí mismo a las ruinas de un mundo destruido, contiene muchas de sus páginas más intensas y hermosas.

FINALMENTE el éxito no importa. La tarea de escribir lleva su recompensa en su propio ejercicio y debe desentenderse de premios y castigos. El único triunfo verdadero a que pueden aspirar quienes la emprenden es tener doce o quince buenos lectores.

Llevo el remordimiento de no haber sido uno de ellos para Max Aub. De sus cincuenta libros leí menos de veinte, algunos por voluntad, otros por la obligación de hacer una reseña. Lo que conozco me basta para admirarlo, no para acabar de entenderlo.

¿Escribió demasiado? Sí, de acuerdo con el secreto ideal (o el secreto desastre) mexicano del *homo unius libri*. No, si se considera que su producción iguala o apenas excede los promedios europeos —los de un Gide, un Mauriac o un Sartre, por ejemplo— y en medio siglo de actividad equivale a más o menos un libro por año. Max Aub creyó en el hábito de escribir. Frente a él casi todos resultamos simples aficionados. Porque si se echan cuentas se advierte que su ritmo de producción —en apariencia tan desmedidamente, tan mitológicamente fecundo— es alcanzable por cualquiera que se proponga redactar tres cuartillas al día.

Max Aub fue un escritor profesional en este sentido, no en el de vivir de sus libros. Buena parte de su trabajo nunca se imprimió en forma encuadernable: los textos periodísticos, los guiones que escribió con Mauricio Magdaleno para Emilio Fernández. Perteneció a un tipo de hombres de letras a punto de extinguirse: aquellos para quienes los géneros no son compartimentos estancos sino modalidades de una sola escritura. Supo, y dijo, que "el hombre-orquesta no alcanzará nunca la notoriedad de solista"; que hubiera sido más fácil para él (y para nosotros) haberse limitado a ser narrador, autor teatral, ensayista o poeta. Ahora no tendríamos dificultades para decidir en dónde está el verdadero Max Aub.

LA dificultad es ilusoria: el verdadero Aub está en todos y cada uno de los campos que frecuentó su imaginación insaciable. El narrador realista y testimonial de la vasta serie de cuentos y novelas que forman *El laberinto mágico*, es también el inventor de ese formidable juego que emplea la mentira como arte para decir la verdad, *Jusep Torres Campalans*, acaso mi preferido entre todos sus libros, y de un desconocidísimo experimento que hace aparecer tímidas y poco inventivas muchas empresas de la neovanguardia:

Juego de naipes en que el despliegue normal de la baraja en una partida revela a los jugadores las infinitas posibilidades combinatorias de un relato: las opiniones que tienen acerca de un hombre que acaba de morir aquellos que compartieron su vida.

El dramaturgo de *San Juan, No, Morir por cerrar los ojos, La vida conyugal, Cara o cruz, Las vueltas*, y el excelente teatro breve, es un maestro del diálogo y la composición dramática. Pero sobre todo, como ha dicho José María de Quinto, no existe en la dramaturgia española un conjunto de piezas tan abiertas, hipersensibles y atentas, tan lúcidas y comprometidas con la realidad sociopolítica de nuestro tiempo. El teatro fue su pasión profunda —lo primero

que escribió: un intento de drama a los doce o trece años— y es doloroso que sólo contadas obras llegaran a la escena.

EN principio, uno se inclina a negarle a Max Aub ese título, el de poeta, que por su naturaleza involuntaria se tiene o no, se resiste a las aspiraciones y los afanes humanos. Quien poseyó un prodigioso oído para reproducir el coloquio, aceptó su aplastante incapacidad auditiva para el verso. Los poemas firmados por Max Aub son en verdad renglones encogidos. Pero si el verso es el vehículo natural y privilegiado, no es desde luego el único posible conductor de poesía: en la prosa cortada de su magnífica *Antología traducida*—compilación de pseudoapócrifos en la línea de *Jusep Torres Campalans*—, en algunos libros como *Yo, vivo*, Max Aub demostró con creces que era un poeta.

Y aún no se ha dicho nada del humorista, capaz de crear extraordinarios cuentos de una línea en *Crímenes ejemplares*; del antólogo a quien personalmente debo agradecerle que me haya ilustrado acerca de *La prosa española del siglo xix* en tres volúmenes que Barral o Alianza Editorial deberían reeditar y difundir; del ensayista que precisamente por ser arbitrario y antiacadémico recuperó las virtudes originales del género.

Ignoro si Max Aub —que escribía mucho porque dormía poco y se levantaba temprano, antes de que el teléfono, las visitas, las obligaciones llegaran a separarlo de la página— tuvo tiempo de llevar un diario continuado. Estoy seguro, en cambio, de que sus anotaciones sobre México y los mexicanos darían material para un libro que fuera para nosotros lo que *La gallina ciega* es para España. Max Aub supo vernos con amor y también con ironía. Apuntó cosas que nadie más ha dicho. Para citar sólo un ejemplo literario, observó que si nuestros autores se quedan en el país escriben poco: varias de las obras maestras de esta literatura se han hecho en el extranjero. Esperemos que pronto salgan al público —sin expurgar— esos papeles.

TREINTA y seis años me separaban de Max Aub, y un abismo de experiencia, talento, sabiduría. Pero nuestra amistad de casi cinco lustros en ningún momento condescendió al "generacionismo". Fue invariablemente generoso y estimulante para conmigo. Me enseñó que la amistad también está hecha de diferencias y discrepancias. En 1961, a propósito de mi inepto entusiasmo por escritores modernistas que aún estaba de moda despreciar, polemizamos en Méxi-

co en la *Cultura* y la *Revista de la Universidad*. Siempre que mis escritos le disgustaban solía regañarme por teléfono. Mi último recuerdo de él pertenece al 14 de septiembre de 1971. Comimos en su casa con Gabriel García Márquez y, al despedirnos sin saber que era para siempre, Max me entregó un ejemplar de mi *Antología del modernismo* en que decenas de páginas estaban repletas de anotaciones suyas sobre sus desacuerdos y mis errores.

No volví a verlo nunca. Al año siguiente, en el avión de regreso a México, encontré el *Excelsior* con la noticia de su muerte. Ya no pude acudir a Euclides 5-3, como tantas otras tardes. Fui a la capilla ardiente pero no quise contemplar su rostro de muerto. Entre todas las imágenes que dejó en mí me quedo con aquella del domingo 24 de abril de 1960 cuando vimos en el cine de Las Américas *L'Espoir (Sierra de Teruel)*.

Max Aub, estará eternamente ligado a la guerra de España. Y ahora quiero decirle adiós con las palabras que un personaje de *Campo de los almendros*, Claudio Piqueras, pronuncia ante su hijo en el muelle:

—Estos que ves ahora deshechos, maltrechos, furiosos, aplanados, sin afeitarse, sin lavar, cochinos, sucios, hechos un asco, son sin embargo, no lo olvides hijo, no lo olvides nunca, pase lo que pase, son lo mejor de España, los únicos que, de verdad, se han alzado, sin nada, con sus manos, contra el fascismo, contra los militares, contra los poderosos, por la sola justicia; cada uno a su modo, a su manera, como han podido, sin que les importara su comodidad, su familia, su dinero. Estos que ves, españoles rotos, derrotados, hacinados, heridos, soñolientos, medio muertos, esperanzados todavía en escapar, son, no lo olvides, lo mejor del mundo. No es hermoso. Pero es lo mejor del mundo. No lo olvides nunca, hijo, no lo olvides.

EL CORREO DE EUCLIDES

Por José María de QUINTO

EN este año de 1973, que ahora se inicia y se inicia tan convulso, nadie espere recibir "El correo de Euclides", periódico conservador especialmente impreso por Max Aub para felicitar el año nuevo a amigos, indiferentes y extraños, que a él nunca dolieron prendas. "El correo de Euclides" no va a aparecer en este año de

1973 porque Max Aub, su creador, director, redactor, y aun confeccionador, se lo ha llevado consigo y para siempre.

Quede aquí sin más y acéptese de buen grado el aviso porque gentes puede haber todavía a la espera. Ese ha sido mi caso: a pesar de que me consta, duele y hiera la muerte de Max, he de confesar que he seguido esperando la llegada del tal correo; que, en estos abrumados días de felicitaciones, al abrir el buzón de la correspondencia me ha dado más de un vuelco el corazón cada vez que he creído descubrir entre otros el sobre de "El correo de Euclides" (Era un sobre de los que por aquí llamamos "bolsa", que cerraba con un hilo bramante alrededor de una muesca redonda). Con ello, quiero creer, no hacía otra cosa que resistirme a aceptar la muerte de Max, del amigo, del escritor, del hombre. Pero empeño inútil, decepción mayor, pues ahora sé bien que "El correo de Euclides" no volveré a recibirlo nunca.

En "El correo de Euclides" asomaba la faz de un Max irónico, sabio, travieso, capaz de resumir, desde su vieja sabiduría, el "non sense" de un mundo caótico que había vivido y sufrido en su propia carne. Venía a ser como la condensación de las máximas contradicciones y de las más disparatadas informaciones suministradas por la prensa mundial, condensación llevada a cabo mágicamente por medio de un alambique único manejado por una inteligencia superior ya de vuelta de muchas cosas. Era, ideológicamente hablando (y este es el punto que más me interesa), la expresión más honda del último Max viviendo el supremo conflicto entre la esperanza y la desesperanza.

La larga andadura de Max Aub, larga no tanto de años, sino de trabajos y de días, y aun de más trabajos y más días, no puede considerarse ni mucho menos ajena al tortuoso y contradictorio camino seguido por la historia. Si bien la historia va adelante, por así decirlo, no marcha en línea recta, para desesperación de los muchos, sino en zig-zag, racaneando, retrocediendo a veces. Y la tragedia del hombre que lucha y trata de empujar a la historia reside en parte en que a veces la ve caminar hacia atrás. Pues, en las relaciones de ese proceso histórico y de la andadura de Max Aub, relaciones a nivel dialéctico, pueden hallarse precisamente las claves para penetrar el último sentido de su obra. Nadie más atento, más preocupado, más permeable, más influido que Max por la realidad de su momento. Era precisamente en la prensa, en la última noticia, donde encontraba en ocasiones tema para sus trabajos. Sentía más de una vez la necesidad de dar respuesta y cuanto antes a los sucesos históricos más inmediatos (la obra sobre el Ché la escribió de una sentada al leer la noticia de su muerte), en un intento de clarificarlos, de cohe-

rentizarlos a través de su tratamiento estético. "La literatura es de hoy, no tiene mañana, salvo si suena la flauta", le oí decir en muchos momentos. Así, a una primera etapa orteguiana en que se inscribió dentro de las corrientes de la deshumanización del arte, le siguió otra de verdadero compromiso político en que llegó a ser un testigo de excepción de la realidad mundial. Llegaba esta segunda etapa como consecuencia de la guerra civil española y sus consiguientes secuelas. No en balde Enrique Diez Canedo pudo escribir de Max, a los veinte años de su primer encuentro con él en el Madrid de las deshumanizadas torres de marfil: "... porque si Max Aub, en su apariencia corpórea y en sus documentos personales, sigue siendo joven, ya no lo es en su experiencia vital, en su ciencia del vivir, forjada, a fuerza de golpes, en la guerra, en el campo de concentración, en el destierro, en la ausencia, en la lucha por el pan cotidiano..."

Eso lo escribía Diez Canedo por los años cuarenta. Pero la historia tenía que dar muchas vueltas, y Max con ella, enredándose con ella, no iba a quedar simple y exclusivamente como testigo de excepción de una determinada época. Al fracaso de las democracias liberales, al derrumbamiento de los fascismos, iba a seguirles la guerra fría, los problemas de la coexistencia, la aparición del tercer mundo, y una cierta —tenue si se quiere— decepción, comenzó a apoderarse poco a poco de los escritos de Max Aub, tal si la última lucha clara y rotunda, en la que unos estaban a un lado y los otros al otro, hubiera sido la librada en la guerra civil española. (Cotéjense la primera y la última parte de "Luis Alvarez Petreña": el salto es descomunal, el abismo impresionante. Léase "La gallina ciega": apenas queda margen para la esperanza).

Con todo, no se trata de proponer aquí un Max esquemático, primero metido de hoz y coze en un esteticismo ciego y sordo a la realidad, entregado después a una lucha literaria social política, y, por último, recluso en sí mismo y complaciéndose en el nihilismo. Nada más lejos de mi intención, porque Max, hasta el postrer momento, estuvo henchido de vitalidad y su curiosidad intelectual le llevó a acometer las más impresionantes y arriesgadas aventuras literarias como si siempre estuviera empezando de nuevo. Para matizar un poco cuanto expongo podría decir que en el primer Max estaba ya todo (el esteta, el político, el nihilista), y que tales componentes, sin desaparecer en ningún momento de su obra, fueron cobrando un mayor peso específico, uno detrás de otro, según las épocas o etapas porque atravesó.

Me importa mucho dejar esbozada esta última etapa de Max, a mi modo de ver expresión de un soterrado debate entre la agonía

y la praxis, porque, que yo sepa, no ha sido todavía suficientemente estudiada, tal vez ni siquiera señalada, por parte de la crítica atenta, y constituye además, siempre a mi modo de ver, la culminación de la obra del gran escritor como reflejo de un íntimo, profundo humanismo, expresado las más de las veces, tal si sintiera pudor, de un modo irónico, desgarrado y sarcástico. Acaso la forma distanciadora —la ironía, el desgarró, el sarcasmo— de mostrar ese nuevo talante ha hecho que pasara un sí es no es desapercibido el doloroso sentimiento de desencanto ante una realidad que no parece tener por objeto sino la destrucción de todo.

De aquí mi recuerdo y mi reencuentro con Max a través de "El correo de Euclides", ese periódico conservador desde el que felicitaba el año nuevo y en el que, por debajo del divertimento, de la "boutade", del puro juego literario, se mostraba terriblemente desengañado aunque capaz de reírse en su propio desengaño.

"El correo de Euclides" último, el que corresponde a la felicitación de 1972, lo recibí de manos del propio Max, en México, en su casa de Euclides cinco, con todavía olor a la tinta de imprenta, y lo recibí por más precisión y exactitud el 11 de diciembre de 1971. Era, como los anteriores, una diversión, pero, también al igual que los anteriores, una diversión perfectamente seria. Se trataba, nada más y nada menos, que de la edición del discurso (apócrifo) de su ingreso (también falso) en la Academia Española. Llevaba por título "El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo". En él proponía un juego (¿qué es el teatro sino un juego?) a la manera de los dramas sobre el tiempo (Lenormand y Priestley se hubieran divertido). La guerra civil española no había tenido lugar (como la de Troya parafraseando a Giraudoux). Y el 12 de diciembre de 1956, ante la presencia del Excmo. Sr. Presidente de la República, Max Aub leía su discurso de recepción en la Academia. Pero, en el colmo de la sencillez, de la humildad, Max no era elegido académico por su obra de escritor, sino simplemente como director de teatro, y ello con ser él, a no dudarlo (¿lo hubiera sido de no haberse producido la guerra?), uno de los primeros y más grandes de nuestras letras. En el discurso de contestación, Juan Chabás apenas aludía a alguno de sus escritos dramáticos ("Espejo de avaricia", "El desconfiado prodigioso" y "San Juan"). pero, en los méritos de la bienvenida, más contaban los de la programación y realización de una labor escénica al frente del teatro nacional que los verdaderamente literarios. ¿Qué entonces de su obra narrativa, poética, ensayística y aun dramática? ¿Qué, dentro de esta última, de "No", de "El rapto de Europa", de "Deseada", y, sobre todo y por encima de todo, de "Morir por cerrar los ojos", que es a mi parecer la

gran tragedia del teatro español contemporáneo? ¿Ganábamos acaso un académico y perdíamos un escritor?

En la contraportada del opúsculo, por lo demás exacto en tipografía y papel a las ediciones de la Academia, Max escribió de su puño y letra:

"EL CORREO DE EUCLIDES"
 periódico conservador
 Número extraordinario de 1971
 Impreso
 para felicitar el año
 Nuevo
 a
 José María de Quinto
 en
 México
 (y en donde sea)

Era una broma, una broma más de Max, de sus impenitentes correos, preparados año tras año. Entrábamos otra vez en el "non sense", en el juego, en la diversión. Pero la guerra civil, ¡ay! sí había tenido lugar, y el propio Max la había sufrido hasta el alma, todavía la estaba sufriendo, ahora académico de la diáspora, de la cultura española escindida, de la academia en el exilio, que tiene por techo el mundo.

Era una broma, una broma más desde la que se reía de todo, del silencio, del olvido, de la injusticia. Pero confieso —ahora puedo confesarlo— que en el hotel, al darle lectura, no pude evitar una honda tristeza.

SALA DE ESPERA

¿Apólogo? ¿Elegía?

Por *Juan REJANO*

EN tu Sala de Espera, alguien hay todavía...
 Tú, acaso, nunca lo supiste: era
 oscura y fría la Sala, y otros hombres
 esperaban también: allí, contigo,

esperaban también. Hombres sin rostro,
inmóviles, en llamas, como esas invisibles
hogueras que en sus bosques alimenta la tarde.

Cansado de esperar —¿desesperado?—,
un día,
con un golpe violento de la puerta
cerraste aquella Sala donde tantas
congojas anidaron
y saliste al andén.

Anohecía.

Apenas una línea de montañas translúcidas
escapaba a las sombras.

Ibas, bajo las lívidas
luces, como entre sueños, suspendido
por las alas del tiempo. De tus ojos,
que agrandaba la fiebre, fluían las preguntas
—¿Llegará? ¿Llega, al fin?— igual que un río
que quisiera horadar una muralla.
El cuerpo se te ahilaba como un jirón de niebla
y el silencio
se anillaba a tus plantas, blando ofidio.

No llegó, no llegó, no llegaría
el tren que tú esperabas. ¿Llega acaso
alguna vez, si el sueño
se engendra en el dolor que lo devora?
Llegó el otro, el postrero, el que no tiene
retorno.

¿Habías dejado atrás años o siglos?
Sombra de un gran fulgor, además triste,
tu lugar ocupaste: en la partida
una flama de manos como lágrimas
te dijo adiós y luego volvió a la lenta prueba.

¿Había acabado todo?

Es tarde, tú te has ido y sin embargo
siento que estas palabras deben nacer ahora,
al recordar el vuelo de tus pasos.

En tu Sala de Espera, alguien hay todavía. . .

EL LABERINTO MÁGICO

Por Manuel TUÑÓN DE LARA

“**E**SPAÑA es el laberinto” hace decir Max Aub a uno de sus personajes, Paulino Cuartero, en *Campo de los Almendros*, digno remate del *Laberinto Mágico* aubiano.¹

Sí, Max; España es el laberinto en el que tú entraste por libre decisión —por eso eras español por partida doble— y no saliste nunca, ni quisiste salir, hasta dejarnos para siempre el 23 de julio.

lleva, quien deja, y vive, el que ha vivido

dijo Antonio Machado al morir el maestro Giner. Y tú, Max, te has llevado la más cabal expresión de nuestro laberinto, tan trágico como mágico, porque has dejado la más cumplida expresión literaria de un decenio en que la historia del mundo se decidía sobre la tierra de España. Porque lo viviste, no como testigo, sino como protagonista, sin romperte ni doblarte, sin darte jamás por vencido,² porque de aquel vivir hiciste la razón de tu vida entera y de tu obra, sigues y seguirás viviendo en ella a través de los años y de las generaciones.

Porque decir que Max Aub está muerto sería desatino tamaño a pretender que Pérez Galdós o Valle Inclán han desaparecido. Pasarán los años, ciertos hechos se harán borrosos en la conciencia de futuras generaciones, pero el “*Laberinto Mágico*” de Max Aub (toda la serie de sus “*Campos*” y apertura “*La calle de Valverde*”) estará ahí, reviviendo, como si fuese ayer, hoy mismo, la Barcelona del 19 de julio, la defensa de Madrid y su caída a mano artera, la batalla de Teruel y la tragedia de dimensiones bíblicas, multitudinaria, del puerto de Alicante. No a la manera del erudito seco, ni tampoco del lírico que se evade de la realidad áspera, ni del que sólo ve “masas” sin comprender que están formadas por hombres, cada uno con su conciencia individual. En el “*Laberinto*” está recreada la tragedia española en todas las dimensiones y niveles del hombre.

¹ En verdad, el auténtico *Remate* es el cuento que lleva ese título, escrito en 1961, pero que en la cronología histórica significa el broche final del *Laberinto*.

² “Reconozco —decía en una conferencia en 1960— que, por el momento, estoy en situación de inferioridad, acorralado en una esquina, pero de ninguna manera vencido. Vencido sólo el que se entrega”.

Decía también don Antonio Machado en 1938 algo que vale la pena de releer cuando se trata de Max Aub:

... Mas pensad, también, que es imposible revivir lo pasado, y que hay para todos los hechos momentos excepcionales, que en esta ocasión son los nuestros, precisamente aquellos en que los hechos son vividos más que contemplados. No es fácil juzgar un incendio por el mero análisis de las cenizas. Así nosotros, hombres de España, contemporáneos de Manuel Azaña, los que vivimos dentro de este gran incendio que es la guerra española... somos, en parte, testimonios irrecusables e insustituibles...

Porque *vivió* los hechos —y no se limitó a contemplarlos— Max Aub ha dejado algo más que un testimonio; la novela de los individuos y de las colectividades, del drama de cada cual y del drama de la historia. Pocas veces se ha llegado a tan atinada realización de la novela histórica. El tema del *Laberinto* es uno; el destino "laberíntico" de cientos de miles, de millones de españoles. Dentro de él nacen, viven y crecen una multiplicidad de temas en que van imbricados los hechos históricos y los hechos imaginados —pero siempre *reales*— por el autor; los personajes que fueron y aquellas criaturas del novelista que también existieron, aunque no se llamasen Asunción, Vicente Dalmases o Paulino Cuartero.

La primera parte del *Laberinto*, teje sobre el tema central (desde los años de pre-guerra y el estallido de julio del 36 en "*Campo Cerrado*", la batalla de Madrid en "*Campo Abierto*", Barcelona y Teruel en "*Campo de sangre*") una multiplicidad de temas que por sí solos pueden constituir la columna vertebral de una obra: Serrador, protagonista del primer *Campo*, en la encrucijada entre falangismo y anarquismo, la epopeya colectiva... el batallón de barberos "Los Fígaros" en el noviembre madrileño; la otra cara de la guerra, hecha de represión, delaciones, espionaje y contra-espionaje, algo así como las sentinas de la epopeya; y luego, ¿por qué no?, el amor, el amor en todos sus matices, sus facetas... el de Asunción y Vicente hilo conductor de gran parte de la obra a nivel de lo novelado; el de Cuartero y Pilar, su mujer, pero también el de Cuartero y Rosario, deshecha un día por la metralla que escupían los aviones sobre Barcelona. Eros con alas y Eros sin alas, temas compaginados magistralmente, sin una falsa nota, con el drama histórico. En la segunda parte del *Laberinto* (*Campo del Moro*, *Campo de los Almendros*, pero también *Campo francés* y relatos fundamentales como la *Historia de Jacobo*, etc.), hay una constante superación temática: los conflictos de tipo individual, la antinomia represión policial-dignidad humana y, como abrazándolo todo, lo que podríamos llamar "la aventura

intelectual española" a través ésta de los diálogos de Cuartero y el médico Templado. En el acaecer histórico, los hechos se precipitan hacia la derrota; y ahí se engrandece la obra que alcanza el nivel de tragedia de una colectividad, cuyos componentes individualiza el autor. Max cala en lo hondo de la conciencia del hombre cuando se aproxima y cuando llega el desenlace trágico, el comienzo de una noche sin fin; conciencia desgarrada entre la elementalidad zoológica y la vigencia de unos valores éticos.

El *Laberinto* no es una adición de novelas y relatos; tras su aparente discontinuidad hay una rigurosa unidad temática. Un pueblo llega a un punto trágico de su destino, a la máxima ruptura que se expresa por la guerra civil; pero en ese gran tema va inmerso el hombre, abocado a tomar conciencia y a decidir de su destino en múltiples encrucijadas. No es la obra de un cronista ni de un historiador, sino de un novelista que cuenta la aventura humana, la de cada hombre. Cuando se termina de leer el *Laberinto*, se tiene la impresión de haber vivido o re-vivido aquel período histórico desde una multiplicidad de conciencias humanas. Se vive desde dentro, que es como Max escribe. Los acontecimientos no cuentan por sí mismos sino como circunstancias, indeclinables desde luego, que incide en la vida de cada hombre y cada mujer.

El relato del *Laberinto* tiene una estructura múltiple que podría expresarse sobre un plano de coordenadas trazando tres curvas; una, de los hechos históricos, otra del entramado de asuntos que constituyen la columna vertebral del relato; y otra, de forma, constituida por el ritmo y los planos del lenguaje.

La primera curva asciende súbitamente en julio de 1936; se mantiene a ese nivel hasta noviembre del mismo año (es decir los dos primeros *Campos*); desciende a comienzos de 1937 para volver a subir en diciembre (comienza la acción de *Campo de Sangre*) en una alta meseta que dura hasta marzo de 1938. Nuevo descenso durante ese año; luego, ascenso súbito al comenzar 1939, hacia el desenlace de la tragedia, a través de *Campo del Moro* y *Campo de los Almendros*. Más tarde, tras la sacudida de "*Campo francés*", la curva va cayendo lentamente.

Segunda curva, que representa la trama novelística: primer momento de trama apretada en torno a Serrador, que estalla en una multiplicidad al llegar julio del 36, multiplicidad —y dispersión— que se expresa en la primera parte de "*Campo abierto*"; la segunda parte de éste, aprieta de nuevo la trama en torno al binomio de enamorados Asunción-Vicente, como *Campo de Sangre* (escrita años antes, pero que hay que situar cronológicamente después que *Campo abierto*) en torno al binomio de amigos Templado-Cuartero. El

entrelazamiento de asuntos es mayor en *Campo del Moro*, a pesar de las dificultades de encaje entre sus planos histórico y novelesco. *Campo de los Almendros* es el mejor ejemplo de multiplicidad de vidas noveladas, encajadas en la estricta realidad histórica, con el hilo conductor de Asunción-Vicente. Tengo para mí que *Campo de los Almendros* es obra difícilmente superable, tanto en valores emotivos como en técnicas de escritor, de la que se seguirá hablando durante siglos. ¿Quién, sino Max Aub, ha sido capaz, antes ni después, de elevar a expresión literaria, la mayor tragedia multitudinaria que hayan vivido españoles durante siglos?

La tercera dimensión puede expresarse en "*Campo Cerrado*" en la línea de relato denso y descriptivo; la línea sube, con aumento del párrafo breve y del diálogo vivo, al mismo ritmo que la acción, en julio del 36.

Aquí hay que situar *Campo de Sangre* en la época en que está escrito (1942); relato denso, párrafo largo y descriptivo, alternando con el coloquial. *Campo abierto* —escrito diez años después que *Campo cerrado*— es de lenguaje más sobrio, con gran aceleración de ritmos durante la batalla de Madrid.

Campo del Moro y *Campo de los Almendros* pertenece a la época de mayor sazón del escritor (que ya ha escrito "*Las buenas intenciones*", "*La calle de Valverde*", etc.). Si la trama es, en apariencia lineal, incluso fechada día por día, se engarzan en ella, por la acción de los personajes, planos y tiempos muy distintos.

Pero yo no quiero evocar hoy, cuando todavía estamos llorando a Max, la maestría de su obra. Vivía nuestro amigo, cuando tuve la alegría de profesar un curso sobre sus novelas en nuestra Universidad de Pau; y son muchos mis antiguos estudiantes que pasaron del conocimiento técnico-literario al amor apasionado por la obra de Max. Si hablo del *Laberinto*, privilegiándolo en el recuerdo, es porque Max, como sus criaturas, estuvo siempre dentro de él. Y su última obra —¡tan amarga!— "*La Gallina Ciega*" —es la prueba palmaria de ello. No podía olvidar La Gran Cosa como la llamaba. Y ¿por qué iba a olvidarla quien consagró a ella su vida y su obra? Y le atravesaba el alma cierta insensibilidad de aquellos para quienes no era La Gran Cosa, sino algo del pasado, algo que evocaba sangre y lágrimas, pero que nunca conocieron bien y que prefieren ignorar u olvidar. Y el gran corazón de Max no podía soportar eso; aunque luego me dijera (lo tengo en una carta del año 71) que tal vez había sido injusto con quienes, por su edad y el medio en que les obligaron a vivir, *ignoraban que ignoraban* tanto y tanto. Pedro Altares, otro español de pro, de esas generaciones más jóvenes, se lo ha dicho en su carta inacabada o póstuma: "Yo

sólo recuerdo un desierto donde no existía más que el vacío hacia atrás. . . España se quedó huérfana con vuestra marcha y es significativo que sólo ahora se empiece a tener conciencia de este hecho sin precedentes en toda la historia de la cultura moderna". "Tienes razón", viene a decirle Pedro Altares; pero le pide que no confunda las víctimas y los culpables. No los confundió jamás Max Aub, aunque a veces no pudiese impedir que su pluma escribiera con la sangre que le manaba del alma.

En una de esas magníficas "páginas azules" de *Campo de los Almendros* —en que el autor interrumpe el relato objetivo para decir lo que lleva en el hondón del alma—, Max dice que el autor "no sabe cómo salir del laberinto". No sabe y no puede y no quiere; sus criaturas están en el Laberinto y él con ellas, porque si él las inventó, lo hizo amasándolas con el barro santo de la realidad española.

Mas no vine para lamentar mi suerte —dice en las "páginas azules", que hay que leer para conocer al hombre de una pieza que fue Max— sino para contar los destinos de tanta gente real e inventada —¿inventada la Bovary, inventado Sorel, inventado Míau?, inermes en mis manos. Pero tampoco son mis manos —ni las suyas. Son las de la historia de España. No las de la Historia a secas, no; las manos sangrientas, duras, suaves de España, de mi España, de la que conocí y me conoció y que aquí queda y quién sabe cómo.

No salió del laberinto y en él estaba, herido ya de muerte y sin saberlo, en la primavera del 72; allí Max, en su Madrid, el de la "calle de Valverde", el de "Las buenas intenciones" el de "Campo del Moro", ya otro y otros tiempos en el coloquio de la Casa de Velázquez; pero resistiendo a "la mentira de ellos" que dijera Cernuda; y por eso, se diría un símbolo, Max estaba —a dos dedos de la muerte— en la presentación del texto íntegro de "*Los Complementarios*" de Antonio Machado.

Cierto es, y los historiadores de la literatura lo dirán, que ahí ha quedado un "universo aubiano" creado por él, un modelo de novela histórica —"para mí toda novela lo es, o no es novela", me decía — un estilo inimitable en el decir. Pero lo que cuenta para mí es que a Max todo eso, y lo dijo muchas veces, le traía sin cuidado; *lo que le importaba era la libertad y la justicia*, le importaba España y La Gran Cosa. Le importaban los españoles, los de entonces y los de ahora.

Puedes irte tranquilo, Max. Paraphraseando lo que un día dijiste de Don Benito, podemos decir ahora de ti; si un día, por cataclismo o por artes diabólicas, desapareciesen archivos, hemerotecas, docu-

mentos de lo que fue la tragedia española del 36 al 39, bastaría con tu *Laberinto Mágico* para que el recuerdo vivo de aquello siga gritando al cielo. Y, al contrario; todos los archivos y hemerotecas, todos los pobres esfuerzos de los que pretendemos consagrarnos a la Historia, serán siempre insuficientes sin la aportación humana y multitudinaria aglutinada en tu obra personal. Puedes irte doblemente tranquilo, porque si tantas veces te doliste de no ser leído en aquello que contaba para ti (y no por vanidad, sino porque leerte eran romper conspiraciones del silencio y de la ignorancia), hoy te leen cada vez más, precisamente esos jóvenes que tanto te preocupaban; he visto a muchos de ellos, y todavía hace pocas semanas, llorar de emoción con "*Campo de los Almendros*"; he encontrado a jóvenes nacidos en Teruel después de que fuera "campo de sangre" que recitan aquellas páginas tuyas de memoria. "*La Gallina Ciega*" quiere quitarse la venda y acabará quitándose por completo. Te ha costado el gran trago del morir, el saltar por las bardas el laberinto —de la única manera posible— para que nadie pueda ya acallar tu voz. Pasarán todos —decías— pero quedará Asunción, como pasaron todos y siguen viviendo Kutusov y el príncipe Andrés. Pasarán "los que anduvieron luciendo sus nombres y apellidos por las placas de plazas y calles" —y sus tristes herederos "tecnócratas" o "ultras" sin grandeza ni excusa porque ni siquiera vivieron La Gran Cosa en el campo que fuese— y tú seguirás ahí, con tu obra, con tus treinta mil del puerto de Alicante, tus trescientos cincuenta de "Los Fígaros", plantado en el camino real de la literatura y de la historia de España.

Y ¿no sabes? los hijos de Asunción y Vicente, dirán a sus hijos, en una ciudad cualquiera de España: toma y lee; lo escribió Max Aub, aquel gran español que quiso tanto a la abuelita.

"TEATRO Y NOVELA"

Por Ramón XIRAU

JOVEN autor de vanguardia en sus años de Valencia, Madrid, Barcelona; renovador del teatro español; novelista de la guerra y de los "campos" —terribles campos—, cuentista de relatos mexicanos y españoles; crítico literario subjetivo y hondo; amigo de Malraux, Buñuel (¿podrán publicarse las páginas últimas que dejó escritas sobre el cineasta?); amigo de la mayoría de los escritores

mexicanos y españoles contemporáneos, Max Aub fue uno de los mejores escritores de nuestras tierras (España, México).

Acabo de escribir que Max Aub renovó el teatro de nuestra lengua. Aquí una doble queja. Max Aub se quejaba —y se quejaba con razón— de que su obra teatral no hubiera sido presentada públicamente. Este es un hecho; es un hecho que habrá que corregir no sólo para recordar a Max sino para mostrar, cómo debe hacerse, el valor excepcional de su teatro. ¿En qué sentido es un teatro nuevo y renovador? El teatro de Max Aub es, sin duda, un teatro que sabe de las tendencias modernas; fue en sus inicios un teatro de vanguardia. Pero además, el teatro de Max Aub —véase por ejemplo, *San Juan*— es de los pocos auténticos teatros políticos de nuestro tiempo. En otras palabras: se trata de un teatro cuyo asunto es social sin dejar de ser dramático o, si se quiere, que es socialmente, políticamente dramático. No es ésta una de sus menores virtudes ni una de sus menores lecciones.

Es difícil recordar en unas cuantas líneas que quieren ser homenaje —homenaje cordial— la obra de Max, quisiera recordarla, ante todo, tal como se presenta en sus relatos y novelas; aun aquellas novelas histórico-fantásticas como el *Jusep Torres Campalans* —el pintor catalán que resume al cubismo y acaba su vida en tierras de México— o su última novela —¿novela me preguntaba un día Max Aub?; ¿a qué género pertenece este libro—; su última novela, es decir, *La gallina ciega*?

Recordemos, con más precisión, tres obras: *La calle de Valverde*, el ya citado *Jusep Torres Campalans*, la también recién citada *Gallina ciega*.

Max Aub se inclinó frecuentemente por la novela histórica. No creo que en esto deba dejar de compararse a Galdós, ni creo que le hubiera disgustado a Max la comparación. En sus novelas históricas, Max Aub presenta personajes vivos —Negrín, el Doctor Puche, los personajes vivos y ficticios de la guerra de España. *La calle de Valverde* es una novela histórica. Escribe Tuñón de Lara en el prólogo a *Novelas escogidas* (Aguilar, 1970): "en muchos casos, y aunque el autor no lo haya querido, la novela se convierte en fuente de la historia". Multiplicidad de personajes que nacen de la historia y nacen a la historia para convertirse en historia. Personajes de "carne y hueso", personajes de "bulto" —por decirlo doblemente con Unamuno— que Max Aub habrá de multiplicar en sus novelas históricas posteriores: los "campos", sin duda; también *Las buenas intenciones*.

Jusep Torres Campalans reúne, en un solo personaje, a los pintores europeos —sobre todo españoles— de la era del cubismo. Aquí

están, Gris, Picasso, la ciudad de Barcelona en los años de treinta. Recuérdesse que Max Aub pintó los cuadros que después se recogieron en el libro. Había inventado un pintor. En *Jusep Torres Campalans* novela que, nacida en Europa, se lanza a México, novela cubista sobre el cubismo, Max Aub inventa a Torres Campalans: la ficción se hace historia; la ilusión se convierte en realidad. Jusep Torres Campalans es uno de los grandes inventos reales o realidades inventadas de nuestros tiempos. No en vano la novela de Max —novela múltiple como *Les demoiselles D'Avignon*—, ha sido traducida a tan diversas lenguas con tanto y tan merecido éxito. Y es que en ella Max habla el lenguaje de España y de México y habla también el lenguaje universal del arte de nuestro siglo.

La gallina ciega. ¿Qué es *La gallina ciega*? Max regresó unos meses a España; en España encontró a España —la España recordada— pero encontró también la ausencia de su España. *La gallina ciega* es la novela de una presencia constante y de una dolorosa ausencia; es la novela desencarnada del dolor que tan sólo puede mitigar esta ironía siempre necesaria y siempre eficaz en la obra de Max. Antiguos amigos ahora envejecidos, antiguos paisajes ahora cambiados y alterados; nostalgias y rebeliones contrarias a la nostalgia: *La gallina ciega* es la novela, el relato, la autobiografía, la historia personal de Max Aub novelista de la historia, pero de una historia que siempre es historia íntima.

Ciertamente, si una palabra conviniera a la obra literaria de Max Aub ésta sería: *realismo*. Pero un realismo encarnado en la persona que lo crea y un realismo capaz de convertirse en humor, en dolor, en fantasía, una fantasía hecha tanto de sueño como de piedra.

La obra de Max Aub, —realidad creada y aun inventada— es, como pocas, una obra de vida. Max Aub vivió su vida para escribir; escribió para vivir. En él, vida y obra, se funden para entregarnos, múltiplemente, una obra viva que merece y requiere ser leída, re-leída, revivida.

IMAGEN

Por Agustín YAÑEZ

EN el principio —*Génesis*— era el hombre.
Cordial.

Llamas —o rosas rojas— del Espíritu habían descendido en él, invistiéndolo, revistiéndole, iluminándolo, marcándolo, impri-

miéndole carácter perdurable, inflamándolo, confiriéndole dones: electrónica sensibilidad, ágil comprensión, inexhausta capacidad amistosa, insaciable afán de afinidad, ávida curiosidad, solidaridad; brusca, finamente afectuoso, dicharachero, desbordante, desbordado; pirotécnico, paradójico, travieso, concentrado.

Ante gentes y voces, cosas y perspectivas, miraba siempre como deslumbrado. ¿Lo habrían deslumbrado, para siempre, los relámpagos verdes —rayos, rosas o loros— de su Pentecostés: pascua granada?

Era un hombre —todo corazón—, que se llamó Max: Max Aub.

ANTES de conocerlo, lo adiviné. *Luis Alvarez Petreña* me lo adivinó, en deslumbramiento comparable al *Niño y Grande* de Gabriel Miró, a los libros incandescentes de Azorín. Abiertos caminos emocionales, vocacionales: yo, allí, descubriéndome, aspirando a seguirlos, a superarlos en larga paciencia, unidos a morosas lecturas, a morosa delectación —peligrosa— de adjetivos y epítetos valleinclanescos; ejercicio remontado a las umbrías de Cervantes, los dos Luses, los dos Arciprestes y Berceo, San Juan de la Cruz y Santa Teresa: suma que me proporcionó —con tantas más afectivas lecciones: Góngora, Bécquer, Gracián, García Lorca, Calderón, Quevedo, Pérez Galdós— admirables arquitecturas a imitar, desarmar, rearmar —tanto más admirables, admiradas, en la revelación de secretos—, buscando el conocimiento y usufructo de la lengua. Aprendizaje supérrite, fecunda docencia. (Se preguntará por qué la buena memoria del buen Max desata la cascada dinámica del habla que con-llevamos, que con-sentimos.) Y cuando, tras adivinarlo, Alvarez Petreña, luego transformado —incesante transformista, con sutiles, ágiles artes— en el aplaudido, apócrifo pintor Jusep Torres Campalans; cuando Max Aub arribó, radicó en México —transferido, trasterrado, desbordado, pronto ubicado en casa propia, bien que alquilada por vida—; cuando lo conocí, cuando nos conocimos y trabamos camaradería, frecuentada en tertulias varias, en menesteres diversos; cuando en México fue fincando, bloque a bloque, sin pausas, el monumento de su obra; cuando entre veras y bromas lo medí, evidencí que antes del escritor —en lo prolífero, Lope, y en lo peregrino Juan— era el hombre: barro, sudor y alma. Hombre que por los rumbos del mundo atesoraba malicias y delicias, rudezas y delicadezas, en concierto vital. (Vena, vetas de Quevedo y Larra, Alas y Galdós. Espejo que recorre caminos y semblantes; amplifica, rebaja, distorsiona, caricaturiza. El arte: recreación de la realidad: *epojé* de las notas esenciales de la realidad,

en perspectivas y dimensiones múltiples: de lo épico a lo grotesco, la tragedia y la comedia. Enseñanza perseverante —medio siglo de remachar en ello, a beneficio propio y de prójimos: próximos: alumnos y oyentes: la lectura, necesidad de medio, y otra más: a la base de vastos programas de libros ecuménicos, tener siempre, por texto de cabecera, los de autoridades que fundan el orden del idioma con que nos comunicamos, expresamos pensamientos y sentimientos, resoluciones y esperanzas, en el adentramiento de clásicos y modernos, de peninsulares e hispanoamericanos.) Aquellas tertulias jactanciosas en casa del hombre-amigo-escritor, cercadas de libros, entre conocencias, juicios, contraposiciones ante lo divino humano (en alguna, tras prolongada conscripción cívica, llegué puntual, me hallé con desconocidos, como si Bernardo de Balbuena o Carlos de Sigüenza y Góngora cayeran a cenáculos literarios del siglo XIX, del siglo XX, preguntando, perplejos: ¿quién es quién? ¿dónde Fernández de Lizardi, el Nigromante, Altamirano, Sierra, Facundo? ¿quién es Micrós, Rabasa, Gutiérrez Nájera? ¿cuál es Ramón, Xavier, Gutiérrez Hermosillo? porque allí estaban los nuevos, conocidos de nombre a las armas, desconocidos en persona; porque no menor mérito de Max, la vigilancia de relevos, procurando continuidad hereditaria: creo que no circulaban todavía los términos de "momiza" o "matusa", extremo este último de discontinuidad hostil.) O aquellas reuniones hebdomedarias, báquicas, del grupo bautizado, tal vez por el jugueteo Max, burlescamente, como "los divinos": José Luis, Abel, Pepe, Alí, Joaquín, Jorge, Agustín, Max: fragua de afectos. Y aquellos encuentros —graves— de negocios: proyectos o planes en marcha, como cuando Max fue director de Radio-Universidad y lanzó la "Voz Viva de México", inmarcesible; o como cuantos arbitrios le ocurrían para fomento cultural, siempre nobles: actos, ediciones, auspicios.

Algunos trataban de poner en solfa su perpetua extraversión, su ininterrumpida proficuidad, que casi no daba tiempo de disfrutar: narraciones, representaciones, alcances y carteles, calendarios, cartas, recados, dedicatorias, prólogos, antologías, anotaciones. ¿Cómo era posible la calidad en el turbión?

Y lo es.

Lo es, por la constante vigencia —conciencia y experiencia— del hombre abierto con sensibilidad a todos los vientos, agricultor de toda tierra, torero en toda plaza.

Max Aub, torero.

Torero de destinos: venturero y aventurero.

De principio a fin: hombre, al que nada humano es ajeno.

Por esto lo ligamos al ingenio troncal de su gente, de su habla. Soplo del Espíritu.

A otros toca evaluar, circunstanciar su copiosa cosecha.

Yo dos testimonio del hombre-amigo-escritor-infatigable trabajador, que conocí, cuyo don de gentes —llamas, rosas pascuales— me tocó recibir.

RECADO *por ultraondas*: Impetuoso, cordial, metibundo amigo Max: —Cuando esperaba saber que regresabas, te fuiste, lúdico, a tiempo de partir cartas. Impertérritamente lúdico, La Dama de Corazones arrebató el tuyo. Hubieras jugado baraja española: Sota de Bastos, Rey de Oros, Malilla de Espadas, con el As de Copas, conjuraran el día y momento del fin. Quisiste y lograste ser mexicano. Mandado por la Dama de Elche —misteriosa sonrisa irresistible: ojos, labios, mentón imperativos; hálito ineluctable—, destinado a la conquista de nuevo mundo, la diosa Coatlicue te adoptó, gozaste sus dádivas, aprendiste y usaste secretos, giros, matices expresivos, hondos, medulares, de la lengua, del espíritu y abismos —región transparente— donde reina la diosa; supiste redescubrir sentidos y rumbos arcanos, para interpretar aráculos a vida y muerte, bajo el cielo de México, en el universo de la vida y la muerte. Coatlicue fiel —señora de serpientes y calaveras, dueña de la muerte, a la vez que de la resurrección y la supervivencia— te marcó la Raya, esperó tu regreso, te dio muerte florida, porque moriste al pie de la letra, como las mujeres al alumbrar, como los guerreros al hallar corazones de holocausto en honra sacramental, cuando querías adivinar en cartas la suerte, divirtiéndote, recién vuelto al seno de Coatlicue bajo su Faldellín; se te adelantó: trato es trato: precio de haberte acogido al regazo fatal, donde los niños —por noviembre— devoran calaveras de azúcar, y los adultos, y los viejos; todos comen pan de muertos; adornan con el profuso amarillo del cempoasúchil casas y cementerios; preparan a sus muertos opulentas ofrendas, apetitosos banquetes; cantan, bailan, se emborrachan, se divierten con los libertinajes de don Juan y con su salvación por obra de amor.

Querido Max, niño y grande, realista e ingenuo: cómo acentuaría su enigmática sonrisa tu Dama de Elche —compadecida, comprensiva, resignada—, y cómo las huertas de tu natal Valencia, en coro con los ahuehuetes de Chapultepec, con los huejotes de Xochimilco, con los sauces del mundo, echarán de menos al esencial hombre que fuiste, que supiste ser: dionisiaco y apolíneo, pródigo, peregrino y cordial. Cordial. Cordial.

Pero Coatlicue te hará sobrevivir, ahora y siempre.

LA TRAGEDIA DEL BUQUE "SAN JUAN"

Por Raúl CARDIEL REYES

RECUERDO como supe, por vez primera, del escritor Max Aub. Por el año de 1943, dirigía el Teatro Universitario de San Luis Potosí. Leíamos todo lo que caía en nuestras manos de teatro moderno. Habíamos puesto en escena las obras de Alejandro Casona, con cuyo juvenil espíritu, humorista y travieso, coincidíamos tanto; el poético y dramático de García Lorca, nos estremecía con su andaluza música y sus historias, ya duras, ya suaves, de rico sabor romántico. Henri Lenormand ejercía misteriosa atracción, en sus dramas transidos de inquietudes metafísicas, como "El Tiempo es un Sueño", puesto en escena por nuestro grupo. En ese año apareció la tragedia de Max Aub "San Juan", en las Ediciones Tezontle. La estudié con todo cuidado. Pero pronto comprendí que no estábamos en capacidad de presentar obra tan ambiciosa. Exigía extenso reparto, y el grupo, trabajosamente formado entre los pocos estudiantes que se mostraban entusiastas del arte dramático, apenas hubiera proporcionado diez actores de los cuarenta y cinco que se requerían. El decorado era costoso y de difícil fabricación. Además, el tono de la obra, con fuertes escenas trágicas, diálogos dramáticamente acentuados, traspasaba el límite de nuestras habilidades, contenidas en obras de suave humorismo y de discreto dramatismo, en las que no se esperaba facultades histriónicas muy acabadas y maduras. No teníamos posibilidades para presentar la obra. Digo esto en descargo de Max Aub, quien siempre se mostró sorprendido del poco interés que México había manifestado por sus textos teatrales. Sin embargo, puede asegurarse que su teatro ha sido más leído que representado, aunque no por eso desmerecen sus cualidades escénicas, muchas de alta calidad.

Conocí, años después, a Max Aub personalmente; supe de la extensa y variada índole de su actividad intelectual, y me enteré de algunas circunstancias que rodearon la creación de la obra "San Juan". Vista a la distancia de esos años, dentro de perspectivas más amplias, con el nostálgico recuerdo de aquellas juveniles empresas, la tragedia del buque "San Juan" alcanza proporciones épicas y sus valores dramáticos adquieren dimensiones mayores.

Max fue hombre polifacético, en muchos sentidos. Tenía un espíritu cosmopolita, legítimamente conquistado. Eran judíos tanto su padre, de nacionalidad alemana, como su madre, de nacionalidad francesa. Por lo demás, podía reclamar diversas nacionalidades.

La francesa, por ejemplo, por haber nacido en París; la española, que fue siempre la más legítima y en donde se formó espiritualmente; la mexicana, que no sólo obtuvo de acuerdo con nuestras leyes, sino que hizo muy suya, por haberse integrado, en fecha temprana, en nuestro medio intelectual, por su apasionada identificación con nuestros problemas e idiosincrasia, y por la fraternal asimilación con quienes convivió y a las que brindaba una generosa y franca amistad. Y aún quedaría por averiguar si, llegado el caso, hubiera podido aspirar a la alemana, dada la nacionalidad paterna y la facilidad con que dominaba su lengua. Pero ¿su vinculación con la raza judía no se sobreponía a todo ese complicado tejido de nacionalidades, lenguas, lazos familiares y amistosos? Nunca pareció inclinado a discutir ese aspecto de su personalidad. Eran sabidas sus relaciones estrechas con la comunidad judía mexicana, si bien desconozco si las mantenía con las de otros países. En pocas ocasiones abordó el problema de la llamada "cuestión judía", salvo en la ambiciosa obra teatral de la que nos ocupamos ahora.

La tragedia del buque "San Juan" no es simplemente la de un grupo de judíos, rechazados por todas las naciones, en razón de su raza y su religión; ni quiere presentar un mundo a la deriva, sin puerto seguro de arribo, como dice, tal vez ingenuamente, Enrique Díez Canedo, en el prólogo de la obra. Ahora percibimos claramente su mensaje. Es el reclamo más patético de la vuelta a Palestina del viejo pueblo de Dios. En alguna parte, los judíos han de tener derecho a ser recibidos con los brazos abiertos y con plena alegría, para asentar su casa y salir a gozar libremente del sol. No deben seguir dando tumbos por todos los puertos del mundo, sin encontrar acogida, hasta hundirse en medio del tumultuoso mar, con familia, parientes y amigos, simplemente porque no tienen un pedazo de la corteza terrestre, a la que puedan colmar con los amorosos atributos de la patria. La verdadera tragedia del pueblo judío es que no tienen patria. Son un pueblo condenado, escarnecido, destinado a servir de pasto para el frenesí de los vencidos y para el alegre festín de los poderosos.

Esta es la "cuestión judía" que aborda la obra "San Juan" de Max Aub. Que el sueño de la vuelta a Palestina es un milenario afán no tiene que discutirse. Rebrotó y emerge, a trechos, sobre el ancho dorso de la historia. Pero nunca se hizo más aguda la conciencia de ese problema que cuando Hitler desató su terrible persecución. Durante los años de 1938 y 1939, el drama estremeció las conciencias civilizadas del mundo. A la caída de Madrid, en aquel último año, Max se refugió en París, pero fue detenido, por considerársele sospechoso, ya por ostentar un apellido manifiestamente teutón, ya por creérsele de filiación comunista. Una semana antes

de la ocupación de la gran ciudad, Max fue trasladado al sur de Francia y poco tiempo después, atravesaba el Mediterráneo, en un viejo barco francés, en donde se hacinaban centenares de refugiados de todas clases, incluso judíos que huían de Hitler, para ser confinados en un campo de concentración, en pleno desierto del Sahara. Durante la travesía, Max vivió la tragedia del pueblo hebreo. Así lo informa en una dedicatoria de su obra, "que vi, clara, maniatado en la bodega de un barco francés peor que este 'San Juan' de mi tragedia". Tres años pasó en ese lugar, rumiando la gran tragedia del pueblo judío y también la del pueblo español (¿por qué no?), de cuya contienda tenía más frescas aún las desgarraduras, la sangre y el humo de las metrallas. Sin embargo, cuando pudo salir de su prisión, gracias a la acogida que México dispensó a la inteligencia española, lo primero que salió a la luz pública fue la tragedia del buque "San Juan", no la guerra española, no el sitio de Madrid, ni sus penalidades en el campo de concentración. Primero Israel, luego España. De seguro que en el barco "Serpha Pinto", en el que hizo la travesía a nuestro país, escribió la tragedia, pues apenas aposentado en la ciudad de México, inició tratos para publicarla y reanudar así su trunca actividad literaria. La narración de la guerra española ocuparía después varios volúmenes de la obra de Max Aub. No volvió más sobre "la cuestión judía". ¿Acaso la resolución de las Naciones Unidas que entregó la tierra prometida en 1948, le pareció que le restaba toda su dramaticidad? Quizás, aunque no se sabrá fácilmente. Hubiera podido adoptar la posición de León Uris, que ha escrito un relato triunfal de la odisea del pueblo judío, en su famosa crónica "Exodo". Pero el tono de Max era trágica, en el sentido más profundo del término: sufrimiento inocente, dolor de una situación que se padece sin culpa, héroes que caen víctimas de los golpes del hado, conscientes de la fatalidad de su destino. Este es el significado del drama de los judíos, para Max Aub. Padecen una situación, que no han creado, que se ha formado por el aluvión de los siglos. Pero la conciencia histórica del judío exhibe diversas facetas. A ilustrarlas concurre puntualmente la obra teatral de Max Aub. Un grupo de judíos, ante la inminencia de la muerte, medita sobre el sentido de su historia, sobre la proyección de su futuro, sobre la actitud del mundo ante "la cuestión judía".

Max realiza un análisis de carácter existencial, en tres niveles, de acuerdo con las edades del hombre: en los niños, en los jóvenes y en los viejos. Todos ellos enfrentados a circunstancias que les son comunes: enclaustrados en un viejo barco, que recorre los puertos del Mediterráneo, sin encontrar acogida, por la razón de ser judíos. Que el hundimiento del barco sea el término de su odisea, es algo

que no juega en el transcurso de la obra, sino que aparece como el telón que cierra sombríamente el drama. Por eso mismo tiene poca importancia la causa misma del hundimiento, ya sea el viejo casco, la falta de las reparaciones necesarias o la escasez de carbón y otros suministros. Al final, todo es consecuencia de su inútil peregrinar. Su condición de judíos los condena a una muerte oscura y sin remedio.

Pero recorramos los diversos niveles del análisis de Max Aub. Empecemos por la primera edad. Los niños aparecen como la inocencia pura, como la falta total de conciencia histórica. Ríen y juegan en los momentos más difíciles. Juegan a imitar a sus mayores, con grotesca simplicidad. A ninguno de ellos se le ocurriría preguntar, con la naturalidad de la ignorancia. ¿Por qué no desembarcamos en Palestina, que ha sido siempre nuestra patria? No lo harían, porque carecen de la conciencia de su historia. La tendrán, de seguro, al dejar de ser niños y aprender toda la profundidad de su pasado. Pero los niños viven fuera del tiempo y por lo mismo de la realidad.

En cambio, los viejos están cargados de historia; la llevan con mayor o menor comodidad. El Rabino con el espíritu de la tradición en todo lo alto, como una bandera; el rico, un banquero de grandes recursos, sabiendo que vive en un mundo dominado por el dinero, pretende arreglarlo todo mediante su fuerza. No pretende modificar ese mundo que odia al judío. De tanto saberlo, ha acabado por aceptar el hecho tal como es. La mayor parte de los viejos exhiben una impresionante naturalidad ante la injusta situación de su raza. Son estrategias que no cuestionan la moralidad de la guerra. Simplemente hacen el mejor uso de sus defensas para seguir adelante. Algunos ven con positiva indiferencia su destino. Se cuentan mutuamente sus vidas. Uno dice: Yo vendía bragueros, era un buen negocio. Otro dice: Yo era un reportero vendido. Una mujer describe los pogroms en Rusia, como si contara viejas leyendas, con sobrias palabras, sin dolor ni resentimiento: "Nadie en las calles. Nieve. Nadie. Y de pronto, el atardecer, es muy buena hora para esto, unos gritos terribles: unos gritos horribles a través de la ciudad. Son los judíos que chillan a muerte, los judíos..."

Pero por encima de todo ondea el orgullo hebreo. "Dónde está en el mundo, dice el Rabino, una raza como la nuestra. ¿Dónde quedan los egipcios, los mesopotámicos, los romanos que nos persiguieron? No nos azotan por fuertes, sino por inteligentes. Si no fuera por la perseverancia, el trabajo, el sentimiento de la familia..." Este es el sentido de su historia.

El viejo Moisés, que simboliza algo más que la tradición, algo

como la vieja sabiduría de la raza dice la sentencia definitiva: "Dejadlos hablar, dejadlos decir. . . Porque llegará el día de la vuelta a Sión y nos recibirán en estas mismas costas que nos niegan, con alegría y con trabajo. Y volverá la Flor de Israel a la tierra de Palestina". Uno de los viejos quien, perdida toda esperanza, deambula pidiendo limosna, murmura al oír estas palabras: "¿Tú crees que yo podré venir a Jerusalén y sentirme en mi casa y sentir que la tierra huele a algo mío? Saber que es mía, sin miedo. . ." Aquí está señalado el futuro de la raza judía.

Por los años cuarenta, cuando Max Aub concebía esta pieza teatral, el sueño de la vuelta a Palestina no era más frecuente ni más intenso que en otras ocasiones. Max la sentía como un reclamo a la patria legendaria, un reclamo enérgico y patético que se elevaba sobre las siniestras tragedias de los pogroms y de los buques, cargados de judíos, que mendigaban desembarco en los puertos mediterráneos. No se vislumbraba en el horizonte esperanza segura de la vuelta a Sión. Sólo el desamparado valor moral de un alegato más en el antiguo drama de la raza perseguida.

Pero es en los jóvenes en donde la historia judía va a hacer crisis. Ellos la tienen ante sí como algo que tienen que asumir, algo que puede aceptarse, rechazarse o modificarse. La tragedia del hombre es, al final de cuentas, que tiene que decidirse a ser lo que es, dejar de ser lo que es o cambiar lo que es. La Historia judía es sobre lo cual tienen que decidir los jóvenes. Y las tres actitudes existenciales las representan Efraín, Carlos y Leva.

Efraín acepta su destino. Ni siquiera discute si es bueno o malo ser judío. Sabe lo que ello significa y quiere vivir la vida que le ha tocado. Ama a una mujer de su raza y busca toda la felicidad que les sea dable alcanzar. Anhelan un rincón ante el sol. En un momento vacila y quiere juntarse con el grupo de jóvenes que se lanza a buscar, por ellos mismos, su libertad y su lugar en el mundo. Pero prefiere sufrir su destino, junto a su amada y todos los suyos.

Carlos representa la protesta juvenil, vehemente y frenética, contra la injusticia de la historia judía. Se opone violentamente a que su hermana se case con Efraín, que no tiene porvenir seguro. Le dice a Efraín: "Te pusiste a estudiar la carrera Hitler. ¿Tú crees que es una carrera nueva? ¡Ahí es donde te equivocas! Adán y Eva ya la estudiaron. ¿No eran ya unos refugiados? ¿No los echó Dios del Paraíso? . . . Pero lleguemos donde lleguemos, Raquel puede casarse con un 'ciudadano'. Olvidar la sangre que Dios nos ha dado. . . esa sangre que no notamos y que todos nos sacan a la cara". Cuando el Rabino le pregunta por qué odia a los demás, contesta: "Si me odio a mí mismo, ¿cómo quiere usted que ame a los otros?" Y luego lanza esta andanada contra su propia raza: "¡Ahí

estáis todos como borregos! Os vais a dejar llevar de nuevo al matadero. Estáis todos muertos, montón pestilente, cadáveres hediondos, putrefactos. ¿Hasta cuándo? ¿No hay nada en vosotros de la semilla de los hombres? ¿Qué esperáis para coger el timón? ¿Qué esperáis para haceros del barco? ¡Puercos, alzaos! ¡Gritad, incapaces!" Carlos intenta solo una escapatoria del barco, llega a tierra, donde niega ser judío; pero se descubre cuando ataca al Comisario que despotrica contra los judíos. Rasgo esencial de la conciencia de la raza que no puede dejar de ser lo que es, a pesar suyo.

Leva es un joven de ideología comunista, aunque se encuentra en el barco por su condición de judío. Pone un toque irónico donde quiera que aparece. Parece hacer un balance crítico del pasado. Un viejo increpa a su hija, de la que sospecha que tiene lazos íntimos con un oficial del Buque, diciéndole: "¿Quiéres nuestra perdición eterna?" Leva comenta: "¿Qué suerte! En esta familia todo es eterno". El viejo insiste: "Nunca consentiremos mezclarnos con herejes". Leva interviene: "¿Os dais cuenta de que predicáis lo mismo que nos tiene aquí? La misma intolerancia que os echó de Colonia. Por el mismo motivo, por las mismas razones. ¿No ha oído nunca este grito?: No consentiremos que nuestra sangre se mezcle con otra impura. ¿No le suena?". Y Leva aconseja a la joven Sonia: "¿Tú le quieres? Si le quieres, gritalo alto. . .". Es decir, si decides dejar de ser judía, hazlo abiertamente; después de todo es algo para ser rechazado o aceptado. Leva, más hombre de acción que de palabra, organiza un grupo de jóvenes que logran, a pesar de la severa vigilancia, abandonar el barco, llegar a la costa cercana para buscar por ellos mismos su lugar bajo el sol.

La actitud de Leva, al criticar el racismo de la raza judía y contemporizar con los que quieren tender lazos a otros pueblos, revela el impulso de cambiar las antiguas tradiciones, para conformarlas a las nuevas circunstancias. El que Leva sea comunista parece enteramente gratuito. Su posición puede ser adoptada en múltiples sistemas ideológicos. Sin embargo, acaso trasluzca la creencia de que los comunistas son una avanzada en el mundo que promete el remozamiento de todas las tradiciones y su transfiguración en una sociedad más justa para todos los hombres.

La Tragedia del Buque San Juan conserva su frescura y su fuerza dramática a través de los años. Vibrante testimonio en favor del derecho de la raza judía a tener una patria, que ha sido expuesto en forma tan limpia por un escritor, con tangentes en los países más importantes de Europa, con un espíritu tan cosmopolita y una viva sensibilidad no ajena a la estrujante situación del viejo pueblo de Abraham.

Aventura del Pensamiento

PERSONALISMO Y MARXISMO

Por Carlos DIAZ

LA relación de Mounier con el marxismo en el terreno de lo puramente teórico (inseparable en él de las actitudes personales) puede hoy estudiarse en su obra póstuma *Les certitudes difficiles* (1951), que recoge textos desde los años 1934 al 1950. Citamos según las obras completas (*Oeuvres d'Emmanuel Mounier*. Editions du Seuil, Tome IV). De modo complementario, la actitud mounieriana frente al marxismo se examina en el *Manifeste au service du personalisme* del 1936 (*Oeuvres*, I), y en los *Recueils posthumes* ordenados por Mme. Mounier bajo el título *Mounier et sa generation* (*Oeuvres*, IV). Puede decirse que fuera de estos puntos de referencia, no hay publicado en las obras de Mounier nada más sobre el tema.

Nosotros procederemos cronológicamente. No porque creamos en la existencia de varios Mouniers irreductibles y mutuamente extraños entre sí, sino por pensar que al hilo de la cronología se ve mejor la continuidad (y a partir de ella, las variantes) de la obra. En este sentido, nos complacemos en reproducir las palabras de un colaborador íntimo de Mounier en un reciente libro: "Desde el primer al último año, Mounier ha evolucionado... pero jamás se desviará de sus fuentes, y quien quiera comprender al Mounier del *acontecimiento* y del *combate* debe volver a ellas. No hay *ruptura* epistemológica entre la primera editorial de *Esprit* y la última titulada *Fidelidad*, en donde se encontraran los mismos temas, el mismo ritmo, y casi las mismas palabras".¹ Ciertamente que la Francia del joven Mounier no es la del Mounier de los años cincuenta. En este sentido, aunque sólo por fidelidad a la historia, dióse en Mounier una metamorfosis y una evolución. Él mismo señala en *Esprit* cinco etapas,² pero hay que tomar con reservas esta división, puesto que ni siquiera Mounier es capaz de decirnos con claridad en qué consiste la diferencia entre alguna de estas etapas con respecto a las otras, a no ser en el cambio de redactores, etc.

¹ Domenach, J. M.: *Emmanuel Mounier*, Ed. du Seuil. Paris, 1972.

² *Dieu Vivant*, 1950, núm. 16. Escrito el 23-12-1944.

Algunos antecedentes históricos

No podría entenderse la actitud mounieriana (y por tanto la personalista) ante el marxismo, sin una somera exposición de los antecedentes próximos de dicho diálogo.

En 1879, en Marsella, tuvo lugar el Primer Congreso Socialista Obrero, que decidió la creación del Partido Obrero Francés, cuyo programa fue elaborado en 1881 entre Marx, Engels, Guesde y Lafargue. Ambos partidos acabaron fundiéndose en 1905: Proudhon, Bernstein y Marx estaban allí representados.

En 1887 nace la CFOC cristiana, luego convertida en CFTC, que trata de no perder el tren de la historia incorporándose a la situación social, buscando ya a partir de la *Rerum Novarum* un *aggiornamento*, luego actualizado por la JOC, JIC, etc.

En 1895 surge la CGT (entonces anarquista) en torno al sindicalismo revolucionario de Pelloutier y Griffuelles.

Cuando Mounier nace en 1905, están creados los tres frentes: el socialista, el cristiano, y el anarquista. El cuarto, el Partido Comunista, nacerá años más tarde en Francia, como en España y por la misma época, de una escisión, en 1920, del Congreso Socialista de Tours. En 1921 aparece la CGTU.

Mounier va a tomar comba por vez primera ante estos frentes, con ocasión de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Frente a lo que quiso la Primera Internacional de Trabajadores en 1868, es decir, frente al neutralismo que debía guardar la clase obrera en las guerras entre países capitalistas, la clase obrera francesa era ya entonces chauvinista, francesa antes que obrera. Guesde decía: "No se cesa de ser francés al entrar en la Internacional, del mismo modo que no se cesa de ser provenzal o bretón al ser francés: ¡Viva Francia, viva la Internacional!". Lo mismo Jaurés: "Si nosotros, socialistas franceses, permanecemos indiferentes al honor, a la seguridad, a la prosperidad de Francia, no cometemos sólo un crimen contra la patria, sino un crimen contra la humanidad". . . No ha de extrañar que un leader como De Gaulle nos haya hablado luego de la "Europa de las patrias", a la francesa naturalmente.

Y así, los socialistas franceses votan los créditos de guerra, una guerra mundial capitalista. A la propuesta hecha por los representantes de la sección holandesa, suiza e italiana para transferir la sede de la Internacional a Holanda o Suiza, a fin de mantenerla al margen de lo bélico, manifiestan los franceses su oposición, aun a riesgo de perder la guerra misma. A la vez, combaten la modificación más mínima en la composición del comité ejecutivo de la Internacional negando la participación mayoritaria de las secciones

socialistas de los países neutrales en guerra. Excepciones a esta constante, siguiendo la actitud de la socialdemocracia alemana antibelicista, fueron los Faure, el progresismo intelectual de un Romain Rolland y el grupo "par delá de la mêlée" que se sentían antes republicanos que franceses gritando: "A Estocolmo", sede de la II Internacional pacifista.

La Revolución rusa iba a desconcertar, empero, a estos escasos pacifistas. La humillante paz de Brest-Litovsk firmada por el Partido Comunista con la Alemania imperialista ¿no era más triste que la participación en la guerra?

Esprit nace en 1932. Tras el cese de las hostilidades, Francia está aún perpleja. No hay que olvidar que el 1914-1918 arroja un millón y medio de muertos sobre los cementerios galos, y entre ellos una élite intelectual diezmada: Péguy, Alain-Fournier, Apollinaire, etc. Los jóvenes de la edad de Mounier casi no han conocido hombres de cuarenta o cuarenta y cinco años. Un gobierno de viejos: una gerontocracia del capitalismo que busca rehacerse a pesar del crack de Wall Street es la triste realidad del país. Y, en medio, la soberbia de los vencedores que va a llamarse fascismo. Europa va a vivir la era de las minorías: Italia (desde 1924), Alemania (en 1930, el Partido Nacional-socialista es el segundo, y en 1933, Hitler sube al poder), España.

Esprit y Mounier están frente al fascismo, al capitalismo (ambos en armónico maridaje), y al comunismo triunfante y no menos soberbio en Rusia desde 1917. Soberbia por doquier, a la par que dimisión de los cristianos. La tarea consistirá en recuperar y regenerar lo cristiano, arruinando lo capitalista, y proponiendo o aceptando los diálogos de la "mano tendida" marxista.

Pasemos, pues, al tema propuesto.³

I. 1932-1934.⁴

A) *El contexto histórico.* Ya en 1917 Pierre Pascal justificaba en la Summa Theologica de Santo Tomás su adhesión al comunismo. A partir de 1920, y hasta 1930, algunos católicos seducidos por la revolución se adhieren a la "*Association Republicaine des Anciens*

³ Agradecemos aquí muy vivamente la inestimable colaboración del Profesor José F. Fontecha en lo referente a éste y sucesivos encuadres históricos. Si se quiere ir a las fuentes remotas del diálogo marxismo-cristianismo, véanse nuestros trabajos "*A las fuentes del diálogo marxismo-cristianismo*" (Boletín HOAC, 576-7, 1971), "*Progresismo, personalismo, marxismo*" (Boletín HOAC, 574-5, 1971) y "*Curas obreros: otra cara del diálogo*" (Boletín HOAC, 580-1, 1971).

⁴ En *Le Communisme devant nous* (pp. 107-110: "Pour un certain saing-froid spirituel").

Combattants", nacida del Partido Comunista. Y así, algunos católicos pasaron a la C.G.T.V. Paralelamente surge la *Federation des Socialistes Chrétiens de Langue Française*, con su publicación "*L'espoir du Monde*".

Con la creación de *Terre Nouvelle*, se organizan entre 1934 y 1935 algunos desfiles de cristianos, comunistas y socialistas. Revista y movimiento son puestos en el Índice en julio de 1936.

Por su parte, el Partido Comunista Francés no ha tomado posiciones todavía, atento como está a la vitalidad del catolicismo contestatario francés y a su influencia en las masas. No olvidemos que están naciendo la JOC y la AC, mientras que la Iglesia desaconseja a los obreros católicos inscribirse en la CGTV. El 1931 condena la "Quadragesimo anno" al comunismo y al capitalismo, si bien la andanada más nutrida es para el marxismo, por su ateísmo.

En 1934, ante esto, tiene lugar el llamamiento de las "Juventudes Comunistas" de Thorez a la JOC. El Episcopado formula reiteradamente advertencias sobre el sentido de éste a su juicio capcioso llamamiento.

B) *Mounier y el contexto histórico*. El grenoblense tiene veintisiete años cuando crea la revista. Aunque en él es imposible distinguir entre el filósofo y su filosofía, los problemas son tratados todavía a un nivel abstracto y teórico. Nada le apea de un intelectualismo que reacciona, a pesar de todo, contra el intelectualismo todavía mayor de la Sorbona, a la sazón dominada por el idealismo. El Mounier director de revista, con la puerta abierta a las visitas, con su casa como despacho, con el correo, con el teléfono, con los viajes para reunir y estimular a los camaradas, sigue siendo un universitario en su más estricto sentido, es decir, con todas sus limitaciones. Tuvo la virtud de reconocerlo: "Se dice que *L'Humanité* al ser fundada por Jaurés era el periódico de los agregados de universidad, pues eran unos cuarenta. Pues bien, en *Esprit* aún había más al fundarse. Sí, éramos un poco demasiado intelectuales".

Tal vez para contrarrestar se crearía la "Troisième Force", que cayó en manos del Partido Comunista.

A nivel personal, Mounier es ahora el enamorado de un místico (escribe en colaboración *La Pensée de Charles Peguy*), y los proble-

⁶ Cfr. la actitud total de Mounier en el libro *Personalismo obrero. Presencia viva de Mounier*. Ed. Zero, 1969; 3ª ed. 1972. Más en concreto el artículo "*Personalismo y leninismo*" (Boletín HOAC, números 540-543). Por si algún lector quiere comprobar al detalle ambas versiones, cfr. igualmente "*La vuelta de Mounier y el personalismo*" (Revista, junio 1971), así como "*Carta a Mounier*" (Mundo Social, 1970, noviembre) y *Mounier siempre de nuevo* (Vida Nueva, julio 1970).

mas de la economía desde fuera de ella, son tratados más a nivel especulativo (y ahí está *De la propriété capitaliste a la propriété humaine*).

C) *Ante el marxismo*. Ya desde ahora se sitúa Mounier en pie de guerra, dispuesto a no aceptar nada del marxismo por el hecho de ser éste el movimiento triunfante, y sólo por serlo. No quiere tener el complejo de inferioridad que sedujo a tantos progresistas; pero tampoco quería desconocer los elementos positivos de tal sistema, de entre ellos, la lucha contra el capitalismo en pro de la justicia social.⁵

En concreto, se sitúa frente al estalinismo criminal, asesino de millones de campesinos por real decreto. Un socialismo impuesto a golpe de látigo, o mejor un socialismo burocraticodictatorial, no podía crear el hombre nuevo; tal vez, un hombre más satisfecho estomacalmente.

Pretende Mounier salvar lo espiritual del cristianismo y recoger la aportación positiva de Marx, redescubriendo en el cristianismo lo que éste había olvidado, más que amalgamando eclécticamente ambos: "El éxito de los comunistas señala la dimisión de los cristianos", solía decir. Redescubrir el cristianismo implicaba en principio salvar la *libertad* (no la libertad individualista del capitalismo) para el compromiso. Era en segundo lugar salvar la *dignidad personal*, más allá de las instancias centralistas y más acá de la reducción marxista que desconoce la vida profunda del hombre con respecto a Dios (sustituído éste por el conjunto de relaciones sociales). Era por fin salvar la *justicia*: "Juramos por adelantado fidelidad a los pobres contra el capital, y defendemos que el intelectual necesita de la clase obrera para conocerse a sí mismo completamente". Estando la auténtica faz del intelectual en su autoconciencia reconocitiva en el proletariado, a diferencia de tantos intelectuales que fueron al pueblo para llevarle sus luces, Mounier no irá al pobre viendo en él a alguien que podría llegar a ser Mounier mismo si fuese desalienado y educado, sino que ve a Mounier como a alguien que podría y debería engrandecerse y fortalecerse siendo pobre.⁶

Liberación implica, pues, circuncidación; se redime en la medida en que se asume; se es solidario en la debilidad del no-tener, en la totalidad... del no-ser-aún. Según Mounier, aquél que ve en esto "pobreza por pobreza y miseria por miseria" pertenece a la oligarquía o está destinado a dictador. Mientras haya ricos, hay que tirar

⁵ Domenach, J. M.: *Op. cit.*, p. 22. Esta pobreza habitualmente despreciada por los marxistas de cátedra (o sin cátedra, de tertulia) evidencia una buena dosis de incapacidad y evasiónismo. La respetable burguesía de salón es alérgica a la pobreza. Mas el proletariado eligió siempre a los suyos, y no viceversa. Y los eligió en la medida en que los hizo carne de su carne.

el muro de la separación, y eso es imposible desde el valladar de los ricos. O de los menos pobres. Es verdad que el binomio pobres-ricos es relativo, pero no es menos verdad que la existencia de tal binomio es de suyo intrínsecamente perversa.

Salvar lo espiritual equivale, por tanto, a salvar el trivial libertad-dignidad personal-justicia. Pero ¿hubiera sido posible esta salvación sin el marxismo? Mounier no puede dejar de reconocer que el marxismo "*vaille que vaille*" era entonces amparo de los oprimidos, caminando así en el sentido de la historia. Aquí justamente, para comprender y justipreciar, hace falta *una cierta sangre fría espiritual* capaz de discernir qué es lo más bueno y qué es lo menos bueno.

A juicio del fundador del personalismo, lo más bueno es la importancia que concede a la salvación del hombre económico y a la nivelación socioeconómico-sociocultural. Lo menos bueno, el desnivel sociopolítico que acaba en un partido-fuerza capaz de purgar a Trotsky, Marcel Martinet, Victor Serge y tantos otros. El totalitarismo se muestra también a nivel intelectual: aquí, toda actividad espiritual queda reducida a mero reflejo de lo económico, como acababa de sancionar para todos los lectores de lengua francesa la traducción en 1928 de "Materialismo y Empiriocriticismo" de Lenin.

Semejante reduccionismo alicorta todo filosofar y toda política integrales: "¡Que compare esta filosofía totalitaria con el auténtico cristianismo, con Proudhon o con el sindicalismo revolucionario!"⁷

En resumen: que "nuestra postura, de ser bien comprendida, debe ser la más intolerante para con el comunismo de estricta observancia". El criptocomunismo es ajeno al personalismo ya desde ahora.

II. 1935-1939.⁸

A) *El contexto histórico*. Stalin había constatado ya en el año 1933 que la religión no ha sido liquidada en Rusia, que la "alienación" religiosa no es tan deformante, y que el letargo derechista y amarillo había terminado. Tiende entonces por vez primera en la historia del bolchevismo, y con carácter de oficialidad, la mano a los cristianos. En consecuencia, en el 1936 hace redactar una nueva Constitución con dos notas aparentemente contradictorias: autoritarismo si cabe más acentuado, y convivencia religiosa.

Frente a esto, la reacción del Papa es la *Divini Redemptoris* en

⁷ En esta exclamación va ya implícita desde ahora la prevalencia y la acogida mucho más calurosa que en el seno del personalismo se dispensó al anarquismo, con respecto al marxismo.

⁸ En *Recueils Postumes* (pp. 586-587; 590-591; 593; 598: *Nos amis incroyants*); también en el *Manifeste au service du personnalisme* (pp. 508-520: *L'homme nouveau marxiste*).

el 1937, que fulmina solemnemente al comunismo, lo mismo que a los movimientos o periódicos que dialogan con él. *Esprit* va a ser afectado por este ambiente general.

La respuesta, por ejemplo, de *Terre Nouvelle* es ecléctica, pero claro: cristianismo y comunismo son doctrinalmente conciliables, porque el ateísmo no es esencial al comunismo. En esta postura intermedia entre el comunismo y el Papa se sitúan también otras revistas como *Europe* y *Vendredi*. Por el contrario, otras como *Vie Catholique*, *Vie Intellectuelle*, *Etudes*, *Chronique Sociale*, afirmando su voluntad de justicia social y reconociendo los elementos válidos que hay en las exigencias del frente popular, rechazan la "mano tendida" por el comunismo.

En el ambiente, por tanto, está empezando a calar una mayor capacidad de análisis; no se trata ya de una aceptación ni de una repulsa en bloque del marxismo. Lo evidencian la serie de distinciones, y hasta de sutilezas marxológicas, en torno a la cuatripartición doctrina-movimiento-comunismo-comunistas, y otras.

B) *Mounier y el contexto histórico*. Tras los primeros años del funcionamiento de la revista —uno de los acontecimientos culturales nuevos en la Francia de la época— se irá viendo progresivamente la necesidad de incorporarse a los sucesos desde los sucesos mismos. Se abre el período de *engagement*: "*Dieu se moque un peu, j' imagine de la matérialité de nos oeuvres*". No la teoría, ni las teorías, ni las bellas teorías, sino la realidad del acontecer va a normativizar la realidad. Pero la *praxis* nunca será entendida como simple *poiesis* carente de norte reflexivo, ni la simple *teoría*, vacía de norte existencial. Entre acción y especulación así entendidas comienza a no existir distancia, surge casi una tautología porque ambas son lo mismo o están en vías de serlo.

Es el momento en que Mounier escribe *Anarchie et personnalisme* (durante el período de la guerra de España, en donde el anarquismo todavía tiene alguna palabra que decir), y el *Manifeste au service du personnalisme*, obra que, leída con la atención que merece, está próxima a muchas de las fórmulas proudhonianas sobre la autogestión y la federación.⁹ •

C) *Mounier ante el marxismo*. En este momento de compromiso mayor —por más concreto—, es cuando quiere realizar Mounier una crítica teórica más seria y a mayor altura de la realidad del marxismo.

⁹ Para un tratamiento más amplio, véase nuestro "*Personalismo y anarquismo*" en este libro, y el artículo "*Para una praxis anarcopersonalista*" (Cuadernos para el Diálogo, extraordinario de mayo, 1972). Especial interés tiene el de Ramiro García: "*El anarquismo en España*" (Boletín de la HOAC, 584-585, 1972).

mo. La inmersión en la realidad es así simultáneamente una inmersión en la profundidad teórica de los problemas, cuestión que la erudición a la violeta apoyada en el hobby de la cititis se empeña en desconocer.

Pues bien, Mounier pregunta al marxismo por el hombre: "Durante su historia, el marxismo oficial ha dejado *para mañana* la consideración del problema del hombre". O lo que viene a ser lo mismo: ha dado respuesta Marx a los problemas del ser, pero ha olvidado preguntar por el hombre: "Marx ha puesto patas arriba a Hegel, en favor de la naturaleza, y en contra de la Idea". El humanismo marxista no existe. No es que Marx haya aplazado provisionalmente el problema del hombre; es que lo ha reducido al de la naturaleza. Y así lo propiamente humano, lo espiritual, queda invertido en favor de lo material. Fuera de lo material, nada tiene lugar sobre la superficie de la tierra.

Queda, pues, planteado el debate sobre la equivocidad (o al menos la excesiva amplitud) de la materia, sus posibilidades de "espiritualización" o "sutilización", la mutua implicación en una sola unidad, el problema de los saltos cualitativos, etc.¹⁰ Y con ello, la pregunta que puede enunciarse así: ¿Es lisa y llanamente el marxismo una negación de todo humanismo y por tanto un naturalismo? Mounier parece interpretar al marxismo en el sentido de un simple naturalismo para quien la naturaleza se identifica con la economía, la economía con el hombre y el hombre por tanto con la naturaleza. El hombre viene así a resultar un simple epifenómeno de la naturaleza, un eslabón complejo y preciso con respecto a los demás eslabones.

Sin embargo, Mounier se alegra de que *el nuevo humanismo marxista nacido hacia 1935* acentúe tres aspectos hasta entonces olvidados en esa doctrina:

— No se trata de un fatalismo o determinismo absoluto, ni en el terreno de lo histórico, ni en el de lo dialéctico.

— La nueva política comunista quiere salvaguardar la herencia cultural de los siglos pasados, como dice el vocablo *aufheben*: suprimir conservando, más que simple desterrar destruyendo.

— El neo-realismo marxista pretende rehabilitar el racionalismo burgués buscando la universalidad y la totalidad en la Internacional Roja.

¹⁰ Cfr. un resumen del debate en nuestro libro *Hombre y dialéctica en el marxismo-leninismo*. Ed. Zero, Madrid, 1971. En los últimos tiempos la polémica se ha reavivado con la mediación del existencialismo por un lado y del marxismo no-oficial por el otro.

Estos tres caracteres que se vislumbran en el año 1935 pueden, a juicio de Mounier, salvar de la esterilidad a un marxismo que ya por entonces califica el personalismo de escolástico. Y ello por tres razones.

En primer lugar, porque la negación de todo determinismo implica la aparición de la libertad, y con ésta la del hombre nuevo, más libre y por tanto más distinto de la materia que el resto de los entes. A los que, por cierto, nada induce a pensar como estando "determinados", pues ello supondría subordinarles a un elemento exterior a ellos, no demostrado. A menos que se subordine la realidad a sí misma, en cuyo caso ¿dónde está la subordinación?

En segundo lugar, porque al no rechazar indiscriminadamente el marxismo toda la herencia cultural anterior a él, no será posible el nefasto maniqueísmo que divide, por ejemplo, a la física en "física marxista" y "física burguesa". Este simplismo se evita con el respeto a toda una serie de elementos válidos que entran en la composición del marxismo y que le constituyen: ¿acaso hubiera sido posible el comunismo sin otras aportaciones hoy consideradas extrañas a su esencia?

En tercer lugar, y siendo mayor el respeto, será mayor también la eficacia del frente común en la lucha contra el desorden establecido o que trate de establecerse.

Ahora bien, estos tres elementos, ingredientes de esperanza, se ven enturbiados, por no decir negados por "una dictadura que dura ya más de veinte años". Y en medio de una dictadura "no cabe ninguna antropología, ni de Marx, ni de sus discípulos". No puede, en consecuencia, esperarse una antropología ni en la etapa "comunista" ni en la presente "socialista". No cabe esperanza.

Otra razón que hace imposible un humanismo marxista, dice Mounier, es la negación de lo individual en favor de lo colectivo, subordinado esto a su vez a un monolitismo dictatorial. Cierta que ha cesado la relación con Dios, con un Dios personal que es padre y está más allá del Partido. Pero esta Paternidad ha sido suplida por el paternalismo de los estalinistas. Se ha dicho que Dios es un "reflejo ideológico" pero se pretende crear en los hombres reflejos ideológicos desde el Partido. Se ha dicho que la acción espiritual es reflejo de la economía, pero se dota a lo económico de espiritualidad y hasta se lo sacraliza. Por eso, a juicio del fundador de la revista *Esprit*, el marxismo no dispone de otras soluciones o alternativas que las presentadas por la *mística* materialista "lamentablemente primaria y confusa, a base de reflejos", de suerte que puede definirse como "religión del reflejo" que pretenden substituir al homo duplex: "¡Lástima que éste su Dios sea un Dios tan 1880!

So pretexto de resolver la oposición entre espíritu y materia, no hace más que invertir los términos. Entonces lleva razón: cuando los hombres han abandonado lo espiritual, las ideologías son producto de los intereses más que al revés”.

¿Por qué han abandonado los hombres lo espiritual? Para el marxismo, porque lo espiritual es una superestructura ideológica y por tanto alienante, superestructura inventada por la clase dominante para conseguir la sumisión popular; para Mounier, porque una nueva superestructura política, deseosa del poder incorporado, e incapaz de salvar la tentación de Prometeo, se ha autoconvertido en Dios, y todo otro ser Supremo le parece intolerable. Pero esta reducción, para señalarlo con palabras de Marcuse, ha entrañado el *one-dimensional-man*, o, con las de Mounier muchos años antes, el “hombre sin dimensión interior, incapaz de encuentro”.

Por todo ello, el marxismo es “un optimismo colectivo que recubre un pesimismo radical de la situación”, una exultación de la colectividad de los hombres bajo la dirección de Stalin, una “militarización de la economía” y de la enseñanza que ha hecho del trabajador una herramienta al servicio de la producción sin haber sabido poner la producción al servicio del hombre.

De este resumen sin embargo no todo es apodíctico. Mounier no ha hecho en ninguna parte de su obra un estudio serio de la esencia de los “reflejos” marxistas, juzgados por las nociones (a veces muy burdas y superficiales) de Lenin, refritas luego por Stalin. Además, ha concedido excesiva importancia al problema de la demostrabilidad de la existencia de Dios, sin argumentar suficientemente a su favor. Tal vez, por considerarla suficientemente demostrada vía Tomás de Aquino —Cayetano-Maritain-Jacques Chevalier, todos ellos con clara debilidad por el tomismo. De la presencia del tomismo en Mounier nadie debiera escandalizarse; basta con echar una ojeada a los escritos juveniles (—llamémoslos así concediendo a la erudición—) publicados en el tomo I de las Oeuvres, y nos encontraremos con una profusión grande de citas de Santo Tomás, abundantes alegatos en latín, etc. Y así, Marx es leído a veces con la lupa de Santo Tomás. Del diálogo resultante entre estos dos sistemas opuestos no puede esperarse mucho, a no ser una voluntad conciliadora, que era negada por la mente disociadora.

Pero es que además el problema no lo podía resolver Manuel Mounier a escala individual, por muy positivos que fuesen los elementos por él aportados. El problema era lo suficientemente extenso como para que se hiciese necesaria la perspectiva histórica que entonces resultaba insuficiente.

Ahora bien, aunque Mounier no demostró todo lo que defendía, no por eso puede decirse que fuese un indocumentado en marxismo. Por el contrario, estaba más impuesto en éste, que los marxistas de esencia cristiana. En efecto, Mounier conoció los *Manuscritos Económico-filosóficos* que Marx escribió en el 1844, y en donde se plantea de algún modo el problema del humanismo (o mejor, que da pie a los exégetas posteriores para plantear tal problema). Dichos Manuscritos no fueron publicados por vez primera hasta el 1932, en alemán, por la Kröner Verlag, por inspiración de un hombre entonces no muy famoso, Herbert Marcuse, tras haberlos hallado en el Archivo del Partido Socialdemócrata Alemán (Berlín), y después de una revisión de Mayer y Landshut.¹¹ Los Manuscritos levantan la caza del humanismo, y son leídos por vez primera por Mounier en el 1937, fecha en que aparecen en francés.

El panorama se abría; pero la perspectiva faltaba. Es una inmensa capacidad de intuir problemas, más que de analizarlos sistemáticamente, lo que caracteriza la personalidad de Mounier, y sus afirmaciones sobre el marxismo no dejan de ser intuitivas (—no pretendemos decir que por eso no sean valiosas—).

Pudo conocer también Mounier el libro de Lukács *Geschichte und Klassenbewusstsein*, publicado en 1923, cuyo planteamiento hizo profundo impacto en todos los franceses cultos, por cuanto suponía una revisión del marxismo, y una separación tácita de la ortodoxia dogmática de los kremlinólogos.¹² Lukács es otro hombre poderosamente intuitivo que, sin haber podido leer por entonces los Ma-

¹¹ En el 1953 fueron reeditados en la misma Editorial, esta vez más completos y conteniendo gran parte del primer "Manuscrito" (la que versa sobre el salario y la "renta de tierra"). *Casi simultáneamente* con esta edición, aparece el tomo tercero de la primera sección de la gran obra histórico-crítica de Marx-Engels (Moscú), pero *en forma más completa*. Al parecer, existía otra copia en Bruselas, de la que Moscú logró salvar (?) solamente las cuatro últimas páginas del tercer Manuscrito (Cfr. nuestro artículo *Marxismos hoy*. Pensamiento. Extraordinario de Primavera, Madrid, 1937).

Agradezco vivamente a Ramón Rodríguez la inteligente localización de citas de Mounier con respecto a los Manuscritos. En efecto, en *Oeuvres III*, p. 443, habla de las experiencias de Pavlov y dice: "El hombre se les escapa. El hombre es un ser natural, pero un ser natural humano" (Marx. *Economie politique et philosophie*. Ed. Coste, p. 78), y en la pág. 447 del mismo tomo, hablando de la "existencia encarnada", dice: "En este sentido se puede decir con Marx que un ser no objetivo no es un ser" (*Economie politique et philosophie*, Coste, VI, p. 77).

¹² Sabido es que Lukács, presionado por el Partido Comunista Ruso, se retractó años más tarde; pero esta retractación no logró efecto, quedando indeleble en todo el mundo la labor desplegada en su primera obra; es más, en Francia concretamente, causó irrisión esta vuelta atrás de Lukács.

nuscritos, supo barruntar en Marx —el Marx a medio editar— lo más vivo de sí mismo.

Asimismo conocía Mounier la traducción francesa de el *Capital* (en 1875 la primera), la traducción del *Manifiesto del Partido Comunista* (1882), la traducción de la *Lucha de clases en Francia* (1886), y el *Dieciocho Brumario de Luis Napoleón Bonaparte* (1891). Si además tenemos en cuenta que el periódico *L'Humanité*, órgano de expresión del Partido Comunista Francés, difundía textos bolcheviques, comprendemos que Mounier debió tener un caudal respetable de informaciones.

Pero no solamente era una confrontación teórica lo que servía a Mounier para su análisis del marxismo, sino, y casi ante todo, la vivencia de la historia desde la circunstancia francesa.

Mounier parece no haber conocido la *Dialéctica de la Naturaleza* de Engels, que no aparece en francés hasta dos años después de la muerte del personalista (es decir, en 1952), ni los *Cuadernos Filosóficos* de Lenin (1955). Ambas obras hubieran podido iluminar la comprensión crítica del posible "naturalismo" (aunque, como le ocurrió a Lukács, dichas obras hubieran refrendado su propio punto de vista).

Por lo demás, todo el conocimiento del marxismo no le venía a Mounier de fuentes exclusiva y confesionalmente bolcheviques. En su intelección del fenómeno histórico del comunismo jugó importante papel el "marxismo francés" de los Guesde, Jaurés, etc. También —aunque visceralmente la repelía el hegelianismo— pudo conocer a fondo el marxismo hegelianizante, recién salido del horno de la Sorbona, por mediación de Jean Wahl, Hyppolite, Jankévitch, Kojève, e incluso de los alemanes Korsch y Marcuse. Es sabido que el 1934 fue la fecha, tardía, en que hizo su entrada el marxismo en la Sorbona con una tesis doctoral de Cornu.

Al lado de este ambiente, hay que reseñar el influjo personal sobre Mounier ejercido por Berdiaeff (cuyo artículo "verdad y mentira del comunismo" aparecido en el primer número de *Esprit* marcará la marcha de la revista), por Jacques Maritain, en aquella época hombre de avanzada que planteaba la cuestión de un "humanismo integral" frente a los monismos, e incluso por la teología bastante secularizada de Jean Danielou, en la cuestión de la inmanencia y la trascendencia.

Era, pues, rico el panorama en que Mounier se movió, y del que un director de revista inquieto había de sacar provecho en el pulsar la historia. Pero a nosotros lo que personalmente nos llama más la atención, y lo que incluso llegamos a creer que tuviera más importancia para la comprensión del marxismo en Mounier no es

esto, o al menos esto no puede entenderse sino desde el *redescubrimiento* que Mounier hace del humanismo marxista echado de menos, a partir de la lectura y la vivencia del Evangelio.¹³

No hemos hecho, empero, hasta aquí una distinción necesaria. En los *Recueils posthumes* nos recuerda Mounier que hay que distinguir netamente entre su personal cosmovisión, y la de los miembros de la revista. Esta no era confesional, pero Mounier no era ateo, sino cristiano —y no de los peores—. Todo su afán era la nueva creación, los nuevos cielos y la nueva tierra. En esta medida concebía la existencia humana como un revulsivo y no como un disolvente: sentía como una realidad el "todo es vuestro, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios. Por eso, a la vez que nos poseemos no nos pertenecemos". Lo que significa que el hombre arrastra la ambivalencia de un hijo que está gimiendo por la adopción, *simul iustus et peccator*.

Ahora bien, Mounier no creía en la confesionalización del cristianismo en obras terrenas; desde su punto de vista no era posible democracia *cristiana*, ni obra *de Dios*. Por eso en Esprit socialistas, comunistas, etc., buscan un "carrefour comun", la realización de la fraternidad o al menos el humanismo comunitario. De ahí que en sus páginas no haya anticomunismo, a pesar de señalar continuamente los aspectos a su juicio más débiles del marxismo.

Entre otras cosas, todo sistema que se monta sobre un *anti*, dice Mounier, es porque confía poco en la fuerza de su *pro*. Pero además,

¹³ No acabamos de explicarnos el interés del estructuralismo althusseriano por entender el marxismo como un no-humanismo (antihumanismo teórico), ahora que los mismos países comunistas vuelven a replantearse el problema con complacida aceptación (véase el caso de la revista yugoeslava "Praxis"). Bien está que se reniegue de cierto humanismo espiritualoide y evasivista, uncido al carro de la burguesía y el capitalismo. Claro que por otro lado, el estructuralismo recuerda textos serios en que la intención humanista es dudosa en Marx, y negativa en Engels (Cfr. el artículo adjunto en este mismo libro *Anarquismo y marxismo*). Sin embargo, Ediciones Península ha publicado un libro, extrañamente titulado *Escritos sobre arte* de Marx-Engels, que es un perfecto breviario sobre marxismo. Pues bien, especialísimo interés en contra del marxismo vulgar tienen las páginas 54 a 64, en que el mismo Engels rebate —muerto Marx— el mero determinismo mecanicista de lo económico, lo cual sólo en última instancia determina lo real. ¿Por qué, pues, la interpretación de lo estructural superior, de lo superestructural como una *determinación* en que el hombre nada tendría que ver, como si la historia se le impusiese a ese hombre no se sabe por qué fuerzas extrañas y superiores a él mismo? Creemos que el problema no tiene una solución fácil, y que todas las salidas exegéticas se han dado. Plantear, pues, de nuevo este problema *por el mero hecho* de sentirse autorizado por los clásicos no tendría ya sentido alguno. A no ser desde dentro de la ortodoxia, que es justamente la más fosilizada y por tanto la menos "autorizada".

quien ha intentado el *anti* se ha debilitado y aportado al contrario argumentos más poderosos. Se trata en el comunismo no de negar la verdad, sino de evitar el error. Es una cuestión que el mundo integrista no comprende, y que sin embargo es nuclear en Mounier: "Todo el porvenir de las sociedades cristianas depende del hecho de saber si se pondrán del lado del capital, o realizarán en nombre de Dios y de Cristo la verdad que los comunistas realizan en nombre de una colectividad atea, paraíso en la tierra".

III. 1946.¹⁴

A) *El contexto histórico.* Del 1941 al 1944, durante la segunda guerra mundial, los acontecimientos de la política internacional van a determinar el comportamiento del Partido Comunista Francés. Para vergüenza de los famosos análisis *científicos* de la realidad, el comportamiento histórico del P. C. depende de los movimientos históricos determinados en cada contexto, como el de los demás movimientos políticos.

En tal sentido, cabe distinguir tres momentos:

a) Los comunistas franceses se hacen antipatriotas por su fidelidad a la política Berlín-Moscú, con lo que la "mano tendida" entre los resistentes profranceses y los comunistas franceses pro-alemanes resulta completamente imposible.

b) La "resistencia" de los franceses antihitlerianos y profranceses dentro de la misma Francia ocupada puede reunir a católicos y comunistas cuando (y sólo cuando) la alianza Berlín-Moscú se ha quebrado, y en consecuencia se trasvasan ideológicamente ambos movimientos.

Durante el bienio 1945-1946, el Partido Comunista intenta beneficiarse en el campo político de la colaboración o trasvase anterior, de los tres modos siguientes, por cierto nada nuevos en la actuación marxista que considera —atenta siempre a sus metas propias— a los demás grupos como simples compañeros de viaje utilizables en cada momento:

a) El Partido Comunista Francés va a utilizar la resistencia como instrumento de colaboración con los cristianos, y como instrumento de dislocación de la comunidad cristiana, tratando de sembrar la escisión entre fieles y Jerarquía, y entre fieles y clero, e incluso entre las dos clases de fieles, los ultraconservadores y los vanguardistas.

¹⁴ En *Le Communisme devant nous* (pp. 114-115; 121-122; 126; 128; 129; *Debat a haute voix*). Es sabido que Mounier tenía alergia a los diálogos en la cumbre, por lo que defendía confrontaciones en la base, al través de los comportamientos. Postura ésta atacada por todos los lados.

b) Dado que el Partido Comunista viene a ser el partido nacional a través de la idea de patria (ahora ha pasado a erigirse en defensor de los intereses patrios, cuando anteriormente ha sido el defensor de los intereses Berlín-Moscú...), los contactos entre comunistas y cristianos resistentes-patriotas se multiplican.

c) En vista del triunfo de los aliados sobre el Eje, surge un fuerte movimiento democrático. El comunismo insinúa astutamente la realidad y la palabra de la democracia popular, presentando a la URSS como el país más democrático del mundo entero.

Con este cebo, el esfuerzo por unificar el movimiento obrero bajo la única dirección del comunismo se desarrolla en dos sectores:

a) *Sector sindical*: En 1946, el Partido Comunista Francés se apodera de la CGT.

b) *Sector político*: Mediante la reaparición por sorpresa del Partido Socialista para crear un partido único, aunque sin conseguirlo (la táctica del PCF de "alianza" equivale a "dirección del más fuerte").

B) *Mounier y el contexto histórico*. En este período, el Mounier universitario ha desaparecido de escena; además, la guerra unifica a todos los hombres, reduciéndoles a la condición de combatientes, tanto en el frente como en la retaguardia. Guerra, clandestinidad y postguerra son aspectos de una misma realidad. Mounier conocerá el hambre, se verá relegado a la absoluta pobreza, y sabrá de cárcel. Resistente, tendrá ocasión de estrechar "manos tendidas".

Pero la enseñanza de la guerra va allende la guerra misma: "Quisimos mostrar, más allá de la brutalidad de la guerra, su faceta de guerra civil internacional, y a la vez nos vimos obligados a considerar que un cierto pacifismo a todo precio era una posición desfasada". Pues la guerra era siempre entre hombres, masacrados por el imperativo de los capitalismo, que no podían imponer su pacifismo. Pero nadie podía quedar al margen: "Il manque a un homme de n'avoir pas connu la maladie, le malheur ou la prison".

C) *Ante el marxismo*. Ante esas manos tendidas, "la tentación del comunismo ha llegado a ser nuestro demonio familiar".¹⁵ Pero no es la tentación del Kremlin, sino "ese diálogo que abrimos y que

¹⁵ La obra *De Mounier a la teología de la violencia* del claretiano Zurdo creemos es una absoluta incomprensión de Mounier. Tras decir que no dio el paso definitivo de Lamennais y los "vanguardistas de Jeunesse de L'Eglise", añade que Mounier se quedó a mitad de camino "silenciando habitualmente la doctrina de la Iglesia". ¿A mitad de qué camino? Tal vez el camino en que Zurdo le mete no siendo el de Mounier. So pena que el ingeniero de caminos se quede a medio camino... de la intención de su padre, que deseaba fuera catedrático de latín.

ofrecemos al comunismo militante, no al conformismo comunistizante".¹⁶ Frente al comunismo-síntesis (religión secularizada en medio de una atmósfera religiosa, con una adoración hacia la jerarquía y con una incapacidad para revisar los dogmas, a la par que afecto a las excomuniones), ese comunismo que "tiene el dogmatismo de las Iglesias nacientes", habrá de revisar las "manos tendidas" para saber hacia dónde se tienden y qué piden u ofrecen. Una mano tendida en la historia, en principio, no significa absolutamente nada, por el mero hecho de estar tendida.

Para empezar, se hace urgente la revisión de los postulados especulativos de las actitudes existenciales, oponiendo al comunismo práctico un comunismo teórico. Pero el diálogo exige condiciones. La primera, la caída de la partitocracia y de su internacional parlamentarismo. Por parte del personalismo, el respeto a la voluntad de diálogo con los marxismos abiertos.

IV. 1946-1948.¹⁷

A) *El contexto histórico.* Desde el 1946 hasta el 1952 hay un período de esclarecimiento y de progresiva normalización, que no había sido posible durante la segunda guerra mundial y la resistencia.

¹⁶ Parece que la historia va de un extremo a otro. Así, frente a la postura del padre claretiano para quien Mounier es un precursor del peligro amarillo y de los estudiantes de Natterre, se encuentra otra obra, la de Roberto Coll Vinent. En su libro *Mounier y el desorden establecido*, Mounier es un ser puramente enciclicable: todo lo dicho por los papas parece haber sido expuesto por Mounier. Para reconocimiento del buen traductor y conocedor de Mounier que es Coll Vinent, hemos de decir que esta visión se ve corregida en el artículo de El Ciervo titulado "Qué haría, qué diría Mounier hoy".

A nuestro juicio, Mounier no fue "preconciliar" ni "posconciliar" porque fue evangélico. En la misma medida fue un profeta, que supo intuir una serie de caminos y evitar una serie de riesgos. Este profetismo que encuentra su raíz en la vivencia del mensaje de Cristo no ha perdido interés. Hay que reconocer, sin embargo, que su ambivalencia (no su "centrismo") es capaz de suscitar polémicas, como la misma ambivalencia del Evangelio. Ambivalencia no implica equivocidad; antes al contrario, el mensaje es muy claro, sólo que es realizable desde distintas posturas y hasta desde posiciones que a una primera vista parecen francamente irreconciliables. Entre nosotros ha sabido expresarlo Carlos Comín en el artículo de El Ciervo antemencionado, si bien la postura personal de Comín no sea siempre la misma de Mounier, cosa que además no pretende, como no pretende ningún personalista que entienda a Mounier. Esperamos que los futuros trabajos sobre personalismo a producirse en el país tengan en cuenta que Mounier ni es de derechas, ni de izquierdas, ni de centro. Parece un riesgo fácil de eludir, pero la etiquetación gravita sobre el de Grenoble.

¹⁷ En *Le Communisme devant nous* (p. 150, Petkov en nous), y en *Le Communisme devant nous* (pp. 159-160, Prague; pp. 169-170; 172, Débats).

Por eso las cosas comienzan a verse claras ahora. Sirve como índice de esclarecimiento el número de los afiliados al Partido Comunista Francés:

1946: 1 000 000

1949: 786 000

1952: 500 000

Con la entrada en el 1947 del Partido Comunista Francés en la oposición, baja el número de afiliados y también el grado de combatividad en una Francia cada vez más consumista.

B) *Mounier ante el contexto histórico*. En este sentido hay que entender aquello de que "a pesar de nuestras reservas deseamos en Europa Partidos Comunistas fuertes, pues actualmente son la única garantía contra una vuelta al fascismo". Pero no sin reservas se pronuncia así Mounier, pues añade: "¡Cuidado con el Stalin de 1930!". Del PCF al stalinismo no hubo luego mucha distancia. Por eso en el año 1947 escribe Mounier: "Frente al modo de ir las cosas en la URSS defendemos el socialismo vivo y riguroso de todos los pueblos europeos". De esta manera, Mounier quiere "ayudar a exorcizar sus propios demonios a los mismos países comunistas, como ellos deben ayudarnos a nosotros a exorcizar los nuestros".

¿Ambigüedades centristas de Mounier en estas formulaciones? ¿O equilibrio en un diálogo buscado? Lo cierto es que esta posición no satisface a los diversos *ismos*, y así en 1949 el Santo Oficio promulga un Decreto que hace temblar Esprit, aunque Mounier no renuncia a llevar adelante su apertura y su crítica.

V. 1950.¹⁸

A) *El contexto histórico*. (Ya ha sido expuesto en el período anterior.)

B) *Mounier y el contexto histórico*. Con el marxismo, pues, tuvo siempre Mounier un lenguaje duro y fraterno. Mounier está viviendo sus últimos días. Es en éstos cuando acentúa su dimensión popular, su unión a los más pobres y a los enfermos: "Mi Evangelio es el Evangelio de los pobres". Jamás nada le hará alegrarse de lo que no venga en esta dirección. Fiel a ese proletariado al que amó y en virtud del cual dialogaba, murió en la extrema pobreza, encarnado en ella.

C) *Ante el marxismo*. "No deseamos ni comunistas salidos del Partido Comunista, ni paracomunistas. Queremos que el comunismo

¹⁸ En *Le Communisme devant nous*, pp. 17-21; *Fidélité*, pp. 180-181-182; 189; *L'avilissement ne rend pas*. Véase el tomo IV de las Oeuvres: *Correspondence*, publicada y seleccionada por Mme. Mounier en 1954.

se salve *por sí mismo*. Le deseo no la reforma herética que disloca a la Iglesia, sino la interior que la vivifica". Como puede verse, esta postura no hace sino consolidar la que había sido defendida a lo largo de su vida.

Merece la pena remarcar una anécdota no suficientemente conocida en el diálogo que llevó a un enfrentamiento entre el director de *Esprit* y el por entonces triunfante teórico del PCF Roger Garaudy, que era a la sazón ortodoxo marxista-leninista. Mounier dice al entonces cabeza ideológica Garaudy que no aceptará nunca dos cosas de la visión marxista:

— El Partido mismo con todo su aparato.

— La artificial unificación entre "materialismo dialéctico" y "materialismo histórico", y la subsiguiente "naturalización" de la dialéctica.

La respuesta de Garaudy es feroz. Enfurecido, responde:

— ¡No quiero hombres que hacen complot contra la URSS!

— Marx defendió la continuidad entre el materialismo dialéctico y el histórico.

Por esos avatares de la historia, Garaudy va a negar lo que antes afirmaba muerto Mounier, cuyas posturas defenderá luego en muchas partes excesivamente *literaliter*.¹⁹

En 1956 tiene lugar el XX Congreso del Partido Comunista Ruso, que reconoce como válidas algunas de las críticas del francés. Pero Mounier ya había muerto.

¹⁹ Cfr. *Existentialismus und Marxismus, Eine Kontroverse zwischen Sartre, Garaudy, Hyppolite, Vigier und Orsel*. Suhrkamp, Frankfurt, 1968, p. 41: "El intercambio de cartas muestra que Marx seguía y aprobaba los resultados de los estudios de Engels sobre la dialéctica de la naturaleza". Esta afirmación de Garaudy, de la que va a retractarse en *Reconquête de l'espoir* (Ed. Bernard Grasset, Paris, 1971) señala la antigua postura de Garaudy. Desgraciadamente, éste no ha reconocido tras la muerte de Mounier lo que hubiera sido justo.

¿LA RELIGION ES EL OPIO DEL PUEBLO? ¿EL OPIO SERA LA RELIGION DEL PUEBLO?

(Notas sobre ciencia y religión)

Por Arturo SERRANO PLAJA

CUANDO Lenin escribió su famosa frase: "La religión es el opio del pueblo", acaso era imposible prever lo que actualmente es el llamado problema de la droga-problema, por aquellos días, minoritario y "burgués" por excelencia. Pero hoy el problema es tal que muy bien podrían invertirse los términos leninistas: ¿será —llegará a ser— el opio la religión del pueblo? Y sin embargo, respecto al tiempo de la historia, no respecto al ridículamente efímero de la vida humana, la frase propuesta data de ayer. Cabe preguntarse: ¿qué ha pasado de ayer a hoy?

Ni qué decir tiene que yo no pretendo conocer la respuesta a tal pregunta. Con todo, las consideraciones que siguen sí tienen el propósito de contribuir, por más modestamente que sea, al esclarecimiento de lo que muchos consideran la cuestión palpitante de hoy día.

Empezaré para ello por notar una monumental contradicción que, asombrosísimamente, nadie que yo sepa ha registrado todavía: la que resulta de comparar la filosofía implicada en las palabras de Lenin y aquélla significada por los sectores llamados "radicales" de los países más industrializados. Por ejemplo, en los Estados Unidos esas minorías radicales proclaman como una de sus reivindicaciones contra el "sistema", la legalización de las drogas. Esa actitud, *grosso modo*, es la misma entre las minorías radicales de los países más libres: Suecia, Dinamarca, Alemania Occidental, Inglaterra, Holanda, Francia, etc. Aspecto menor pero no menos significativo de la misma contradicción es la actitud oficial de otros países y de cuáles sean esos países. Por ejemplo, en la Unión Soviética, patria de Lenin al mismo tiempo que "patria del socialismo", la actitud de su gobierno respecto a las drogas está mucho más cerca, digamos, de España que de la posición estatal en Estados Unidos o Suecia. Si en estos últimos países la política oficial es un tanto vacilante, en la

Unión Soviética o en España no hay vacilación alguna: la política oficial es exclusivamente represiva.

Por todo ello (y renunciando desde luego a datos estadísticos y documentales respecto a lo anticipado hasta aquí, ya que ni ese es el propósito de este trabajo ni, por otra parte, es esa clase de estudios precisamente la que falta en la actualidad) acaso convenga detenerse un momento en las palabras de Lenin: "la religión es el opio del pueblo".

Por lo pronto lo más viable en ellas, claro está, es la equiparación religión=opio, ambos términos entendidos como estupefacientes. Pero de manera subyacente hay otras cosas. En primer lugar un criterio político fundado en principios de filosofía moral: en el mundo capitalista los ricos, gracias a su dinero, pueden permitirse el lujo del opio, los "paraísos artificiales"; el pueblo, los pobres han de contentarse con el paraíso prometido por la religión —viniendo así a ser la religión algo eminentemente nocivo que conviene destruir para avivar la conciencia de clase que alimente la esperanza liberadora en la revolución social, etc., etc.

Digamos, de paso, que a partir de ese razonamiento tiene fácil explicación la "curiosidad" policíaco-gramatical señalada por Solzhénitsyn en el postfacio a su obra *Agosto del 14*: en la Unión Soviética *se prohíbe* —textualmente— escribir la palabra "Dios" con mayúscula; pero la policía política, la K.G.B. de hoy, heredera de la siniestra G.P.U. de los buenos tiempos de "la patria del proletariado", sigue empleando para su uso particular *tres* mayúsculas.

Otro aspecto de la frase leninista es la *condenación del opio* —condenación no por implícita menos categórica. En este sentido, otra frase del mismo Lenin aclara el de la frase que nos ocupa. Me refiero a su comentario acerca de la música (la de Beethoven, si no recuerdo mal, pues cito de memoria): "oyendo esta música le dan a uno ganas de acariciar la cabeza de la gente, cuando lo que hoy conviene es golpear cabezas, golpearlas implacablemente". Es decir, para Lenin, la música también tiene algo de "opio" —en cuanto distrae la atención militante.

Notemos por el momento que tal frase, opio=religión, contiene una ambigüedad —sobre la que habré de volver. Y por otra parte, desde el punto de vista de cierta juventud —aquella que reivindica a banderas desplegadas el uso de las drogas— notemos igualmente que Lenin —nada menos— aparece hoy como "establecimiento": nada más.

Vengamos ahora a esos jóvenes radicales. En dos ocasiones distintas he podido leer en los periódicos el mismo argumento empleado por dichos jóvenes —un muchacho y una muchacha— para

justificar el hecho de entregarse a las drogas: "Si algo destruyo —venían a decir, en resumen— es mi cuerpo, *el mío*, y hago con él lo que me place". —No sé yo, claro está, si tales contestaciones son típicas —o atípicas— respecto a la totalidad de esa juventud radical a que vengo aludiendo. En cualquier caso sí quiero recoger esas palabras por el argumento especioso que contienen.

Nótese que en tales palabras no se discute si la droga es o no destructiva sino que se afirma el derecho a destruirse, derecho ese que contiene la increíble paradoja de aparecer fundado no, por ejemplo, en el "malditismo" más o menos romántico de otros tiempos, sino en el positivo y más sólido principio del "establecimiento" al que combaten, de la sociedad burguesa: *la propiedad privada*.

Aparte del desatino económico que contiene tal razonamiento (si mi casa es *mía* tengo por ello derecho a incendiarla) se razona aquí suponiendo que nuestro cuerpo *es nuestro* —como si al nacer, hecho ajeno a nuestra voluntad, hubiésemos comprado con dinero la vida que se nos da— de balde, precisamente, y con la potencialidad misteriosa de reproducirla, dándola a otros posibles seres.

Volviendo ahora a Lenin, una primera pregunta que suscita su famosa frase —aún adoptando el punto de vista de su autor— es la siguiente: ¿por qué se entregan al opio los ricos que hacen tal cosa? Aparentemente, si los capitalistas, gracias a la explotación del pueblo, ya gozan de frutos de esa explotación —el dinero— ¿para qué, diablos, necesitan distraerse —en términos materialistas? Según las propias palabras de Lenin el pueblo encuentra en su "opio" —la religión— distracción a su miseria, consuelo —estupefaciente— a su explotación, etc. ¿Pero y los ricos? ¿De qué o por qué necesitan consolarse o distraerse? Nada dice Lenin acerca de eso. De donde resulta la ambigüedad a que me referí anteriormente. Ahora bien, tal y como quería Pascal: "*Les athées doivent dire des choses parfaitement claires; or il n'est point clair que l'ame soit matérielle*". Y ya tendremos ocasión, más adelante, de volver sobre los términos *alma* y *materia* precisamente.

SI abandonamos ahora por un momento el mundo del opio, en el sentido literal de las drogas, otro hecho que conviene registrar ahora para que estas líneas tengan sentido es el relacionado con la religión en nuestro tiempo.¹ Por una parte, no se puede negar, asistimos en

¹ Casi todas las consideraciones que se hacen en este trabajo tienen su origen anecdótico, cuando hay lugar a ello, en los Estados Unidos. Si baso mi comentario en hechos o fenómenos ocurridos en éste país no sólo se debe a que vivo aquí —y por tanto esa es mi realidad inmediata— sino

general a la desintegración de las iglesias tradicionales. Mas por otra, asistimos igualmente a una como resurrección de sentimientos religiosos —y entre la juventud precisamente. De manera que esa juventud aparece escindida —para el propósito que aquí importa— en dos sectores: el que afirma el valor de las drogas y el que reafirma los valores religiosos. (Que alguno de dichos rasgos, quizá los dos, sean producto de moda efímera o verdaderos trazos iniciales de una nueva época es cosa que ignoro, naturalmente. Pero hoy por hoy, ambos son hechos —y harto significativos).

Respecto al último punto mencionado —la revalorización de sentimientos religiosos— bastarán dos hechos para ilustrar el aserto. Primero —y deliberadamente elijo el que me parece más disparatado— el éxito que en Broadway —¡en Broadway!— ha tenido el *show* titulado *Jesuschrist Superstar*. Y en orden de ideas eminentemente más significativas y respetables —en mi opinión—, el fenómeno llamado *Jesus people* o *Jesus revolution*.

¿Diremos, con Lenin, que ambas cosas son los dos polos de su frase: religión=opio? Dejemos por el momento abierta la pregunta. Pero con ambos fenómenos a la vista, intentemos ahora ir un poco más al fondo de la cuestión.

No tendré la "originalidad" de señalar una vez más la crisis, tanto de creencias como de ideologías, de nuestro tiempo. Pero sí creo pertinente recordar dos hechos —los más voluminosos— para establecer un cierto punto de vista.

La primera guerra mundial, creyendo tener como finalidad la destrucción del imperialismo germánico, provoca secundariamente —digamos— el acontecimiento social más importante de nuestro siglo: la revolución soviética que fue la expresión —si se quiere— de lo que sus partidarios llaman el *socialismo científico*. La segunda guerra mundial provoca igualmente otro hecho "secundario" de primera magnitud: la explosión de Hiroshima —con todas sus implicaciones militares, políticas y, sobre todo, científicas.

Si Marx fue el profeta del socialismo científico es claro que Lenin fue a su vez su sacerdote más autorizado. La frase que venimos siguiendo (religión=opio) transpira ese cientifismo: por cuanto implica un racionalismo absoluto y una filosofía, el materialismo

por estar convencido de que, para bien o para mal (que ese es otro cantar) cuanto sucede en Estados Unidos tiene repercusión directa, si acaso no ejerce directa influencia, en el resto del mundo occidental viniendo así este país a constituir un índice que acepto como válido respecto a ese mundo occidental aludido.

dialéctico, típica del siglo diez y nueve. De ahí la ambigüedad señalada anteriormente y de ahí también la arrogancia —que también comentaré con palabras de Pascal: "*Atheisme, marque de force d'esprit mais jusqu'a un certain degré seulement*".

Hoy la antinomia ciencia-religión —en cierto modo clave de todo el pensamiento decimonónico— no aparece tan candorosamente *cierta* como pareció a muchos. Freud (aun cuando él mismo era ateo, según creo) constituye una primera denegación al racionalismo absoluto. Mas Freud, si se quiere, aún no es la Ciencia —con mayúscula. ¿Pero y Einstein? ¿el Einstein que sólo tras de su muerte pudo entrar en la patria del socialismo científico?

Como es bien sabido, Einstein afirma que el mundo tiene sentido. ¿Cuál sentido? Simplificando su celeberrima frase grabada en la chimenea de su cuarto en Princeton ("Dios es astuto pero no es maligno")² el sentido del mundo para Einstein reposa precisamente en Dios —la palabrita que se prohíbe escribir con mayúscula en la patria del socialismo científico. Por otra parte el mismo Einstein afirma el valor de la *intuición* por encima del de la *lógica* para el descubrimiento de verdades elementales: "No hay camino lógico para el descubrimiento de esas verdades elementales: sólo hay el camino de la intuición". ¿Será Einstein *poco* científico? Repitiendo una frase de otros tiempos acaso pudiera decirse: poca ciencia destruye la religión; mucha ciencia, la afirma.

¿Pero acaso es el de Einstein caso único? Tengo a la vista la versión inglesa de un librito alemán: *Man and Science*. Editado por *Max Hueber Verlag, Munchen, 1964*, que trata justamente el tema ciencia-religión insertando opiniones de hombres tales, por no citar sino dos, como Max Planck y Werner Heisenberg. ¿Será necesario recordar que Max Planck es el autor de la teoría del *quanta*, que muchos consideran origen de todo el pensamiento científico de nuestros días, Einstein comprendido? ¿Que a Heisenberg se debe el "principio de incertitud", acaso la teoría más compleja respecto a la física contemporánea? ¿Serán tales dos nombres *poco* científicos? Veamos, pues, algo de lo que dicen. A continuación unos párrafos de Max Planck:

Religión y ciencia concurren acerca de la cuestión de la existencia de un poder supremo que gobierna el mundo: sus contestaciones respectivas, por lo tanto, son comparables, al menos hasta un cierto punto.

² La frase completa, en alemán, era esta: "Raffiniert ist der Herr Gott, aber boshaf is Er nicht". Sea, en español: "Sutil y dificultoso es el Señor Dios, pero no es arbitrario ni malicioso". Pero alguna vez la he visto citada, en español, como va en el texto que aun reducido, creo, expresa bien el pensamiento einsteniano.

Ambas están de acuerdo en afirmar, primeramente, que existe un orden del mundo basado en la razón, independiente del hombre y, en segundo lugar, que la naturaleza de ese orden del mundo nunca puede ser conocido directamente: sólo se le puede sentir indirectamente, como si fuera visto a través de un cristal oscuro.

Aquí la religión emplea sus símbolos y la ciencia sus cómputos. Nada, por consiguiente, nos impide identificar el orden del mundo de la ciencia con el Dios de la religión...

.....

Adonde quiera que miremos, por lejos que sea, nunca encontraremos contradicción alguna entre ciencia y religión. En todos los puntos esenciales están de completo acuerdo. Religión y ciencia, lejos de excluirse una a otra, como mucha gente cree o teme, son complementarias. La prueba más convincente de la compatibilidad de la religión y la ciencia, incluso para los críticos más severos, es el hecho histórico de que nuestros grandes científicos como Kepler, Newton y Leibnitz estaban hondamente imbuidos en la religión.

Digamos aquí que si tales científicos mencionados por Planck pueden ser considerados como "antiguos" —para invalidar la argumentación de Max Planck— no son antiguos, ciertamente, ni Einstein ni Max Planck —y también ellos aparecen imbuidos en la religión. Tras esa aclaración volvamos a Max Planck:

En la Edad Media la escolaridad científica aún se proseguía en las celdas de los monasterios. Ulteriormente, al ramificarse los intereses culturales, fueron apareciendo diferencias cada vez más acusadas entre los dos caminos, de acuerdo a las acusadas diferencias entre las funciones servidas por la religión y la ciencia. Pero ambos caminos no son divergentes. Corren paralelos. Se encuentran en su objetivo final, allá lejos, en la infinitud.

Como se ve Max Planck no puede ser más explícito. Y por otra parte cuando habla del orden del mundo y de la imposibilidad de conocerle directamente, afirmando que todo cuanto puede hacer el hombre respecto a ese orden es "*sentirle* indirectamente, como a través de un cristal oscuro", también Max Planck a su modo poético— coincide con Einstein: "Dios es astuto pero no es maligno". Dios —digamos— tiene la "astucia" de *escondarse* de ser el *Deus absconditus* de Isaías ("Verdaderamente eres Dios escondido": Isaías, XIV, 15) tan subrayado por Pascal; pero ese mismo Dios no es "maligno", y así se deja encontrar por quienes verdaderamente le buscan. Sea dejándose ver pero, tal como quiere Max Planck, únicamente "como a través de un cristal oscuro".

Pero ocurre que, precediendo a los científicos modernos en unos trescientos años, Pascal (¿sería Pascal *poco* científico?) había escrito unas palabras de las que casi parecen calco las grabadas por Einstein en Princeton: "*Dieu tente, mais il n'induit pas en erreur*": Dios tiente ("es astuto") pero no induce a error (no es "maligno"). Y el propio Pascal aclara sus palabras: "tentar es procurar las ocasiones que de ninguna manera imponen necesidad; si no se ama a Dios, se hará tal o cual cosa. Inducir a error es poner al hombre en la necesidad de concluir y seguir una falsedad".

Cuanto al trabajo de Heisenberg —por ser demasiado extenso— habré de limitarme a notar algunos puntos. Comienza su estudio con un resumen histórico del camino seguido por las ciencias. Nota luego que Galileo, a quien podemos considerar como punto de arranque de la ciencia moderna, no se limita a *pensar* sino que observa los fenómenos cuantitativamente. Registra después el hecho de que el famoso proceso de Galileo marca el comienzo de una lucha que durará más de un siglo. Caracteriza el conflicto que a partir de ahí parece producirse entre ciencia y religión y llega a examinar el pensamiento científico que, como resultado hasta cierto punto de todo lo anterior, se produce en el siglo diez y nueve. Tras ese deficientísimo resumen veamos ahora, textualmente, algo de lo que dice el propio Heisenberg:

... Finalmente el siglo diez y nueve desarrolló un marco extremadamente rígido para las ciencias naturales que influyó no sólo en la ciencia sino también en la perspectiva general de grandes masas de gente. Tal marco aparecía sostenido por los conceptos fundamentales de la física clásica: *espacio, tiempo, materia y causalidad*. El concepto de *realidad* aplicado a cosas o acontecimientos que podemos percibir con nuestros sentidos o mediante refinados instrumentos provistos por la ciencia técnica. La *materia* era la realidad primera. El progreso de la ciencia se proyectó como una conquista del mundo material. La palabra clave fue utilidad.

Tal marco, por otra parte, era tan estrecho y rígido que resultaba difícil encontrar lugar en él para muchos *conceptos de nuestro lenguaje natural*: que, *de siempre*, habían pertenecido a su verdadera sustancia, por ejemplo los conceptos de *mente, alma o vida* [...]. En dicho marco era especialmente difícil encontrar lugar para aquellas partes de la realidad que fueron objeto de la religión tradicional, las cuales parecieron entonces más o menos imaginarias. Consecuentemente, en aquellos países europeos en los cuales se quiso llevar tales ideas a sus últimas consecuencias, se desarrolló una abierta hostilidad entre ciencia y religión...

Volviendo ahora a la contribución de la física moderna, se puede decir que el cambio más importante aportado por sus resultados consiste en la disolución de aquel rígido marco de conceptos del siglo diez y nueve. . . .

Tal disolución se produjo en dos etapas distintas. La primera, mediante la teoría de la relatividad, consistió en el descubrimiento de que incluso conceptos tan fundamentales como *espacio y tiempo* podían cambiarse y de hecho habían de ser cambiados a la luz de la nueva experiencia. Ese cambio *no concierne* a los conceptos algo vagos de espacio y tiempo *en el lenguaje ordinario*: pero sí que concierne a su formulación precisa en el lenguaje científico de la mecánica newtoniana que, erróneamente, había sido aceptada como final. La segunda etapa fue la discusión del concepto de *materia* puesto en vigor por los resultados experimentales relativos a la estructura atómica. La idea de la *realidad de la materia* fue, probablemente, la parte más fuerte de aquel rígido marco de conceptos del siglo diez y nueve, y dicha idea, a la vista de las nuevas experiencias, hubo por lo menos de ser modificada. Pero una vez más esos conceptos, *en tanto que pertenecen al lenguaje ordinario, permanecieron intactos*. No hubo dificultad alguna para hablar acerca de materia, o acerca de hechos, o acerca de realidad cuando hubo que describir los experimentos atómicos y sus resultados. . . .

Teniendo en cuenta la *intrínseca estabilidad de los conceptos del lenguaje natural* en el proceso del desarrollo científico, uno ve que —a partir de la experiencia de la física moderna— nuestra actitud respecto a conceptos tales como *mente, alma humana, vida o Dios* ha de ser diferente de aquella del siglo diez y nueve porque *tales conceptos pertenecen al lenguaje natural y tienen por lo tanto conexión inmediata con la realidad*. Es cierto, nos damos cuenta de ello, que tales conceptos no están bien definidos en sentido científico y que su aplicación puede conducir a diversas contradicciones. Por el momento habremos de contentarnos con aceptar dichos conceptos indefinidos tal como están: pero sabemos que *tocan la realidad*. En relación con eso quizá sea útil recordar que incluso en el campo más preciso de la ciencia, en *matemáticas*, no podemos evitar el empleo de conceptos que implican contradicción. Por ejemplo, es muy sabido que el concepto de *infinito* conduce a contradicciones que ya han sido analizadas, pero hubiera sido imposible edificar partes esenciales de las matemáticas sin dicho concepto. . . .

En ese punto no sé yo si Heisenberg estaría o no pensando en el famosísimo ejemplo de Pascal. De cualquier manera, tal ejemplo

pascaliano constituye la mejor ilustración a cuanto acaba de exponer Heisenberg: la serie de los números —postula Pascal— es infinita; pero es igualmente infinita la serie de los números *pares* o la de los números *impares*. De donde *la mitad* de un todo puede ser *igual al todo* —en el infinito. Tras esa aclaración, sigamos ahora con el análisis de Heisenberg:

La tendencia general del pensamiento humano en el siglo diez y nueve consistió en una creciente confianza en el método científico y en términos precisos y racionales, conduciendo así a un *general escepticismo respecto a aquellos conceptos del lenguaje natural que no casan con cerrado marco del pensamiento científico* —por ejemplo, aquellos que conciernen a la religión. La física moderna, por diversas maneras, ha acrecentado tal escepticismo; pero al mismo tiempo se ha vuelto contra la sobrestimación de los precisos conceptos científicos, contra el escepticismo mismo. La argumentación contra los precisos conceptos científicos no significa que haya de haber un límite definido para la aplicación del pensamiento racional. Por el contrario, se puede decir que la habilidad humana para entender puede ser, en cierto modo, ilimitada. Pero los conceptos científicos existentes cubren sólo una muy limitada parte de la realidad y la otra parte que aún no ha sido entendida es infinita. Cuando quiera que procedemos de lo conocido a lo desconocido podemos esperar *entender*, pero pudiéramos tener que aprender, al mismo tiempo, una nueva significación de la palabra "entendimiento". Sabemos que cualquier entendimiento, finalmente, *tiene que estar basado en el lenguaje natural, porque es ahí únicamente donde podemos estar seguros de estar en contacto con la realidad*, y por lo tanto *tenemos que ser escépticos respecto a todo escepticismo en relación a ese lenguaje natural y sus conceptos esenciales*. En este sentido la física moderna ha abierto la puerta a una perspectiva más amplia acerca de la relación entre la mente humana y la realidad.

(The role of modern physics. Tomado de Physics and Philosophy, 1959.—Todos los subrayados son míos)

Comencemos por observar que Heisenberg *no* es tan explícito como Max Planck acerca de la positiva compatibilidad religión-ciencia. Ni tan positivamente afirmativo como Einstein respecto a la existencia de Dios. Con todo, Heisenberg en sus constantes referencias a "la intrínseca estabilidad de los conceptos del lenguaje natural", aporta originalísimo argumento altamente demostrativo acerca de la cuestión que aquí importa. Que yo sepa, Heisenberg en efecto es el primero en observar ese hecho: ciertos conceptos de la

ciencia, incluso aquellos que parecieron en su día tan sólidos como *espacio, tiempo, materia* pueden disolverse —digamos— en tanto que esas mismas palabras en "nuestro lenguaje natural" *permanecen inalteradas*.

Primera consecuencia de ese hecho de tan minúscula apariencia es para Heisenberg su afirmación según la cual "todo entendimiento finalmente ha de estar basado en el lenguaje natural" porque es "ahí donde únicamente podemos estar seguros de tocar la realidad". Pero el mismo Heisenberg había registrado antes que tal lenguaje natural "de siempre" —es decir, en todos los tiempos y en todos los idiomas o aspectos de nuestro lenguaje natural— incluía nociones tales como *mente, alma, vida o Dios* por más que tales términos aparezcan insuficientemente definidos en sentido científico.

Anteriormente y respecto a la frase de Lenin acerca de la religión, cité las palabras de Pascal: "los ateos tienen que decir cosas perfectamente claras; ahora bien, de ninguna manera es claro que el alma sea material". Ahora me parece, tras todo lo expuesto por Heisenberg estamos en mejores condiciones de apreciar la hondísima justificación de la palabra de Pascal. Las cuales se refieren, por un lado, al *alma* —término de nuestro lenguaje natural, que permanece intacto— y por otro a la *materia* —término, en sentido científico, acerca del cual lo menos que hoy podemos decir es que "*il n'est point parfaitement clair*".

Cabe preguntarse, siguiendo el pensamiento de Heisenberg: ¿por qué todo ello? ¿Por qué existen tales nociones en el lenguaje natural? ¿Será —tal como sugería la ciencia materialista del siglo diez y nueve y su heredero legítimo el "socialismo científico" por boca de Lenin— porque la humanidad anterior a esa "Ciencia" estaba formada por hombres deficientes, por seres menores aún no "liberados" del prejuicio religioso? ¿O será más bien, cuando todo está dicho, porque aquella misma Ciencia no era tan científica y sí más bien arrogante —con la misma arrogancia del *robot* que está absolutamente *seguro* de sus respuestas— a condición de que se le pregunte aquello que el *robot* sabe contestar?

A ese propósito, el librito a que vengo refiriéndome —*Man and Science*— contiene un prefacio firmado por Walter Leifer quien, tras una brillante síntesis de los descubrimientos científicos en el siglo XX a partir de Max Planck (teoría del *cuanta*, 1900) y Einstein (teoría de la relatividad, 1905) alude a la amenaza que hoy se cierne sobre la humanidad, la cual —dice— "ha sido intoxicada por un sentido de potencia", añadiendo que tal amenaza se podrá evitar pero "sólo si el hombre cesa de glorificarse a sí mismo", a continuación escribe:

En esta parte del globo en la que el hombre es libre para seguir su propio camino, en la que no estamos obligados a seguir como *robots* la calle de sentido único del materialismo ateo, uno de los rasgos sobresalientes de la ciencia moderna es que ésta dirige sus pensamientos a lo sobrenatural, a Dios. En contraste con muchos de sus predecesores del siglo diez y nueve, los científicos contemporáneos son hombres religiosos. No tienen nada de la arrogante complacencia típica del *robot*. Los investigadores científicos del mundo libre se han dado cuenta de que hay un poder más alto que dirige todo, un inexcusable alga que controla la vida entera. Han redescubierto la existencia de Dios. La ciencia y la religión se han reconciliado.

No sé yo si tales palabras son demasiado optimistas —en el sentido de que se haya producido *ya* esa reconciliación. En primer lugar —digámoslo abiertamente— *no todos* los científicos de hoy tienen la misma actitud que aquella que venimos subrayando aquí. Pero en todo caso sí podemos considerar como perfectamente significativa esa tendencia general representada en los tres nombres objeto de nuestro comentario: Max Planck, Einstein y —con más restricciones— Heisenberg. Y de cualquier manera, si tal reconciliación postulada puede parecer un tanto quimérica a muchos, acaso no suceda tal cosa dentro de cincuenta o cien años. Y me explicaré acerca de este punto.

En términos generales —si acaso no siempre— el rasgo más acusado del pensamiento científico ha sido el de anticiparse al pensamiento del resto de la humanidad —y finalmente, influir en el resto de la humanidad. Bastarán dos ejemplos —para no ser redundante— que justifiquen el aserto: Galileo, respecto al pensamiento eclesiástico de su tiempo y Einstein, respecto al del socialismo científico del nuestro.

Siendo eso así (y en mi opinión indudablemente es así) acaso el rasgo más significativo del pensamiento científico de nuestros días pudiera ser el de una anticipación mucho mayor que en cualquier otro período de la historia respecto a los conceptos de la masa humana que no sigue la evolución científica contemporánea. Consecuentemente, el pensamiento científico actual todavía no influye sino en minorías ínfimas —mientras que la gran masa de la población universal sigue hoy *viviendo* —digamos— de nociones del pasado: en este caso, del pensamiento científico del siglo diez y nueve con su implicación filosófica del materialismo ateo.

La masa "alfabeta" —que diría Unamuno— sigue queriendo liberarse de "prejuicios" —y fundamentalmente, claro está, del "pre-

juicio religioso". De manera que por un lado, esa gran masa alfabeta ha roto con el pasado tradicional y sus conceptos de "lenguaje natural" a que alude Heisenberg; por otro, aún no ha alcanzado a sentir siquiera la nueva actitud de los hombres científicos de hoy —si admitimos como válido el constituido por los tres nombres que aquí se comentan.

En consecuencia —y volviendo al hilo— ahí está: esa masa de gente que en los países más libres se siente en plena posesión de su libertad —y *no sabe qué hacer con ella*. Si las estadísticas no me sacan mentiroso creo que es en Suecia —¡en Suecia!— el país en donde se registra el mayor número de suicidios en relación a su masa de población. Y en Estados Unidos, así como en los países más desarrollados del mundo occidental, las minorías "avanzadas" son hoy ya tan libres como para reivindicar *como un derecho* la nueva esclavitud: la esclavitud de la droga. Ahí le tenéis: ese joven para quien todo es "establecimiento", para quien todo es "sistema", se siente ya tan "liberado" —burguesamente hablando— como para disponer de su cuerpo —su propiedad privada— a su más libre antojo. Consecuentemente se suicida o afirma su derecho a salir de sí mismo —habitación que le resulta intolerable— para encadenarse a la droga: cuasi religiosamente.

Simultánea y correlativamente hay otra juventud: la que afirma, tanteando a ciegas, una *nueva espiritualidad*. ¿Acaso no es perfectamente significativo el hecho de que una masa, descristianizada en general, afirme hoy "misticismos" más o menos "orientales" y prospere un "ocultismo" como el reflejado en la recrudescencia de "astrologías", etc., etc.?

Por otra parte aún, ya me referí anteriormente al movimiento *Jesus People* o *Jesus revolution*, originado según creo en Estados Unidos pero que tiene honda repercusión en Europa y en América Latina. Para esa juventud, términos tales como *alma, vida, Dios*, aun carentes de rigurosa definición científica, vuelven a tener sentido puesto que el ateísmo materialista —ya perfilado decimonónicamente, aún no ha podido decir "cosas perfectamente claras". En otros términos, esa juventud está revalorizando esos conceptos del lenguaje natural tan certeramente señalados por Heisenberg como inevitable "punto de contacto con la realidad".

A esa luz resulta por lo menos permitido pensar que la nueva actitud científica viene no a destruir la humanidad —como muchos temen— sino a dar una nueva y más sólida esperanza. No a negar la libertad —pero sí el libertinaje nacido de arrogante autosuficiencia— sino a afirmar la verdadera libertad: la de reconocer el

misterio que nos rodea. La ciencia de hoy, cuando se haya transformado en básica sustancia de la humanidad (tal como sucede hoy con la ciencia de ayer) puede, en efecto, dar la *solución* que busca la humanidad. Y entonces sí, la que hoy parece un tanto quimérica reconciliación entre religión y ciencia, acaso pase a ser la realidad nueva.

Realidad nueva que para muchos científicos de hoy contiene como factor común el abandono de la arrogancia, es decir, la humildad verdadera, la grande, la que es camino de libertad. A ese propósito escribe Walter Leifer en el prefacio mencionado:

Genuina humildad combinada con el conocimiento, es fruto exclusivo de la fe. En último análisis es la humildad de los grandes hombres la que un día alcanzará el antiguo objetivo de la humanidad, la *Civitas Pacis*, el reino de la paz que abrazará la futura comunidad de los hombres.

Y si es así, tal como yo lo creo, la religión, lejos de ser "el opio del pueblo" vendrá a ser, por "la humildad de los grandes hombres" precisamente, el *despertador* del pueblo respecto al sueño de la droga.

IMAGEN DE LA DESNUTRICION SOCIAL

Por *Dr. Pedro Daniel MARTINEZ*

EN las zonas rurales se pueden reconocer desde el punto de vista del desarrollo del hombre y su nutrición, en forma esquemática, cuatro grandes etapas.

En la primera etapa el espectáculo es particularmente dramático. En esas comunidades la explotación de la naturaleza y la explotación del hombre por el hombre ha sido desenfrenada, irracional, violenta, destructora. Allí no solamente la desnutrición humana alcanza los más altos grados y nadie escapa a su tortura, sino que trasciende a la naturaleza; todo está desnutrido, el maíz no crece y casi no da mazorca, uno que otro árbol tiene frutos, escasos, pequeños, y carcomidos por parásitos; los animales domésticos son muy pocos, algunas gallinas, de cuerpos reducidos, no ponen huevos y los perros, famélicos, no ladran, ni muerden, adormilados por el hambre. Todo está quieto, callado y exhausto: los hombres, los animales y las plantas. La tierra, reseca, es sólo el eco de la destrucción y el silencio.

En una segunda etapa el escenario es más engañoso. La explotación brutal de la naturaleza desaparece y se inicia su cultivo bajo el dominio de la técnica. El paisaje respira vida y es a veces hasta hermoso. Lo embellecen quizás sembradíos de lujuriantes cañiverales, de verdes alfalfares o de apretados trigales con sus doradas espigas mecidas armoniosamente por el viento. La tierra, irrigada, se ha impregnado de fertilizantes y las plantas se han protegido en contra de las plagas. En ocasiones aparecen limpios criaderos atiborrados de hermosos animales, bien cuidados, bien alimentados y escrupulosamente vacunados contra toda clase de epidemias. Pero, oculta, se halla una inconcebible y dolorosa sorpresa: Quienes han fecundado con su trabajo a la naturaleza, están, por paradoja, horriblemente desnutridos, enfermos y agotados. Las cosechas y los animales, no son para ellos. La desorganización social y el poderío económico se los arrebatan, indiferentes, insensibles, irresponsables. El contubernio de la inteligencia humana, degenerada en astucia animal explotadora y el capital acumulado, prosperan apoyados en las ventajas obtenidas al través del abuso y la violencia.

Ya en la tercera etapa la desnutrición social desaparece. La naturaleza se cultiva con óptima eficiencia y el trabajo humano se explota bajo principios técnicos. Los hombres son vigorosos, aptos para el trabajo productivo, que es lo que se busca y necesita, pero rudos y sin freno, listos para proteger a quienes protegen su animalidad satisfecha. Sólo unos cuantos, más resueltos y más penetrantes, inician, en ambientes más propicios, su propio cultivo.

En la cuarta etapa, que parece utópica, desaparece la explotación y los hombres se entregan convencidos, al cultivo de los hombres y al cultivo de la naturaleza. Si este nivel se alcanza en alguna parte, de allí han de surgir los hombres del campo con personalidad propia, capaces de participar en forma significativa y creadora en el desarrollo de la cultura y en el desarrollo humano.

Quien penetre con resolución indagadora, animado por auténtica emoción humanitaria y guiado por inteligencia independiente, a la intimidad de las sociedades desnutridas de las dos primeras etapas, descubrirá, asombrado, un mundo desconocido. Allí reina la quietud, la indiferencia, el silencio, la soledad y la tristeza; los seres humanos han perdido la libertad y carecen de todo indicio de agresividad, sólo en forma convulsiva y ocasional despiertan de su letargo bajo el impulso de los instintos animales; su espíritu, su mente y su cuerpo, han sido sometidos y subyugados en su proceso natural de desarrollo por el hambre y la miseria. En verdad, la desnutrición social es el resultado de un crimen colectivo, es un genocidio infinitamente más cruel que los genocidios violentos del siglo xx. Se puede comparar, fundadamente, con el efecto de una serie de tóxicos; uno suministrado a todas las madres gestantes para que sus hijos mueran antes de nacer o, en caso contrario, para que nazcan invalidados biológica y mentalmente; otro capaz de obstruir su desarrollo ulterior; otro para debilitar sus sistemas de defensa en contra de las agresiones biológicas y emocionales del ambiente; uno más para limitar su actividad física y mental y un último para insensibilizarlos e impedirles la interacción humana y la vida afectiva. Y el símil sería inexacto si todos estos tóxicos no tuvieran la propiedad de transmitirse de una generación a otra. Además, la realidad de la desnutrición social, genocidio de generaciones, es, por supuesto, de mucho mayor complejidad y con un infinito caudal de sufrimiento humano. Pero, por desgracia, sólo la conocemos muy parcial y superficialmente; parece en verdad que tememos el bochorno de conocerla en toda su angustia y dramatismo.

Antes de examinar lo poco que sabemos, y lo que puede deducirse de lo que sabemos, es necesario precisar la connotación de lo que hemos designado como desnutrición social. Hay, en efecto, gran-

des variaciones en la desnutrición que sufren los seres humanos. En este análisis excluirémos la desnutrición aguda, epidémica, originada por diversas catástrofes y conmociones sociales y la desnutrición específica, crónica, engendrada por causas naturales como la escasez de iodo en la naturaleza, por ejemplo, que produce el conocido bocio endémico, o por causas artificiales de índole tecnológica o mercantil, como el beri-beri, producido por el consumo de arroz descortezado.

Desnutrición esporádica

INDEPENDIENTEMENTE de los tipos de desnutrición antes señalados, la aguda y epidémica, y la crónica, específica y regional, existe otra variedad que se observa en todas las sociedades humanas, aun en las más prósperas y cultivadas, es decir, es universal. Me refiero a la desnutrición esporádica u ocasional, que es producida exclusivamente por causas personales o cuando más por causas familiares, de índole patológica, cultural, social o económica. En otras palabras, es producto de las enfermedades que impiden una correcta alimentación o un adecuado aprovechamiento de los alimentos consumidos; o de hábitos, prejuicios y temores que determinan una alimentación defectuosa; o de la imposibilidad de conseguir regularmente los alimentos necesarios o de suministrarlos a seres dependientes como niños, ancianos e inválidos, por carencia de instituciones sociales capaces de resolver problemas familiares como la orfandad, el trabajo materno fuera del hogar y otros similares; o, finalmente, de circunstancias tales como falta de trabajo, salarios insuficientes, muerte del padre sostén de la familia y algunos más.

Debido a las modalidades de su origen, la desnutrición esporádica suele atacar solamente a uno o algunos de los miembros de la familia, pero los demás conservan un estado satisfactorio de nutrición. En general es transitoria, pues dura sólo mientras persisten las causas que la originaron. Es de intensidad moderada, aunque puede haber, y hay, por supuesto, casos graves, pero sin que sean frecuentes. Es curable dentro de su propio ambiente, aunque en países de recursos médicos, sociales y educativos limitados, como México, por ejemplo, en donde por otra parte los casos de desnutrición esporádica son más numerosos, la solución de cada problema individual es más difícil y en ocasiones imposible.

En cualquier forma es necesario destacar dos características fundamentales de la desnutrición esporádica: La primera es que la persona desnutrida vive e interactúa con personas que no son des-

nutridas y la segunda que su desnutrición no persiste durante toda la vida.

Desnutrición endémica

EN total oposición a la anterior, la desnutrición endémica, objeto de este estudio, es triste patrimonio de los países pobres, subdesarrollados y explotados. Ataca a proporciones elevadas de los habitantes de las comunidades que la sufren, o a las comunidades enteras, pues sus causas son colectivas, o más bien dicho, son causas públicas de índole política y económica. Claro está que en esas comunidades se injertan además, y con mayor severidad, los factores que producen la desnutrición esporádica o individual.

La desnutrición endémica desciende en "líneas familiares", como la cultura y la personalidad, y afecta, por lo general, a todos los miembros de la familia, aunque en grado variable. Abundan, sin embargo, los casos intensos y graves, y los individuos desnutridos lo son durante toda la vida. Además, la desnutrición es incurable individualmente en su propio ambiente, es decir, para "curar" con éxito a una persona es indispensable "curar" a toda la comunidad, pues aun la "curación" de toda una familia es imposible si no se eliminan las causas colectivas. Además, por razones obvias, en las comunidades desnutridas no se dispone de recursos, ni de instituciones, ni de personal capacitado.

Cuando la desnutrición endémica o desnutrición social alcanza en una comunidad un porcentaje elevado —cuya cuantía se desconoce científicamente—, adquiere una dinámica propia, es decir, independientemente de las causas públicas que la originaron, o aun si éstas desaparecen, la desnutrición persiste, pues por sí misma produce nuevos y más serios problemas patológicos, sociales, económicos, culturales y políticos, integrándose en esta forma un desastroso círculo vicioso.

En estas condiciones, transmitiéndose la desnutrición social de una generación a otra, el problema se convierte en incurable, aun a nivel social, si no se introducen programas externos debidamente planeados e integrados, y se hacen desaparecer simultáneamente, por supuesto, las causas originales.

Para comprender en todo su significado el grave problema de la desnutrición endémica, es aconsejable insistir en dos características de trascendencia esencial: La primera es que la persona desnutrida vive e interactúa con personas también desnutridas y la segunda que su desnutrición proviene desde generaciones anteriores y persiste durante toda la vida.

Panorama de la desnutrición social

EXEMINEMOS primero lo que se sabe con bases científicas sobre la desnutrición social en comunidades del medio rural mexicano. Para facilitar su comprensión describiremos una familia tipo, estructurada con las observaciones realizadas por los investigadores especializados.

La madre, todavía joven, es de baja estatura, con apariencia de mala salud. De niña sufrió de desnutrición seria y muchas enfermedades. Es indígena y analfabeta como su esposo. No tienen tierra y él sólo tiene trabajo por temporadas, a veces lejos de su pueblo. Su casa es un cuarto sin muebles, sucio y no tienen agua. Allí vive con sus tres hijos, la abuela (inválida) y una tía enferma crónica. La familia come sólo dos veces al día, por las mañanas tortillas, chile y a veces frijoles, por la tarde frijoles, tortillas y verduras y rara vez un pedazo de carne.¹ Ya han tenido seis hijos, pero tres murieron antes de cumplir cuatro años. Ahora está nuevamente embarazada. Como no se desarrolló bien y está desnutrida, su capacidad reproductiva es muy baja y el hijo que lleva en el seno tiene ya más amenazas a su vida que los hijos de madres más afortunadas. El peligro se acentúa durante el parto. Si sobrevive, es posible que nazca con bajo peso y prematuro, y los peligros seguirán amenazándolo durante todo el período perinatal. Si por azar los vence, nuevas amenazas le rodean; la leche de la madre, su único alimento, es escasa y de mala calidad y disminuye constantemente después del tercero o cuarto mes, cuando el niño precisamente requiere más.² Sólo se atreven a ofrecerle agua con azúcar o atole de maíz o pedazos de tortilla después de los nueve meses.³ Más tarde, cuando ya no toma el pecho, le dan por la mañana atole de maíz en agua o infusiones con azúcar y a veces frijoles; en su comida sopa de pasta, frijoles y tortillas y una o dos veces por semana huevo. Ya no cena o en ocasiones toma un poco de atole.⁴

El niño está retrasado en su crecimiento y no tiene resistencia a los desafíos del ambiente. Se enferma con fiebre y diarrea muy seguido; ya una vez estuvo grave, quedando en situación crítica.

¹ C. Martínez y A. Chávez. Los hábitos de la alimentación infantil en una comunidad indígena. *Rev. Mexicana de Sociología*, Abril-Junio 1967.

² C. Martínez y A. Chávez. Nutrition and Development in Infants of poor Rural Areas. *Nutrition Report International*, Sep. 1971. Vol. 4, No. 3.

³ C. Pérez Hidalgo y Col. La situación nutricional de la población rural de los altos de Chiapas. *Mim*.

⁴ A. Chávez y G. Iñíguez. Estudios sobre la recuperación de niños desnutridos en comunidades rurales. *Archivos Latinoamericanos de Nutrición*. Vol. XVIII, No. 2, junio 1968.

No lo atendió ningún médico, porque no hay y porque no tienen dinero, y además no tienen confianza. Por eso siguen los consejos de la familia y cada vez que se enferma sólo le dan infusiones o cuando mucho atole. Es una criatura triste, casi no se mueve, es apática e indiferente y en ocasiones hostil. Desde chico se excitaba cuando lloraba por hambre, pero cada vez pide menos y como la madre es de escasa iniciativa, la interacción madre-hijo es muy limitada. A los 18 meses tenía una edad corporal de 8.⁵ Su capacidad neurointegrativa se ha quedado retrasada, por lo que pierde experiencias de las pocas que su pobre ambiente le ofrece. Su capacidad cognoscitiva es reducida como su nivel de funcionamiento intelectual. Aprendió a hablar y caminar tardíamente y se fatiga pronto. Su cociente intelectual debe ser quizás 20 puntos más bajo que el cociente promedio de niños sanos de su edad.⁶

Milagrosamente ha sobrevivido a tantos peligros. La mortalidad perinatal en México es alta (44×1000) y no ha disminuido. La infantil ha aumentado en forma inquietante de 60.9 en 1965 a 68.5 en 1970. Ha sufrido muchas infecciones respiratorias que en México son la principal causa de muerte (170.9×1000) y frecuentes ataques de diarrea, que en nuestro país mata por lo menos 22 veces más que en los EE.UU. (141×1000). Padeció también tosferina y sarampión, enfermedades que en 1970 produjeron la muerte de 3,500 y 12,000 niños, respectivamente. Casi de cada dos personas que fallecen en México una tiene menos de 5 años de edad⁷ y en las zonas con desnutrición endémica la proporción es todavía peor.

Y así llegó a la edad escolar, pequeño y débil. Pierde la atención y aprende con dificultad. Es triste y huraño. No terminó el primer año de la escuela. Ayuda al padre en lo que puede y monótonamente transcurre el tiempo en diaria lucha por conseguir sus miserables alimentos para subsistir. En plena pubertad, iniciada tarde, forma una nueva pareja y principia un nuevo ciclo dramático, de vida vacía y sin esperanza.

La personalidad del desnutrido

LA personalidad del desnutrido, miembro de una comunidad desnutrida, no ha sido estudiada científicamente. Sin embargo, la cien-

⁶ A. Chávez y Col. Nutrition and Development of Infants from rural areas. 2, Nutritional level and physical activity. Nutr. Rep. Internat. Vol. 5, No. 2, Feb. 1972.

⁷ H. G. Birch. Malnutrition, Learning and Intelligence. Am. Jour. of Public Health. Jun. 1972. Pág. 773.

⁷ A de la Loza y J. H. Saldaña. Cambios importantes en la mortalidad en México en 1970. Salud Públ. de México. Enero-Febrero 1972. Pág. 69.

cia ha establecido más allá de toda duda, que el desarrollo del hombre, en todas las etapas de su vida, tiene como base fundamental la actividad humana en todos sus niveles, es decir, la actividad física, la actividad intelectual, la social y la emocional y espiritual. La actividad la determina por una parte la estructura genética de cada individuo —desde el nacimiento se distinguen niños hiperactivos y niños pasivos— y el ambiente, especialmente el ambiente familiar y el ambiente social.

Ahora bien, en las comunidades desnutridas, cualesquiera que sean las características hereditarias de los individuos, cuando éstos sufren las consecuencias de la mala nutrición desde antes de nacer, se producen dilaciones y limitaciones en el desarrollo que retardan y debilitan, como antes se señaló, su actividad física, afectiva e intelectual. Si por otra parte, a esta limitación de origen orgánico y funcional, se agrega la escasa actividad de los demás miembros de la familia y de la mayoría de la sociedad, por ser también desnutridos, se comprenderá que dicha limitación se agrava y se prolonga no solamente a todo el período de crecimiento y desarrollo, sino que continúa frenando la actividad durante la vida adulta. Es decir, en los miembros de las comunidades desnutridas la actividad se reduce no sólo en grado de su propia desnutrición, sino de acuerdo con la desnutrición de la familia y la comunidad que, en interferencia recíproca, multiplican los obstáculos que se interponen al libre curso tanto de los fenómenos fisiológicos, como de los procesos psicológicos, espirituales y sociales de la existencia.

Lo anterior equivale a afirmar que la desnutrición social origina el subdesarrollo humano por su acción directa en contra del desarrollo orgánico —especialmente durante la vida intrauterina y los primeros meses después del nacimiento—, y al mismo tiempo, y posteriormente, por impedir la interacción entre el individuo y el ambiente, preferentemente el social. El individuo tiene poca capacidad para actuar y el ambiente le demanda, además, poca actividad; la consecuencia es inevitablemente la limitación de su desarrollo. La dotación de cada individuo recibida por herencia, es pues, lesionada por la mala nutrición, y las capacidades, así deterioradas, se cultivan y se utilizan escasamente por lo que no sólo las consecuencias de las lesiones estructurales se hacen permanentes, sino que no se saca el debido provecho de lo que queda.

En el niño, el retraso de su desarrollo motor y de la aparición del lenguaje, perturba sus relaciones activas con la madre primero, con los demás familiares después, todos desnutridos, y le dificulta explorar el ambiente, que no es nada favorable, por lo que se posterga y debilita el desarrollo del sentido de confianza, de autonomía

y de iniciativa. La característica invasión de la actividad física, sensorial e intelectual del párvulo vigoroso, aparece pobre y tardíamente. El evento crítico de la edad escolar, es decir la actividad más allá del ambiente familiar, que debe darle nuevas experiencias y capacitarlo para integrar su personalidad antes de la explosión de la pubertad, se efectúa en forma desorganizada e imperfecta. Además, el sentido del trabajo, es decir, el impulso de realizaciones de este período de la vida, lo adquiere con las mismas limitaciones que el aprendizaje intelectual. Después, la pubertad aplazada, lo coloca en situación desventajosa en relación con los adolescentes más afortunados y entorpece sus relaciones sociales y la seguridad de sí mismo.

En la vida adulta se le va a dificultar, sin duda alguna, integrar sus experiencias pasadas con sus conceptos nuevos y con el nuevo papel que desempeña en su ambiente social. Debe serle más difícil todavía establecer un sentido significativo a su vida, por lo que su desarrollo se detiene y no le será posible alcanzar la dimensión de un adulto maduro, con interés por su comunidad y por las nuevas generaciones. Su limitada actividad y las frecuentes enfermedades aceleran el deterioro y la muerte. Sólo alguno, sorprendentemente, llega a la ancianidad.⁸

Por poco que se conozca la personalidad del desnutrido es indudable que si a las dificultades causadas por el retraso y limitación del desarrollo psicomotor y social, se agregan los factores negativos de una familia desnutrida, que es la regla, y los de una comunidad desnutrida, que es la realidad, y si además se acumulan los innumerables obstáculos de la miseria, la ignorancia y la explotación, que son su causa, sería necio negar que los desnutridos de estas comunidades están condenados a no adquirir nunca una personalidad sana, madura y óptima, con confianza en sí mismos, con sentido de la realidad, con independencia, con capacidad para dominar el ambiente y para amar a los demás, una personalidad firmemente integrada, capaz de soportar en forma positiva las agresiones de la vida y poder así forjar ideales superados y continuar su desarrollo hasta la muerte.

Las sociedades desnutridas

SI eliminamos los promedios y las abstracciones y analizamos comunidades concretas de las zonas rurales, con desnutrición intensa, veremos que en resumidas cuentas el sub-desarrollo de los desnu-

⁸ Leon Rappoport. *Personality Development*. — Scott, Foresman and Co. 1972.

tridos se traduce en comunidades de muy escasa actividad y de limitada eficiencia física e intelectual, lo que obstaculiza las relaciones sociales y origina el aislamiento —la soledad del desnutrido es más trágica que la llamada soledad de las multitudes, porque es a la vez interior y exterior; la carencia de experiencias racionales intensifica el sub-desarrollo, debilita la estructura social y limita los cambios conscientes— la formación de individualidades con espíritu de inventiva y renovación es poco menos que imposible. Así, de seres pensantes se convierten en seres insensibles, sin visión de la realidad, sin fe ni confianza en los demás, agobiados por el temor y la desesperanza. De esta manera, al través de su propia dinámica, la desnutrición colectiva perdura y se transmite a las nuevas generaciones. No existe otra endemia que destruya con tal severidad a la vez al individuo y a la sociedad.

No es posible que en estas condiciones se pueda esperar razonablemente que las comunidades desnutridas sean capaces de fortalecer y renovar sus bienes y sus mejores valores culturales. Por el contrario, su tecnología está estancada y con frecuencia deteriorada, sus herramientas de trabajo y todos sus enseres son rudimentarios, pertenecen a un pasado mejor o, en las comunidades de la segunda etapa, son propiedad del capital; sus casas y sus vestimentas, miserables, apenas protegen sus cuerpos. Antes fueron creadores de objetos de arte ¿pero ahora? Pocas veces, o nunca, se interrumpe el silencio por el bullicio de los juegos infantiles. En realidad hay ocasiones en que se llega a la parálisis social; son poblaciones mudas que a la privación de alimentos se agrega la privación social; las familias adquieren autonomía excesiva en perjuicio del desarrollo cultural y, sin impulso educativo, no existe motivación intelectual, ni menos motivación para realizar. ¿Realizar qué? Hay completa adaptación social, en su sentido más negativo, en tanto están impedidos a establecer metas individuales, llevar a cabo decisiones propias y desarrollar juicios independientes. Nada varía y nada puede variar. No hay estímulos ni se buscan. Todo tiende a la inmovilidad. Todo tiende a la muerte.

Fuera de las zonas rurales, es muy probable que la desnutrición sea también una de las causas principales de las características que Lewis observó en los grupos urbanos que forman lo que denominó la cultura de la pobreza, como la apatía, la desconfianza, la hostilidad y la inseguridad, el fatalismo y los sentimientos de inferioridad, signos todos ellos de falta de desarrollo. Estos grupos, que son pobres productores pero que reciben menos de lo que producen, tienen muy bajos salarios y sufren de desempleo y subempleo, carecen de propiedad y ahorros, no tienen organización social, se aislan

de la sociedad general y la solidaridad familiar se debilita con frecuencia debido a la rivalidad por los escasos recursos materiales y afectivos. Dominan los problemas del presente, por lo que no tienen la posibilidad ni interés de planear el futuro. La pobreza de la cultura impregna la cultura de la pobreza.⁹

Por fortuna, parece que las áreas en donde prevalece la endemia son cada vez menos extensas. No obstante, ignoramos el número de comunidades afectadas en el país y la intensidad del mal en cada una de ellas. Como simple hipótesis es probable que para adquirir las características de la desnutrición endémica, especialmente el desarrollo de una dinámica propia, se requiera que por lo menos el treinta por ciento de la población de una comunidad sufra de desnutrición evidente, llegando en ocasiones, como ya se señaló, a atacar a la totalidad de los habitantes. En cualquier forma, independientemente de su intensidad, todas las comunidades con desnutrición endémica están incapacitadas para participar en el desarrollo del país y constituyen, por el contrario, problemas torturantes a cuya solución se debe aportar el máximo de recursos, no sólo por razones humanitarias, por sí solas más que suficientes, sino para sanear el cuerpo nacional, condición indispensable para su progreso y bienestar.

Si los estudios realizados hasta ahora por el Instituto Nacional de la Nutrición¹⁰ pueden generalizarse a todo el país, todavía habitan alrededor de 19 millones de personas en las áreas en donde se han encontrado, en proporción variable, sectores y comunidades con mala y muy mala nutrición. Allí residen poco más de 3 millones de niños menores de 4 años, quienes con mucha frecuencia han sufrido, sufren o sufrirán desnutrición severa. Muchos mueren a esa tierna edad, otros logran sobrevivir pero casi siempre todos tienen que atravesar ese período crítico en condiciones muy precarias. En cualquier momento se pueden hallar más de 100,000 criaturas víctimas de los grados más extremos de desnutrición.

Aunque no fue el propósito de este trabajo analizar las causas de la desnutrición endémica, conviene hacer notar que desde el punto de vista económico la cadena de privilegios y explotación se descubre desde el hogar mismo, en donde el jefe de él suele consumir la mejor parte de la miserable comida familiar. Aparece después, a nivel de la comunidad, una minoría dominante, casi siempre diferente étnica y culturalmente, y mejor nutrida, cuyas ventajas las

⁹ Lewis, *The Culture of Poverty*, in *Conflict and Society*. Readings from Scientific America, Inc. W. H. Freeman and Co. 1961.

¹⁰ J. Ramírez Hernández, P. Arroyo y A. Chávez. Aspectos socioeconómicos de los alimentos y la alimentación en México. Comercio Exterior. Vol. XXI, No. 8, Agosto, 1971.

obtuvo primordialmente a base de la miseria y desnutrición de la mayoría. A nivel más elevado, los polos urbanos apoyan su relativo desarrollo en el llamado colonialismo interno, y, finalmente, a nivel internacional, la riqueza de los países opulentos se vigoriza ininterrumpidamente por medio de los sutiles o violentos procedimientos del imperialismo y neocolonialismo.¹¹ Pocos recursos económicos se introducen en estas desafortunadas comunidades y todos, cualesquiera que sea su origen, persiguen el lucro desenfrenado, ninguno lleva la menor intención de salvarlas y de establecer las bases para su desarrollo y para que sus habitantes puedan alcanzar la libertad y los niveles de una auténtica vida humana.

¹¹ R. Stavenhagen. Sociología y subdesarrollo. Edit. Nuestro Tiempo. 1972.

DOS LIBROS DE SILVA HERZOG

Por *Mauricio DE LA SELVA*

EL 14 de noviembre de 1970 y el 13 de julio de 1971 se terminó la impresión, respectivamente, de los volúmenes I y II del título *Mis trabajos y los años: una vida en la vida de México*, cuyo tiraje fue de trescientos ejemplares; su autor, Jesús Silva Herzog, calculó que dicho número y tratándose de un testimonio autobiográfico, bastaría para complacer a un grupo regular de lectores formado por familiares y amigos.

Pronto se dio cuenta el autor que su edición privada iba dejando de ser tal porque en los medios políticos, culturales y universitarios se hablaba de las setecientas diez páginas que cubren los mencionados volúmenes; aún más, a los comentarios favorables de quienes conocían directa y hasta indirectamente la obra, se unían los desfavorables de quienes deseaban conocerla pero que habían quedado fuera de los trescientos elegidos.

Ante esa situación, Jesús Silva Herzog, previa comedita consulta con amigos y nuevo editor, dispuso un tiraje de tres mil ejemplares con la mayor parte del material autobiográfico; propiamente, reeditó el primer volumen y algo del segundo, titulando al nuevo conjunto *Una vida en la vida de México*.*

En el Prólogo de este libro, el inteligente ecuatoriano Benjamín Carrión compara las páginas escritas por Jesús Silva Herzog con otras similares dejadas a la posteridad por célebres autores, glosando de paso el pensamiento múltiple del autor mexicano.

Ahora bien, las páginas presentes ¿son exactamente una autobiografía? Leyéndolas es fácil comprobar que el estilo y la elasticidad de lo que en ellas se cuenta trascienden el género meramente autobiográfico y que en la rememoración se matizan, el diario, las memorias, las antimemorias y las confesiones. No es, según lo expuesto por el autor, preocupación suya quedar clasificado en tal o cual género, y más bien parece preocupado por servir un testimonio que contribuya a entender un lapso importante de la historia de su país. Porque si resulta innegable que el vínculo para narrar hechos y sucesos interesantes de distintos momentos de ese lapso es la voz

* Siglo Veintiuno Editores, S. A., 347 pp., México, D. F., 1972.

de Silva Herzog, su experiencia viva, no lo es menos que ésta señala, identifica, defiende, la verdad de lo sucedido, y la verdad, en este caso, está claramente referida a México y —más o menos— cuarenta años de su Revolución a partir de 1910.

Dichos estilo y elasticidad narrativa conceden, por otra parte, categoría literaria a lo escrito; hay líneas, párrafos, páginas, donde la expresión oscila entre la finura poética y el tono relativístico; anécdotas, recuerdos, historia, personajes, glosas, citas, rápidas semblanzas, se ven apuntalados por un gusto y regusto exigidos por un literato autocrítico. Este aspecto artístico no surge de la improvisación; recordemos que al principio del libro, Silva Herzog cita a Renán, Hugo, Tolstoi, Zamacois, Dumas, Riva Palacio, Fernández de Lizardi, Acuña, Gutiérrez Nájera, Othón, Peza, Plaza, Núñez de Arce, Vargas Vila, etc., como autores leídos y estudiados antes de los diecinueve años de edad; también que por la misma época, en su ciudad natal, San Luis Potosí, con otros jóvenes que se consideraban literatos formaron el Ateneo Manuel José Othón; asimismo, que a los veinte años y dieciocho meses después en Nueva York leyó, durante siete horas diarias, en la New York Public Library y en las bibliotecas de los barrios nuevayorkinos, "a casi todos los poetas y novelistas españoles del siglo XIX y comienzos del XX. De novelistas desde Fernán Caballero hasta Galdós, Pereda, Alarcón y Valera . . . De los poetas Quintana, Duque de Rivas, Bécquer, Campoamor y algunos más . . . En inglés Walter Scott, Charles Dickens, Longfellow, Tennyson, Poe, Whitman, Shakespeare y Milton"; igualmente, que con las primeras ganancias que obtuvo como joven comerciante creó la revista *Proteo*, publicación semanal, sosteniéndola siete meses hasta que se le terminó el dinero.

Por lo que se ve, aquel buen principio literario no quedó circunscrito a un romanticismo de juventud; ello es comprobable no sólo en este libro sino también en los más de treinta que integran la bibliografía directa de Silva Herzog; además, por si no bastara, valdría recordar su trato constante con los poetas y literatos que desde 1942 han colaborado o se han acercado a la revista *Cuadernos Americanos* que él fundó y aún dirige.

Las páginas de *Una vida en la vida de México*, contienen, aparte de ese atractivo formal, de literatura amena, otros que contribuyen a estimar su contenido; espigando sus diversas motivaciones, el lector atento puede perfectamente captar —en medio de la gran preocupación del autor por servir un testimonio histórico— una serie de mensajes sobre la juventud, la educación, el patriotismo, la familia, la amistad, la honradez, el agradecimiento, la revolución, el sacrificio, la autosuperación, la cultura, la verdad, la inteligencia, la lealtad, etc. Todo ello dócilmente esparcido dentro de temas cen-

trales como la política, la economía, la historia, la sociología y la vida universitaria.

Los nexos del autor con la educación no sólo atañen a la enseñanza superior o media, sino que tocan integralmente el problema educativo. En 1933, siendo Silva Herzog funcionario de la Secretaría de Educación Pública, propuso a la jefe del Departamento de Psicopedagogía, doctora Matilde Rodríguez Cabo, utilizar una cantidad de dinero destinada a desayunos escolares "para estudiar la influencia de la alimentación en la capacidad de aprendizaje de los niños"; el plan de estudio consistió en escoger nueve grupos de tercer año de primaria residentes de un barrio proletario, para proporcionarles, durante el año escolar, diversos grados de alimentación; a tres de esos grupos se les dio abundante desayuno y comida; a otros tres, sólo abundante desayuno, y a los tres restantes, nada. Al final de año, con los resultados de los exámenes se pudo establecer la comparación. "De los que recibieron desayuno y comida aprobaron el 87%; de aquellos a quienes sólo se les dio desayuno, el 71%, y los que sirvieron de patrón únicamente, el 63%. Desde entonces se afirmó mi convicción de que el problema educativo de México no sólo consiste en establecer escuelas y más escuelas, sino que es además en gran medida un problema de nutrición apropiada para el normal desarrollo biológico del niño, del adolescente y del joven."

Ahí mismo, en la Secretaría de Educación Pública, se conjugan algunos de los mensajes antes señalados, honradez, entrega al trabajo por la patria, lealtad al jefe, correspondencia a la amistad, rectitud política; ahí, en ese capítulo del libro, donde el autor alude a Narciso Bassols, su jefe durante dos años a partir de 1932 y su amigo desde 1926 hasta su muerte, se constatan algunas de las bondades de lo expuesto. Silva Herzog dice de Bassols que fue honrado a carta cabal, que se atrevió siempre a decir lo que pensaba, que su talento privilegiado tocaba los límites del genio, que era laboriosísimo, incansable, pero que en ocasiones era "agrio, áspero, rudo, agresivo y dominante; siempre directo y sin tapujos. Con él siempre sabía uno a qué atenerse. Trabajar a su lado era estimulante aun cuando no siempre agradable. Fácilmente se le admiraba; no siempre se le quería."

Más adelante, después de hablar el autor de la gestión revolucionaria, innovadora de Bassols, en la Secretaría de Educación, y por lo tanto de los obstáculos salidos al paso, de los conflictos con los maestros, con las sociedades de padres de familia, con los artistas y literatos, de los ataques de la prensa reaccionaria y de todo tipo de peligros y amenazas, añade no sin cierta visible satisfacción: "Bassols y yo nos ateníamos exclusivamente a nuestros sueldos; ni

un solo negocio turbio; limpieza total y absoluta en el manejo de los fondos públicos. Bassols tenía un automóvil Dodge de su propiedad y yo un Willys, también de mi propiedad. La partida de gasolina la transferíamos a libros para las bibliotecas. El único privilegio de que disfrutábamos consistía en que tanto él como yo teníamos un chofer que pagaba la Secretaría. Trabajábamos de 9 de la mañana a 3 de la tarde. Frecuentemente comíamos juntos en un restaurante para aprovechar el tiempo acordando asuntos. Volvíamos a las 4 de la tarde a nuestras labores para salir a las 10 u 11 de la noche."

Difícilmente se puede afirmar que haya una parte del libro más interesante que otra; en todas las secciones que lo ordenan el lector palpa la vitalidad de un hombre que no ha escatimado esfuerzo para servir desde distintos sitios tanto al individuo como a los grupos sociales; descubre al hombre que alza siempre su mano para decir presente si es que algo o alguien lo nombra sugiriéndole dar combate o batalla a favor de una causa noble. Así es, en *Una vida en la vida de México*, Silva Herzog dispone de sí mismo con una máxima voluntad de entrega que sólo es explicable por su vocación de hombre íntegro. Y no se crea que el lector para entenderlo de esa manera se ve obligado a cargar con el peso de una víctima, de un sacrificado, de un apóstol, de un ególatra, no, de ningún modo, ni siquiera oculta el autor sus errores, sus dudas, sus defectos, se muestra como es, alude a su vanidad y sabe acogerse, cuando lo juzga necesario, a su orgullo o a su soberbia. Algo más, fuera de unas cuantas páginas del principio y las cinco finales tituladas Los meses terribles, en las que hace referencia, primero, a su semi ceguera y, después, a su casi ceguera total, no hay alusiones a su salud ni imploraciones por su visión óptica limitada; en todo instante, por sus furias y sus alegrías, por sus ascensos y descensos, surge la imagen de un hombre normal inclinado hacia el afán de lucha y el fervor por el deber.

Pero esas páginas del principio y del final de libro, tituladas Niebla al amanecer, Cuando la vida empieza y Los meses terribles, no carecen de importancia en el trasfondo histórico nacional del volumen; aparentemente, nacieron para iniciar la biografía de Silva Herzog puesto que dentro de lo medular de alguna manera debe de proyectarse esa vida en la vida de México; dichas páginas apuntalan una especie de contrapeso en el conjunto de la exposición, manifiestan un descomunal contraste entre lo que una férrea voluntad puede proponerse y los resultados o logros estimables al final. Simplemente, desde un punto de vista pedagógico esa parte biográfica es constructiva, podría por sí sola constituir un respetable folleto destinado a distribuirlo ampliamente entre los niños y los jóvenes que,

por millares, enfrentan congénitas deficiencias de salud y hasta otros tipos de tropiezos menores en su camino a la superación.

Porque es muy fácil constatar los triunfos de muchos hombres ya en su plenitud, envidiarlos sanamente por el sitio donde se han colocado, mas resulta difícil entender cómo estos hombres que hoy vemos y aplaudimos fueron aquellos niños por quienes sus mayores familiares no concedían ninguna solidez para su futuro.

Así que, este hombre fuerte en sus convicciones y decisiones, dado siempre a servir al amigo, a la familia, a la patria y a las causas justas de la humanidad, que pareciera no necesitar nada de nadie —tal es su seguridad y determinación en la vida— es, fundamentalmente, un vencedor de sí mismo, un triunfador de sus vicisitudes. Y es necesario glosar un poco las páginas mencionadas, a fin de comprender el contraste antes anotado.

Hablando de sus primeros años, escribe: "Pronto supe que yo no era un niño como todos. No veía bien. Mi madre, mis abuelos, mis hermanos me lo decían diariamente y me sentía un poco triste. Con el ojo izquierdo veía un poco; con el derecho, casi nada... a los tres días de nacido los ojos se me llenaron de pus; el médico me los quemaba con nitrato de plata y yo gritaba por el dolor." Silva Herzog oyó repetidas veces durante su infancia que la madre siempre recomendaba a la mujer encargada de sus cuidados o a los maestros, que se esmeraran con él porque casi le faltaba la vista; sin embargo, él recuerda: "no me gustaban tantos cuidados. Sentía que algo extraño me oprimía el pecho; se me hacía nudo la garganta y me daban ganas de llorar. Quería ser como todos los niños de mi edad; ir y venir, correr y saltar sin que me cuidaran. En ocasiones lograba escapar. Todavía tengo huellas de una que otra caída. Era cierto: no veía bien".

En ese "lograba escapar" Silva Herzog ya manifiesta su futuro modo de ser, su carácter dispuesto a dar batalla antes de admitir la derrota, el deseo de imponerse a la adversidad, el no admitir amparado en su deficiencia que no es posible luchar más; si esta actitud se proyecta hacia los años de madurez y responsabilidades ante el estudio, la sociedad, los puestos públicos y la política, se ve cómo ambas épocas están profundamente ligadas, cómo es evidente el desarrollo ejemplar y cómo existe un proceso autoeducativo que no inscribe en su agenda el conformismo, la desesperación o la resignación. Deseaba ser igual a los demás; la admisión de su enfermedad no era para él motivo suficiente como para sentirse en niveles menores; ni siquiera sus cortos años sirvieron a la evasión de la vida real; ya desde entonces pensaba en no ser menos que los otros. Una muestra es aquel día que lo llevaron al circo Orrín; los familiares le preguntaban: "¿Ves al cirquero en el alambre? ¿Ves

al del trapecio? Contestaba que sí —escribe él—; pero no era verdad. Pienso que mentía para no confesar mi inferioridad. En cuanto aplaudían los demás niños y la demás gente, yo aplaudía también."

Por supuesto, no sólo experimentó con el problema de sus velados ojos en lo que a sufrimiento se refiere, heredó otros problemas que eran común a la familia; sin ser descendiente de un núcleo proletario, de un hogar paupérrimo, supo de la inestabilidad de la familia obligada a viajar de un punto a otro del país a fin de procurar la mejora de la economía doméstica, y junto a este problema otro colindante: el del padre cruel, irresponsable, que está una temporada en casa y luego desaparece; "fuimos conociendo la pobreza —dice el autor— y algunas veces supimos lo que es tener hambre. Mi padre se pasaba semanas enteras bebiendo, acostado en la cama. . . Una Nochebuena —hacía poco que yo había cumplido cuatro años— recibimos regalos de la abuela materna que vivía en Estados Unidos. A mí me tocó, entre otros juguetes, un riflecito para tirar al blanco con pequeños dardos. Me gustó tanto que aquella noche me dormí con él. Me despertó un golpe en la espalda. Mi padre me había pegado con el rifle y quería seguir pegándome. Mi madre se interpuso y lo empujó sobre una cama que estaba muy cerca de la mía. El hombre ya no se levantó. Segundos después, antes de que volviera a dormirme, oí sus ronquidos descompasados."

La opinión de los familiares de que nunca podría ir a la escuela avalada por la observación del padrino médico de que no podría fijar la vista, constituyó un reto para Jesús Silva Herzog cuando tenía ocho años de edad; se ingenió para salir adelante y valiéndose de las letras de unos cubos de juguete y de los números de un calendario, más las constantes preguntas sobre los signos que le interesaban a quienes los conocían, aprendió a leer y escribir. A este aprendizaje, que determinó su asistencia a la escuela, le llama el autor su primer triunfo.

Se podría decir que a partir de aquel momento ahora ya tan lejano, Silva Herzog descubrió dentro de sí el primer eslabón de victoria que lo conduciría hacia la extensa cadena de satisfacciones producidas por sus pequeñas y grandes batallas en la vida. Durante aquella misma etapa volvió a confirmar el poder de su voluntad y su deseo de superarse; él cuenta: "En la escuela me pusieron en primer año y no hice mal papel. Mi madre le había dicho a la profesora que no me exigiera nada; que lo que buenamente pudiera aprender. Muy pronto la profesora se olvidó de la recomendación y me trató lo mismo que a los otros alumnos. Eso me gustó mucho y fue un estímulo. Desde entonces tuve un gran deseo de saber, que no ha cesado nunca. Leía y escribía con el libro o el papel muy

cerca del ojo izquierdo, de tal manera que con frecuencia me manchaba la nariz."

Sus triunfos o victorias se fueron repitiendo y lo fueron confirmando más en su poder de aprendizaje; así lo supo cuando durante una clase ninguno de sus compañeros pudo responder a la pregunta del profesor y él levantó la mano para contestar; también cuando en 1903 ganó segundo y tercer años, en 1904 el cuarto y el quinto, y en 1905 el sexto; asimismo, cuando después de la primaria, por haber enfermado agudamente de la vista le prohibieron continuar estudios y tuvo que buscar trabajo como cobrador de contribuciones y hacerlo para la Tesorería del Estado; tampoco se conformó. "Mi sed de conocimientos —escribe— no tenía límite. Vencida la resistencia familiar, estudiaba y leía de 5 a 7 horas diariamente. Conseguí el plan de los estudios preparatorios del Instituto Científico y Literario, y durante cinco años estudié solo todas las materias: matemáticas, física, química, raíces griegas y latinas, botánica, historia, literatura, etc. Allá por el año de 1911 me gradué de bachiller ante mí mismo en el cuarto de soltero de la casa materna."

Después, ya lo sabemos: estuvo a punto de ser fusilado por una de las facciones revolucionarias, fue poeta, periodista, orador, catedrático, fundador de instituciones financieras estatales, propulsor de cultura, diplomático, político que supo retirarse cuando en honor a la honradez lo juzgó prudente, maestro emérito por sus cincuenta años de servicio en la Universidad Nacional Autónoma de México, miembro del Consejo Nacional del PNR, defensor de la existencia de la licenciatura en Economía ante el Consejo Universitario, Oficial Mayor y Subsecretario de la Secretaría de Educación Pública, elaborador de un proyecto de Ley Reglamentaria del Artículo 28 Constitucional contra los monopolios, participante en la fundación del Fondo de Cultura Económica, director de ingresos de la Secretaría de Hacienda, colaborador cercano y eficaz de Lázaro Cárdenas en la lucha frontal contra el imperialismo norteamericano, participante en el Congreso Cultural de La Habana en 1968, director en varias ocasiones de la Escuela Nacional de Economía, doctor por la Universidad de Toulouse, Francia, firmante de manifiestos y protestas contra amenazas e invasiones de Estados Unidos en países como Guatemala y Cuba, etc. hasta llegar a 1972, en sus ochenta años de edad, distinguido en la Cámara de Diputados con el otorgamiento de la medalla Eduardo Neri.

Terminemos con estas líneas de Jesús Silva Herzog escritas en la página final de *Una vida en la vida de México*: "Hace veinte años que no veo las letras de los libros y de vez en vez ya no recuerdo cómo se escriben algunas palabras. No vivo triste ni amargado, vivo alegre y optimista. Soy un discípulo del griego Zenón.

La vida es buena, la vida es un privilegio. Lo importante, lo fundamental, es servir al semejante y a la sociedad... Puedo decir que he vencido la tremenda limitación de mis ojos. Y debo añadir que he formado a siete hijos... En alguna ocasión escribí: 'Es ya largo el camino caminado y corto lo que queda por caminar... quiero vivir un poco más para ser útil a mi familia, a mi México y a la humanidad. Cuando llegue la hora estaré en el puerto, presto para tomar el barco que jamás regresará.'

No sólo porque el carácter del hombre es variable, sino porque sobre su criterio influyen multitud de causas externas, es que su conducta resulta oscilante, pendular, insostenible a veces respecto a determinado punto de vista, titubeante en cuanto a mantener la misma opinión emitida apenas hace una hora, negativa, positiva, regresiva, progresiva; cuesta entonces al hombre, reflejo siempre de la sociedad que lo moldea y a la que contribuye a moldear, caminar en la vida sobre una ruta fija que conduzca hacia la meta anhelada desde el principio de su existencia.

Esto es así tanto en el hombre de actividad sencilla, como en el que asume funciones complejas. Por eso, quizá, cuando los jóvenes comprueben que uno de sus mayores —en la familia o en la sociedad— ha sostenido cierta conducta vertical, cierta manera recta de enfrentar determinados acontecimientos, cierto modo justo de abogar por irrenunciables derechos, no dudan un instante en patentizar su admiración, reconocimiento y respeto a ese representante de una, dos o tres generaciones anteriores.

De ahí que a nadie extrañen los diversos homenajes que en distintas épocas de la vida de Jesús Silva Herzog, hayan tributado sectores de distintas generaciones; especialmente y siempre de las más vitales, de las más jóvenes, de las más exigentes. Ahora, por ejemplo, cuando Silva Herzog ha cumplido los ochenta años de edad, entre los reconocimientos de quienes conocen y estiman su estatura intelectual, política y moral, se encuentra la edición de un libro-homenaje: *Jesús Silva Herzog, la larga marcha de un hombre de izquierda*.*

Y ya se sabe lo que significa ser de izquierda en el medio sociopolítico latinoamericano, ya se sabe contra qué poderosos intereses debe enfrentarse quien es reconocido como hombre de izquierda; y ya se sabe, también —al margen de las reflexiones que hicimos al principio—, de las tentaciones, los desencantos, las presiones y las difamaciones que resiste el hombre de izquierda. Pero este libro

* Escuela Nacional de Economía, UNAM. 280 pp., México, D. F., 1972.

prueba que Silva Herzog ha sabido resistir, ha sabido caminar en su vida sobre una ruta que lo condujo hacia la meta anhelada desde el principio de su existencia: ser hombre de izquierda, y lo que es más, progresivamente radicándose a medida que su tiempo ha transcurrido.

Aquí, en los veinte trabajos seleccionados por la Comisión Especial del Consejo General de la Escuela Nacional de Economía (UNAM), hay constancia, por lo menos, de lo escrito por él en los casi cuarenta y cinco años últimos; lo que no quiere decir que se abarque toda la expresión de su vida revolucionaria, de su militancia izquierdista, pues antes, en 1915 cuando ya ha participado como periodista de la Convención de Aguascalientes al lado de Eulalio Gutiérrez, mostró, jugándose la vida, cómo indirectamente valoraba, mediante un discurso dicho en San Luis Potosí, su posición de hombre de izquierda; tenía veintidós años, y ante la visita al Estado del victorioso general Alvaro Obregón, "según cuenta él mismo —escribe Eduardo Valle Espinosa en la Introducción—, de manera imprudente, inoportuna y temeraria exclama (desde una silla que es utilizada como tribuna) que él no alaba a los triunfadores amparados por los clarines de la victoria, que el pueblo ha sido engañado en todas las revoluciones; que si don Venustiano Carranza no cumple sus compromisos con el pueblo, el pueblo debe combatirlo; que si Obregón no cumple debe ser combatido y 'si los dioses se ponen al lado del crimen hay que combatir contra los dioses'. El joven se retira entre silbidos y muestras de desaprobación. A los pocos días terminará en prisión, será amenazado de fusilamiento y, finalmente, condenado a ocho años de prisión".

Este libro de 280 páginas, viene dividido en secciones que tomaron en cuenta los distintos aspectos abordados por el pensamiento revolucionario de Jesús Silva Herzog: "El Economista", "El Educador", "Contra el Imperialismo", "La lucha por la democracia y el progreso" y "Escritos Varios". Los veinte trabajos que cubren dichas secciones exponen y analizan la realidad histórica, social, política y económica de México, así como también las amenazas que en su momento constituyó el fascismo europeo y, actualmente, representa el imperialismo norteamericano.

Sin duda, *La larga marcha de un hombre de izquierda* es un volumen que pocos hombres de la generación de Silva Herzog podrían escribir, porque en él las páginas del ensayista, del educador probado durante cincuenta años de servir clases, del combatiente en difíciles trincheras contra la pobreza del campesino, del individuo

indignado ante la penetración de las inversiones extranjeras, del patriota activo y entusiasta por la expropiación del petróleo, del profesional defendiendo la posición autónoma de la ciencia económica frente a las otras ciencias, del latinoamericano mordaz contra las dictaduras y amigo de los movimientos revolucionarios, del intelectual que estimula actos culturales y apoya órganos de difusión, etc., confluyen hacia una finalidad: confirmar y reafirmar su ideología de hombre de izquierda.

Pero, ¿quiénes son de izquierda? Dejémosle la palabra a Jesús Silva Herzog: "...son los que luchan sin cesar contra la miseria, la ignorancia y el hambre de las grandes masas; de izquierda son los que defienden la soberanía nacional y la independencia económica del país; de izquierda son los que marchan hacia adelante para alcanzar metas nuevas de justicia social; de izquierda son los que quieren un gobierno honrado, progresista y patriota; de izquierda son los que sueñan una patria grande, libre y respetada en la cual todos sus hijos sean tan dichosos como sea dable serlo sobre la Tierra. Por todo esto, el hombre de izquierda debe sentirse satisfecho de ser de izquierda y decirlo con orgullo, despacio y en voz alta siempre que se presente la ocasión".

Presencia del Pasado

JUEGOS ECUESTRES EN EL INCA GARCILASO

Por José DURAND

A ROSAS competencias a caballo alegran las páginas del Inca; no cabía menos, pues el autor se había distinguido jugando cañas, a imitación de su padre y los conquistadores peruanos. Esos galanos ejercicios, buena materia para digresiones, pertenecen a sus recursos de variedad narrativa. Ya desde el punto de vista histórico, también le convenían: fiestas y juegos, parte natural de la vida humana, interesaron a historiadores antiguos y modernos, sin exceptuar a los españoles del Siglo de Oro, como el padre Román y Zamora en sus *Repúblicas*, que el Inca leyó; o bien anticuarios andaluces como el poeta Rodrigo Caro, cuyos *Días geniales* o *lúdricos* son típica muestra de curiosidad humanística en tales asuntos. No parece que el Inca conociese a Rodrigo Caro, pero ambos tuvieron al menos un amigo común, el jesuita Juan de Pineda.¹ Cuando Garcilaso habla de jugar cañas o correr caballos, aunque nunca se ponga a teorizar sobre ello, enseguida advertimos al conocedor cuidadoso, tan dueño aquí del pormenor como al escribir sobre cuestiones más importantes. El saber cotidiano lo atraía, pues su vida jamás se confinó al mundo libresco. Todos aquellos variados conocimientos los usará con su habitual sobriedad, no querrá alardes doctos ni alegar muchas autoridades, sino el tratamiento apropiado de cada tema. Sencillo por buen gusto, y como varón prudente, prefiere ocultar su

¹ Cf. Fray Jerónimo de Román y Zamora, *Las repúblicas del mundo*, Medina del Campo, 1575, vol. II, *República gentilica*, lib. X; en la 2a. ed., Salamanca y Medina del Campo, 1595, 3 vols., la *Gentilica* ocupa todo el vol. II; la reimpresión a la vez va expurgada y ampliada. Garcilaso cita la *República de las Indias Occidentales*, que se halla en el vol. II de la 1a. ed. y en el III de la 2a. Como se sabe, los *Días geniales* de Rodrigo Caro se imprimieron sólo modernamente (Sevilla, 1884). Para la correspondencia entre Caro y Pineda, cf. Licenciado Rodrigo Caro, *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, ed. de Santiago Montoto, Sevilla, 1915, pp. 135 y ss., y 147. Caro parece haber tratado a otro amigo del Inca, fray Pedro Maldonado (*ibid.*, p. 72); para sus relaciones y discrepancias con el jesuita Martín de Roa, quien sin duda conoció a Garcilaso, cf. pp. 111 y ss., y 151; la *Respuesta* de Caro a Roa, típica pendencia entre sevillanos y cordobeses, se reproduce tras los *Días geniales*, pp. 375 y ss.

erudición, y más en pasatiempos cortesanos, sobre los cuales la afición general era tan grande que suponía el conocimiento del asunto por el lector común.

Jinetes y bridones

CIERTO religioso anónimo, quizás fray Antonio de San Miguel, presenta a Sebastián Garcilaso, padre del Inca, como "lindo jinete de ambas sillas, diestro en jugar de ellas, por haberse impuesto en la paz, sin ver al enemigo, en lo que después había de hacer al tiempo de la guerra".² Sabemos que al conquistador lo apasionaron siempre las cañas, las cuales se ejercitaban a la jineta; esa misma silla se usaba en la *carrera pública*, y también para alancear toros. Justas, torneos y el *correr sortija* pertenecían a la brida. Otro "lindo hombre de a caballo, de ambas sillas", Gonzalo Pizarro, la "mejor lanza" indiana, era tan buen balletero que "con un arco de bodoques pintaba lo que quería en la pared".³ Entre diversiones y batallas no había sino un paso, pues muchos nobles pasatiempos tenían miras guerreras. Cuando la armada de Hernando de Soto llega a Cuba, se celebran en Santiago festejos y saraos. Hubo así, escribe el Inca, "juegos de cañas y toros, que corrían y alanceaban", ciertamente a la jineta; pero la otra silla se practicaba también, y "otros días hacían regocijo a la brida, corriendo sortija. Y a los que en ella se aventajaban... se les daba premios". En cambio "no hubo justas ni torneos ni a caballo ni a pie, por falta de armaduras".⁴ Como que en las guerras de indios no se usaban, sino cotas y celadas, ni convenía la brida, hecha para batallas campales de cristianos. Aun así, vemos por ejemplo que Soto la empleó para montar al cacique Tascaluza, la practicaron en el Perú muchos conquistadores y soldados viejos, y hasta un mestizo como Almagro el mozo, del cual Garcilaso nos dice también "fue lindo hombre de a caballo de ambas sillas".⁵ Pero, no lo olvidemos, como lo afirma el Inca y suele recordarse, con la jineta "se ganó aquella nuestra tierra".⁶

Jinetes y bridones: como el segundo término cayó en desuso, y como hoy se entiende por *jinete* "caballero u hombre a caballo",

² Cf. *Historia general del Perú*, lib. VIII, cap. 12; el franciscano San Miguel, futuro obispo de la Imperial, fue amigo de Sebastián Garcilaso y figura como testigo en su testamento.

³ *Ibid.*, lib. V, cap. 43.

⁴ Cf. *La Florida del Inca*, lib. I, cap. 11; no describen las celebraciones los otros cronistas de la jornada.

⁵ Cf. *Florida*, lib. III, cap. 24; *Historia general*, lib. III, cap. 18.

⁶ *Historia general*, lib. VII, cap. 18; son palabras bien conocidas.

podría pensarse que a principios del XVII la brida resultaba arcaica, cuando en realidad se hallaba en plena moda y había desplazado a su rival, excepto en Indias; si no totalmente, al menos en gran medida. Todo se entenderá mejor si se advierte que ambas modalidades sufrieron variaciones por aquellos tiempos. En rigor, a cada usanza correspondían diverso tipo de caballos, monturas, estribos, espuelas y frenos, otro género de armas ofensivas y defensivas, y aun otra escuela de equitación, enteramente distinta. En un principio y por muchos años, la brida suponía llevar pesadísimas armaduras para caballo y caballero, así como usar lanzas afirmadas en rístrres, capaces de sostener el encontronazo con un rival igualmente pesado. Nada de ello se necesitaba para luchar con indios de a pie y sin corazas. Pero no bien estallen las guerras civiles entre los conquistadores peruanos, veremos al almagrista Rodrigo Orgoños pelear como bridón hasta caer bajo una perdigonada de arcabuz, antídoto contra acorazados ecuestres.⁷ Estos necesitaban grandes y fuertes caballos, el freno y rienda propios de la *brida* francesa, y la silla estradiota, hecha para que el guerrero de punta en blanco, todo recubierto por su armadura, se afirmara verticalmente sobre estribos largos; los muslos del caballero iban encajados entre borrenas, con lo cual todo el cuerpo quedaba preparado para que la lanza enristrada soportase el terrible choque. Y el bridón, según recomendaba Juan Quijada de Reayo en 1548, debía "caer tan derechamente en la silla como si estuviese delante del rey en pie".⁸

Para la jineta, escribe el criollo mexicano Juan Suárez de Peralta, el buen caballo "ha de tener mediano el cuerpo", debe ser "bien bajo, no demasiado", rápido y menudo en el correr:⁹ virtudes propias del caballo andaluz, del cual descendían los corceles indios. En cuanto a armas, el jinete llevaba una lanza, más una espada de

⁷ *Ibid.*, lib. II, cap. 37.

⁸ Citado por Eugenio Asensio, en su nota final a Fernán Chacón, *Tratado de la caballería de la jineta*, Madrid, 1950 (ed. facsímil del único ejemplar conocido, hallado por el profesor Asensio en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca). Lo corriente era llamar *brida* a una escuela y *jineta* a la otra; el uso de *estradiota* para la primera resulta mucho menos frecuente; a mediados del XVI se usaban más de diez sillas, como lo recuerda Pasqual Caraccio'o, *La gloria del cavallo*, Venezia, Giolito, 1566, lib. V, p. 363. Claro que cada uno no correspondía a una escuela bélica. Aquí nos atenemos a las dos ya nombradas y al uso general en la lengua de entonces. Según ella se llamaba *silla brida* a la escuela que usaba la tal brida y una silla correspondiente, que podía no ser precisamente la estradiota, sino la mantuana u otra variante de ella. Nosotros no entraremos en esos detalles.

⁹ Cf. Juan Suárez de Peralta, *Tratado de la cavallería: de la Gineta y de la Brida*, Sevilla, Fernando Díaz; suele darse como la primera obra impresa de autor nacido en América.

reserva, colgada, y se protegía mediante una adarga. Los árabes, inventores de esta escuela, no usaban armadura, pero los españoles, al menos en Indias, se cubrían con finas y resistentes cotas de malla, y llevaban en la cabeza yelmos o celadas. Luego adoptaron una prenda indígena, el *escaupil*, camisola de recia manta, muy acolchada de algodón.¹⁰ La silla jineta resultaba mucho más simple y desahogada que la estradiota, llevaba estribos cortos. Todo se fundaba en la movilidad, la rapidez, el poder revolverse para esquivar o sorprender. En campaña, sobre todo en tierra desconocida, esa silla resultaba infinitamente más práctica; lo era también para el reconocimiento y sobre todo para la persecución o *alcance*. A la jineta, escribe el comandante Fernán Chacón, los Reyes Católicos "acabaron de ganar España, y el Gran Capitán conquistó dos veces Italia".¹¹ Allí y en las guerras de Carlos V, el choque entre jinetes españoles y bridones franceses o de otras tierras acarreó resultados importantes para ambas partes. Como recuerda Balenchano el blanco que ofrecía a los arcabuceros la lenta caballería pesada mostró su flaqueza,¹² lo cual sin duda obligó a evolucionar a esta escuela, hasta llegar a la napolitana: nuevo empleo de la brida, conservando sus virtudes pero asimilando las enseñanzas de los móviles jinetes españoles; a su vez éstos, aunque victoriosos, fueron adoptando la silla enemiga, mucho más protegida. Otra ventaja de la brida pudo ser el adelanto y la variedad de los frenos. No creemos improbable que el gran

¹⁰ Cf. Alberto Mario Salas, *Las armas de la conquista*, Buenos Aires, 1950, pp. 93 y ss., 250 y ss.; en la parte II, cap. 2, pueden hallarse noticias sobre la jineta indiana, algunas de las cuales coinciden con las nuestras; otras pueden complementar ese hermoso trabajo (claro está que el autor no estudia los juegos, sino el aspecto guerrero). Durante la jornada de Hernando de Soto, cuando fracasaron las cotas ante los fortísimos flechazos, se adoptaron, según el Inca y su informante Gonzalo Silvestre, "sayos estofados de tres y cuatro dedos de grueso", los cuales estaban "hechos de mantas"; eran, pues, escaupiles; además llevaban "faldamentos largos" que cubrían "pechos y ancas del caballo" (*Florida*, lib. II, parte 2a., cap. 19).

¹¹ Cf. Fernán Chacón, *ob. cit.*, proemio dedicatoria. Caraccio lo habla de los caballos móviles, de la agilidad y las pocas armas de los *gianetti* o *ginetti* españoles (*ob. cit.*, lib. II, p. 103). Cf. también Fernández de Andrada, *ob. cit.*, f. 46^{ro} y v^o.

¹² Cf. José Antonio de Balenchano, *Introducción a Don Luis Bañuelos y de la Cerda, Libro de la jineta*, Madrid, 1877. El arma de la infantería contra la caballería era la pica, y los indios, según advierte Garcilaso, carecían de piqueros (*Florida*, lib. II, parte 1a., cap. 24). Salas recuerda que don Bernardo de Vargas Machuca prescribe "no se consienta la silla brida, porque con menos riesgo se vadea un río, . . . y más prestos son al ensillar". (*Milicia y descripción de las Indias*, Madrid, 1882, vol. I, p. 145). Para el aspecto guerrero de esta silla, cf. Juan de Villalobos, *Modo de pelear a la jineta*, Valladolid, 1605.

auge de la estradiota en España viniera cuando ya había evolucionado y ganado en movilidad. En 1550, el napolitano Federico Grisone, a quien Garcilaso leyó, prescribe al caballero tener las piernas firmes y tendidas como si se estuviese de pie; pero junto a esa regla tradicional da indicaciones nada estrictas sobre el largo de los estribos, lo cual resulta más ilustrativo cuando el autor explica el porqué de las espuelas largas, vieja usanza para llegar al vientre del caballo cubierto por la armadura.¹³ Según ese texto no queda definitivamente en claro que la coraza del animal no se emplease ya en batallas, pero es un hecho que Grisone ve al caballo bardado y las espuelas de a palmo como el "modo antico". Todo lo cual lo aprovecha en 1580 Suárez de Peralta, quien a veces sigue y aun copia a Grisone, sin alegarlo, aunque otras se aparta notoriamente de él. Si en la jineta el mexicano prefería estribos cortos, en la brida no vacilará en recomendarlos no muy largos;¹⁴ tras lo cual, siguiendo casi textualmente a Grisone, añade:

Antiguamente se usaba ir los caballeros largos por causa que los caballos iban encubiertos y armados, y así era necesario ir largos y llevar las espuelas largas, para poder picar en la barriga al caballo, y éstas eran de a palmo, de manera que eran constreñidos de necesidad a cabalgar de aquel modo. Y también sería necesario ahora si se subiese en un caballo encuberto y armado.

El mexicano, pues, no parece muy tradicional en sus reglas de la estradiota, pero advertimos que el napolitano también nos da indicios de haber ocurrido un cambio.

Igual sucedió con la jineta durante las guerras civiles del Perú, en las cuales ya vimos a Rodrigo Orgoños cabalgar a la brida. Sabemos por Diego Fernández *el Palentino* que cierto *chileno* o alma-

¹³ Escribe Grisone: "Questa foggia di cavalcare con la staffile di sopra il ginocchio anticamente era più da galante, e in uso, perche i cavallieri a quel tempo usavano molto i cavalli armati di barde, e visognava (per arrivare al ventre di quelli) che gli speroni fossero lunghi da un palmo; ...così accaderebbe di farsi ora, quando si cavalcase un caval bardato al modo antico" (cf. Federico Grisone, *Ordini di cavalcare*, Venezia, Valvassori, 1584, pp. 11 y ss.; la 1.ª ed. es de Napoli, 1550). Caracciolo explica el uso de armaduras ligeras, más móviles; las bardas antiguas eran de madera y cuero, y las modernas de malla o tejuelos. No le agradaban las muy largas (*ob. cit.*, p. 363).

¹⁴ Cf. Suárez de Peralta, *ob. cit.*, *Trat. de la brida*, cap. 1; ignoramos en qué lengua leyó a Grisone (el Inca lo hizo en italiano). La traducción de Antonio Flores de Benavides apareció como *Reglas de la cavalleria y de la brida*, Baeza, 1568, y no se reimprimió; no hemos podido consultarla.

grista inventó una "cruel y desvariada manera de pelear",¹⁵ usando una lanza de fresno gruesa y larga, la cual durante la marcha descansaba en una bolsa de cuero atada al arzón delantero, sin duda una *cuja*; y para el ataque iba en vez de ristre una bolsa semejante, asida por correas al pecho del animal. Atribuye el hallazgo a "los de Chile", pensamos que en tiempos de don Diego de Almagro el viejo, aun cuando no lo precisa; dice, eso sí, que fue obra de "un clérigo que andaba con ellos". El procedimiento —adaptación del ristre a la jineta— continuó empleándose durante la guerra pizarrista y aun después. Garcilaso, quien como jinete que fue supo muy bien estas prácticas, también la presenta entre *chilenos*, en la batalla de Salinas, sin citar al Palentino. Escribe que el almagrista Pedro de Lerma y Hernando Pizarro, "se encontraron de las lanzas, y porque eran jinetas y no de ristre, será necesario que digamos cómo usaban de ellas. Es así que entonces, y después acá, en todas las guerras civiles que los españoles tuvieron, hacían unas bolsas de cuero asidas a unos correones fuertes, que colgaban del arzón delantero de la silla y del pescuezo del caballo, y ponían el cuento de la lanza en la bolsa y *la metían debajo del brazo, como si fuera de ristre*". No habla de la *cuja*, y al indicar vagamente el "pescuezo" por el pecho del animal resulta menos propio que el Palentino; en cambio no tiene por necia esta usanza, sino que la justifica muy bien: "De esta manera hubo bravísimos encuentros en las batallas que en el Perú se dieron entre los españoles, porque el golpe era con toda la pujanza del caballo y del caballero. Lo cual no fue menester para con los indios, que bastaba herirles con golpe del brazo y no de ristre". Si tras el primer encuentro la lanza no se rompía, "la sacaban del bolsón y usaban de ella como de lanza jineta".¹⁶ En algún caso excepcional sabremos que en el Perú se corrió sortija sin "lanzas de ristre";¹⁷ debieron hacerlo a la jineta y con esas bolsas de cuero, pues eran fiestas realizadas en campaña bélica y no preparadas anticipadamente.

La rivalidad entre ambas escuelas duró larguísimo años. Todavía en tiempos imperiales, el comendador Chacón lamenta que decaigan los placeres cortesanos "de holgarse de cabalgar a caballo

¹⁵ Cf. Diego Fernández [*el Palentino*], *Historia del Perú*, Sevilla, Hernando Díaz, 1571, parte I, lib. II. cap. 80, f. 126 vº; refiere allí el levantamiento de Gonzalo Pizarro.

¹⁶ Cf. *Historia general*, lib. II, cap. 37. Como se verá, Garcilaso ya era buen jinete en tiempos del alzamiento de Girón, y sin duda participaba en la *carreva pública* con lanza (cf. *infra*, t. y n. 53).

¹⁷ *Ibid.*, lib. V, cap. 29. En el Perú, particularmente en la costa, la humedad debió dañar las armaduras hasta imposibilitar su uso. Este problema, visto como general en Indias, lo advierte Salas (*ob. cit.*, parte II, cap. 6).

a la jineta", por sus muchas gracias, "las cuales ya se van olvidando y perdiendo, a causa de la silla de la estradiota, que agora se usa". Parecidas quejas repiten los diversos autores de su escuela, quienes sin embargo ni fueron pocos ni acabaron muy pronto. Ya a principios del xvii, Bañuelos de la Cerda presenta a la jineta en pésima situación. "Así será menester acudir al Nuevo Mundo", afirma, para recuperarla, pues "se ha desnaturalizado" de España y "se ha ido a la Nueva España y a lo demás descubierto, donde la han abrazado y estimado". Por ello recuerda Eugenio Asensio que dos de sus más ilustres tratadistas, Suárez de Peralta y Vargas Machuca, fueron indios.¹⁸ En rigor, los andaluces parecen haberla conservado con mayor apego dentro de la Península, como lo muestran el mismo Fernán Chacón, natural de Ubeda, o bien los libros del malagueño Pedro de Aguilar, el sevillano Fernández de Andrada o el cordobés Bañuelos.¹⁹ Tiempo adelante, ya muy entrado el xvii, la persistencia de las cañas prueba que el gusto por la jineta logró mantenerse. Advirtamos, eso sí, que cuando el Inca Garcilaso, avecindado en Córdoba, pondera reiteradamente las excelencias de esa caballería, toma partido por una práctica decaída en España y ya por entonces típico ejercicio indiano.

Justas, torneos y sortija

“**H**oy nos regocijamos —escribe fray Jerónimo de Román y Zamora— cuando el día de Santiago, y san Juan, y otros días solemnes, vemos correr caballos, tornear, justar, hacer juegos de cañas y correr sortija; lo cual, aunque principalmente va encaminado a la honra de los tales santos, a nosotros nos cabe buena parte de la fiesta”.²⁰ Si esto escribía en España un fraile ermitaño de San Agustín, no quedará atrás México gracias al noble criollo Juan Suárez de Peralta: en los dichosos tiempos del virrey Velasco, a fines del xvi, todo era jolgorio de “caballos, justas, sortija, juego de cañas, carrera públi-

¹⁸ Cf. Chacón, *ob. cit.*, proemio; Bañuelos de la Cerda, *ob. cit.*, prólogo. Aunque Suárez de Peralta diserta sobre ambas sillas, parece mostrarse más limitado al hablar de la estradiota.

¹⁹ Cf. Pedro de Aguilar, *Tratado de la cavallería de la jineta*, Sevilla, Hernando Díaz, 1572, con reimpressiones; Pedro Fernández de Andrada, *De la naturaleza del cavallo*, Sevilla, Fernando Díaz, 1580; Bañuelos, *ob. cit.*; sobre la patria de éste, cf. Rafael Ramírez de Arellano, *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba*, Madrid, 1921, vol. I, p. 68. Pueden citarse fácilmente a otros andaluces, por ejemplo el cordobés Mesía de la Cerda.

²⁰ *Loc. cit.*, cap. 1.

ca";²¹ en lo cual, como sabemos, el mexicano era gran perito. Más aún, llega a aplaudir que las autoridades animen a los caballeros a que se perfeccionen "en estos tan virtuosos ejercicios" del cabalgar y la cetrería. No llegaba a tales extremos el entusiasmo de Garcilaso, pero sí compartía aquellos gustos; habían sido los de su niñez y pasión de los conquistadores. Jinete ante todo, no deja de recordar la *sortija*, el juego a la brida que más se practicó en el Perú y probablemente en Indias. Al parecer el "correr la lanza" o "correr sortija", aunque exigía ristre y la silla correspondiente, muchas veces no se practicaba con armadura entera, al menos en el Nuevo Mundo. Este certamen alternaba con los más gustados, y así, cuando Gonzalo Pizarro señoreó el Perú, dio en hacer, escribe Garcilaso, "muchas fiestas solenes de toros, y juegos de cañas y sortija, donde algunos sacaron muy buenas letras"; pero, añade, "otros de malas lenguas las contrahicieron satíricamente, que, por serlo tanto, aunque algunas de ellas se me acuerdan me pareció no ponerlas aquí". Pensamos que las "letras" debían ser motes. Ya sabemos que —algo después— se corrió sortija, "aunque con falta de lanzas de ristre", en el campamento del presidente Gasca. Vimos también, en Santiago de Cuba, a la hueste de Hernando de Soto, recién llegada, jugando cañas y también "corriendo sortija. Y a los que en ella —prosigue el Inca— se aventajaban en la destreza de las armas y caballería, o en la discreción de la letra, o en la novedad de la invención, o en la lindeza de la gala, se le daban premios de honor de joyas de oro y plata, seda y brocado, que para los vitoriosos estaban señalados".²²

La competencia consistía en correr muy compuestamente y, al llegar a una cuerda con una sortija, apuntarle con la lanza, ya enristrada, lo cual exigía gran destreza de armas y dominio en el cabalgar. Según el padre Román debió ser invento hispánico, pues no sabía se jugara en otro lugar. El mexicano Suárez de Peralta se recrea explicando cinco modos, en otros tantos capítulos, de "correr lanzas a la brida", pues "este ejercicio es necesarísimo, a causa de que por él se desenvuelven los caballeros y se hacen más diestros para justar; y de la justa se siguen los efectos que todos sabemos, así de burlas como de veras". Eso sí, y es revelador, no se ocupará de la prueba con armadura, lo cual indica que no se acostumbraba en su

²¹ Cf. Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, ed. de Justo Zaragoza, Madrid, 1878, cap. 25. Hasta la *Historia general* de Garcilaso llega el recuerdo de las grandes fiestas —toros y cañas— hechos en México en tiempos del primer virrey, cuando se detuvo la aplicación de las *leyes nuevas* (lib. III, cap. 22).

²² Cf. *Historia general*, lib. IV, cap. 20; otros regocijos de sortija en lib. V, cap. 20; para el pasaje de la *Florida* cf. *supra*, nota 4.

tierra. En definitiva, dice, "soy de parecer que el caballero se ejercite en todo y aprenda todos los géneros de correr". Y si "en toda Italia y España se corre a lo cierto", no será "tan galán como en la Nueva España, a causa de que se han ejercitado muy mucho los caballeros de allá, añadiendo nuevas maneras de sacar la lanza, dándoles extremadísimo aire." Aunque doliéndose de serle imposible mostrar por escrito el garbo del caballero, instruye al lector sobre cómo partir, sacar luego la lanza de la cuja, llevarla baja, pasarla al ristre, requerirla, "hacer su puntería a la sortija" y "descubrir con la punta de la lanza el ojo de ella, y poner la vista en la lanza y la sortija, que es la más cierta puntería".²³ Diestro en ambas sillas, el criollo se interesa menos en lances armados de punta en blanco. Lo más de su atención parece dirigirse a la jineta y, en cuanto a la brida, al gustadísimo correr sortija.

No practicándose mucho la estradiota en el Perú, no usándose sino rara vez armaduras pesadas, es claro que justas y torneos resultarían poco frecuentes. Bien debieron conocerlas en Panamá Francisco Pizarro, Almagro el viejo, Hernando de Soto, y otros que anduvieron cerca del *gran justador* Pedrarias Dávila; quien, como se sabe, alcanzó el sobrenombre desde España, por su enorme fuerza y destreza. Justas y torneos tenían mucho en común, por ser simulacros de combate con el mismo tipo de silla y armas (había además torneos a pie, menos importantes). La diferencia entre ambas competencias nos la aclara el licenciado Covarrubias. Para "la justa ordinaria —escribe—, pónese una tela tan larga como una carrera de caballo, y de la una parte a la otra se vienen a encontrar los caballeros al medio, partiendo ambos a un tiempo con el son de la trompeta". El torneo a caballo, explica, difiere de la justa en que ésta opone a un solo rival frente al otro, mientras en el torneo "se encuentran en campo raso un tropel contra otro, muchos juntos, y es más peligroso y representa más al vivo lo que es una batalla". Y concluye: "siendo juego le falta poco para veras". Recuerda el padre Román que todos los torneos, aun los de a pie, estaban prohibidos en derecho canónico, e impedidos de sepultura eclesiástica quienes muriesen torneando, aunque después "se mitigó este rigor" por el papa Juan XXII, a petición de los franceses, grandes torneadores. "Yo creo —dice Román— que mirado el estilo y fin que hoy se tiene, que es por desenvolverse y hacerse hábiles los caballeros, que no incurren en las tales censuras ni pecan mortalmen-

²³ Cf. *Trat. de la brida*, cap. 41. Siglos adelante, en 1866, el gaucho *el Pollo* dice: "... y cada ceja era un arco / para correr la sortija" (Estanislao del Campo, *Fausto*, II).

te".²⁴ Al menos de esa culpa anduvieron libres los peruleros. Mala fortuna la suya, pues que ni pecado era ese tornear al que tan poco se inclinaron.

Juegos de cañas

PARA regocijos públicos, dos grandes juegos solían ofrecerse durante el XVI español e indiano: toros y cañas. Buenos para la plaza mayor, ambos a la jineta, gozaban del favor general. Casi siempre se realizaban como parte de un mismo acto, a veces completado con sortija u otro certamen. Cañas y toros, escribe Rodrigo Caro, "son las fiestas más frecuentes de que hoy usamos en España por invención nuestra, y me fundo en la afición notable y propensión que todos les tenemos". Las cañas deleitaban por el lucimiento del jinete y como espectáculo cortesano. Escaramuza fingida entre dos cuadrillas bien montadas, con cañas en vez de lanzas, procedía según Román de los árabes; el jesuita Mariana piensa lo mismo, pero Fernández de Andrada remonta el origen hasta los mismos troyanos, gracias a un pasaje de la *Eneida*, el cual retoma luego Rodrigo Caro.²⁵ Nada quería concederle Andrada a la morisma, pues tam-

²⁴ Cf. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro*, s. v. *ivstva*; Román y Zamora, *loc. cit.*, cap. 9 (2a. ed., cap. 10); allí fray Jerónimo describe también el *fobordar* medieval: "cuando querían los caballeros... hacer fiestas a las damas", demostraban a caballo su fuerza y destreza, dando recias lanzadas a una armazón de vigas y tablas; por lo cual "vino a decirse: brazo derecho. servidor de damas".

²⁵ Cf. Román y Zamora, *ibid.*; Fernández de Andrada (*ob. cit.*, ff. 133^o y ss.) se basa en la interpretación personal de un pasaje de Virgilio (*Eneida*, V), antes citado por Caracciolo, quien en ello veía un torneo (lib. II, pp. 93 y s.); para el sevillano, era sin duda un juego de cañas, que de Troya llevó a Italia Julio Ascanio; Covarrubias parece seguirlo de cerca (s. v. *caña*), pero no lo cita, ni alude al origen árabe en que cree Román, a quien alegrará, junto con Pero Mejía, para defender el origen romano del correr toros. Rodrigo Caro, sin mencionar ninguna autoridad española, ni tampoco a Caracciolo, vuelve al mismo texto de Virgilio y aporta otro de Suetonio, más algunas referencias complementarias; con todo lo cual el poeta rebate cortésmente "la *Historia* del P. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús", el cual dice son "cosa de moros". (Caro, *ob. cit.*, pp. 31 y ss.). Apuntemos que, coincidiendo otra vez con Andrada (f. 138^o), Caro habla también del correr cañas jerezano, "rostro a rostro"; la fuente, aunque callada, parece clara. También creemos tuvo presente la *República genúlica* en cuanto al origen de los toros (o al menos a Pero Mejía, citado por Román). Andrada rechaza el que la bondad del caballo andaluz sea "por haberse mezclado con los caballos africanos; todavía otros tiénelo más cierto que es haberse los de Africa valido y aprovechado de la bondad de los nuestros" (f. 52^o); no indica quiénes son esos "otros".

bién afirma que los célebres caballos árabes fueron en verdad andaluces, nietos de aquellos corceles béticos que elogiaron los antiguos. El atavío de las cuadrillas, a la oriental, resultaba vistosísimo. Los mayores apasionados de este ejercicio fueron sin duda los andaluces, y con ellos los indianos todos, y los peruanos en particular. El Inca tiró cañas públicamente a los dieciséis años, y continuó jugándolas en muchas ocasiones, como veremos. Tanto gustaban los conquistadores de esos regocijos, que los hacían en plena guerra. Al celebrar la llegada de Valdivia, el campamento real del Presidente don Pedro de la Gasca dispone, según vimos, cañas y sortija.²⁶ Si eso ocurría en los Andes peruanos, igual sucederá en el interior de la Florida, cuando los soldados de Hernando de Soto juegan cañas ante el temible gigante Tascaluza; sin duda lo hicieron por amedrentar a los indios con los caballos, a la vez que por divertirse. Consigna la noticia un grave oficial del rey, el factor Luir Hernández de Biedma, y se completa con otra del Fidalgo de Elvas.²⁷

Pocos recuerdan hoy esta fiesta, pero es posible conocer aún ciertas peculiaridades que tuvo en el Perú, y también en Andalucía; vale decir dondequiera anduviese el Inca. El capitán malagueño Pedro de Aguilar pasa por autoridad en el asunto, y en parte lo sigue otro famoso tratadista, el sevillano Pedro Fernández de Andrada; más noticias sobre la región cordobesa nos las da don Luis Bañuelos de la Cerda, a principios del XVII, y a mediados don Pedro Mesía de Figueroa; el gobernador Vargas Machuca, indiano salmantino, nos enseña ciertas peculiaridades, propias quizás de la Nueva Granada. Y aunque casi no haya libro sobre jineta que no hable de cañas, bueno será autorizarnos con otro andaluz, el comendador Chacón, quien las concertó para el rey: "Me he hallado —afirma Chacón— en muchos juegos de cañas, en ordenarlos, así por mandado de Su Majestad como por ruego de algunos caballeros y señores cortesa-

²⁶ Cf. *Historia general*, lib. V, cap. 29; cf. *supra*, t. y n. 17.

²⁷ Cf. Luis Hernández de Biedma, *Relación de la Isla de la Florida*, en *Col. Docs. Inéd. Amer. Oc.*, Madrid, 1865, vol. III, pp. 423-424. Rodrigo Renjel, antiguo secretario de Soto, nada cuenta aquí de juegos españoles, pero sí de bailes indios (*apud* Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general de las Indias*, lib. XVII, cap. 27). El anónimo Fidalgo de luza, sin lograr amedrentarlo (*Relacam verdadeira*, Evora, 1557, cap. 17; reed. facsímil, Lisboa, 1940). Aun cuando pareciera que los testigos se contradicen, en rigor se complementan. Nada informa al respecto el Inca, pero en esta ocasión compara con el correr cañas diversas acciones bélicas: así las arremetidas y retrocesos en Mauvila (lib. II, cap. 27). Y cuando llegan alegremente al real español Pedro de Añasco y sus jinetes, se pusieron "de dos en dos, como si fuera entrada de juego de cañas", y llegaron a la carrera al pueblo, con gran "fiesta y regocijo", cabalgando de modo "que pareció muy bien el orden... y fue una fiesta alegre y placentera" (lib. II, p. 2a., cap. 16).

nos".²⁸ El número de cada cuadrilla era muy variable, "de cinco en cinco, más o menos, según hubiere caballeros". Solían ser ocho o diez, y hasta unos doce,²⁹ formados en sus *puestos* respectivos. En ocasiones había más de dos cuadrillas, las cuales actuaban por turno en la escaramuzas, y el espectáculo resultaba lucidísimo. Los caballeros iban engalanados de ricas y vistosas libreas, las cuales, según Andrada, "deben ser de las colores que más agradaren con la invención que les pareciere más curiosa, aunque lo ordinario es ir a la turquesca, con marlotas y capellares, y con algunos bonetes albaneses o turcos, caídos atrás". Las *marlotas* eran como sayos ceñidos, y los *capellares* iban encima, como cubiertas. Las fantasías exóticas se permitían, pero otras veces el atuendo se simplificaba, pues sabemos por Bañuelos de la Cerda que en Córdoba se jugaban cañas muy a menudo en la calle de Feria, y los jinetes iban con capas y gorras, en vez de las típicas libreas. Tanta sencillez era propia de la frecuencia con que se practicaban, un tanto informalmente, y no en una plaza sino en una calle de veinte varas de ancho, si bien muy larga. El comendador Fernán Chacón, jurado enemigo de las gorras, les hubiera lanzado anatemas.

Todo debía quedar previamente a punto según Chacón, y la primera cosa era juntar las cuadrillas en otra plaza, para arreglarlas e igualar cada una en sus detalles. Antes de empezar el juego, en tiempos de Andrada y aún después, solía celebrarse un animado

²⁸ Cf. Chacón, *ob. cit.*, cap. 12; Pedro de Aguilar, *ob. cit.*, parte II; P. Fernández de Andrada, ff. 133 y ss.; Luis Bañuelos y de la Cerda, *ob. cit.*, caps. IV-VI; Bernardo de Vargas-Machuca, *Libro de ejercicios de la jineta*, Madrid, Pedro Madrigal, 1600, parte IV; Id. *Teórica y ejercicios de la jineta*, en *Tres libros de jineta de los siglos XVI y XVII*, ed. de C. Sanz de Egaña, Madrid, 1959, pp. 223 y ss. (la 1ª ed. de la *Teórica* es de Madrid, 1609). Para este certamen, en tiempos bastante posteriores a Garcilaso, cf. Don Pedro Mesía de la Cerda, *Fiestas de toros y cañas celebradas en la ciudad de Córdoba el año de 1651. Con una advertencia para el juego de cañas*, ed. del Marqués de Jerez de los Caballeros, Sevilla, 1877. La mayoría de los tratadistas de jineta hablan de cañas, por ejemplo Don Diego Ruiz de Haro, en el ms. que cita Balenchano. No sabemos si sería el mismo Don Diego Ramírez de Haro de que habla Andrada, quien peleando en Flandes por Felipe II, desafió a tres capitanes franceses "de caballos ligeros, que juntos quisiesen pelear con él solo yendo a la jineta" (f. 46 rº).

²⁹ En las fiestas cuzqueñas que refiere Luis Valcárcel, una cuadrilla parece tener doce y otra trece jinetes (cf. *infra* t. y n. 45); quizás haya error del copista, pues ambas debieron tener igual número; en los juegos reales de Valladolid, 1605, eran diez (cf. *infra*, n. 41). Un manuscrito del xvii, tardío, perteneciente a la biblioteca del Duque de Osuna, habla de cuadrillas de a ocho (*Pintura de un potro*, ed. de J. A. de Balenchano, impresa a continuación de Bañuelos de la Cerda, *ob. cit.*, pero con paginación separada; cf. pp. 45 y ss.).

desfile, sobre el cual nada dice el comendador. Se enviaban a la plaza, escribe Andrada, "algunas acémilas cargadas de cañas y cubiertas con reposteros de brocado"; después iban "los caballos en que se han de jugar, con las adargas pendientes de los arzones izquierdos"; tras ellos seguían los caballos comunes de escuderos y pajes. "Los ministriles" y otros instrumentos (trompetas y atabales según Chacón) realizaban el acto. Seguía luego la pomposa *entrada* de las cuadrillas, parte que merecía gran atención, y que al indiano Vargas Machuca le resultaba hasta principal; para él, por fuerza habían de llevarse lanzas y gallardetes (*banderolas* dice Aguilar), y jamás se podría ir de otro modo. Andrada piensa que la entrada sigue los usos de cada región: unas veces paseando, otras corriendo, "como es ordinario en nuestra Andalucía, y es la mejor entrada de todas. Y en el reino del Perú —añade—, las hacen muy diferentes: entrando los dos puestos juntos, cada uno por la suya, yendo sobre la rienda, mirando y amenazando al bando contrario, hasta tocar los puestos y quedar los unos contra los otros". Bañuelos dice que debían ir de dos en dos, muy iguales, en lo cual concuerda con Pedro de Aguilar y con Fernán Chacón, quien escribe: "Y así entrados todos de dos en dos, tornarán arremeter todos juntos por la plaza a manera de batalla; darán dos o tres arremetidas y, hecho esto, darán una vuelta todos juntos, paso a paso, a mirar las damas y caballeros que están en las ventanas". No se lo habían de perder esos airosos jinetes.

Tras lo cual se retiraban y se ordenaban las cuadrillas, iniciado el certamen, los caballeros se atacaban por turno, yendo y revolviendo por pequeños grupos, tirándose cañas y cañuelas. Al cerrar la fiesta era lance obligado lucir los caballos de uno en uno o de dos en dos, haciendo eses y culebrillas y mudanzas diversas, mientras se lanzaban cañuelas o bohordos. Los *bohordos* son varillas de junco, no muy grandes, y se tiraban mediante un amento, el cual según Bañuelos debía ser de seda cruda y medir una tercia.³⁰ Siempre amante de pormenores vistosos, Vargas Machuca prescribirá al fin "escaramuza partida", con los jinetes cabalgando en redondo y en caracol: buena invitación para hablar, según modas, del Barroco indiano y aun a caballo. Bañuelos recomienda usar excelentes animales, nada espantadizos por si les caen bohordos, y hábiles para las complicadas maniobras. Pero lo principal, advierte Andrada, era que los jinetes fuesen "muy buenos hombres de a caballo". Como Garcilaso, sin duda.

³⁰ Según Covarrubias, "amento es la correa que se revuelve en la mitad de la lanza para arrojarla con más furia. . . Algunos en castellano la llaman amento"; también cabe designar así, prosigue, la correa o cinta del sombrero o *çelada*. Sobre los finos bohordos, serán cintas de fuerte y galana seda.

La afición por el juego de cañas en tiempos de los *Comentarios* alcanzaba al propio monarca. Vemos así a Felipe III, en 1605, encabezar, junto con su privado el duque de Lerma, una de las ocho cuadrillas que festejaron en Valladolid el bautizo del príncipe. Un pliego suelto³¹ describe las hermosísimas libreas y narra puntualmente la fiesta: se inició con el paseo de "gran cantidad de atabales, ministriles y trompetas", luego aparecieron doce acémilas "muy bien aderezadas" y cargadas de cañas. Siguieron los caballeros, los briosos caballos enjaezados, los pajes de Su Majestad y, enseguida, la *entrada* de las ocho soberbias cuadrillas, con el rey en persona.

"Yo jugué cañas —escribe Garcilaso— cinco años, a las fiestas del Señor Sanctiago". Vale decir, aunque los biógrafos no saquen la cuenta, desde los dieciséis. El Inca nació el 12 de abril de 1539, y a principios de 1560 dejó para siempre su ciudad natal.³² Sus últimas cañas en el Cuzco debieron ser, pues, en julio de 1559, y las primeras en 1555. Elogiando la nobleza de los corceles peruanos, el Inca afirma que "pocos días después de domados juegan cañas en ellos"; y prosigue, ufano: "los caballos del Perú se hacen más temprano que los de España, que la primera vez que jugué cañas en el Cuzco fue un caballo tan nuevo que aún no había cumplido tres años".³³ Según Fernández de Andrada, la edad más apropiada para adiestrar un potro es la de cuatro, y nunca antes. El italiano Grisone piensa lo mismo, aunque admite excepciones antes de tres años, para enseñarlos,³⁴ pero no para una difícil competencia. Bien debió con-

³¹ Cf. José María de Valdenebro y Cisneros, *La imprenta en Córdoba*, Madrid, 1900, pp. 44 y ss.; el pliego da los nombres de los participantes y describe el atuendo. *La Cuadrilla de su Magestad*, por ejemplo, llevaba "marlotas de raso encarnado y blanco, y capellares morados, bordados de plata y morado, tocados a la turquesca, con gran suma de pedrería y perlas". Como se verá, no quedaban muy atrás los vecinos cuzqueños.

³² Cf. *Historia general*, lib. II, cap. 15. Garcilaso dice haber salido del Cuzco en enero; se hallaba ya en el puerto del Callao el 4 de marzo (cf. Guillermo Lohmann Villena, "El Inca Garcilaso de la Vega en Lima. Un documento inédito suyo", en *Revista Histórica*, Lima, vol. XXVI, 1964, pp. 311 y ss.).

³³ Cf. *Comentarios reales*, lib. IX, cap. 16. Ya sabemos que Garcilaso fue distinguido criador de potros.

³⁴ *Ob. cit.*, lib. II, cap. 26, f. 115 rº. Al fin del lib. IV, Grisone se muestra algo más tofetante que Andrada, aun cuando no vacila en dedicar los mayores elogios a los caballos viejos. El napolitano admite se comience a enseñar, sólo en ciertos casos, a un potro de más de dos años, pero recomienda se empiece a los tres o tres y medio, mejor edad y más segura. Luego recuerda que un caballo español de veinticuatro años, tuerto por más señas, sirvió admirablemente a Carlos VIII, y otro de veintisiete, con que entró en batalla don Gonzalo Fernández de Córdoba, resultó inmejorable. El traductor francés Bernard du Poy-Monclar mantiene los elogios al Gran

venir el potrillo al muchacho mestizo, pues se hizo figura habitual en esos certámenes. El 18 de diciembre de 1557, al jurarse en el Cuzco por rey a Felipe II, salen a jugar dos galanas cuadrillas. Debemos la noticia a Luis Valcárcel.³⁶ Cuadrillero de la primera es Antonio de Quiñones, íntimo del conquistador Garcilaso, pariente de la mujer de éste y uno de los encomenderos peruanos más nobles y ricos; con Quiñones figuran, entre otros, el conquistador Juan de Pancorvo, Jerónimo Costilla y otros personajes; formaban el mismo grupo los mozos "Don Carlos Yupangui Inca", Juan de Cillorigo, hijo mestizo de Pancorvo, y "Gómez Suárez de Figueroa, hijo de Garcilaso de la Vega", o sea nuestro autor³⁶ en compañía de dos de sus condiscípulos latinistas. Tenía entonces dieciocho años y medio. En la cuadrilla de Juan Julio de Hojeda se hallaban el cuñado de éste, Gómez de Tordoya, primo hermano del padre del Inca, y otros diez caballeros, flor de la aristocracia cuzqueña. Hecho importante desde el punto de vista social, como advierte Valcárcel, pues muestra la aceptación de esos jóvenes mestizos —nobles aunque hijos naturales— en grupo tan distinguido. Garcilaso escribe que cuando se juró a Felipe II, en las principales ciudades peruanas "hubo muchas fiestas muy solemnes de toros y juegos de cañas, y muchas libreas muy costosas, que era y es fiesta ordinaria en aquella tierra";³⁷ pero nada dice de haber participado, aunque ello consta. Por la misma época vuelve a la plaza cuzqueña cuando se celebra la llegada del inca Sairi Túpac. Los vecinos, cuenta Garcilaso, hicieron "el

Capitán que hay en el original italiano: "...et à la fin par la vaillance du cheval fut sauvée la vertu du chevalier, et l'un et l'autre dignes que leurs noms soyent aujourd'hui memorables parmi le monde, et jusques à cinquiemes sphère" (citamos Grison, *L'Ecurie*, por la reimpresión de París, 1584, pp. 140 y s.).

³⁶ Cf. Luis E. Valcárcel, *Garcilaso el Inca*, Lima, 1939, p. 16; la cita proviene de una importante copia de los *Anales del Cuzco*, propiedad del profesor Valcárcel, mucho más importante que la impresa.

³⁶ Recordemos que el Inca fue bautizado como Gómez Suárez de Figueroa, usando el apellido de uno de sus abuelos, según la costumbre de entonces. Para el cambio de nombre, a fines de 1563, cf. Raúl Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso en Montilla*, Lima, 1955, prólogo y docs. 10 y 11; cf. también nuestro "El Inca llega a España", en *Revista de Indias*, Madrid, 1965, núms. 99-100, pp. 27 y ss.; y Juan Bautista Avalle-Arce, "Nuevos documentos sobre el Inca Garcilaso", en *San Marcos*, Lima, 1968, 2ª época, nº 7, pp. 3 y ss. Mantenemos nuestra opinión de que el cambio de nombre se debió al no querer llamarse ni como su tío carnal, ni como el conde —luego duque— de Feria, sino más bien como su propio padre. Para un guerrero en ciernes —a más de futuro escritor, bastantes años después—, más importaba el recuerdo del *comendador del Ave María* que el del mismo poeta, homónimo suyo.

³⁷ Cf. *Historia general*, lib. VIII, cap. 4.

día de su bautizo mucha fiesta y regocijo de toros y cañas, con libreas muy costosas. Soy testigo de ellas —puntualiza—, porque fui uno de los que las tiraron”.³⁸ Corría el año de 1558.

Quien lo hereda no lo hurta. Cuando el conquistador Garcilaso, corregidor del Cuzco, deja el cargo, le toca al licenciado Muñoz, sucesor suyo, tomarle residencia: preguntado cómo tenía a bien “jugar cañas siendo justicia”, respondió el viejo Garcilaso que “porque lo había hecho toda la vida”.³⁹ El juicio se limitó, según el Inca, a una mera formalidad. Años antes, al visitar el Cuzco don Francisco de Mendoza, hijo del segundo virrey, “le hicieron una fiesta de toros y juego de cañas, la más solemne que antes ni después en aquella ciudad se han hecho; porque las libreas todas fueron de terciopelo de diversos colores y muchas de ellas bordadas”.⁴⁰ El Inca, que tenía poco más de doce años, contempló el espectáculo “desde el corredorcillo de la casa de mi padre, donde también se hallaba Mendoza. Poco atrás allí mismo vio al Presidente Gasca durante otros juegos de cañas y corridas de toros.”⁴¹ Desde que tenía memoria, o poco menos, el Inca gozó de aquellas fiestas, lado alegre en época tan convulsionada por guerras y peligros. Si para Gasca hubo hermosas libreas de terciopelo, las que sacaron para don Francisco las superaron. “Acuérdome”, dice, de la “de mi padre y sus compañeros, que fue de terciopelo negro, y por toda la marlota y capellar llevaban a trechos dos colunas bordadas de terciopelo amarillo, junta la una a la otra espacio de un palmo, y un lazo que las asía ambas, con un leterero que decía *Plus ultra*. Y encima de las colunas iba una corona imperial del mismo terciopelo amarillo, y lo uno y lo otro perfilado con un cordón hecho de oro hilado y seda azul, que parecía muy bien”. No hacía mucho que había terminado la gran rebelión de Gonzalo Pizarro contra el emperador, y a aquellos encomenderos les importaba afirmar o reafirmar su lealtad exhibiendo el emblema de Carlos V.⁴² Claro que el Inca no insiste directamente en ello. “Otras libreas hubo —añade— muy ricas y costosas, que no me acuerdo bien de ellas para pintarlas, y de ésta sí, porque se hizo en

³⁸ *Ibid.*, cap. 11; recuérdese que en el Perú *vecino* significaba ‘encomendero’. Para la fecha de 1558, cf. Diego Fernández, *ob. cit.*, parte II, lib. III, cap. 4. Sairi Túpac acordó salir de Vilcabamba el 24 de septiembre de 1557, y entró a Lima el 5 de enero siguiente; su paso al Cuzco no pudo tardar mucho.

³⁹ *Ibid.*, cap. 5.

⁴⁰ *Ibid.*, lib. VI, cap. 17.

⁴¹ *Ibid.*, cap. 1; ello ocurre en la época del famoso reparto de Huainarima, donde el padre del Inca salió tan bien parado.

⁴² Cf. Marcel Bataillon, *Etudes sur Bartolomé de las Casas*, (réunis avec la collaboration de Raymond Marcus), París, 1965, pp. 95 y ss.

casa". Dice también Garcilaso que la cuadrilla de Juan Julio de Hojeda, Pancorvo, Tomás Vázquez y Rodríguez de Villafuerte, sacó en los turbantes "tanta pedrería de esmeraldas y otras piedras finas, que se apreciaron en más de trescientos mil pesos, que son trescientos y sesenta mil ducados castellanos". Quizás sorprenda el detalle de esas descripciones, pero de un lado sabemos que el Inca alternó con esos mismos personajes, al menos con Hojeda y Pancorvo; y de otro vemos, según él mismo cuenta, que seis años antes de morir, siendo prácticamente setentón, se sintió capaz de "dar la traza y forma" al jesuita Francisco de Castro, de una "librea natural peruana",⁴³ la cual se lució en Córdoba cuando las fiestas de beatificación de San Ignacio, al empezar 1610. Un año más tarde Castro le dedicaba al Inca su *De Arte Rethorica*, y poco después firmaba la censura de la segunda parte de los *Comentarios*, a principios de 1613. La noticia, pues, no admite dudas.

Veamos en fin un *paso historial* ocurrido en México jugando cañas. Garcilaso conoció luego al protagonista, y da por testigo del suceso a su propio padre, cuya presencia en esa ciudad no siempre recuerdan los biógrafos. Caso tan extraño, afirma el Inca, "que no sé si habrá acaecido otro tal en el mundo". Terminado el juego en la plaza de México, sin duda el actual Zócalo, "andando sueltos los caballeros por la plaza, tirando bohordos y cañuelas, como se hace de ordinario en las fiestas mayores", don Juan de Mendoza, "por mostrar su destreza y gentileza, tiró una cañuela, y al tiempo que ponía la fuerza para arrojarla, el caballo que iba corriendo paró de golpe; y él, que era muy alto de cuerpo y delgado de piernas y flojo de ellas, y no tan buen jinete como presumía, salió por el pescuezo del caballo adelante, quedándosele los pies en los estribos, y puso las manos en el suelo, por no dar en tierra con el rostro, y quedó hecho pretal del caballo". Gravisimo riesgo, del cual lo salvaron los circunstantes, entre ellos su padre, quien "se halló en la fiesta". Poco después pasaron ambos al Perú, con Pedro de Alvarado. "Perdonárame ha la digresión —escribe el Inca—, por el cuento tan raro".⁴⁴ Y por serlo, se libró del olvido. Muy hombre de su tiempo, amante de caballos, diestro en briosos galopes y en tirar bohordos, Garci-

⁴³ Cf. *Historia general*, proemio; las celebraciones de esa beatificación se hicieron en 1610; en Córdoba predicó el canónigo Alvaro Pizaño de P. lacios, y en el noviciado jesuita de Montilla el agustino fray Juan Galvarro (cf. Valdenebro y Cisneros, *ob. cit.*, pp. 50 y s.). Para Sevilla, en donde las justas poéticas y el triunfo de Jáuregui acarrearón dificultades entre Góngora y el padre Pineda, cf. Francisco Escudero y Peroso, *Tipografía hispalense*, Madrid, 1894, pp. 316 y ss.; cf. también Miguel Artigas, *Don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, 1925, cap. VIII.

⁴⁴ *Historia general*, lib. IV, cap. 16.

laso no podía permitir que sus lectores se perdiesen semejante escena, ni tampoco dejar de razonar, así fuese muy brevemente, sobre ciertos pormenores curiosos.

Prudencia: los toros

EN aquella sociedad indiana opulenta y guerrera, tan nostálgica del mundo peninsular, las fiestas públicas tenían gran importancia. En un principio resultaba difícil correr toros, pues no los había en América y era costosísimo traerlos; aún así, la afición pudo tanto que en el Perú hubo corridas desde días tempranos, y muy pronto las ciudades mayores las tuvieron a menudo. Años más tarde, ya en el último tercio del xvi, Pío V condenará esa fiesta. En 1575 cuenta fray Jerónimo de Román y Zamora que andaban "muy desconsolados los españoles" por falta de corridas. El fraile aplaude la prohibición de aquella diversión temeraria, la cual resultó imposible de desarraigar. Tanto que al cabo de veinte años, al reimprimir la misma obra, Román se ve obligado a corregir y habla "de la antigüedad del correr toros que en España se usa, porque parece que en nuestros días *se tuvieron* por muy desconsolados los españoles, porque *no se corrian*". Y añade, tras alabar la prohibición pontifical: "pero ya han vuelto y los ven cuantos quieren".⁴⁵ Lo propio ocurría en América, y aun en el Cuzco, donde un joven jesuita andaluz, Bernabé Cobo, presenció en 1610 una corrida: en la cual, ante la admiración general, un indio "salió a la plaza en un caballo ricamente aderezado a dar una lanzada a un toro, la cual dio con maravilloso brío y destreza".⁴⁶ Más se hubiera maravillado Garcilaso si lo hubiera sabido: ya no sólo los indios no temían a los caballos, sino tampoco a los toros.

Resulta curioso que aunque en los *Comentarios reales* se hable a veces de corridas, sea siempre muy de paso, diciendo tan sólo que las hubo, junto con cañas o sortija. Curioso también el que no las condene el Inca, quizás porque les tuvo afición. Aun así, nunca nombrará a los españoles que participaron en esa fiesta en el Perú, con lo cual hasta se pensaría que bien pudieron figurar en ella su padre o sus amigos. No deja de resultar divertido el que cuando leemos en Garcilaso un lance taurino sea el de un manso, que sacaba un clérigo en la procesión cuzqueña de San Marcos: el animal atacó,

⁴⁵ Cf. *República gentilica*, lib. X, cap. 6 (1ª ed., vol. II, f. 338 vº y s.; 2ª ed., vol. II, f. 417 rº).

⁴⁶ Cf. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. X, cap. 3; ed. de Francisco Mateos, S. I., Madrid, 1956, vol. I, p. 383 (BAAEE, vol. XCI).

sin mayores consecuencias, a un español que estaba excomulgado, y siguió tan inofensivo como antes.⁴⁷ Hay evidente reserva en cuanto a corridas, lo que proviene a las claras de la condena papal. Un amigo y consejero del Inca, el doctor Ambrosio de Morales, y varios obispos, uno de ellos el famosísimo Reinoso, se distinguieron por su oposición a esa fiesta. Ello debió influir en el viejo Garcilaso, clérigo aunque no de misa durante los últimos veinte años de su vida. Al saber que don *Diagazo* de los Ríos, encargado por el cabildo cordobés, dispuso se corriesen toros en el Campillo, el doctor Morales "lo sintió en el alma", pues pensaba "hacer allí un humilladero en honra de los santos mártires que allí" mismo murieron, y no quería se profanase así "lugar tan santo". Don *Diagazo* no cejó y durante la primera corrida se llevó terrible cornada, de la cual falleció a los cuatro días, arrepentido y confesado. Para todos fue castigo providencial. Morales levantó luego en el Campillo una columna con una lápida en loor de los mártires. Cuenta el paso el lego jesuita Sebastián de Escabias, y lo completa el canónigo Juan Gómez Bravo.⁴⁸ Pero la fiesta prosiguió en la ciudad, y bien conocidos son los cargos que en 1589 le hizo al racionero don Luis de Góngora el obispo Pacheco: uno de ellos el concurrir "a fiestas de toros en la plaza de la Corredera, contra lo terminantemente ordenado a los clérigos por *motu proprio* de Su Santidad"; a lo cual respondió el donoso poeta que si los vio "el año pasado fue por saber iban a ellos personas de más años y más órdenes que yo".⁴⁹ Por aquellos tiempos el Inca iba a dejar Montilla para arraigar definitivamente en Córdoba; luego, hacia 1597, se haría clérigo, con lo cual el *motu proprio* le concernía de manera explícita.

También el obispo don Francisco de Reinoso se mostró resuelto

⁴⁷ Cf. *Historia general*, lib. VIII, cap. 2.

⁴⁸ [H. Sebastián de Escabias, S. I.], *Casos notables de la ciudad de Córdoba*, ed. de Angel González Palencia, Madrid, 1949, pp. 108 y ss.; para la identificación del autor anónimo, Escabias, cf. Luis Sala Balust, *Introducción a Juan de Avila, Obras completas*, Madrid, vol. I, 1952. Sobre el Campillo, lugar del martirio, cf. Ambrosio de Morales, *Los cinco libros postreros de la Corónica general de España*, Córdoba, 1586, lib. XIV, cap. 28, ff. 132 vº y ss.; cf. también Luis Gómez Bravo, *Catálogo de los obispos de Córdoba*, Córdoba, 1778, vol. II, pp. 539 y s.; como se sabe, Gómez Bravo se basó en un texto del canónigo Aldrete, amigo éste de Garcilaso. La cornada de don *Diagazo* debió haber sucedido entre 1587 y 1590. Consta que el veinticuatro don Diego Gutiérrez de los Ríos en 1580 organizando fiestas de toros y cañas en la Corredera (cf. Rafael Ramírez de Arellano, *Juan Rufo, jurado de Córdoba*, Madrid, 1912, pp. 242 y sigs.; véase allí también noticias sobre motes en el juego de sortija).

⁴⁹ Cf. Ramírez de Arellano, *ob. cit.*, vol. I, p. 226; el documento correspondiente se publicó por lo menos en 1899; cf. también Artigas, *ob. cit.*, cap. IV.

enemigo de las corridas; no podía menos, pues había sido camarero mayor de Pío V. Cuando la terrible peste de 1600, estando el obispo gravemente enfermo (murió en 1601), mejoró la epidemia por tres días en la ciudad, y el corregidor y el cabildo determinaron "se corriesen toros para regocijar" al pueblo. Desde su lecho, Reinoso se propone evitarlo "con todas sus fuerzas" y envía a su secretario a advertir que tales reuniones causan infección, "pues de toda la ciudad y comarca concurría gente a los toros". Dijo también que no debían provocar mayores castigos del cielo con "semejantes regocijos, donde no faltan ruidos, pendencias y cuchilladas, pláticas y conversaciones deshonestas y torpes". Pero sobre todo hay el "peligro de muerte o herida", condenado como grave pecado, y el "acto temerario" en "pasatiempo inútil". Todo fue en vano y el obispo lo deploró, pero al menos impidió la asistencia del cabildo eclesiástico a "un acto de tanta ferocidad", prohibido a ellos. Poco después recommenzó la peste. Refiere estos sucesos fray Gregorio de Alfaro, benedictino cordobés y biógrafo de Reinoso.⁵⁰ A los dos años de la muerte del obispo, don Luis Bañuelos consigna abundantes noticias taurinas en la misma ciudad. Ya a mediados del XVII, otros dos cordobeses, don Pedro Jacinto de Cárdenas y Angulo, y don Luis Mesía de la Cerda, referirán el auge de la fiesta, firme hasta hoy en esa tierra.⁵¹ Por el tiempo en que escribía Bañuelos, Garcilaso corregía la *Florida* y redactaba ambas partes de los *Comentarios*, y hasta concluía la parte primera. El Inca vivía pues en lugar harto reacio a privarse de toros, y a la vez se hallaba en medio muy influido por las normas católicas. Consta que amigos de Garcilaso tuvieron por el obispo Reinoso la mayor veneración.⁵² Sea como fuere, la prudencia

⁵⁰ Cf. Fray Gregorio de Alfaro, O. S. B., *Vida del ilustrísimo señor Don Francisco de Reynoso, Obispo de Córdoba*, Valladolid, 1617, parte I, lib. III, cap. 21; hay reimpresión parcial, Valladolid, 1940. Para nosotros resulta muy posible que buena parte de las reservas del obispo Reinoso para con Góngora, bien señaladas por Artigas, se relacionen con la actitud de Reinoso contra comedias y toros, en lo cual se mostró harto determinado.

⁵¹ Cf. Ramírez de Arellano, *ob. cit.*, vol. I, p. 108; para el autor, Jacinto es apellido usual en Córdoba. Sin duda este don Pedro Jacinto fue pariente de su casi homónimo el famoso *Cardenio*, don Pedro de Cárdenas y Angulo, posible o probable autor de la *Estrella de Sevilla*; para Mesía de la Cerda, cf. *supra*, nota 28.

⁵² El sermón fúnebre a la muerte de Reinoso, en 1601, corrió en Córdoba a cargo del historiador jesuita Martín de Roa, sin duda relacionado con el Inca (cf. Gómez Bravo, *ob. cit.*, vol. II, p. 568). Otro amigo de Garcilaso, Pedro Maldonado, entonces jesuita y poco después agustino, hace grandes elogios de Reinoso (cf. *Traza y ejercicios de un oratorio*, Lisboa, 1609, lib. I, cap. 9). Una *Vida de Pío V*, en fin, probablemente la de Fuenmayor, aparece en la biblioteca que dejó Garcilaso al morir. Este Pedro Maldonado, quien le proporcionó al Inca los manuscritos históricos de Blas Valera, fue

de Garcilaso al mencionar corridas contrasta resueltamente con su entusiasmo y desenvoltura al hablar del juego de cañas.

Alcanciazos y carrera pública

ESPECTÁCULO muy frecuente, diversión y práctica guerrera, la carrera pública también se hacía a la jineta, llevando muchas veces lanza y adarga. Garcilaso nos presenta a los caballeros cuzqueños adiestrándose "en su jineta, que por lo menos había cada domingo carrera pública". Por cierto que ocurrió un lance de damas muy típico de tales regocijos. "Un día de aquellos —prosigue—, yendo a correr un discípulo mío mestizo, llamado Pedro de Altamirano, hijo de Antonio Altamirano, conquistador de los primeros, vio a una ventana, a mano izquierda de como él iba, una moza hermosa", y tanto que con su vista "se olvidó la carrera que iba a dar, y aunque había pasado del derecho de la ventana, volvió dos y tres veces el rostro, a ver la hermosa". Lance de amor a la vez que de caballos, el Inca neoplatónico y jinete nos lo contará a maravilla:

A la tercera vez que lo hizo, el caballo, viéndose ya en el puesto de donde partían a correr, sintiendo que el caballero se rodeaba para apercibirle y llamarle a la carrera, revolvió con grandísima furia para correr su carrera. El caballero, que tenía más atención en mirar la hermosa que en correr su caballo, salió por el lado derecho de él y cayó en el suelo. El caballo, viéndole caído, aunque había partido con la furia que hemos dicho, y llevaba puesto su pretal de cascabeles, paró sin menearse a parte alguna. El galán se levantó del suelo y subió en su caballo y corrió su carrera con harto empacho de los presentes. Todo lo cual vi yo desde el corredorcillo de las casas de Garcilaso de la Vega, mi señor.

Las cuales quedaban próximas a las de Alonso de Mesa, donde aposentaba la bella culpable.⁵³

Autores peninsulares e indianos explican los modos más galanos de "correr la carrera", según la liturgia propia de esos actos. Con el tiempo hubo variaciones en el atuendo: el comendador Chacón sos-

también amigo del poeta Medrano; Garcilaso lo llama "Pedro Maldonado de Saavedra" (*Comentarios*, I, 6), sin duda porque existía otro jesuita Pedro Maldonado de la misma edad, aproximadamente: célebre revoltoso, perteneciente a la provincia de Castilla de la Compañía. No hay duda, según esperamos mostrar en otra ocasión, de que se trata de dos personas diferentes.

⁵³ Cf. *Historia general*, lib. VII, cap. 12; era el famoso caballo de Juan Julio de Hojeda.

tiene que en la silla jineta se ha de ir con capa y bonete, o bien con caperuza, pero nunca jamás con gorra; años después Suárez de Peralta la tendrá por muy natural, lo mismo que don Luis Bañuelos. El mexicano se muestra versadísimo y describe hasta cinco diferentes maneras de lucirse en carrera pública, para lo cual no escatima pormenores. El caballo, tal como el de Altamirano, debe llevar su pretal de cascabeles. La cortesía al príncipe o señor que estuviere presente había de efectuarse antes de empuñar la lanza, pues una vez tomada "aunque el rey esté presente no se ha de destocar el caballero".⁵⁴ Otro indiano, natural de Salamanca pero arraigado en la Nueva Granada, don Bernardo de Vargas Machuca, también se recreará morosamente en el tema.⁵⁵ En cuanto a Garcilaso, si bien sólo una vez alude a la carrera, no sólo lo hace en pasaje feliz, sino que habla de ella como de algo muy familiar y muy sabido.

Mucho menos famoso que este certamen era el de las *alcancias*. Se lanzaban unas como naranjas de barro sin cocer, nada peligrosas, pero, como advierte Covarrubias, aún así se defendían con adargas. Para ello también se usaba la silla jineta, según las referencias que conocemos. Los golpes, y también este regocijo, se llamaban *alcanciazos*. Cuenta el Inca que se jugaban en el Cuzco el día del alzamiento de Hernández Girón, y que "fue de pocos caballeros", por ser en calle angosta. El Palentino sólo dice que hubo diversiones. "Yo miré la fiesta de encima de una pared de cantería de piedra", escribe el Inca en recordado pasaje; "vide a Francisco Hernández en la sala que sale a la calle, sentado en una silla, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja, más suspenso e imaginativo que la misma melancolía".⁵⁶ Momentos después iba a convertirse en el caudillo rebelde.

Más para burlas que para gallardo lucimiento, las *alcancias* se jugaron mucho en el Perú durante el siglo XVI. En Lima, 1567, ante el presidente don Lope García de Castro, hubo cañas y *alcancias*, con la novedad de que se introdujo el uso de antifaces. Y cuando los cuzqueños preparaban el ingreso del virrey Toledo, 1571, cuenta Ambroso de Salazar que "a prima noche salió toda la caballería de la ciudad en muy buenos caballos a la jineta, con pretales de cascabeles y hachas encendidas. Corrieron por las calles y en la plazuela de la casa del visorrey, en la cual, tomando adargas, jugaron *arcandiazos*"; evidente error paleográfico, por *alcanciazos*. "Y estos regocijos —prosigue Salazar— se fueron continuando todas las no-

⁵⁴ Cf. Suárez de Peralta, *Trat. de la jineta*, parte II, caps. 4-16.

⁵⁵ Cf. Vargas Machuca, *Teórica*, pp. 223 y ss.

⁵⁶ Covarrubias, *Tesorero*, s. v. *alcancia*; *Historia general*, lib. VII, cap. 2; para Diego Fernández, quien no especifica que se jugasen *alcanciazos*, *ob. cit.*, p. II, lib. II, cap. 24.

ches, hasta que llegó el día principal que la ciudad hizo en la plaza della, que fueron toros y juegos de cañas".⁵⁷ Poco le hubieran satisfecho a Garcilaso estas nuevas de su patria, en honor de personaje tan ingrato para él como el virrey Toledo.

Ya en el XVII, en tiempos del marqués de Guadalcazar, se corrieron toros y cañas en Lima, según refiere Villarroel, para celebrar al arzobispo don Gonzalo de Ocampo, quien aquel día riñó ruidosamente con el virrey. Al convertir aquella disputa en una *tradición*, Ricardo Palma añade, sin duda por su cuenta, que también hubo alcancías. Probablemente debió conocer la existencia de ese juego olvidado en los *Comentarios reales*.⁵⁸

MUNDO hispánico éste de las fiestas a la jineta. Por algo escribe Castiglione en el libro I del *Cortesano*, y traduce Boscán, que a la brida, al correr lanzas o al justar eran famosos los italianos, así como los franceses al tornear; y "en jugar a las cañas, en ser buen torero, en tirar una vara o echar una lanza" se distinguían los españoles. Ya sabemos cómo los primeros mestizos se apasionaron por estas cosas. Negar en ellos el influjo europeo, y más en quien vivió cincuentiséis años en la Península, resulta insostenible. Pero de allí a disminuir la importancia que tuvieron en Garcilaso sus veinte primeros años —decisivos en todo ser humano—, olvidando su mundo materno, hay mucho trecho. Asombra justamente cómo, pese a tan larga ausencia, la nostalgia peruana del viejo Inca se mostrara tan arraigada aún en sus últimos días.

⁵⁷ Cf. Héctor López Martínez, "Un motín de mestizos en el Perú (1867)", en *Revista de Indias*, Madrid, 1964, XXIV, p. 380. La crónica sobre Toledo antes llamada de Tristán Sánchez se halla en *Col. Docs. Inéd. Amér. Oc.*, Madrid, 1867, vol. VIII; cf. pp. 255-256. Para la atribución a Ambrosio de Salazar, cf. Roberto Levillier, *Don Francisco de Toledo, supremo organizador del Perú*, Madrid, 1935, vol. I, p. 136; Levillier no corrige aquellos estragados "arcandiazos" (p. 233).

⁵⁸ Cf. Gaspar de Villarroel, O. S. A., *Gobierno eclesiástico pacífico y unión de los dos cuchillos pontificio y regio*, Madrid, 1657, vol. II, pp. 62-63. Palma publica por primera vez "De potencia a potencia", sobre Guadalcazar y Ocampo, en la *Revista de Lima*, vol. II, 1873. Luego se incluye en la primera edición de la segunda serie de *Tradiciones*, Lima, 1874; cita allí al "obispo quiteño" Villarroel, llamado "limeño" en 1873.

CONFESION DE UN HISTORIADOR*

Por Ricardo DONOSO

A GRADEZCO vivamente, con profundo sentimiento de gratitud, las gentiles palabras del señor Presidente, y aprovecho la presencia de los señores miembros del Jurado para manifestarles, una vez más, mis agradecimientos al asignarme el Premio Nacional de Ciencias creado por una ley dictada en los últimos años.

Los señores miembros del Jurado han querido sin duda estimular con su decisión la labor que realizan en el campo de la investigación histórica las nuevas generaciones, que durante muchos años se han sentido huérfanas de estímulos. En este sentido yo recibo este premio con grande emoción, como una expresión del interés de los poderes públicos por la labor que realizan en este campo del trabajo científico las nuevas generaciones.

Las leyes dictadas en los últimos años, orientadas en el sentido de promover las actividades del intelecto, no constituyen más que la continuación de una tradición que se remonta a la ley orgánica de la Universidad de Chile, cuyo artículo 28 decía que la Universidad se reuniría todos los años en claustro pleno, y que en esa oportunidad se pronunciaría un discurso sobre algunos de los hechos más señalados de la historia nacional, "apoyando los pormenores en documentos auténticos, y desarrollando su carácter y consecuencias con imparcialidad y verdad." En cumplimiento de esta misión el Rector encomendaba la redacción de una Memoria sobre historia nacional a alguno de los miembros de la Universidad. Este fue el origen de los trabajos compuestos en torno al pasado nacional, que desde la iniciación de sus tareas se han publicado bajo sus auspicios, y que no sólo han contribuido a desarrollar esta rama de la actividad literaria y científica, sino que han contribuido a echar las bases de una verdadera conciencia nacional y abierto los cimientos de una tradición intelectual.

El signo que caracterizaría con rasgos acentuados el pensamiento

* Discurso pronunciado en la Universidad de Chile el 31 de mayo de 1972, con motivo de la entrega del Premio Nacional de Ciencias en el ramo de Ciencias Humanas, otorgado por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica.

de la primera generación de historiadores chilenos iba a ser el repudio al pasado colonial, en todo cuanto él tenía de absolutismo político, fanatismo religioso, coacción del pensamiento y desprecio de las actividades industriales. En el advenimiento de la independencia política veían la aparición de una época de regeneración espiritual, que abría a la juventud, no sólo las puertas de nuevos campos de acción, sino a la sociedad toda un porvenir venturoso de bienestar. Las dos herramientas con las cuales esa generación de hijos de la independencia pensaba echar las bases de la felicidad del género humano y de la población del territorio de Chile, eran la máquina de vapor y la libertad política, cuya aplicación habían visto de cerca los emigrados hispanoamericanos en el ambiente intelectual y político de Londres, entre ellos el gaditano Mora y el caraqueño Bello, y cuyos principios se esforzarían por arraigar en los cuerpos legales de su patria adoptiva.

Ese pensamiento lo expresó claramente Lastarria en su Memoria de 1844, en la que enjuició el legado espiritual de la colonia en términos característicos de su credo, que han provocado la indignación y la ira de sus adversarios ideológicos y políticos. Para el maestro de la cátedra de legislación, el envilecimiento del pueblo lo había arrastrado a la postración moral, por cuanto las instituciones políticas estaban calculadas para formar esclavos, es decir vasallos, y no ciudadanos sujetos de derechos. Los prejuicios aristocráticos, la división de la sociedad en castas, el desprecio de las artes industriales y de la actividad manual, provenían, para esa generación de escritores, de lo más profundo de la sociabilidad española y había dejado su huella indeleble en el seno de las sociedades hispanoamericanas.

Todo cuanto significara la persistencia de un pensamiento rector, orientado en lo que había caracterizado el legado espiritual peninsular, encontró en Lastarria, Infante y Sarmiento un repudio airado, que inspiró más de un gesto agresivo y hostil. Toda aquella generación de historiadores buscó con apasionamiento nuevos derroteros, para la sociedad y la educación de la juventud, y la enmienda de las costumbres, que se habían caracterizado por la mojigatería y el persistente apego a la tradición española. En una cruzada para barrer del ambiente intelectual de Chile aquellas influencias, que consideraban inadecuadas a las necesidades del país y al rumbo que tomaba la vida política en el mundo occidental, ocupó naturalmente el primer lugar la enseñanza pública, proclamada como una atención preferente del Estado en la Carta Constitucional de 1833, y especialmente la primera enseñanza, ideal político que constituiría la razón de ser misma de Sarmiento, para hacer de ella, no sólo

una herramienta de trascendencia democrática, sino de mejoramiento efectivo de las condiciones en que se desenvolvían las clases trabajadoras.

En el informe expedido en 1842 por don Ignacio Domeyko, sobre la mejor manera de organizar la enseñanza pública, compuesto bajo la influencia del ejemplo que el ilustre mineralogista había visto en las universidades alemanas, es fácil advertir el pensamiento que orientaba a los educadores y estadistas de la época, que vivían bajo el absolutismo político surgido después de la derrota napoleónica: una sociedad organizada en clases, y una enseñanza pública orientada a servir ese ideal político, con una clase artesanal, a la que le estaba abierta la primera enseñanza, una segunda enseñanza llamada a llenar los cuadros de la administración pública y de la burocracia de las empresas privadas, y una universidad central, encargada de presidir la formación de una élite intelectual y satisfacer las necesidades de la sociedad mediante la graduación de profesionales especializados.

Después de la profunda conmoción que sacudió a todos los espíritus en 1851, los jóvenes que se habían formado en las disciplinas docentes, en el acogedor ambiente del Instituto Nacional, comenzaron a cultivar las letras y echar la sonda de su inquisición penetrante en el pasado nacional, no sin aguda intención política, como una manifestación de protesta hacia el régimen imperante, caracterizado por los estados de sitio y las facultades extraordinarias.

Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna creían firmemente en el progreso del espíritu y en que el liberalismo político estaba llamado a hacer la felicidad perdurable del género humano, y concibieron y compusieron sus obras en los días en que las avasalladoras conquistas industriales y económicas parecían asegurar el progreso indefinido de las sociedades. Sobre el fondo sombrío del régimen colonial, simbolizado en el absolutismo político, con el fanatismo religioso y el aislamiento geográfico, la ignorancia general y el abandono de los estudios, se destacaba la época de la independencia política como un verdadero despertar de la conciencia de la nacionalidad, como un período de regeneración espiritual, algo así como el Renacimiento en la historia de la cultura occidental, cuyo símbolo más acusado encontraba Amunátegui en la personalidad del ilustre redactor de la *Aurora de Chile*. Las causas del atraso en que había vivido el pueblo chileno las asignaba el historiador a las instituciones viciosas, a los malos hábitos heredados y a la ignorancia.

Esta constelación de historiadores del siglo pasado, Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna, quería levantar, como lo dijeron con frase feliz, sobre las ruinas de la Colonia, el edificio de la

República. Pero, más que a la reforma de las instituciones y a la eliminación de las rémoras que evocaban el pasado colonial, se dedicó don Benjamín Vicuña Mackenna a la resurrección del pasado y a señalar la huella indeleble que había dejado en los hábitos y en las costumbres el legado espiritual de España. Ningún escritor chileno, ni del pasado ni del presente siglo, ha caracterizado con pluma más amena y con agudeza más profunda, los rasgos esenciales del alma chilena, que el autor de la *Historia de Santiago*, en cuanto ella tiene de hondo apego a la tierra y sus tradiciones, para dar origen a un nacionalismo arraigado y profundo.

El escritor que habla tuvo la fortuna de iniciar su carrera literaria con la composición de la biografía del ilustre historiador y servidor público, el más querido, el más leído y el más admirado de los escritores nacionales. Ese trabajo mereció un premio de la Facultad de Humanidades de esta casa de estudios y alentó al autor a proseguir en el culto de estas disciplinas.

Esa trinidad de historiadores, altísima honra de la cultura intelectual de Chile, se había formado en el enaltecedor yunque del servicio público, del culto de las letras, de las tareas de la enseñanza, de la lucha por la tolerancia religiosa y la eliminación de las rémoras que obstaculizaban la convivencia de una sociedad civil, a la sombra protectora de los ideales de libertad y del afianzamiento de las garantías individuales. La personalidad más vigorosa, que simboliza los anhelos de toda una generación, fue la del ilustre maestro don Diego Barros Arana, uno de los más caracterizados arquitectos de nuestra cultura, cuyos eminentes servicios a la enseñanza, a las letras, al progreso científico, y a la defensa de trascendentales intereses de la nacionalidad, ha estado de moda deprimir, en los últimos lustros, por algunas plumas llenas de suficiencia y hueca pedantería.

Con razón se ha dicho que la sombra del ilustre maestro, historiador y servidor público, vaga en nuestro panteón literario entregada al amor y al odio de los partidos. A bosquejar el itinerario de sus trabajos y de sus obras dedicó el escritor que habla el segundo de sus libros, compuesto por encargo expreso del Consejo Universitario, y que vio la luz pública en 1931. Su influencia profunda, el magisterio intelectual que ejerció en los campos de la enseñanza y la cultura, y en la defensa de los intereses territoriales de la nación, justificaban naturalmente que esta casa no fuera indiferente a tener una reseña prolija de sus trabajos, de su consagración abnegada al servicio de ideales superiores y de su grandiosa labor intelectual, como imperecedero ejemplo para la juventud. Para el autor de la biografía no deja de ser grato recordar que la semblanza del ilustre

historiador ha merecido el honor de una segunda edición, publicada bajo los auspicios de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia que tiene su sede en México.

No desdeñable parte de su labor ha dedicado el que habla a estudiar los rasgos esenciales que caracterizaron la vida económica, social y política de Chile durante el siglo XVIII, período de la historia moderna al que en el último medio siglo han dedicado los historiadores la mayor atención, por cuanto ven en él el origen del Estado moderno. Sobre las ruinas del absolutismo iban a surgir las nuevas instituciones políticas y sociales; durante él se desencadenó la lucha contra la influencia de la Compañía de Jesús y se iniciaron las grandes reformas económicas que contribuirían a darle una nueva fisonomía a la sociedad. Es el siglo del advenimiento de la casa de Borbón al trono de España, de las luces, de la razón y de la ciencia, y los dos grandes acontecimientos que sacudieron el alma de los vasallos de los reyes, la supresión de la Compañía de Jesús y la Revolución Francesa, socavarían hasta sus cimientos la estructura política, social y económica que había prevalecido hasta entonces.

Los historiadores del siglo pasado denominaron ese período con el calificativo de despotismo ilustrado, mientras en el presente siglo se le denomina como *aufklärung*, enlightenment o ilustración. ¿Cómo definen los historiadores estas nuevas tendencias del espíritu moderno? Así como los humanistas del Renacimiento, en su rebelión contra la Edad Media y el escolasticismo y la autoridad de la Iglesia, se volvieron a la autoridad de los clásicos, los iluminados del siglo XVIII repudiaron toda autoridad escrita y reconocieron sólo la autoridad de la razón. Gradualmente y casi en forma imperceptible la ciencia tomó el lugar de la filosofía, y la historia en su forma más amplia como la ciencia del hombre, desplazando de su lugar el que había tenido la teología.

El más ilustre representante del nuevo espíritu que surgió en el ambiente espiritual y político de Chile fue don Ambrosio O'Higgins, que desde los más modestos cargos del ejército se elevó a las más altas magistraturas que tenía España en esta parte de la América Meridional, no por el azar del favoritismo palaciego, sino por la obra de su perseverante y brillante talento político. Al estudio de la vigorosa personalidad y la obra de don Ambrosio O'Higgins había dedicado dos hermosísimos capítulos don Benjamín Vicuña Mackenna, en su *Historia de Santiago*, mientras don Miguel Luis Amunátegui no le había regateado la expresión de su admiración por su coraje para encararse con los poderosos por su voracidad insaciable y encarar la supresión de las encomiendas. El señor Barros

Arana le había consagrado por su parte tres extensos capítulos en el volumen séptimo de su magna *Historia General de Chile*.

Donoso, en su trabajo, que vio la luz en 1941, fruto de una larga investigación en los archivos nacionales y extranjeros, pudo ilustrar con nuevas noticias algunos aspectos de su biografía, fijar la fecha exacta de su llegada a Chile; componer por primera vez las biografías de sus entrañables amigos, don Diego de Armida, el ingeniero don Juan Garland y el portugués don Juan Albano Pereira; puntualizar la importancia de sus servicios y el alto concepto que se conquistó en los círculos de la Corte, que le ganaron finalmente el nombramiento de Virrey del Perú, la más alta magistratura del mundo colonial hispanoamericano.

¿Se justificaba consagrar a tan ilustre personalidad un extenso trabajo y un estudio detenido de su inmensa obra, en el que se pusieron a contribución las más variadas y dispersas fuentes de información? Parece que formular sólo la pregunta importa una respuesta, ya que como recordaba el naturalista e historiador don Claudio Gay, Chile debe a su celo, a su espíritu de iniciativa, a su extensa cultura y a la elevación de sus sentimientos, muchos inolvidables bienes, cuya memoria conserva y conservará siempre con inflexible reconocimiento la patria chilena.

A otra personalidad del siglo de las luces dedicó el que habla un extenso estudio, años más tarde, que vio la luz bajo los auspicios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se trata de la vida de un intelectual, de un letrado, o golilla como se decía en el lenguaje de la época, el eminente servidor de la monarquía borbónica don José Perfecto de Salas, cuya vida corrió en diversas latitudes, Santiago, Lima, Buenos Aires.

Personalidad característica de la vida intelectual del siglo de las luces, la curiosidad intelectual de Salas se hizo extensiva a un amplio campo del conocimiento: promovió la educación de la juventud y llamó la atención a su importancia; suscribió un luminoso informe sobre la situación del territorio de Chile a mediados del siglo, fruto de sus observaciones en un penoso viaje desde Santiago a Valdivia, que le consumió un mes, y compuso una Geografía de Chile, cuya preparación e importancia sólo en el siglo que corre se ha podido puntualizar con exactitud, reveladora del profundo conocimiento que tenía del territorio, de sus recursos y necesidades y de las reformas que era necesario afrontar. Tenía Salas una viva curiosidad intelectual, le preocupaba estar al tanto de cuantas novedades ocurrían en el seno de la Corte de Madrid, y formó una rica biblioteca, fruto de su inquietud intelectual y expresión *viva* de cuánto le preocupaban los avances de la cultura del siglo en

todos los campos, desde la astronomía hasta las matemáticas, los descubrimientos geográficos y las ciencias naturales, los hallazgos de la mineralogía hasta las especulaciones de los tratadistas de derecho público. Los progresos realizados en el campo del derecho político lo hacía presentir que se estaba en vísperas de mutaciones de trascendencia profunda.

Hombre de su siglo, colocado en una alta situación como asesor del Virrey del Perú, don Manuel Amat, durante un largo período de tres lustros, fue acusado de venalidad y destituido de su cargo de fiscal de la Audiencia de Chile, y nombrado oidor de la Casa de Contratación de Cádiz, cargo que no alcanzó a ejercer por haberlo sorprendido la muerte en Buenos Aires. El estudio del juicio de residencia de Salas, sepultado en el polvo de los archivos peninsulares, arrojaba una deslumbradora luz sobre la falta de probidad que había caracterizado a la administración colonial española, que los historiadores habían caracterizado poco menos que como ejemplar e idílica.

El juicio de residencia de Amat y Salas constituye uno de los más impresionantes ejemplos del divorcio profundo que se había producido entre la doctrina y la realidad social y administrativa imperante en las Indias, y de que, a pesar de que se llenaban todas las fórmulas para administrar justicia, y se tomaban las más prolifas precauciones para hacerla efectiva, la corrupción política y administrativa había echado las raíces más profundas.

No desdeñable parte de su labor ha consagrado el que habla a reseñar la evolución social e ideológica de la nación, en sus esfuerzos por hacer efectivas, en la vida social y política, las garantías consignadas en la Carta constitucional de 1833. Un breve ensayo publicado en 1941, que provocó una resonante réplica, y un trabajo impreso en México en 1946, con el título de *Las ideas políticas en Chile*, estaban orientados en el propósito de poner de relieve cuantos esfuerzos hubo que gastar para llegar a la democracia política, abatir arraigados prejuicios, quebrantar la influencia de la Iglesia en la constitución de la familia, y consagrar en los textos constitucionales la tolerancia religiosa, la libertad de expresión y limitar los desbordes del poder político.

Toda una legión de escritores y estadistas, entre los cuales hay que recordar los nombres ilustres de Lastarria, Errázuriz y Amunátegui, estuvo unida en el común propósito de echar las bases de una democracia política. La empresa de modificar la estructura del régimen político, caracterizado por las facultades extraordinarias y los estados de sitio, y las trabas puestas al desarrollo de la prensa, fue la obra de toda una generación, la que se puede llamar la ge-

neración de 1830, defensora ardorosa de las libertades públicas y de las garantías individuales, los dos supremos ideales por los que lucharon infatigablemente los fundadores de la democracia chilena.

A un aspecto de la historia de nuestra prensa periódica, que no por efímera y volandera es menos significativa, y alta honra de nuestra cultura cívica, dedicó el autor que habla un prolijo trabajo, que puede considerarse complementario del anteriormente mencionado. Hasta entonces poca atención habían prestado nuestros historiadores a la reseña de los periódicos satíricos, aun cuando no habían desdeñado buscar las raíces de las manifestaciones de las críticas mordaces a las extravagancias de ciertas personalidades o a iniciativas que chocaban de frente con el ambiente imperante. Las sátiras del padre López, que en pleno siglo XVIII se reía de las ridiculeces y de la profesión de fe republicana que hacía el religioso don Clemente Morán, y los sarcásticos apuntes biográficos de don Manuel de Salas sobre los congresistas de 1811, en su deliciosa *Linterna Mágica*, entroncaban con los mejores modelos de la literatura satírica peninsular, pero es necesario llegar hasta fines de la Administración Montt para encontrar el nacimiento del primer periódico de caricaturas, *El correo literario*, que con aguda intención política se rió con punzante gracia de las huecas petulancias de los figurones del tinglado de actualidad.

Surgió desde entonces un verdadero género literario, en el que el humor de los chilenos encontró el cauce para exponer opiniones que la parsimonia de la vida social y política consideraba intolerable. La procacidad de los viejos periódicos de la época de la independencia desapareció, bajo el impulso de la cultura general, y la prensa de guerrilla encontró el camino de una oposición teñida de gracia, de punzante ironía y de intencionada agudeza. Desde los días de la administración del señor Pérez los periódicos de caricaturas constituyeron un factor no desdeñable en la lucha de los partidos e introdujeron una verdadera manifestación de tolerancia y convivencia políticas, harto honrosa en la historia de nuestras luchas cívicas.

Desde los más remotos tiempos de la antigüedad clásica los historiadores no han podido sustraerse a la influencia de las pasiones de sus días, y a juzgar a sus contemporáneos, porque, como se ha reconocido, los anales de la historia se escriben con los testimonios de los contemporáneos. Basta echar una ojeada a nuestros anales literarios para comprobar que las más vigorosas páginas de nuestra historia han sido compuestas al calor de los acontecimientos vividos con intensidad dramática. Hay en nuestra historia literaria un libro que hasta nuestros días arranca las reacciones más vigo-

rosas, es el *Cuadro histórico de la Administración Montt*, compuesto por los señores Lastarria, Santa María, Barros Arana y Marcial González, en cuyas páginas juzgaron con apasionamiento e intensa indignación los desbordes del autoritarismo desbocado y los excesos que lo llevaron a arrasar las garantías individuales y sepultar la libertad de prensa. Ese libro vio la luz el mismo día en que terminaba la administración repudiada con encendida fe en los principios democráticos, que rechazaban la persistencia de los estados de sitio y el ejercicio de las facultades extraordinarias como símbolos de un régimen político. Esas páginas han conservado hasta hoy toda su frescura y perdurado en nuestros anales literarios como la más severa acusación y condenación de un régimen político, sin que ninguna voz se haya alzado para negar el deber de los escritores para juzgar la obra de sus contemporáneos en el terreno de la acción política.

Tres lustros más tarde, otro historiador, que había combatido el decenio en el terreno literario y en el de la acción cívica, enjuició la personalidad intelectual y psicológica del más caracterizado de sus representantes, en circunstancias que ambos ocupaban bancas en el Senado. Efectivamente, en 1878, dos años después que se le habían abierto las puertas de ese alto cuerpo legislativo, don Benjamín Vicuña Mackenna publicaba su *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851* en la que bosquejó una sombría semblanza del caudillo conservador, su colega de banca, que ya no provocaba las borrascas que habían sacudido al país cuatro lustros antes. La historia animada y pintoresca de ese movimiento, que terminó en una jornada sangrienta, desde su iniciación en las discusiones del Club de la Reforma, hasta su sangriento epílogo en la Alameda, dio al escritor santiaguino la oportunidad de trazar un cuadro admirable de colorido, sagacidad y serenidad de juicio, enaltecidos rasgos de su pluma de historiador.

Sin temor de incurrir en error se puede afirmar que las más vigorosas páginas de nuestros historiadores han sido escritas al calor de las pasiones caldeadas al rojo vivo, movidas por convicciones arraigadas a la sombra de ideales sostenidos con firmeza. Sin mencionar las páginas de los memorialistas, en las cuales hallamos los testimonios más elocuentes de talento literario y de coraje cívico, los espectadores de los más trascendentales acontecimientos que han sacudido al país, nos han dejado cuadros admirables de animación, valor literario y entereza moral, entre los cuales sería injusto no mencionar a don Rafael Egaña y su *Historia de la dictadura y la revolución de 1891*.

¡Qué fascinador cuadro de mutaciones trascendentales le ha correspondido presenciar a nuestra generación! Las transformaciones

más profundas del mundo moderno, dos guerras internacionales, que sacudieron con sus consecuencias todos los rincones del mundo, la caída de monarquías seculares, la guerra civil española, el triunfo y la caída del fascismo, la aparición de Rusia en el escenario político universal, la formación de las super-potencias, el desarrollo de la solidaridad internacional en organismos de proyecciones mundiales, y la consolidación de la seguridad social, han constituido fenómenos cuyas consecuencias han gravitado hasta en los más apartados rincones de la superficie de la tierra.

Ese telón de fondo de transformaciones profundas no podía menos de suscitar el interés de una pluma interesada en estudiar la forma en que ellas gravitaron sobre el territorio y la sociedad chilenos, en su vida política, social y económica. Señalar la influencia de esos factores, la intensidad de sus consecuencias y la forma en que se adaptaron a las nuevas necesidades de la época, constituyó naturalmente una misión que al que habla no le corresponde decir si la ha llenado cumplidamente. En defensa de su labor sólo le corresponde expresar que no ahorró esfuerzo alguno de investigación, que utilizó todas las fuentes disponibles, que tuvo que utilizar una fuerte dosis de coraje cívico para juzgar a sus contemporáneos, y que no tuvo otro norte que exhibir la verdad con cruda sinceridad.

Muchos historiadores, entre ellos el eminente profesor Toynbee, se han sentido inclinados a formular vaticinios sobre el sombrío porvenir que aguarda a la Humanidad, dividido en super-potencias, y teniendo que encarar problemas angustiosos, entre los cuales el de la explosión demográfica, con todas sus amenazadoras consecuencias, no es el menos impresionante. En opinión del profesor británico, en esta lucha por la supervivencia, las formas políticas de gobierno ocuparán un lugar secundario, pasando al primer plano las ineludibles obligaciones de los estados de atender a la alimentación, al transporte, a la habitación y a la salud de la población mundial.

El creciente cisma entre Oriente y Occidente tuvo también como consecuencia la recuperación económica y política de Alemania, mientras la expansión económica de los Estados Unidos introdujo cambios dramáticos en la política universal. Ante nuestra vista han surgido guerras internacionales y resucitado los pavorosos y sombríos negocios de los negociantes de la muerte, y de nada han valido las expresiones de repudio de la conciencia universal para desterrarlos. Los pensadores a quienes preocupa el futuro de la Humanidad, pero que rinden acatamiento a la verdad histórica, ven con alarma las terribles repercusiones de una economía cada vez más comprometida con las deformaciones del armamentismo y el control de la difusión de las noticias.

En este mundo angustiado por problemas sociales y económicos, no parece que la misión del historiador consista en ofrecer soluciones, antes, por el contrario, limitar su tarea a señalar los factores que los determinan. La actitud que provoca el estudio de las transformaciones profundas experimentadas por la Humanidad, en lo que va corrido del presente siglo, debe ser de humildad y no de suficiencia. Si nos acercamos a ellas en esta actitud espiritual, nos sentiremos inclinados a hacer muchas concesiones y no a aplicar las soluciones de los especialistas y profetas.

Crónicas de Indias. Edición y prólogo de Guillermo Díaz-Plaja, de la Real Academia Española. Salvat Editores, S. A. Alianza Editorial, S. A., 1972. 210 pp.

DESDE hace algunos años anda rodando por nuestro escritorio un proyecto de antología de cronistas de Indias, bastante elaborado, que nunca encuentra su final por la cantidad de problemas que la compilación y transcripción de los textos supone. No decimos esto a manera de disculpa, sino precisamente para indicar que en este caso como en otros aspectos de la elaboración intelectual conviene y es preferible incluso perder un tema, abandonarlo o postergarlo indefinidamente antes que precipitarlo en una realización cuajada de dudas, de perceptibles defectos e imposibilidades. Y no tenemos escrúpulo en confesar que la mayor dificultad que hemos hallado no ha sido la selección misma de los textos, que debe ser tarea expresivamente personal, sino el difícil hallazgo de un criterio de modernización ortográfica que permita el acceso a esos textos de un amplio sector de lectores, a la vez que se logre unificar una ortografía de singular diversidad. Estos cronistas del siglo XVI, a veces publicados en vida o más frecuentemente publicados en el transcurso de los siglos posteriores, hasta nuestros días, se nos presentan con características ortográficas sumamente diversas y en gran variedad de ediciones y criterios. A veces se nos ofrece la alternativa de consultar primeras ediciones de época, o ediciones facsimilares, o la posibilidad de poder consultar manuscritos originales o traslados, a un costo disparatado para los latinoamericanos. Todas estas circunstancias, con mucha frecuencia, no han sido tenidos en cuenta por antólogos apresurados, que naturalmente nos han ofrecido una curiosa y singular ortografía, como ha ocurrido con la obra de la doctora Angeles Masía, publicada en 1971,¹

¹ *Historiadores de Indias, Antillas y Tierra Firme*. Antología, estudio preliminar y bibliografía seleccionada por doña Angeles Masía, Dra. en Historia. Barcelona, Editorial Bruguera, Libro Clásico, Nº 66, 1971. 782 p.

A esta obra sólo le hemos prestado una atención circunstancial y parcial, pero podemos señalar, por ejemplo, la absoluta falta de criterio en las transcripciones de López de Gómara, siguiendo la edición de la Biblioteca de Autores Españoles (Rivadeneira), t. XXII, del cual hemos consultado ejemplares de la edición de 1877 y 1946. Aquí se han agregado algunos indispensables acentos, pero se ha conservado, no sabemos por qué misteriosas razones, el acento en la preposición *a*, en la conjunción *e* y en la disyuntiva *o* (p. 77-111; 459-492; 541-562; 580-616; 622-629). Lo mismo o peor ocurre con la transcripción de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (*Naufragios*, también tomado del mismo volumen de Rivadeneira y que se transcribe en su totalidad). En Bernal Díaz, también transcrita de la misma fuente, desaparecen muchos de esos anticuados acentos, pero no de manera ortodoxa ya que se reincide en la conjunción *e* acentuada (véase p. 407 y 409, el criterio dudoso y vacilante de las p. 412, 413, 414, para acabar totalmente equivocado en las p. 415 y siguientes, o con alternativas cuyo significado es difícil de desentrañar), y en otras palabras que sería muy largo enumerar, pero que en definitiva evidencian falta de criterio. La

y la que motiva estas páginas. La conciencia inhibitoria de estos problemas, que no se pueden ignorar, ha hecho que prestemos atención a las publicaciones de este género, a veces resueltas alegremente. En este sentido nos ha interesado de manera particular la antología de Guillermo Díaz-Plaja, que puede considerarse como un acabado modelo de despreocupación.

Antes de entrar en el análisis de esta obra es necesario señalar que está incluida en una colección destinada a la venta popular, y que su precio (30 pesetas) es decididamente accesible al gran público. Esta circunstancia hay que referirla, inevitablemente, a una de las más notables fallas que ofrece la realización de este libro: la falta absoluta de referencias a los autores que se seleccionan, su grado de experiencia en las Indias, época en que escribieron, etc. No menos grave es la total y absoluta ausencia de notas aclaratorias o de glosario, omisión que es tanto más grave si se tiene en cuenta que se destina a ese lector multitudinario, tan argumentado y pretextado y a la vez tan desatendido. Y no está demás que indiquemos que no sólo nos referimos a notas originales, sino también a que se han suprimido las que poseían los textos, es decir, las que pertenecían a los autores o editores responsables.

Los materiales seleccionados han sido clasificados en seis secciones: 1.—Navegaciones; 2.—Conquistas; 3.—Descripciones; 4.—Acción evangelizadora; 5.—Cuestiones jurídicas; 6.—El impacto de América en el humanismo peninsular.

El criterio, desde luego personal, puede ofrecer, sin embargo, algunos puntos débiles o vulnerables a la crítica. Por ejemplo: Navegaciones, Conquistas y Descripciones no se presentan bien diferenciadas entre sí, ni son excluyentes, como lo demuestran, precisamente, algunos de los textos escogidos. Y esto, que puede ser una discrepancia de poca monta y meramente subjetiva, en la cual no insistimos mayormente, se convierte en un claro

bibliografía (p. 67-71), además de desordenada y carente de pautas, contiene errores que en oportunidad son verdaderos dislates. También hay errores notables en el repertorio de "Fuentes y colecciones documentales" (p. 66) donde no se menciona ni aclara la sigla *B. L. del E.* que se menciona como fuente de las transcripciones de los textos de Colón y Landa. Sin pretender entrar en minucias, que nos llevarían muchas páginas, digamos simplemente que la antóloga no perdió mucho tiempo en las notas, que son meramente circunstanciales u obvias, dejando muchos problemas históricos, etnográficos o geográficos sin anotación. En algún caso comete error garrafal cuando siguiendo la lectura de Rivadeneira de un texto de Las Casas anota la palabra *Cibango* (por *Cipango*), atribuyéndole lo que debió decir de *Cibao*, que está dos renglones más abajo (p. 264). En este aspecto de las notas no podemos silenciar que las que dedica a la carta de Cristóbal Colón (1493), cuya fuente no denuncia, son todas, sin excepción, tomadas de la edición de Carlos Sanz (*La carta de Colón anunciando el Descubrimiento del Nuevo Mundo. 15 Febrero-14 marzo 1493*, Madrid, 1961. 24 p.), abreviadas en su mayor parte, pero a veces transcritas literalmente. Naturalmente, se omiten muchas, ya que el trabajo de Sanz es densamente erudito y no conviene a este tipo de publicaciones como la que realiza la doctora Masía. Pero dejemos esta obra que sólo conocemos parcialmente, ya que no hemos tenido acceso al segundo tomo, referente a Sud América. Ante errores y despreocupaciones como los que señalamos no deja de enternecer la presunción editorial que en las páginas 5-8 informa de una nutrida lista de especialistas universitarios, en diversos grados académicos, que velan por la buena presentación de este Libro Clásico.

error cuando el autor incluye en el primer grupo —Navegaciones— un fragmento de una carta de Vasco Núñez de Balboa, donde relata andanzas absolutamente terrestres, y que bien pudo ubicar en el acápite de Conquistas. También es un evidente error ubicar en la Sección Conquistas un texto de Pedro de Cieza de León, que se refiere estrictamente a las guerras civiles de los españoles en el Perú, y muy discutible la inclusión de buena parte de los textos del Inca Garcilaso de la Vega en el acápite de Descripciones. También es, a nuestro juicio, un error clasificar en Acción evangelizadora los textos de Sahagún referentes a los dioses aztecas. Otro error, y por doble motivo, es el incluir un texto de Las Casas (*Brevísima relación...*) en Cuestiones jurídicas: 1º porque no es decididamente jurídico, materia en que este autor produjo numerosos testimonios más claros y mejor definidos, y 2º porque el antólogo parece desdeñar el texto que incluye, ya que en el prólogo (p. 16), dice: "El apasionamiento del padre Las Casas, añadido a su celo apostólico, alimentó la documentación antiespañola que iba creando en Europa la "leyenda negra" y que, a confesión de parte, provocaba un recrudescimiento del rencor que producía en toda Europa la fulgurante empresa americana. El estilo del padre Las Casas, es en efecto, más que testimonial, panfletario". El antólogo parece rechazar la verdad y calidad del texto que a continuación transcribe en el prólogo y la del que incorpora en su antología. Curiosa ambigüedad, cuando menos.

En cuanto a la última sección de la Antología, intitulada "El impacto de América en el humanismo peninsular", pensamos, a priori, que se trataría de un acápite en que mediante transcripción de textos se advirtiera con claridad ese impacto, en forma de transformación, de aceptación, etc., de este nuevo mundo que llegaba a su conocimiento. Pero la verdad es que lo único que advertimos en los textos seleccionados de Andrés Bernaldez, Francisco López de Gómara, Antonio de Herrera y Antonio de Solís, es la narración de hechos, lisa y llanamente, sin demostración alguna de influencias, impactos o de lo que sea. Al respecto el autor dice en el Prólogo (p. 17) que esta sección de su libro-la construye con "... páginas escritas en España, por españoles, que no recogen el contacto directo de navegantes, capitanes o educadores religiosos, sino el eco del enorme acontecimiento en la historiografía culta peninsular." Pero la verdad es que parece ignorar que tanto Andrés Bernaldez como López de Gómara y luego Herrera y Solís no consultaban mayormente ecos ni fantasmas ni caracolas, sino que, concretamente, el 1º escuchó muchas de esas novedades directamente del propio Almirante o recogió sus informaciones de sus papeles, de que dispuso; que el 2º conoció y utilizó una buena bibliografía, en particular a Fernández de Oviedo y Pedro Mártir de Anglería, y el testimonio directo y a veces muy comprometido de los propios conquistadores, con Hernán Cortés a la cabeza. De Herrera bastará recordar que usó y sepultó —frecuentemente sin mencionarlas— en sus copiosas páginas, muchas crónicas y documentos, sin usar comillas, y que Antonio de Solís, el último de los mencionados y el

más tardío, usó con mucha habilidad y gran calidad literaria el testimonio concretísimo de Bernal Díaz del Castillo y otras fuentes que han sido debidamente apreciadas por la investigación. Por paradoja el humanista que más recoge el eco imponderable que descubrimientos y conquistas hallaban en las cortes europeas, es precisamente el italiano Pedró Mártir de Anglería, tal como lo expresa en su *Epistolario* o en sus *Décadas*. Y esto no quiere significar que Pedro Mártir no haya tenido sus buenas conversaciones con navegantes y conquistadores o compulsado libros y papeles, aunque escribiera al instante de conocer las noticias, mientras oía las especias que había traído la nao Victoria.

Puntualizados estos aspectos vamos a la consideración de una de las despreocupaciones capitales del autor, que ha dificultado notablemente nuestra tarea de confrontación de textos: la falta de títulos correctos de las obras de las cuales se han tomado las transcripciones, la ausencia de toda indicación de edición, lugar, año o página. De modo que hemos andado un poco a ciegas en esta pequeña selva de errores. Y justo es confesar que esta notable escasez de referencias bibliográficas nos ha impedido controlar algunas de las transcripciones.

Con respecto del título de las obras el autor ha seguido criterios diversos. En algunos casos (p. 28) escribe al comienzo de la transcripción: "Diego Alvarez Chanca. Segundo viaje de Colón". Al final de esta transcripción no encontramos indicación de ninguna clase, por lo cual podría suponerse que se trata del título de la obra. Exactamente lo mismo ocurre con el fragmento de la carta de Vasco Núñez de Balboa (pp. 32-34), Pedro Menéndez de Avilés (pp. 35-37), Pedro Sarmiento de Gamboa (pp. 38-40), etc. En otros casos, como en el texto que se atribuye a Hernando Pizarro, al final de la transcripción, entre corchetes y en bastardilla indica: [*Relación*] (p. 68), que es tan inexacto como el que atribuye a la obra de Pedro Sancho de la Hoz (p. 112) que no es [*Relación para Su Majestad*], sino *Relación de la conquista del Perú, escrita por Pedro Sancho*.

También se equivoca con Fray Toribio de Ortiguera (p. 75), que no era fraile, condición que él no menciona de sí y que parecen haber ignorado Serrano y Sanz, Sánchez Alonso, Emiliano Jos, Reyes y Reyes, etc. Además, en la página inicial de la *Jornada del río Marañón*... y no *Jornadas*, el autor cuenta sus actividades en Indias, sin mencionar su condición de fraile, por lo menos hasta 1585. El mismo expresa que era alcalde ordinario de Quito en el año de 1581. Incluso se menciona en tercera persona, pero diciéndose, simplemente, Toribio de Ortiguera, sin atribuirse ningún estado eclesiástico.

De mayor importancia, en cuanto a criterio y respeto por los textos es el que se comete con el de Felipe Guaman Poma de Ayala, que no está tomado de la versión facsimilar del manuscrito o de la transcripción tipografiada y bastante accesible de Posnansky, sino de la libre interpretación hecha por el Tte. Coronel Luis F. Bustios Gálvez, quien compadecido de

los lectores adaptó o tradujo la bárbara prosa del indio Guaman a un lenguaje acicalado y corriente, que en cuanto a expresión y estilo nada tiene que hacer con el original.²

Error de proporciones singularísimas, que justifica cierto análisis, lo comete al referirse, en las páginas 66-68 a Hernando Pizarro como autor de una *Relación*. Pensamos, en primer momento, que tal vez se tratara de la carta de Hernando Pizarro a la Audiencia de Santo Domingo (23 de noviembre de 1533), contenida en la *Historia general* de Fernández de Oviedo.³ Pero no es así, ya que se trata, lisa y llanamente, de un fragmento del texto comúnmente denominado Anónimo de 1534, impreso en Sevilla en ese año, casi simultáneamente con Francisco de Jerez, y que Porras Barrerucha ha atribuido con verosimilitud al capitán Mena.⁴ Lo curioso es que si nuestro autor hubiera leído con superficial atención el mismo texto que transcribe, nunca habría podido atribuirlo a Hernando Pizarro, ya que el autor del fragmento expresa con claridad que fue uno de los que se quedaron en el campamento de Cajamarca, mientras Hernando realizaba su memorable expedición a Pachacamac.

Esto y otras cosas más por lo que se refiere a nombres de autores, títulos de obras y elección de versiones. Veamos ahora los textos y el criterio con que se los ha transcritos, sin ánimo de prolongar estas páginas más de lo necesario.

Ante todo, el autor no hace ninguna advertencia acerca del criterio que sigue al hacer las transcripciones. Señalemos, además, como deficiencia generalizada, que ha habido evidente descuido en el manejo de las comillas, de los puntos suspensivos, de los paréntesis, de los corchetes y hasta de la letra bastardilla.

En cuanto a la fidelidad de los textos podemos decir que es escasa, aunque hacemos excepción de los correspondientes a Antonio de Solís, Andrés Bernaldez, Ruy Díaz de Guzmán, Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro de Valdivia, Toribio de Ortiguera, Cervantes de Salazar, Pedro Menéndez de Avilés y Alvarez Chanca. En los restantes hay toda clase de errores. De los vulgarmente llamados errores de imprenta o de lectura, podemos señalar entre los lamentables, ya que cambian el sentido del texto: *cristianos* por *sacristanes*; *tapadas* por *chapadas*; *pusimos* por *propusimos*; *dejase* por *dijese*; *aquellos parajes* por *aquellas partes*; *rutas* por *frutas*; *veidores* por

² Felipe Guaman Poma de Ayala, *La nueva crónica y buen gobierno escrita por...* interpretada por el Tnte. Corl. Luis Bustios Gálvez. Epoca prehispánica. Lima, Editorial Cultura, 1956. 521 p. El intérprete, o mejor dicho, el traductor, en la tapa de la obra respetó el primitivo título de la obra: *El primer nueva coronica i buen gobierno, por don Phelipe Guaman Poma de Aiála*.

³ Libro 46, Cap. XV, t. V, p. 84-90. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, t. CXXI, 1959.

⁴ *La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla. La cual tierra por divina voluntad fue maravillosamente conquistada...* [colofón:] *Esta obra fue impresa en muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, en casa de Bartolomé Pérez en el mes de abril, año de mil e quinientos y treinta y cuatro.* [Hemos simplificado y modernizado esta larga cita bibliográfica. La obra tiene 8 folios].

servidores; legua por leña; copa por copia; amontonaron por amontaron; generalidad por gentilidad. No por brio, etc.

También podemos señalar la frecuente omisión de palabras o grupos de numerosas palabras: en la p. 33 se omiten veintitrés palabras; en la p. 59, nueve palabras; en la 62, trece palabras; en la 63, dieciocho palabras; en la página 87, que es un verdadero desastre en este aspecto y en otros de los que luego nos ocuparemos, se omiten sesenta palabras en diversos párrafos de la misma; en la 95, se omiten diecinueve palabras; en la 107 se omiten doce palabras; en la 140, veintiocho; en la 155, diez; en la 180, doce; omitimos la consideración de las páginas 189-194 correspondientes a Solórzano Pereyra porque en ellas es realmente imposible realizar este tipo de cuentas; en la 201, nueve. Con buena voluntad podríamos pensar que todos estos saltos en la composición son también simples errores de imprenta, circunstancia que además de cargarla al antólogo, que también es responsable de la edición, como muy claramente se dice en la portada, alcanza de manera indudable a la empresa editorial, que con estas y otras fallas que no podemos catalogar desprestigia activamente su tarea. No podemos ocuparnos de las modificaciones de palabras o de su omisión, porque nos llevaría excesiva cantidad de páginas, pero no podemos dejar de señalar el caprichoso uso de los puntos suspensivos, o de su omisión, de manera que los textos sufren intolerables distorsiones. Tampoco se puede silenciar el caprichoso criterio con que se ha hecho la antología de los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (pp. 41-43) mediante transcripciones excesivamente breves de modo tal que el texto que se nos proporciona no tiene unidad de ninguna naturaleza y salta de un tema a otro, circunstancia que en el texto de Motolinia (pp. 159-165) llega a exageraciones increíbles, a extremos de tomar de un capítulo una sola frase. De esta manera, la página 161 de la antología está integrada por párrafos de las páginas 152, 153 y 156 de la edición que hemos tenido a mano,⁵ y la página 162 contiene párrafos extraídos de las páginas 161, 162 y 163. En este caso, además, el autor ha suprimido, sin indicación de ninguna naturaleza, los subtítulos del *Tratado Primero*, *Tratado Segundo* y *Tratado Tercero*, lo que es una manera harto flagrante de simplificar los textos.

En Solórzano Pereyra, autor que sin dudas no es para un público impaciente, la atomización de los textos transcritos es decididamente total y sin mayor sentido, aunque resulta evidente que el antólogo, con los cortes que no denuncia ni indica, como corresponde, con los puntos suspensivos, ha procurado evitar los renglones muy eruditos y con frecuentes latines. En este aspecto de la omisión de texto y de puntos suspensivos se llega, en las páginas 192, 193 y 194 a términos escandalosos. Así, por ejemplo, en la página 192, línea 34 se termina una frase en punto y aparte. Pero no es así, ya que el texto original continúa, salteándose en la antología catorce

⁵ *Frays Toribio de Benavente o Motolinia, Historia de los indios de la Nueva España*. México, Editorial Salvador Chaves Hayhoe, 1941. 320 p.

líneas de texto, según la edición que hemos usado para confrontar.⁶ En esa misma página, línea 42, se omiten tres renglones; en la página 193, línea 7, se omiten cinco renglones; en la línea 13, también terminada en punto y aparte, se omiten doce líneas; en la línea 18 se liquidan dieciocho renglones; en la línea 19 el párrafo no comienza como dice la antología: "La experiencia...", sino: "Cuyas razones, que la experiencia...", modificación textual que tiene su sentido, naturalmente, pero que deforma el pensamiento del jurista. En la línea 24 se omiten trece renglones. Estas páginas 192, 193 y 194 son realmente patéticas ya que nos ofrecen un texto sin solución de continuidad, que en realidad es un elaborado mosaico que en definitiva nada tiene que ver con el texto original.

También ha modificado, simplificando, notablemente, los títulos. De esta manera el título inicial "De la libertad de los indios" (p. 189), es, en realidad: "De la libertad de los indios y cuan deseada y encargada ha sido siempre por nuestros reyes" (t. I, p. 132). En la página 190 de la antología hay otro título correspondiente al libro I^o, Cap. II que dice: "Que cosa sea el servicio que llaman personal de los indios y su prohibición a los encomenderos", cuyo verdadero texto es: "Qué cosa sea el servicio que llaman personal de los indios? que está prohibido totalmente el particular a los encomenderos, aunque sea en vez de tributo, y el de todos los demás españoles para sus casas" (t. I, p. 141). Aquí parece que estamos en presencia de verdaderas invenciones. Este tipo de licencias, que podemos señalar en otros lugares de la Antología, se extiende también, no ya a omisiones faltas de la debida indicación, sino al texto mismo, posiblemente en cierto afán de hacerlo inteligible. De esta manera, en un párrafo de Solórzano se dice: "De las cuales cédulas se colige..." (t. I, p. 187), que en este comentado texto se convierte en: "De (muchas) cédulas se colige..." donde la cosa se ha pretendido paliar con este paréntesis, que parece una innovación a la vez tímida y curiosa. En la misma página 192, línea 10 de la antología hay un párrafo que dice: "Esto lo disponen apretadamente muchas cédulas". El texto original expresa: "...y lo disponen apretadamente muchas cédulas y ordenanzas reales que se hallan en el cuarto tomo de las impresas..." (t. I, p. 185). El texto prosigue por espacio de cinco líneas más y no acaba tan breve y secamente como lo significa la antología, excesivamente amañada. Es decir, se han omitido los suspensivos y se los reemplaza por un seco e inventado punto y aparte.

Hay, además, en la página 193, línea 25, una frase que dice: "Varias cédulas expresan hartamente esto", que no hemos hallado en el texto original, y que nos parece es una expresión de relleno. Hemos hallado, en cambio, esta frase, la más parecida: "Y ambos puntos están harto expresados, y repetidos en varias cédulas..." (t. I, p. 192). En la página 194, línea 1,

⁶ Juan de Solórzano y Pereyra, *Política indiana compuesta por el señor... corregida e ilustrada con notas por el licenciado Francisco Ramiro de Valenzuela...* Madrid-Buenos Aires, Compañía Ibero Americana de Publicaciones, 1930. 5 v.

que contiene varios errores, hallamos entre paréntesis una larga interpolación, que debió encerrarse entre corchetes. Y por terminar con este torturado texto de Solórzano, hay en la transcripción de Díaz-Plaja una frase que dice (pp. 192-193): "Y aun se había introducido que ningunos hijos de familia, antes de casarse, sirviesen ni tributasen, hasta que esto se quitó por otra cédula, por entenderse que por esta causa dilataban contraer matrimonio". El texto de Solórzano (t. I. p. 190) expresa: "Y aun se había introducido que ningunos hijos de familias antes de casarse, sirviesen, ni tributasen, hasta que esto se quitó por otra Cédula de cinco de julio de 1578, dirigida al virrey de la Nueva España⁷ por entenderse, que por esta causa dilataban contraer matrimonio, y se la ordenó. . ."

El autor ha solucionado tan penosamente sus dificultades con Solórzano que hubiera sido preferible, por la propia naturaleza de la materia, por su denso andamiaje erudito, suprimirlo, en lugar de torturar y retorcer los textos al infinito.

En esta línea de modificación de textos debemos señalar que no hemos podido hallar en el Anónimo de 1534, ya citado, la última frase de la transcripción (p. 68), y también una curiosa modificación de un texto de Fernández de Oviedo (*Historia general*, etc., Lib. V, Cap. I, t. I, p. 114), que dice: "En el tiempo que el comendador mayor don frey Nicolás de Ovando gobernó esta isla, hizo un areito ante él Anacaona, mujer que fue del cacique o rey Caonabo la cual era gran señora. . ." Nuestra antología dice (p. 87): "En el tiempo que el comendador mayor don frey Nicolás de Ovando gobernó esta isla, hizo un "areyto" una tal Anacaona, mujer que fue del cacique o Rey Caonabo (la qual era gran señora). . ."

El final de la transcripción de Pedro (sic) Hernández (p. 106), es también muy curioso. Es una frase que dice haber tomado del capítulo XXVI de los *Comentarios*: "Haciendo los españoles más de cuatrocientos prisioneros, entre hombres, mujeres y niños". Esta frase no la hemos hallado ni en la edición de la *Biblioteca de Autores Españoles* (t. XXII, p. 564), ni en la incluida en la *Colección de Libros y documentos referentes a la historia de América* (t. V, p. 223). El texto más parecido dice: ". . . tomaron en aquella jornada el Gobernador y su gente hasta cuatrocientos prisioneros, entre hombres y mujeres y mochachos. . ."

La ortografía, con excepción de los acentos, que han sido generalmente puestos con criterio moderno, depende frecuentemente del texto que se ha seguido o de una modernización con repetidos olvidos, de modo que no es sorprendente ver aparecer una arcaica *ss*, *proprio*, *ciudad* alternando con *ciudad*, *muy* con *mui*, *mayores* con *maiores*, *ponerla* y *ponella*, *mill*, *havia*, *avia*, *hai*, *cuasi*, *casi* y *quasi*, *quanto*, *debaxo*, *dexamos*, *ovo*, etc.

Ya hemos señalado la notable cantidad de errores de imprenta que contiene este libro, que en este aspecto, como en otros ya considerados, pode-

⁷ Aquí, en el texto de Solórzano hay una cita erudita al pie de página, que tal vez sea la causa de la transformación.

mos estimar como ordinario y algo menos que de batalla. Las páginas de Fernández de Oviedo, por ejemplo, y en especial las que corresponden a la *Historia General*, han sido muy mal compuestas y carecen de corrección.

En oportunidades no se han corregido evidentes errores de la edición que se ha seguido, como en el caso ya señalado por Angel Rosembat del texto de 1768 de Sarmiento de Gamboa, en que se transcribe *cabanas* [cabañas] por *cabañas*, error que aquí se siguió ciegamente, de modo tal que en la Antología hay una frase que dice (p. 39): "...y subimos a una mesa alta donde hay grandes rasos y cabañas de muy buena hierba para ganado..."⁸

En fin, por poner un punto final a tanto despropósito podemos resumir diciendo que estamos ante un libro improvisado, sin estudio ni trabajo, desprecupado y alegre, que afecta al autor y a la empresa editorial, y que por lo menos debe llamar la atención de los señores Dámaso Alonso, Miguel Angel Asturias y Maurice Genevoix que integran el Comité de Patronazgo. Entendemos que de siempre, pero ahora mucho más, la responsabilidad no sólo es del autor, sino también del editor, que es quien difunde copiosas tiradas en el gran público.

ALBERTO MARIO SALAS

⁸ *Pedro Sarmiento de Gamboa, Viajes al Estrecho de Magallanes 1579-1584*. Recopilación de sus relaciones sobre los dos viajes al Estrecho... Edición y notas al cuidado de Angel Rosembat. Prólogo de Armando Braun Menéndez... Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1950. 2 v. Véase v. I, p. 102, nota 2 y p. 103, nota 1.

Dimensión Imaginaria

EL MODERNISMO LITERARIO EN EL PARAGUAY

(De la etapa precursora a la iniciación formal)

Por Raúl AMARAL

EL estudio y conocimiento del proceso cultural y literario del modernismo no toca solamente a críticos, historiadores y ensayistas de la región sur de nuestra América —en cuanto al Paraguay se refiere— o, con mayor ubicación, a la del Río de la Plata. Esa evolución corresponde, pues, a todo el continente, ya que ella no es privativa de un país de esencialidad agraria, mediterránea y bilingüe (guaraní-español), en lo que de él mismo trata, sino que viene conectada con personajes, épocas y situaciones de estrecha vinculación con aquel movimiento.

Dos escritores se han dejado llevar por una corriente negativa, o *negativista*, aceptando opiniones emitidas sin mayor fundamento y reduciendo el mencionado proceso a fechas que en realidad no coinciden con lo que en este ensayo se intenta demostrar: que existió una larga etapa precursora: 1898-1909, y un breve, aunque rápido premodernismo: 1910-1912. Uno de los aludidos es el dominicano Max Henríquez Ureña, quien afirma en su *Breve historia del modernismo* (2a. ed., México, 1962, p. 381): "En el Paraguay no hubo entonces modernismo por una razón muy sencilla: porque no había literatura", y prosigue: "Se dio el caso singular de que el modernismo no llegó al Paraguay sino ya iniciada la segunda década del siglo XIX (sic), cuando ese movimiento literario estaba en completa liquidación en el resto de la América española y sólo sobrevivía en algunas manifestaciones esporádicas"; y el otro, un argentino, Enrique Anderson Imbert, el que por su parte señala, poco menos que copiando al anterior: "No tuvo modernistas porque, en verdad, no tuvo literatura. El modernismo llegó muy tarde" (En: *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, 1962, t. I, p. 395).

En lo que a la proyección de la obra de escritores mexicanos concierne debe indicarse la muy notoria de Manuel Acuña, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo, y, lo que

es más significativo, Enrique González Martínez, en el período ya marcado del modernismo paraguayo.

El Paraguay ausente

LA ausencia del Paraguay era sentida en medio del fervor modernista, en especial rioplatense. En el prólogo a su *Parnaso Paraguayo*, Michael A. de Vitis recuerda que el poeta argentino Carlos Romagosa, en su selección de *Joyas poéticas americanas* (1897) se había dolido de que pese a sus bellezas naturales, al valor legendario de sus hijos, a su heroica guerra —“merecen un Homero que los cante”, dice— el Paraguay “no tiene un poeta digno de figurar en una colección de poesías selectas americanas. ¡Da pena el decirlo!”¹ Ese pesimismo era compartido en el Paraguay desde el 900 mismo: en su “Carta literaria” a Ignacio A. Pane (1879-1920), señala Fulgencio R. Moreno (1872-1933) las características del ambiente que impiden la aparición de un poeta: “Entristecido por la falta de un gran cantor nacional, desciendo Ud. a reclamar energías de mi humilde prosa... Yo soy un prosista despeinado que miro las cosas desde un punto de vista práctico... Para cantar nuestras glorias tenemos tiempo, pero para salvar a este país el plazo se va acortando”.² Pane, a su vez, con ironía, dirá más tarde: “El Paraguay hasta ahora es conocido sólo como el siervo del doctor Francia y el teatro de la Triple Alianza; como decía don Fulgencio Moreno sólo nos conocen por nuestra epopeya tradicional y primores del *ñandutí*, y eso gracias a los poetas casi en todo”.³

Al evocar De Vitis su pedido de informes a Arsenio López Decoud (1867-1945) sobre la literatura paraguaya y su interés en conseguir una antología, incluye la contestación de éste, allá por 1919: “Como no existe una antología paraguaya [existían —esta es nuestra aclaración— dos en circulación: *Poesías paraguayas* (1904) de Ignacio A. Pane y la *Antología paraguaya* (1911) de José Rodríguez Alcalá, 1883-1958] hay necesidad de hacer rebuscar para hallar producciones de nuestros poetas. Es lo que he hecho. Le envío, pues, un conjunto de poesías, para que se sirva Ud. elegir entre ellas”. Líneas más adelante reconoce los aportes que le han sido hechos, no sin formular su descargo: “. . . sin embargo la tarea de recopilar esta antología, deficiente como es, ha sido un tanto

¹ Michael A. de Vitis, *Parnaso Paraguayo*, Barcelona, s. a., pp. 5-6.

² v. “Carta literaria” (En: “La Prensa”, Asunción, 17 de enero de 1900, p. 2).

³ Ignacio A. Pane: “Cantos extranjeros al Paraguay” (En: “Revista del Instituto Paraguayo”, Asunción, Año IV, Nº 35, 1902, p. 395).

difícil porque desgraciadamente las producciones de los poetas paraguayos apenas ven la luz pública en los periódicos y revistas de aquel país —anota De Vitis—. Muchas de las poesías aquí incluidas han sido reproducidas de viejos papeles amarillentos que mis buenos amigos han tenido la bondad de enviarme".⁴ Es esta la primera recopilación de corte modernista, que recoge los últimos indicios de la de José Rodríguez Alcalá, a la que continúa y en la cual se basa.

Volviendo a Romagosa debe consignarse —para calibrar su importancia— que fue no sólo quien saludó a Rubén Darío desde el Ateneo de Córdoba, durante la visita que el poeta hiciera a esa provincia argentina, el 15 de octubre de 1896, sino que introdujo a Leopoldo Lugones (1874-1938) en el ambiente modernista de la ciudad de Buenos Aires con su luego difundida carta de recomendación a Mariano de Vedia, celebrado periodista de aquel tiempo.⁵ Uno de los historiadores del movimiento señala la característica preferencial de la antología de Romagosa: "De los poetas de nuestra lengua, los precursores del modernismo y los adeptos argentinos o americanos residentes en Buenos Aires eran reunidos por primera vez en una colección poética. Darío y Lugones tenían la declarada preferencia del colector cordobés".⁶ Otro autor ha considerado a Romagosa romántico, pues llevó una vida bohemia que terminó en el suicidio, pero ello no invalida la comprobación de Rafael Alberto Arrieta, anteriormente citada.⁷ Es, pues, del sector modernista que se manifiesta la sorpresa por esa marginación del Paraguay. Cuatro años después de la edición de aquel "florilegio" llegaría a Asunción el poeta Martín de Goycochea Menéndez (1877-1906), uno de los más entusiastas integrantes de esa etapa precursora a que hemos aludido y que llegaba, con antecedentes literarios precisamente desde Córdoba, donde había nacido.⁸ Tras una corta

⁴ De Vitis, *ob. cit.*, pp. 9-10.

⁵ v. "Nosotros", Buenos Aires, 2ª época, Año II, Nos. 26-28, mayo-julio de 1938, totalmente consagrado a la memoria de Lugones.

⁶ Rafael Alberto Arrieta, *Introducción al modernismo literario*, 2ª ed., Buenos Aires, 1961, pp. 35-36.

⁷ Carlos Carreño, *Carlos Romagosa, portaestandarte del romanticismo en América*, Córdoba, 1957, 112 pp. Dicho poeta no figura en calidad de tal —como tampoco el Paraguay— en el tratado de Emilio Carilla, *El romanticismo en la América Hispánica*, Madrid, 1967, 2 vs., 266 y 286 pp. Tampoco lo incluyen como modernista Max Henríquez Ureña y Enrique Anderson Imbert, en sus obras ya citadas.

⁸ Cfr. distintas opiniones: Anderson Imbert, *ob. cit.*, t. I, p. 373 (solamente lo menciona); Arrieta, *ob. cit.*, p. 29; Henríquez Ureña, *ob. cit.*, pp. 211-212, 382; Loprete, *La literatura modernista en la Argentina*, Buenos Aires, 1955, pp. 33 y 74 (este autor considera su prosa, pero no concede ninguna importancia a su poesía).

permanencia en París y otra más fugaz en Cuba —a partir de octubre de 1905—, se radicó en México, yendo a morir, a los 29 años de edad, en Mérida, Yucatán, el 4 de julio de 1906.

El maestro literario

SUELE adjudicarse a una "falta de flujo"⁹ esa diferencia temporal advertida entre el advenimiento del modernismo y su versión paraguaya. Nosotros insistimos en afirmar que la misma es sólo aparente y que en mucho se debió a la formación posromántica tanto de Manuel Gondra (1871-1927) como del resto de los novecentistas, sus compañeros en el orden generacional. Es necesario no olvidar que aquél había tenido, ya en 1896, intensa participación en el Congreso de Profesores,¹⁰ particularmente en materia idiomática y lingüística; que fue catedrático de geografía entre 1893 y 1895 —siendo todavía bachiller, lo que indica su prestigio docente— y que desde 1896 al 99 el Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior lo designa como titular de Ejercicios Literarios, que se dictaba en el 5º curso.¹¹ En 1904, en consonancia con el nuevo plan de estudios para el Colegio Nacional de Asunción, es propuesto como profesor efectivo de geografía (1º a 3er. años) y de castellano, del 4º al 6º.¹²

Conviene, asimismo, poner de relieve que Juan E. O'Leary (1879-1969) lo declaró públicamente como al más entrañable de sus mentores intelectuales —los otros eran: Manuel Domínguez (1868-1935) y todavía Cecilio Báez (1862-1941)—: "El primero es Manuel Gondra, afirma, el más correcto, el más delicado de los escritores paraguayos. Maestro mío de literatura, él guió mis primeros pasos, él me enseñó el camino y me indicó la fuente eterna en que había de beber la inspiración robusta que anhelaba para mi lira de poeta".¹³ En comentario a su poesía juvenil, dirá

⁹ Mariano Morínigo: "Capítulo antimodernista en la literatura paraguaya" (En: *Americanismo literario: formas antagónicas*, Tucumán, 1967, p. 79).

¹⁰ v. "El Congreso de Profesores" (En: "La Democracia", Asunción, 21, 24, 27 y 28 de enero de 1896).

¹¹ v. "Enseñanza secundaria. Plan de estudios" (En: "La Democracia", Asunción, 11 de febrero de 1896). Fue aprobado por el Poder Ejecutivo el 29 del mismo mes y año. Sobre la designación de Gondra, v. "La Democracia", Asunción, 3 de marzo de 1896.

¹² v. "Colegio Nacional. Su personal docente" (En: "La Tarde", Asunción, 26 de marzo de 1904).

¹³ Juan E. O'Leary: "Gratitud al Dr. Carlos Rey de Castro" (En: "Patria", Asunción, 17 de junio de 1902). Se refiere a un extenso ensayo

Ramón V. Caballero de Bedoya, también integrante de su generación: "La *Oda a Verdi* no es modernista, ni clásica; mas, tampoco es una del surtido ordinario. Ha sido escrita tal como la ha sentido, de dos plumadas, de un tirón, como quien dice, sin imitar a nadie, sin preocuparse de los distingos de escuela... Cuida poco del esplendor retórico de su *Oda*".¹⁴ Aquí quedan patentizados los errores de formación de que padecían los novecentistas, ya que Caballero pasa por alto el notorio posromanticismo de ese poema de O'Leary.

Además, la insistencia de siempre: la condición de españoles de los padres de la cultura paraguaya renaciente, debiendo encabezarse la nómina con el Dr. Ramón Zubizarreta (1840-1902), a quien Silvano Mosqueira (1875-1958) califica de "padre intelectual de una generación de paraguayos".¹⁵ Con antelación, Pane había ensanchado este panorama de reconocimiento justiciero: "...iban a la patria maestros extranjeros ilustres como Zubizarreta y Olascoaga..." (que) "han sido en el Paraguay lo que Bello y Barros Arana en Chile".¹⁶ Habría que agregar que al lado de Zubizarreta —cuya trayectoria es más bien comparable a la de un Francisco Giner de los Ríos— actuaron: Facundo Bienes y Girón, que era sacerdote; los doctores Manuel Fernández Sánchez (a quien O'Leary dedicara la versión inicial de "El alma de la raza", 1899) y Federico Jordán, entre otros.¹⁷ Todo esto pasaba en el Paraguay cuando el imperio del modernismo estaba en su apogeo en Buenos Aires (1893-1898). Aunque Pane no cesara de aguardar un nuevo acento de modernidad: "...para los soñadores del futuro, es decir, para los cultores del pasado, nuestras grandes obras internacionales sólo pueden realizarse por el cosmopolitismo, por el modernismo social".¹⁸ Ese que el Paraguay no estaba aún en condiciones de adoptar.

sobre su joven personalidad de escritor que el Dr. Rey de Castro, literato y diplomático peruano, por entonces residente en Asunción, había hecho llegar como correspondencia a "El Ateneo" de Lima, ese mismo mes y año. El mencionado diario paraguayo lo reprodujo en cinco capítulos.

¹⁴ Ramón Caballero de Bedoya: "A Verdi", poesía de Juan E. O'Leary, Asunción, 1902 (Firmaba en aquel tiempo: Ramón V. Caballero).

¹⁵ Silvano Mosqueira: "Los españoles en el Paraguay" (En: *Siluetas femeninas*..., Asunción, 1930, pp. 113-117).

¹⁶ Ignacio A. Pane, *El Paraguai Intelectual*, Santiago de Chile, 1902, pp. 17-20.

¹⁷ Ignacio A. Berino, *Dr. Ramón Fermín Zubizarreta, jurisconsulto y educador*, Asunción, 1963, 137 pp. Cfr.: Raúl Amaral, *Ramón Zubizarreta, precursor y maestro*, Asunción, 1972.

¹⁸ Ignacio A. Pane: "Sud América. El Brasil y 'La Prensa'" (En: "La Tarde", Asunción, 9 de setiembre de 1905, p. 4).

"El poeta de América"

GONDRA publica su ensayo crítico sobre *Prosas profanas* de Darío en lo que calificó de simple epístola (es mucho más que eso), que después se ha conocido con título definitivo,¹⁹ al mismo tiempo que actuaban los modernistas que, además de Darío, serían denominados "mayores": Leopoldo Lugones con *Las montañas del oro* (1897); el colombiano Guillermo Valencia (1873-1943) con *Ritos* (1898)²⁰ y el boliviano Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933) con *Castalia bárbara* (1899). Todos estos libros son, como se comprueba, inmediatamente posteriores a la primera edición de *Prosas profanas*, que es de fines de 1896.

En cuanto a la idea de que Darío no es aún "el poeta de América", también sus dos interpretaciones generacionales se manifiestan después de la de Gondra, si bien con otro miraje; sólo Paul Groussac (1866-1929) se le anticipa con un comentario diciendo que la tentativa del autor "es del todo exótica y no allega al intelecto americano elementos asimilables y útiles para su desarrollo ulterior".²¹ Gondra da a conocer su ensayo en enero de 1898 y, aunque por modestia no lo aclare, el mismo ha sido fruto de un intenso trabajo. Al comienzo, en una llamada a lo que podríamos calificar de "segunda edición", expresa: "Esta carta fue publicada en varios números de "La Democracia" en enero del año pasado. Escritas de diario sus partes, no hay entre ellas ni muy rigurosa severidad ni mediana corrección de estilo. Por no alterar su texto, algunas observaciones o ampliaciones son consignadas en notas".²²

¹⁹ El ensayo de Gondra apareció inicialmente en forma de carta dirigida al poeta Francisco L. Bareiro (En: "La Democracia", Asunción, 25 de enero de 1898), pero el título con el que ha pasado a la historia literaria es el de *En torno a Rubén Darío* (En: "Revista del Instituto Paraguayo, Asunción, Año II, N° 17, junio de 1899, pp. 167-201. Así figura también como uno de los capítulos de su libro póstumo: *Hombres y letrados de América*, Buenos Aires, 1942, pp. 201-240).

²⁰ Arsenio López Decoud: "Guillermo Valencia" (En: "Guaranía", 3ª época, Año II, N° 16, enero de 1944, pp. 5-12. Recuerda allí a Darío. Valencia había sido delegado de su país, Colombia, a la Tercera Conferencia Internacional Americana, celebrada en 1906 en Río de Janeiro. Pero en un artículo anterior: "Una cena aburrida", título tomado del 2º capítulo de Gómez Carrillo sobre Oscar Wilde (v. "Guaranía", Asunción, 2ª época, Año II, N° 14, 20 de diciembre de 1934, p. 8), López Decoud había expresado: "Supimos de Oscar Wilde en Río de Janeiro, en 1906, por Guillermo Valencia, primero, que tradujo en verso *El artista*..."

²¹ v. "Boletín Bibliográfico / Prosas Profanas por Rubén Darío" (En: "La Biblioteca", Buenos Aires, Año II, t. III, 1897, pp. 414-480).

²² v. "Revista del Instituto Paraguayo", N° 17 cit., p. 167.

Había expresado él de Darío que "no ha demostrado tener el sentimiento de América".²³

Hagamos, para aclarar esto, una acotación necesaria: el maestro paraguayo ha calificado así a Darío al iniciar su carta: "...quien tan alto nombre tiene, y con justicia, en las modernas letras de América..." Añade que está muy lejos de creer que sus palabras constituyan un juicio crítico y recuerda el entusiasmo con que le hablaba del autor de *Azul*, cuando el destinatario de la epístola, Francisco L. Bareiro (1879-1930), daba a conocer sus primeras producciones. También explica que ha sido y sigue siendo admirador de Darío, pero que su opinión sobre su personalidad literaria "ha cambiado fundamentalmente" y agrega, antes de mostrarse contrario de la teoría de arte que el poeta sustenta: "Cuando por primera vez leí sus poesías y su prosa cincelada y rica, me pareció escuchar acentos para mí nuevos de la lira americana, y sentí honda admiración por el joven y eximio artista, que por modo tan original surgía de entre la turba de endecasilabistas gemebundos y "decimeros" heroicos, que tanto en la madre patria como en nuestra América se han desatado en bárbaro aluvión de mediocridad".²⁴

Con respecto a ese entusiasmo de Gondra por el libro primigenio de Darío —tan exótico como el siguiente que motivó sus censuras— debe señalarse que ya Max Henríquez Ureña ha observado la influencia francesa existente en *Azul*, analizándola exhaustivamente, y explicado el porqué del "galicismo mental" que, aun con elogios, le fuera adjudicado por don Juan Valera. Anderson Imbert, por su cuenta, ahonda más el asunto al expresar con claridad que ese libro "innovó más en los cuentos y prosas poemáticas que en los versos. Este autor le adjudica influencias de Gautier y de Mendès (además de Coppée), lo que prueba que Pane tenía razón al filiar a López Decoud dentro de esa estética, en su conferencia de 1902. En cuanto al segundo, fue traducido por Alejandro Guanes (1872-1925) en "Lo que desean las lágrimas". Sintomático resulta que Gondra se haya sentido cautivado por un libro que contiene ya algunos de los elementos que Darío explotará en sucesivas obras: ninfas, ánfora griega, azules noches, concha de Citeres, inmenso azul, volúviles, copa etrusca, carne ideal, Onfalia, leche y miel, mirto y rosas, flauta de cristal, himnica pompa lírica, etc., que circularán por lo menos desde *Prosas profanas* (1896) hasta *Poema del otoño y otros poemas* (1910).²⁵

²³ Manuel Gondra, *ob. cit.*, p. 213.

²⁴ Manuel Gondra, *ob. cit.*, pp. 201-204.

²⁵ Max Henríquez Ureña, *ob. cit.*, pp. 91-95; Anderson Imbert, *ob. cit.*, t. I, p. 365; Guanes, Cfr. José Rodríguez Alcalá, *Antología Paraguaya*, Asunción, 1911, p. 53; Gondra, *ob. cit.*, pp. 203 y 229).

Los otros aportes son del año siguiente: el de José Enrique Rodó, quien comienza su estudio afirmando: "No es el poeta de América";²⁶ y el de Lugones, que en su despedida lo saluda como al precursor de un movimiento futuro, a la vez que señala: "América no ha tenido aún su poeta".²⁷

El tema de la raza

DARÍO había dicho que la América que podía cantarse era la de su pasado originario: las ruinas de su civilización, sus grandes emperadores y caciques, alguna que otra circunstancia geográfica ("Momotombo"). En ese escenario se movió él cuando lo que latía en lo hondo de su alma de "chorotega o nograndano" le recordaba su condición de americano. Por eso también ese indio —desde Caupolicán en adelante— no será el resignado "bon sauvage" de la leyenda romántica. Menos lo sería para los novecentistas paraguayos, herederos de su lengua y, en no pocos casos, de aquella "maternalidad" indígena que llevaban en la sangre los mestizos, "manchados de la tierra", o sea sus antepasados.

Cuando O'Leary publica la mencionada primera versión de "El alma de la raza", la poesía del contorno vecinal está asimilando las nociones exóticas que brindara Darío, tal vez para que aquella época pretérita siguiera siendo lo intacto y lo remoto. Con ese canto nostálgico, cuya filiación nunca fue ocultada, inicianse los temas indigenistas en la poesía paraguaya.²⁸ Y aunque la actitud posromántica es la misma y la técnica estrófica no ha variado, hay distancia entre la temática de "El alma de la raza" (1899) y "¡Salvaje!" (1902), a pesar de que sólo tres años los separan. Además, una cierta musicalidad va apoderándose de los versos de este poeta —como bien lo advirtió Domínguez—,²⁹ que acentuará más ade-

²⁶ José Enrique Rodó, *La Vida Nueva / II. Rubén Darío. Su personalidad literaria, su última obra. Por . . .*, Montevideo, 1899, p. 5; Cfr. del mismo autor, *Cinco ensayos*, Madrid, 1919, p. 257.

²⁷ Leopoldo Lugones: "Rubén Darío" (En: Revista "Buenos Aires", Buenos Aires, Año V, N° 197, 15 de enero de 1899).

²⁸ Juan E. O'Leary: "El alma de la raza", 1ª versión (En: "Revista del Instituto Paraguayo", Asunción, Año III, N° 18, p. 311 ss.) Cfr.: De Vitis, *ob. cit.*, pp. 120-131. La 2ª versión —distinto poema con el mismo título— en: "Juventud", Asunción, Año II, N° 39, 15 de noviembre de 1924, pp. 377-379.

²⁹ Juan E. O'Leary: "¡Salvaje!", con prólogo de Manuel Domínguez (En: "Revista del Instituto Paraguayo", Año VI, N° 36, 1902; Cfr.: José Rodríguez Alcalá, *ob. cit.*, pp. 60-61; De Vitis, *ob. cit.*, p. 118; Sinforiano

lante con otro tono para que lo épico alcance también virtualidad lírica.

El escritor argentino Héctor Pedro Blomberg (1890-1955) creyó advertir la importancia de aquel primer poema: "... aunque inspirado en la forma del *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, no deja de ser original en el fondo, y constituye una de las obras señeras de la literatura paraguaya".³⁰

Puede afirmarse que con las elegías de *A la memoria de mi hija Rosita* (1918), la mayoría de ellas escritas en 1915, culmina, con una exaltación del dolor, la temática posromántica de O'Leary y su signo poético tendrá al año siguiente ("Don Quijote en el Paraguay") otra orientación. Ya se ve que ha sido tomado de frente por la expansión del modernismo en su etapa decisiva (1913), pues la casi totalidad de sus integrantes eran o habían sido sus discípulos. El indigenismo que señalamos se mantendrá en su soneto "El último cacique" (1924), inspirado al mismo nivel que la segunda versión de "El alma de la raza" —distinta ésta de la anterior— y recogidos ambos por los jóvenes posmodernistas para las páginas de la revista *Juventud*.³¹ Dicha tendencia culminará, años más tarde, con sus poemas "Abambaré" y "Andresito".

Luego del prólogo que pusiera a la 2.ª edición (1921) de *Ocara poty* de Narciso R. Colman ("Rosicrán") (1877-1959), él mismo hará su aporte poético a la lengua madre con "Curusú mí",

Buzó Gómez, *Índice de la poesía paraguaya*, 2ª ed., Buenos Aires, 1952, pp. 80-82).

³⁰ Héctor Pedro Blomberg, *Poetas que cantaron al indio en América*, Buenos Aires, 1950, p. 159. Puede completarse en panorama con los siguientes autores: León Cadogan, *La literatura de los guaraníes*, México, 1965; Narciso R. Colman, *Nande ypy cuera*, Asunción, 1929; Luis de Gásperi: "Laudatoria del vernáculo. La poesía en guaraní", Asunción, 1957; Natalicio González: "Poesía guaraní" (En: "Cuadernos Americanos", México, 1944, t. 3, pp. 137-160); del mismo autor: *Ideología guaraní*, México, 1958.

³¹ Juan E. O'Leary: "El último cacique", fechado el 16 de noviembre de 1924 (En: "Juventud", Asunción, Año II, N° 40, 1º de diciembre de 1924, p. 393). En cuanto al tema del Quijote en el modernismo, también tomó igualmente a novecentistas y modernistas paraguayos. Entre los primeros Pane hará referencia al símil nativo, que tres años después será tomado en verso por O'Leary ("Don Quijote en el Paraguay"): "... aquel Quijote trágico de una gigantesca aventura internacional, inmoló al Paraguay creyendo hacerlo en aras de la independencia patria, ¡así como de la uruguayal!" (v. Adriano Irala y Santino U. Barbieri, *Paraguay-Uruguay*, Buenos Aires, 1913, p. 61); entre los segundos Vicente Lamas (1900) con su romance "Canción del miliciano guaraní", en el que figuran estas significativas estrofas: "... has saldado tú la deuda / que debíamos a España; / Don Quijote no está solo / en los campos de la Mancha" (En: Buzó Gómez, *ob. cit.*, pp. 216-217).

"Jha che retä" y "Che ra'y pe".³² Con indudable inclinación a la originalidad igualmente escribió los suyos Pane, cumpliendo con el propósito de demostrar el sentido plástico de la expresión guaranítica, como se comprueba en su soneto "Don Quijote abá ñe'é-me". En un verdadero alarde de erudición compuso otro en tres idiomas: "Francia pe Purajhei icó:ba", "Hommage a la France" y "Homenaje a Francia". En una aclaración el autor señala que con ese procedimiento ha tratado de demostrar que "nuestro idioma indígena es perfectamente adaptable a la métrica más difícil".³³ Del mismo Pane hay versión vernácula de "Tesá jhú mocöi me", con traducción libre de Sinforiano Buzó Gómez.³⁴

La corriente modernista será continuada desde el *modernismo puro* por Guillermo Molinas Rolón (1894-1945), cuyo poema "En la fiesta de la raza" (1913) inaugura la denominación de *guarania* para involucrar en ella al mundo guaranítico.³⁵ Por su parte, Natalicio González (1897-1966) dirá su "Credo" nativista desde *Baladas guaraníes*, con prólogo de O'Leary (París, 1925).³⁶ Mas, no se puede cerrar la nómina poética del indigenismo cantado en su entronque idiomático sin recordar que una modesta y a la vez trascendente revista popular: "Ocara poty cué mí" cumple este año el cincuentenario de su fundación.

Por último habrá de tenerse en cuenta que el propio Darío, desde *Mundial*, elogió —era en 1912— la belleza del idioma patrio paraguayo, con estas significativas palabras que al mismo tiempo demuestran que no estaban tan alejados de la esencia modernista sus precursores en el Paraguay y que el gran poeta sabía valorar lo autóctono cuando presentaba matices de autenticidad: "Tal lengua tiene su literatura. Una literatura llena de brillo y sentimiento, que cuenta con poemas de vasta inspiración en que son alabados dulcísicamente los encantos naturales: el natural amor, el río de plata, la flora magnífica".³⁷

Entre los prosistas del novecentismo (no mencionamos a Eloy Fariña Núñez, 1885-1929, por pertenecer a un ciclo posterior) corresponde nombrar a Domínguez y a Gondra por sus estudios sobre lingüística y filología guraní. Un fugaz descreimiento del primero

³² Tales poemas aparecieron en publicaciones sueltas y son inmediatamente posteriores a 1924.

³³ v. "Patria", Asunción, 12 y 19 de julio de 1919.

³⁴ Buzó Gómez, *ob. cit.*, pp. 78-79.

³⁵ Guillermo Molinas Rolón: "En la fiesta de la raza" (En: Buzó Gómez, *ob. cit.*, pp. 169-171; De Vitis, *ob. cit.*, pp. 256-259). Este poema es de 1913.

³⁶ Natalicio González: "Credo" (En: Buzó Gómez, *ob. cit.*, pp. 190-191).

³⁷ Rubén Darío, *Prosa política*, Madrid, s. a., pp. 105-106.

en los valores sustanciales del idioma,³⁸ será superado un lustro después en ocasión de la polémica mantenida con el etnógrafo italiano Guido Boggiani (1861-1901)³⁹ y en trabajos posteriores reunidos en folleto o en libros.⁴⁰ A su vez Gondra dedicó, en su crítica a la obra histórica de Blas Garay (1873-1899), tres ensayos que inicialmente publicara en el diario "El Pueblo" de Asunción, entre abril y mayo de 1897, y que serían incorporados a su volumen póstumo: "El guaraní y su capacidad expresiva",⁴¹ "El guaraní y las ideas abstractas",⁴² y "Naturaleza y estructura del idioma guaraní".⁴³

El resto de los novecentistas no penetró en dicha área del orbe racial, prefiriendo algunos, como Moreno, incursionar en la etnografía, dejando trunca, y apenas si en apuntes dispersos, su proyectada *Historia de los caciques guaraníes*.⁴⁴ Es de destacar que Pane, paralelamente a su labor poética, se inclinó, en sus últimos años, hacia los estudios etnográficos y a los de una incipiente antropología social.⁴⁵

Como la mayor parte de este ensayo está dedicado al novecentismo, con este aporte suyo a la literatura nacional paraguaya y de

³⁸ Manuel Domínguez: "El idioma guaraní" (En: "El Pueblo", Asunción, 19 de noviembre de 1894).

³⁹ Manuel Domínguez: *Discusión sobre filología etnográfica y geografía histórica*, Asunción, 1899, pp. 29-70 (Polémica con Guido Boggiani); Cfr. del mismo autor: "El idioma guaraní" (En: "Revista de Instrucción Primaria", Asunción, Año I, N° 4, 1904, pp. 16-18).

⁴⁰ Manuel Domínguez: *Raíces guaraníes*, Asunción, 1913; también en: "XVII Congreso Internacional de Americanistas", Buenos Aires, 1912, pp. 193-221. Cfr.: con el mismo título en: "Letras", Asunción, Año I, N° 15, 1915, pp. 181-193. Además, del mismo autor: "La lengua guaraní" (En: *La traición a la Patria y otros ensayos* (ed. póstuma), Asunción, 1959, pp. 179-180).

⁴¹ Gondra, *ob. cit.*, pp. 47-51. En una llamada (p. 48), dice: "Séame permitido recordar que en el Congreso de Profesores del año pasado, yo preconicé, como lo hago otra vez ahora, la importancia de la filología en este particular, pues disponiendo, como aquí se dispone, de un hermoso elemento de investigación (el conocimiento de la lengua guaraní) se podrían llevar a cabo interesantísimas disquisiciones históricas" (v. "El Pueblo", Asunción, 28 de enero de 1896).

⁴² Gondra, *ob. cit.*, pp. 53-57.

⁴³ Gondra, *ob. cit.*, pp. 59-65. Estos tres últimos corresponden al capítulo: "Garay y la historia del Paraguay", subcapítulos IV-VI.

⁴⁴ Fulgencio R. Moreno: "Geografía etnográfica del Chaco" (En: *Cuestión de límites con Bolivia*, Asunción, 1929, t. III).

⁴⁵ Ignacio A. Pane: "Algo de etnografía hispanoamericana". Introducción al libro en prensa, *El indio guaraní* (En: "Anales del Gimnasio Paraguayo", Asunción, t. IV, N° 5, diciembre de 1919, pp. 455-472). Pane falleció al año siguiente, el 10 de marzo, y el libro nunca se publicó.

época finalizamos el capítulo indigenista, de indispensable inclusión en un recuento de tal naturaleza.

Rechazo de lo exótico

No es de suponer que por un caso negativo hacia la "simpatía" o "atracción", sino por un problema de *recepción intelectual* y de *sintonía ambiental*, el proceso modernista se haya detenido en el Paraguay. Será preciso mencionar —una vez más— a Gondra, para aseverar que él sólo atacó aquella "doctrina estética" como tal, y con mayor énfasis algunos aspectos que aparecían como novedosos y que a su juicio carecían técnicamente de originalidad. Por eso no sería inoportuno centrar en cuatro puntos los temas en torno a los cuales deben girar las aclaraciones que de ellos pudieran surgir: a) Reconoce calidad en la poesía de Darío, aunque mantiene sus reservas, lo que no es poco decir; b) La aplicación de la teoría literaria y la plena aceptación de la lírica pueden no guardar un orden paralelo; c) Se estima imprescindible la explicación detallada de ese "signo generacional" que impidió a los novecentistas paraguayos —contemporáneos de Darío— la aceptación llana y desde sus inicios de un modernismo cuya evolución ellos no ignoraban; d) No se ha aclarado tampoco cuáles han sido las "íntimas convicciones literarias" que condujeron a ese proceso.

Gondra acepta la belleza formal de esta poesía, en cuanto expresión, pero no su retórica, y menos las formulaciones con que es presentada. ¿Por qué? Es muy sencilla la deducción: aquel cortejo de princesas, marqueses, abates, cisnes, pavos reales, sátiros, ninfas, etc., aquella evasión del contorno inmediato, no consultaban la realidad del Paraguay —por el contrario: hubieran contribuido a frustrarla— que a treinta años de una posguerra dolorosa luchaba aún por su reconstrucción. Gualberto Cardús Huerta (1877-1949) alcanzó a explicarlo con su acostumbrada nitidez: "... siempre en nuestras deliberaciones he preferido apoyarme en precedentes y en ansias de vida paraguaya y no en los preceptos de leyes exóticas y elucubraciones extrañas a nuestro ambiente".⁴⁶

Porque como pocos países de nuestra América, en ese entonces (juntamente con el México que resistió a la monarquía de Maximiliano, o el Perú inmediato a la guerra del Pacífico) había sufrido el Paraguay el paso del Apocalipsis, el avance del exterminio, la ocupación y violación del territorio y de sus gentes por los invasores. Por eso no estuvo del todo mal, aunque pasando por sobre su pre-

⁴⁶ Gualberto Cardús Huerta, *Contra la anarquía*, Asunción, 1922, p. 13.

sencia agorera, aquella invocación del urutaú, tantas veces repetida. Pane ha hecho alusión a ella: "Queda *Nenia* de Carlos Guido y Spano, el viejo bardo del Plata. De paso, ya me he referido varias veces a esta canción. Sólo repetiré que suena al oído paraguayo como un eco lúgubre. Y eso que ha sonado sin cesar al son de las guitarras paraguayas. Es canción popular. Tiene la concisión y tristeza de todos los cantares populares. ¡Pero exagera tanto la "verdad terrible", a lo Zola! Sin embargo, ya hace algún tiempo, le dediqué unos versos donde le expresaba que ese mismo "urutaú" que tan triste canto tiene para él, ya entona nuevamente cantos de esperanza, para nosotros, enviando ósculos filiales de gratitud paraguaya al viejo bardo".⁴⁷ Guido y Spano (1827-1918) escribió su canción enseguida de haber sido forzado el paso de Humaitá, cuando se creía que la guerra de la Triple Alianza terminaba y que la suerte del Paraguay estaba echada.⁴⁸

Ahí está la cuestión, su raíz: El Paraguay se mantenía apenas conectado con otro u otros procesos literarios, y a riesgo de mayores frustraciones y de acentuar su aislamiento, debía afrontarlo todo para re-nacer, incluso desde su mediterraneidad. Las meras referencias al "color local", en tránsito por el pasatismo americano, apenas si se ajustaban a la presencia de personas, hechos e historias, y todo esto era, por lo demás, materia viviente y actuante, imposible de soslayar, aunque su expresión escrita pudiera ser confundida con ciertas pasajeras características de algún otro "color local", no muy apartado de cercanas o remotas regiones, tanto como de nuestra esencia continental. Según otro historiador literario "el venero exótico representaba una manera de concretizar anhelos estéticos e ideales vedados a la realidad cotidiana".⁴⁹ Esto, antes que negar, confirma —en lo nuestro— la tesis de Gondra.

⁴⁷ Pane: "Cantos...", Rev. cit., p. 406.

⁴⁸ La escuadra imperial brasileña cruzó (o forzó) el paso de Humaitá, en el río Paraguay, el 19 de febrero de 1868; el 24 de julio era evacuada definitivamente la plaza por sus defensores. Es en ese mes que Guido y Spano publica su poema en "Revista de Buenos Aires" (1863-1871) que dirigían Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada. La sombra de lo que fuera la Asunción histórica fue saqueada por sus invasores el 5 de enero de 1869. Dedicaron sonetos a Humaitá y las ruinas de su Iglesia bombardeada: Francisco L. Bareiro y Ricardo Marrero Marengo (En: José Rodríguez Alcalá, *ob. cit.*, pp. 88-89 y 102, respectivamente), y Eloy Fariña Núñez: "Ante las ruinas de Humaitá" (En: Buzó Gómez, *ob. cit.*, pp. 120-121).

⁴⁹ Iván A. Schulman, *El modernismo hispano-americano*, Buenos Aires, 1969, p. 39.

Para una "puesta al día"

SE ha venido afirmando, con harta frecuencia, que por la época que indicamos (1898-1912) el modernismo "estaba pasando" o directamente no existía aún en el Paraguay. Mas, lo que los analistas apresurados no advierten es que el país tiene su propio proceso, su propio tiempo-histórico y que es en él, y no desde un plano de comparaciones continentales, donde hay que situar su evolución cultural o literaria.⁵⁰ Debe tenerse en cuenta que Darío murió en febrero de 1916 y que sólo después de su poderosa ausencia física y del acabamiento de su creación poética puede considerarse que —según el ritmo de cada lugar— un condicionado *posmodernismo* comienza a sucederle, aunque continuándolo, a originar situaciones propicias a la aparición de nuevas y contrapuestas corrientes que en la zona del Plata empiezan a manifestarse en las proximidades de 1920, sin desconocer la calidad de precursores o adelantados que tuvieron el propio Lugones con *Lunario sentimental* (1909); Ricardo Güiraldes (1886-1927) con *El cencerro de cristal* (1915) y el hasta entonces poco menos que inédito —y luego mítico— Macedonio Fernández (1874-1952). Se trata de la *progresión dialéctica* a que alguna vez hemos aludido y que no ha sido del todo entendida.

Tal atribuido "atraso" proviene de la carencia de información, del soslayamiento de toda una etapa previa que va de 1898 a 1907 —fecha, esta última, y hasta 1912, en que han de fijarse los inicios de ese rápido *premodernismo*— o sea: desde el citado ensayo de Gondra hasta la formación del grupo literario *La Colmena* (17 de octubre de 1907). También habrá de imputarse a una causa más: el caos bibliográfico, todavía reinante.

Eso sí: conviene aclarar que no defendemos la existencia de una literatura modernista concreta, sino la presencia de factores preparatorios fácilmente reconocibles. Claro está que en lo inmediato había conciencia de esa retracción —los factores "ambientales" a que nos hemos referido— en la que no tenía culpa Gondra sino que era el efecto de hechos internos y externos (revoluciones, guerras civiles, motines, asonadas, golpes de Estado, amenaza de intervención extranjera) no desaparecidos cuando comenzaba a remontar o a insinuarse ese premodernismo. La cáustica observación de Cardús Huerta lo explicará todo: "Estamos con medio siglo de retraso respecto a nuestros vecinos, puesto que nuestra vida anterior a la

⁵⁰ Anderson Imbert, *ob. cit.*, t. I, p. 397; Max Henríquez Ureña, *ob. cit.*, p. 381; Mariano Morínigo, *ob. cit.*, pp. 79-113. En contraposición: Raúl Amaral, "Curso de Introducción a la cultura paraguaya", Posadas, Argentina, 1969-1970 (Capítulo IV. El modernismo).

guerra no puede ser tenida como de absorción cultural y la que se corrió después ha sido de miseria y resignación a nuestras desventuras... Ese medio siglo de retraso significa nuestra postergación en los destinos americanos como nacionalidad de cultura e ideales propios..."⁵¹ Esto fue dicho, con inusitada valentía, en el Parlamento, en 1921, por uno de los novecentistas injustamente menos recordado.

Por otra parte éstos lucharon, con un denuedo que no siempre se les ha reconocido, por una "puesta al día", que Moreno creyó advertir a principios de siglo: "El Paraguay puede entrar ya honrosamente, aunque en limitada esfera, en la corriente intelectual hispanoamericana, de la que se ha alejado por tanto tiempo".⁵² Asimismo aquellos jóvenes tuvieron vínculos efectivos con sus contemporáneos de otros países. En un primer recuento cabe mencionar a José Enrique Rodó (1871-1917). El pensador oriental nunca dejó de tener simpatía por los paraguayos, ni éstos se esquivaron de corresponderle. En 1911 se publica, con el título de "Proteo", una carta a Silvano Mosqueira. Otro de los destinatarios había sido Carlos Lelio, a quien había hecho llegar desde Montevideo, el 29 de noviembre de 1909, un juicio sobre "las fuerzas anímicas desconocidas". Posteriormente, desde la capital uruguaya, escribe a O'Leary, refiriéndose al Paraguay como a "ese noble pedazo de la magna patria americana". En una revista de enseñanza se publica en Asunción una colaboración suya.⁵³

El inicial esbozo crítico del *Ariel* lo dio a conocer Pane a manera de comentario bibliográfico, enseguida de su primera edición.⁵⁴ En 1917 O'Leary firma una sentida nota necrológica, en la que manifiesta que "su aparición (la de Rodó) señaló una nueva era para la prosa castellana. Las corrientes literarias tomaron, desde

⁵¹ Cardús Huerta, *ob. cit.*, p. 11.

⁵² v. "El Paraguay en el exterior" (En: "La Prensa", Asunción, 17 de marzo de 1900). También: José Rodríguez Alcalá, *ob. cit.*, pp. 149-151; De Vitis, *ob. cit.*, pp. 59-61. Con un grueso error anatómico y de rima comienza uno de los tercetos de "La musa moderna" (v. José Rodríguez Alcalá, *ob. cit.*, p. 151): "Mi lira arrulla con amor los *sexos*", que De Vitis (*ob. cit.*, p. 61) se apresura a corregir: "Mi lira arrulla con amor los *seres*"...

⁵³ v. "Proteo. Una carta de Rodó", fechada el 10 de enero de 1911 (En: "El Monitor", Asunción, 27 de enero de 1911, p. 1); "Carta inédita de Rodó" (En: "Patria", Asunción, 19 de octubre de 1918, p. 4); "Carta a Juan E. O'Leary" (En: "Patria", 1º de marzo de 1918, p. 6); José Enrique Rodó: "América. Paraguay" (En: "Revista de Instrucción Primaria, Asunción, 1913, pp. 167-168).

⁵⁴ v. "Ariel" por José Enrique Rodó. Bibliografía (En: "Revista del Instituto Paraguayo", Asunción, Año III, N° 30, agosto de 1901, pp. 197-210).

entonces, distinto rumbo, yendo de América a España, en las páginas de Rodó, la reacción salvadora contra los rancios prejuicios peninsulares de un estilo cristalizado, dentro del cual ya no cabía el pensamiento moderno". Y continúa en estos esclarecedores términos: "En aquellos precisos momentos Rubén Darío revolucionaba también la añeja poesía castellana, complementándose así la acción de dos insignes americanos".⁵⁵ Esa opinión se modificará con los años —más en lo episódico que en lo sustancial— al aludir a: "el aparente despertar literario que traía por aquellos días la aparición de Rubén Darío".⁵⁶

En el segundo aniversario de la muerte de Rodó los por entonces más nuevos le rindieron también su homenaje, incluyéndose, en breve volumen, los trabajos de Juan Stefanich, Pedro Pérez, Luis Ruffinelli, Juan Vicente Ramírez, Pedro P. Samaniego y Natalicio González, además de incorporar otros temas recordatorios.⁵⁷

El siguiente será Rufino Blanco Fombona (1874-1944), que tuvo mucha amistad con O'Leary —a quien conoció en Madrid— habiendo sido el prologuista de la 2a. edición (española) de *El Mariscal Solano López* (1925). Pero antes de la primera noticia de De Vitis sobre el Paraguay —a través de Blanco Fombona— O'Leary se ocupaba de la obra de éste. Poco después aparecía una nota periodística, referencia indudable de la anterior, aunque no se relacione con ningún viaje del escritor paraguayo a Venezuela, país al que conocerá años más tarde.⁵⁸

Es el pensador venezolano —que más adelante se ocupará de *El modernismo y los poetas modernistas* (Madrid, 1929)— el representante de la *Antología de poetas modernos hispanoamericanos* (París, 1921), de Claudio Santos González. Max Henríquez Ureña la suma a su bibliografía con esa fecha;⁵⁹ por su lado Anderson Imbert ignora esta compilación.⁶⁰ Ciertamente, lo que mueve a equívoco es la fecha de edición, pues De Vitis señala: "Después de leer esto escribí en febrero de 1919 (sic) al insigne historiador paraguayo don Arsenio López Decoud...";⁶¹ de donde se deduce que 1921 no es lo correcto, debiendo pensarse que tal edición apa-

⁵⁵ v. "Juan E. O'Leary" (En: "Patria", Asunción, 5 de mayo de 1917).

⁵⁶ Juan E. O'Leary: "Prólogo" (En: Martín de Goycochea Menéndez, *Guaraníes*, 2ª ed., Asunción, 1925, p. LX).

⁵⁷ v. "Rodó. Homenaje de la juventud del Paraguay", Asunción, 1919, p. 45; Cfr. Juan Vicente Ramírez, *Ensayos*, Asunción, 1917, pp. 147-155.

⁵⁸ Juan E. O'Leary: "La obra de Blanco Fombona" (En: "Patria", Asunción, 2 de febrero de 1918, p. 2); también, sin firma: "O'Leary en Venezuela" (En: "Patria", Asunción, 12 de junio de 1918, p. 3).

⁵⁹ Max Henríquez Ureña, *ob. cit.*, p. 532.

⁶⁰ Anderson Imbert, *ob. cit.*, t. II, p. 415.

⁶¹ De Vitis, *ob. cit.*, p. 9.

reció con la fecha traspuesta o que es inmediatamente posterior a lo indicado por el antólogo. De paso cabe prevenir que la de 1916, que Henríquez Ureña estampa para el *Parnaso* de De Vitis, no se halla impresa en la tirada, según costumbre de la casa editora.⁶²

En el citado prólogo de Blanco Fombona viene este párrafo: "Lo que no puede perdonársele a Santos, y yo por mi parte no se lo perdono, es la omisión del Paraguay en esta Antología. El Paraguay debe poseer algún poeta moderno, o dígame modernista, de entidad. ¿Ignora Santos que esa República es una lección viviente para todos los pueblos?", y más adelante insiste: "Algún poeta paraguayo moderno ha debido cantar a su pueblo, y yo censuro a Santos por haber pretermitido a ese poeta, a quien no conozco".⁶³ Esto fue escrito, sin duda, antes de su relación con O'Leary, la que epistolariamente se inicia, como hemos visto, en 1918. Por último, en "Cuatro palabras de historia paraguaya" Blanco Fombona informa a los lectores sobre el heroísmo de nuestra nación en la guerra de la Triple Alianza (1865-1870).⁶⁴

El poco éxito advertido para el establecimiento de una conexión temporal efectiva proviene del hecho de que los primeros maestros de los novecentistas paraguayos, como ha quedado dicho, eran españoles de extracción romántica, en cuanto a predilecciones y lecturas —aun en el caso de Victorino Abente (1842-1934), que no lo fue desde la cátedra— pudiendo imputárseles la responsabilidad de ese *posromanticismo* o retoma del romanticismo truncado en 1870, que habría de dominar buena parte de la prosa y poesía paraguayas. El mismo Moreno habrá de reconocer ese magisterio: "Abente señaló hace un cuarto de siglo el camino que deben seguir los que deseen incluir sus nombres en la antología nacional". El "cuarto de siglo" incluido en el 900 había empezado —si los números no son caprichosos— en 1875.⁶⁵

Con todo, y tal será una actitud que coincide con la de Darío, los discípulos han de dejar manifestada su reacción contra "el severo casticismo peninsular", aludido por Gondra,⁶⁶ y en oposición a los cánones rígidos de la preceptiva literaria vigente, "los moldes severos y solemnes que recordará O'Leary."⁶⁷ Pero ya José Segundo

⁶² Max Henríquez Ureña, *ob. cit.*, p. 533.

⁶³ De Vitis, *ob. cit.*, pp. 6-9.

⁶⁴ De Vitis, *ob. cit.*, pp. 29-32.

⁶⁵ v. "La Prensa", Asunción, 27 de junio de 1900.

⁶⁶ Gondra, *ob. cit.*, p. 250. Esto fue dicho en el homenaje póstumo a Blas Garay, el 20 de diciembre de 1899.

⁶⁷ Juan E. O'Leary: "Recuerdos e impresiones de Francia" (En: "Revista del Comité France-Amérique", Asunción, noviembre de 1950, pp. 4-16).

Decoud, 1848-1909⁶⁸ y quince años después el mismo Gondra,⁶⁹ alcanzarán a explicar el sentido de esa mutación. Decoud declara de urgencia la creación de una literatura nacional, en tanto que Gondra deja expresado —en su saludo al regreso del Dr. Báez del Congreso Científico Latino Americano, celebrado en Montevideo en 1902— que ese acontecimiento tiene indudable trascendencia intelectual para un Paraguay que aún recibía los reflejos de una penosa posguerra: "Fuisteis al Congreso de los sabios de América y ahora os recibimos regocijados porque habéis conseguido de él el reconocimiento de nuestra soberanía".⁷⁰ Otro coetáneo de Gondra, Teodosio González (1871-1932) acentuará la anticipación: "Cultivemos con ahínco la Historia y la Literatura nacionales".⁷¹ Pane argumentará poco después —y no está lejos de lo cierto— que "el cauce principal de la corriente literaria en el Paraguay ha sido y es la historia. Historiar es entre nosotros hacer novelas, dramas, poemas épicos".⁷² Eso es lo que pedía Blanco Fombona, sin saber que ya había sido dicho.

⁶⁸ v. "La literatura en el Paraguay", conferencia pronunciada por José Segundo Decoud (En: "Ateneo Paraguayo" / Composiciones literarias leídas / en la velada celebrada el 22 de octubre de 1887 / 3º aniversario de su fundación / Buenos Aires, 1888, pp. 33-46). Cfr.: José Segundo Decoud: "La literatura en el Paraguay", Buenos Aires, 1889, 17 pp.

⁶⁹ Benigno Riquelme García, *Cumbre en soledad (Vida de Manuel Gondra)*, Buenos Aires, 1951, pp. 71-78.

⁷⁰ Riquelme García, *ob. cit.*, p. 77. Esta mención figura, asimismo en: José Antonio Pérez Echeguren: "Bibliografía del Dr. Cecilio Báez", asiento bibliográfico N° 68 (En: "La Tribuna", Asunción, Suplemento dominical, 1º de agosto de 1971). En el intermedio que va del ensayo de Gondra sobre Darío (1898) a su discurso de recepción al Dr. Báez (1902), en el que hace un recuento de la cultura nacional desde 1870, se produjeron otras manifestaciones reveladoras del interés juvenil. Breve antecedente de esto será la carta-circular hecha pública, y firmada por Ricardo Brugada, h. y José A. Pérez, el 10 de junio de 1897, en la que los alumnos del 5º curso del Colegio Nacional de Asunción invitan a sus compañeros del 4º a fundar un periódico que sea órgano de los estudiantes. Con respecto a dicha idea se agrega que "ella no obedece a otro fin que al cultivo de la literatura y poder en día no lejano colocar a nuestra amada patria al nivel de las naciones americanas". Ya se nota que ese deseo de "puesta al día" está en el ambiente.

⁷¹ v. "Hojas caídas. A la memoria del Dr. Blas Garay" (En: "La Prensa", Asunción, 20 de diciembre de 1899).

⁷² Pane, *ob. cit.*, p. 27.

LA NOVELA ACTUAL DE HISPANOAMERICA

Por *Carlos D. HAMILTON*

"...Oh! It is only a Novel!... It is only some work in which the greatest powers of the mind are displayed, in which the most thorough knowledge of human nature, the happiest delineation of its varieties, the liveliest effusions of wit and humor, are conveyed to the world in the best chosen language".

Jane Austin (Northanger Abey)

INTRODUCCION

LA novela, según Henry James, es "la más independiente, la más elástica, la más prodigiosa de las formas literarias". (cit. por Elizabeth Drew: *The Novel*, Dell Publications C. New York, 1963). Ciertamente la novela es, hoy día, una de las formas literarias preferidas por los lectores. Y en la preferencia de los lectores de novelas, en Europa y en los Estados Unidos, figura hoy un grupo importante de novelistas de Hispanoamérica.

Hace un cuarto de siglo el excelente novelista boliviano Alcides Arguedas se lamentaba de que no se le tradujera; Eduardo Barrios y Eduardo Mallea, dos de los mejores novelistas de este siglo en Chile y la Argentina han sido traducidos tarde y poco. Uno se pregunta, entonces, ¿qué ha pasado para que los jóvenes novelistas actuales tengan mejor suerte que sus maestros y estén hoy evidentemente de moda?

Hay varias respuestas, ninguna de las cuales por sí sola explica el feliz suceso; pero juntas nos acercan a la explicación de esta nueva situación favorable a nuestros autores.

Una razón puede ser la que anota Carlos Fuentes: "El escritor latinoamericano deja de ser un ente pintoresco y regional para situarse frente a la condición humana." (*La novela latinoamericana, "México en la cultura"*, *Siempre!*, México, 1964).

Otra razón ocasional puede ser la escasez de buenos novelistas en Europa y en los Estados Unidos en las últimas dos décadas. Los novelistas latinoamericanos, que viajan, o que residen en Europa, se dan a conocer, son traducidos y llenan el vacío dejado por las literaturas antes dominantes.

En España, ya dos colombianos, Eduardo Caballero Calderón y Manuel Mejía Vallejo han obtenido el premio Nadal de novela, y un guatemalteco, Miguel Angel Asturias, ganó el Premio Nobel que solamente ha galardonado, en América Latina a dos poetas.

Algunos de los novelistas jóvenes actuales, no quiero decir envejecidos pero sí algo embriagados por el casi sorprendente y repentino éxito universal, han llegado a ignorar la novela anterior. Algunos hasta quieren hacer arrancar la "verdadera" novela desde su propia creación, condenando a la prehistoria a grandes autores que son sus maestros.

Hay hoy día, no hay duda, una gran novelística hispanoamericana. Pero no ha nacido por generación espontánea. Tienen maestros y tradición y representan una nueva etapa de la narración hispánica, que arraiga en la renovación modernista de "Azul", "cuentos frágiles", las "Sonatas" y "La Gloria de don Ramiro".

"Los escritores del 40 —dice el profesor Rodríguez Monegal— comenzaron a leer con 'Residencias' de Neruda y a descifrar la realidad con 'Ficciones' de Borges". (The New Latin-American Novelists; Tri-Quarterly, 1968-69; Northwestern University, Evanston, Illinois, pp. 13-32).

La verdad es que así como puede seguirse el hilo de oro que lleva desde Darío a Neruda, igualmente puede señalarse la cadena de influencias que han venido a producir esta novela llamada "nueva"; pero que no es la primera ni la única de valor en América Hispánica. Esta novela nueva debe muchísimo a estos novelistas considerados ya como "clásicos" de nuestra literatura. No sólo Borges, que publica "Inquisiciones" en 1925 y en 1922 sus poemas de "Fervor de Buenos Aires" y Neruda, que comienza a publicar en 1923 los poemas de "Crepusculario" escrito en 1919; sino novelistas de la era postmodernista, como Eduardo Barrios, Ricardo Güiraldes son maestros innegables de la generación actual. Luego, Asturias, que publicó "El Señor Presidente" en 1941, pero que antes había publicado sus "Leyendas de Guatemala" y varios tomos de poesía vanguardista.

Hay tres escritores españoles a quienes el "realismo mágico" o el "realismo verdadero" de la novela nueva, tienen mucho que agradecer. Ellos son: don Ramón María del Valle Inclán, especialmente por sus "esperpentos", Ramón Gómez de la Serna, con sus

"Greguerías" y el incomparable estilista valenciano Gabriel Miró. A Miró lo leía ávidamente la generación de jóvenes de 1924 y él les enseñó la rara mezcla de lo poético y lo naturalístico, característica primordial del nuevo estilo, con su "Obispo leproso" y, sobre todo, la "biblia" de los escritores jóvenes de mi generación, "El libro de Sigüenza".

En mi "Historia de la literatura hispanoamericana" (EPESA, Madrid, 1956), señalaba yo las "tendencias de la novela hispanoamericana actual": "Las tendencias de la Vanguardia que imprimen carácter sobre el arte de la primera postguerra mundial, tienen un efecto en la prosa literaria semejante a la que el modernismo tuvo medio siglo antes. Ni hay sólo una poesía de vanguardia: las tendencias criollistas y el estilo expresionista del postmodernismo se van trocando bajo el signo de la Vanguardia en un estilo y una preocupación por temas diferentes. Es la superación del criollismo. Pero la característica fundamental de las nuevas tendencias, a mi juicio, está en que, a la vez que los temas se alejan de lo regional hacia lo universal, lo humano, en el estudio de los conflictos psicológicos y sociales, el estilo muestra una rara y novedosa combinación de lo lírico y lo vulgar, que se puede señalar ya en la lírica de Vallejo o en el teatro de García Lorca, o aun antes, en la prosa de Gabriel Miró".

El novelista chileno Eduardo Barrios, en "Notas autobiográficas" definía, ya antes de los años 30, como el objetivo del novelista, la revelación "no de la verdad, sino de la emoción de la verdad" apuntando así a la esencia del surrealismo, especialmente cuando ejemplariza el ilogicismo propio de la literatura llamada "nueva", al preferir la técnica del "automatismo psíquico, que expresa la actitud real del pensamiento... independientemente de cualquier control ejercido por la razón..."

Al argentino Eduardo Mallea, que sigue construyendo novelas magníficas después de cuarenta años de labor, suele llamársele existencialista por la "agonía" del ser humano individual que contienen casi todas sus pseudo-autobiografías poéticas. Por lo demás, el aclamado "realismo mágico" de los nuevos nunca tuvo una fuerza más real y más mágica que bajo la sabiduría antropológica y la poesía evocadora de Asturias, que conoce bien los misterios profundos del alma natural de América.

Me parece a mí que la novela actual regresa a la primera categoría de mi tentativa de clasificación de las novelas hispanoamericanas del siglo XX: la novela "artístico-psicológica", la que brotó del ocaso del modernismo, como la actual ha nacido al crepúsculo de las llamaradas del vanguardismo.

Los autores se proponen una mayor sencillez; pero al mismo tiempo algunos se convierten en neo-barrocos, hasta el extremo de un Mújica Laínez y un Lezama Lima; se insiste en la narración en primera persona, pero es lo que hicieron Barrios y Güiraldes en 1911 y 1926. Se emplea la técnica del "flashback" y del desorden cronológico hasta la exageración irónicamente didáctica de "Rayuela" pero eso lo aprendieron de Charles Chaplin y de la técnica cinematográfica de hace unos treinta años. La "narración como problema", que ejemplarizan Sábato o Cortázar, es un traslado a la narrativa de la "poesía hermética" que presenta el quehacer poético en vez del producto terminado, una poesía "in fieri" y no "in facto esse", como he dicho de las "Residencias" y "Tentativa del hombre infinito" de Pablo Neruda. Lo encontramos ya este entever del autor en su lucha por la expresión adecuada, en "Adán Buenosayres" del poeta argentino Leopoldo Marechal, en 1947.

Ana María Barrenechea titula a "Rayuela" de Cortázar como "una búsqueda a partir de cero". El escritor prescinde de medios corrientes para encontrar una verdad o una imagen y se mete en la nada y vuelve a él hasta vislumbrarla y poderla presentar al lector, parcialmente, desfiguradamente, como él la sueña o como se le aparece en su desvelo. Pero ya había escrito Edgar Allan Poe, otro maestro de narradores modernos, que el objeto del arte es presentar la belleza "through the veil of the soul", no como se la pueda encontrar en la realidad, sino tamizada a través del misterioso espíritu que es la mente del escritor-agonista.

En cuanto al estilo, casi todos los escritores, que son eruditos sabios en el conocimiento de todas las literaturas antiguas y contemporáneas, y que se saben bien su Pirandello y su Kafka, van a parar al preciosismo más o menos depurado o más o menos recargado, pese a todas las declaraciones en contrario de los que piensan, o dicen que escriben escueta y austeramente para el pueblo, Alejo Carpentier lo declara honradamente en sus "Confesiones simples de un escritor barroco", en carta de 1964.

Nota bibliográfica:

- Alegría, Fernando: "Novelistas hispanoamericanos contemporáneos", Heath, Boston, 1964.
 —: "Historia de la novela hispanoamericana", 2ed. D'Andrea, México, 1965.
 Barrenechea, Ana María: "Rayuela, una búsqueda a partir de cero". Sur. B. A., 1964.
 Castellanos, Carmelina: "Dos personajes de una novela argentina", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, 1969.

- Fuentes, Carlos: "La nueva novela latinoamericana", "Siempre!" México, 1964.
- Dellepiane, Angela: "Ernesto Sábato. El hombre y su obra". B. Aires, 1968.
- Ghiano, Juan Carlos: "La novela argentina contemporánea", B. A., 1968.
- González, Manuel: "Crisis de la novela en América", "Revista Nacional de Cultura", Caracas, 1963.
- Hamilton, Carlos D.: "Historia de la literatura hispanoamericana". 2ed. EPESA, Madrid, 1965.
- Loveluck, Juan: "La novela hispanoamericana". Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1963.
- Pagés Larraya, Antonino: "Perfil de las letras argentinas", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, 1964.
- Peterson, Fred: "E. Sábato, Essayist and Novelist", PHD Thesis Univ. of Washington, 1963.
- Rodríguez Monegal, Emir: "The New Latin American novelists", Tri-Quarterly Northwestern University, Ill., 1969.

No es tiempo aún, por falta de perspectiva histórica, para dar juicios críticos definitivos y definitorios sobre los novelistas actuales, ni puedo en estos apuntes referirme a todos ellos. Pero el hecho de su importancia para este momento de la historia literaria de Hispanoamérica, nos acucia, al menos, a ensayar su valoración. Y emplearemos el orden alfabético de países, tomando dos o tres representantes destacados.

ARGENTINA

ADVERTIMOS a los estudiosos que aunque nos referimos sólo a dos novelistas actuales de Argentina hay otros de valer y sobre todo, que *Eduardo Mallea* sigue presente, desde 1931, como una figura magistral de la narración argentina.

Ernesto Sábato. 1911

ERNESTO Sábato nació en Rojas, pueblo de la provincia de Buenos Aires, en 1911. Obtuvo el doctorado en Física de la Universidad de La Plata en 1937 y trabajó más tarde en París, en el Laboratorio Joliot-Curie, donde continuó sus estudios de la especialidad y en MIT, Massachussetts, Estados Unidos, en 1938 y 1939. Ya en 1938 publicó un ensayo sobre "Breton y el surrealismo" en SUR, y colaboraba en La Nación de Buenos Aires. En las décadas siguientes va a componer sus máximas novelas, *El Túnel* y *Sobre héroes y tumbas* (1948-1965); además de una multitud de ensayos: "20 de Junio de 1820", (1965); "El escritor y sus fantasmas", (1963); "El caso Sábato: Torturas y libertades de prensa, Carta abierta al General Aramburu"; "El otro rostro del Peronismo";

"Heterodoxia"; "Hombres y engranajes"; "Tango, discusión y clave"; "Uno y el Universo"; "Realidad y Realismo en la literatura de nuestro tiempo" (Cuadernos Hispanoamericanos, octubre de 1964, Madrid), etc.

Pedro Henríquez Ureña escribió que "si Borges es el autor máximo de la generación del 20, Ernesto Sábato es el escritor mimado de la generación de 1945".

Nunca ha abandonado las ciencias físicas y matemáticas por el laurel del escritor y continúa siendo un experto en física nuclear. Enrique Anderson-Imbert dice: "Ernesto Sábato *pasó* (yo subrayo) de la ciencia a la literatura, y dentro de la literatura, del ensayo a la novela, pero siempre permanece más intelectual que artista. En *El Túnel* (1948), el protagonista Castel anuncia que ha cometido un crimen pasional y luego lo cuenta. Su confesión interesa, no por el crimen (ni naturalmente pertenece esta novela al género policial), sino porque cada palabra es símbolo de su proceso de locura y su locura símbolo de una metafísica desesperada. Perdido en un túnel en sus raciocinios, narra un 'YO' incapaz de comunicarse al exterior".

Esta larga cita demuestra lo contrario de lo que afirma al principio el crítico argentino. Sábato no "ha pasado" de las matemáticas al arte, ni del ensayo a la novela. Ha cultivado, y cultiva, las ciencias y las artes al mismo tiempo, ha publicado novela y ensayo en los mismos años y eso es característica importante de su técnica y estilo.

Recordamos que San Agustín incluyó su tratado *De Música* dentro de un tratado sobre *Los Números*. Las matemáticas y la precisión del físico dan a la técnica y al estilo de Sábato, el novelista, una lucidez extraordinaria dentro de la pesadilla que tratan de expresar sus agonistas. El protagonista —y el autor— están en un túnel. Pero el lector también se sumerge en ese túnel y la comunicación entre autor y lector es perfecta, así como la asimilación de los tormentos del agonista por el escritor.

Por lo demás —y esto es corriente desde el Modernismo— el novelista es ensayista también dentro de la misma novela, como cuando Sábato critica a Borges, su inconfesado maestro y precursor en su "*Informe de ciegos*".

La revista "Índice" de Madrid, declara: "*El Informe de ciegos*" es uno de los fragmentos más alucinantes que se hayan escrito desde los "*Cantos de Maldoror*" (del simbolista Conde de Lautréamont).

A través del túnel o la cloaca, hay una escrupulosa persecución de la minuciosidad hacia la claridad, en que cada palabra, hasta el nexo gramatical, tiene su valor y su exacta medida y peso. Las

metáforas, las comparaciones económicas y expresivas, simples y obsesionantes, son también golpes que buscan la claridad y la comunicabilidad de la expresión. Sábato favorece el empleo de la repetición, como con gran efecto la habían empleado ya Uslar Pietri, Asturias y Güiraldes. Hay ironía y sarcasmo, maneja los contrastes simbólicos: madre cloaca; y el misterio lo envuelve todo en su velo.

Vicente Huidobro, en su "Arte poética" da una lección de estilística admirable cuando dice: "Adjetivo que no da vida, mata". La adjetivación de Sábato es una de las maestrías de su estilo. Sorpresivo o lógico, el adjetivo es siempre el propio, uno diría el único apropiado para la claridad y la eficacia de la expresión dentro de una sintaxis complicada, de párrafos largos y enredada a veces con paréntesis de matemático escrupuloso de la perfecta expresión. Algunas veces los párrafos van iniciados por conjunción como hicieron los modernistas, para dar al lector la impresión de que ha llegado cuando el soliloquio o el diálogo ya había comenzado. El tiempo verbal es el presente siempre. Pero como en los novelistas más jóvenes de hoy, existen presentes yuxtapuestos, varios y distintos. La realidad está siempre mirada a través del Yo. Pero a veces también hay varios yos distintos y se entrelazan sus visiones particulares. El tiempo psicológico o interior, ya inaugurado por Azorín y Miró, es el predominante.

La ilogicidad —que van a extremar los dramaturgos o novelistas del absurdo— es claramente lógica, ya que la vida misma no es simplemente racional, sino misteriosa, a veces absurda, impenetrable. Y el subconsciente, que desde Freud se invita a aclarar las pesadillas de lo consciente, es responsable de tantas figuras imprecisas, como en el sueño incoherente o una obsesión loca. Cuando se mira el mundo a través del Yo, se afina en la novedosa manera que inició el Modernismo para tratar el paisaje, en simbólica comunión con el hombre.

Tanto en "*Héroe y tumbas*" como en su primera novela, Sábato tiene una expresión dolorida de la soledad y falta de comunicación común al hombre actual. El cuerpo humano tiene un sentido sagrado y el sexo posee una dimensión metafísica como medio de comunión.

El intelectual que hay en el Sábato artista le hace insistir en que la literatura es cognoscitiva: el conocimiento es esencial, no basta la emoción, la realidad física llega a alcanzarse por el arte gracias a la razón. Federico García Lorca expresó en una conferencia sobre Poesía: "Todas las cosas tienen su misterio y el poeta es el que capta el misterio de las cosas". Sábato es un poeta altísimo. Su filosofía tiene raíces en Berdiaeff, en Eric Kahler o Lewis Mumford. Pero hay también meditaciones propias y originales. En "*Variaciones sobre el mismo tema*", Sábato cita sin orden especial a Vigny,

Hölderlin, Stravinsky, Balzac, Caldwell, Delacroix, Sartre, Proust, Pavese, Maupassant, Gide, Peguy, Brooks, Miller, Laurence, Baudelaire y Borges todos estos artistas han influido, en diversa medida a Sábato.

Hay críticos que afirman que Sábato, como Cortázar y el propio Borges, no son escritores propiamente "argentinos", sino europeizantes. Borges comenzó sus publicaciones con *Fervor de Buenos Aires*, y además, no a pesar, de toda su enorme erudición en varias lenguas y literaturas y de su educación en gran parte europea, sigue siendo un escritor entrañablemente argentino como lo son Cortázar y Sábato.

Sábato dice: "El argentino es un hombre melancólico, nostálgico, pesimista —desde Hernández a Borges, Arlt, Güiraldes, Payró... El argentojo— masa, de barrio... cruza de gringos pobres con criollos arrabaleros y rencorosos gauchos, vuelto del exilio pampeano y proclive al amor prostibulario y a la canción sentimental, híbrido de napolitano y reservado hijo del país..." En "*Sobre héroe y tumbas*", ya el túnel no está desesperadamente cerrado y hay una "metafísica de esperanza".

Eduardo Mallea y la chilena María Luisa Bombal habían ya tratado esa realidad —sueño, pero muy verdadera; y habían buscado en el yo y no en la mera circunstancia, como los realistas del siglo XIX, la realidad de fondo. Juan Pablo Castel o la familia Olmos que se "aparecen" en visiones a veces en contrapunto con episodios históricos o ficticios, tienen esa realidad que el Augusto Pérez de Unamuno afirmaba como realidad inmortal. Sin ser "tipos" nos llevan a las esencias del hombre atormentado de la gran ciudad contemporánea. Para un estudio más detallado remito al lector al informativo y metódico estudio de Angela Dellepiane: "Ernesto Sábato. El hombre y la obra". (Las Américas Publishing Co., N. Y., 1968).

Julio Cortázar. 1914

"El novelista más serio y más importante aparecido en el país en la última década".
(Bernardo Verbitsky. Buenos Aires)

"Es raro que una primera novela sea una obra maestra, tal es el caso, sin embargo, de "Los Premios".
(Jacques de Ricanmont, "Combat", París).

DE padres argentinos, Julio Cortázar nace en Bruselas y hoy vive expatriado, con su esposa, en París. Pero su obra sigue argentinf-

simas. En 1941 publicó un libro, olvidado, de sonetos, "muy Mallarmé" y en 1949, "Los reyes-diálogos del Minotauro", pero su obra grande se inicia en 1960.

De ancestros vascos, franceses y alemanes, con sus largas piernas y sus ojos azules de niño pecoso, cultiva hoy una barba de izquierda. Leyó literatura francesa, inglesa, algo de la italiana y la alemana, todo de la española y norteamericana, muy poco de la hispanoamericana.

En 1951 salió de Buenos Aires como quien deja "la cárcel" y se fue con su mujer a vivir a París. La pareja de traductores profesionales —después de haber sido Julio maestro en la Escuela Normal de Buenos Aires— trabajan para UNESCO en la sede francesa, con viajes por la India y los Estados Unidos. Y un viaje a Chile en septiembre de 1970 para la toma de posesión del mando del presidente Allende.

Cortázar ha traducido las "*Obras completas*" de Poe. Su biblioteca es sesenta por ciento francesa, treinta por ciento de lengua inglesa y un diez por ciento española. Enseñó también en la Argentina en la Universidad de Cuyo, donde renunció en 1945, antes de ser expulsado por Perón.

Desde 1947 escribe algunas historias, que recogerá en "*Bestiario*" obra que ya tiene pensada y que considera de valor. (1951). "Sabía que nadie había escrito cuentos como éstos en español, por lo menos en mi país". Lo atacan, Jorge Luis Borges lo defiende. Es un buen discípulo de Borges y es refrescante la manera caballeresca como Cortázar se refiere siempre al maestro, cosa no muy frecuente entre muchísimos discípulos inconfesados del gran estilista argentino.

En su "posición metafísica frente a la muerte", con ciertas influencias del Vedanta y del Budismo Zen, Cortázar reemplaza el túnel de Sábato por *el laberinto*, en *Los venenos (Final del Juego)*, la popa, en *Los Premios* y el juego infantil en *Rayuela*. "No salta fuera de la línea". Oliveira, el agonista de *Rayuela*, como Cortázar, tiene el problema de "reencontrar su centro". Ha escrito como autopsicobiografía. Es un escritor que escribe con larga tensión, de un tiron libros enteros, en su primera época, la de *Bestiario*, 1951; *Las armas secretas*, 1959 y *Los Premios*, su primera novela, 1960.

Luego, escribe en *El Perseguidor*: "En todo lo que he escrito hasta el momento, me satisface con inventar puras fantasías. En *Bestiario*, en *Final del Juego*, me satisfacía *estéticamente* el puro hecho de imaginar una situación fantástica que se resolvía por sí misma. *Bestiario* es el libro de un hombre cuyo interés no pasa más allá de la literatura... Pero cuando escribí *El Perseguidor*, tuve que llegar a un punto donde tenía que enfrentarme con algo

más próximo a mí mismo. . . Un problema existencial, un problema humano —sin estar seguro de mí mismo—. Luego lo amplifiqué en *Rayuela* (1963). Me dejó de interesar la fantasía por sí misma. . . Me cansó ver que mis cuentos salían perfectos. . . En *El Perseguidor* quise dejar de inventar y plantar mis pies en el suelo."

Sin embargo, a pesar de su obra maestra, *Rayuela*, que ha sido llamada contra-novela, con la misma manía con que algunos poetas escriben anti-poemas, el erudito y el esteticista que hay en el neobarroco Cortázar no le han permitido plantar sus pies en tierra. Sigue escribiendo "poesía". Pero ésta es la "poesía impura" que proclamaba Neruda.

Comenzó Cortázar a crear personas reales y a dejarse llevar en el curso de la narración por lo que a esas personas se les antoja hacer. "Yo todavía no sé más que López o Medrano o Raúl qué pasaba en la popa" del *Magenta Star*, declara el autor de *Los Premios*. En *Rayuela*, Oliveira, "un triunfal personaje sin carácter sigue una ruta desviada hacia el fondo de su propia autodestrucción. "El agonista elige un curso de narración en vez de un curso de acción; le sale más fácil pensar que ser".

Cortázar escribe con una falta de solemnidad refrescante, muy poco argentina. No se toma en serio. La broma es un elemento dramático. La tabla entre los dos departamentos, en el aire, por encima de la calle, es drama; pero un drama tratado con humor casi británico, como chiste o farsa, por un maestro del humor y de la parodia. El humor de Cortázar no es amargo, tiene un gesto burlón casi infantil y sano, que recuerda la dolorosa broma de César Vallejo. Al fin y al cabo, *rayuela* es un juego de niños, que los niños juegan muy seriamente, cumpliendo los estrictos rituales, como una ceremonia solemne. Romano Guardini había descrito hace muchos años la Liturgia como un juego. La poesía es un juego. Poesía individual y no sociología colectiva es la manera elegida para llegar al fondo del hombre y sus tragedias.

La influencia del surrealismo francés es predominante. A los dieciocho años leyó *Opium* de Cocteau y dice Cortázar: "Fue un relámpago que me dio un mundo nuevo". De Cocteau a Picasso, a la música del Grupo de los Seis. "El surrealismo me ha fascinado siempre". Breton, Eluard, Crevel; antecesores, Lautreamont, Apollinaire. Del simbolismo a la literatura inglesa de hoy. "Gran parte de la literatura inglesa se basa en el *humour*". El humor es a veces una defensa en las circunstancias de la vida que son más "surrealísticas" que el símbolo y la fantasía.

Cortázar escapó física y simbólicamente del Peronismo y el falso pacifismo. Y encontró en Francia, *Le Rire*, de Bergson. Al romper

trágicamente Oliveira y Maga, se ríen y revuelcan de risa en el suelo. "Mejor efecto que explotar el pathos". La muerte de Rocamour es a la vez narrada en forma trágica y ridícula, como la muerte del hijo de don Francisco en *Torquemada en la hoguera*, del maestro Galdós. Hay —características de la literatura de post-vanguardia— una síntesis de vulgaridad y poesía.

"Todo *Rayuela* está hecho a través del lenguaje. El autor no sabe si Oliveira se tiró por la ventana o se volvió completamente loco. Un salto en lo absoluto". Como los que se quedaron esperando a Godot.

Después de *Los Premios*, *Rayuela*, *Todos los fuegos el fuego*, *Las armas secretas*, *Final de Juego*, parecía a los admiradores de Cortázar que iba a la decadencia con su obra *La vuelta al día en ochenta mundos*, como escribía en *Índice* Marcos Ricardo Barnatan, la última novela 62 *Modelos para armar*, en 1969, alivió a los lectores. Una novela en que se violan y contravienen muchas fórmulas tradicionales, pero en que cada lector puede elegir su propia novela, ya que el autor la entrega a los lectores con permiso para las mismas transgresiones, agresiones, regresiones y progresiones frecuentes y conocidas desde *Rayuela*. Personalmente me quedo con *Rayuela* como la obra maestra de Julio Cortázar y una de las más valiosas muestras de la novelística hispanoamericana contemporánea.

COLOMBIA

Gabriel García Márquez. 1928

NACIDO en Aracaba, un pueblo muy parecido a Macondo, estudió Humanidades, con buena formación clásica en un colegio de Jesuitas, se trasladó a Bogotá en 1940 y luego, como corresponsal del diario "El Espectador", trabaja en París y en Roma. En 1948 obtuvo un premio por su primera colección de *Cuentos*.

OBRAS: *La Hojarasca*, 1955; *El Coronel no tiene quien le escriba*, 1961; *Los Funerales de Mamá Grande*, 1962; *La Mala Hora*, 1962; y luego, la cumbre y suma de su narrativa admirable, tal vez la mejor novela hispanoamericana de los últimos años: *Cien años de soledad*, 1967.

El pueblo de Macondo, es creado por el autor con sus propios recuerdos de Aracaba, cerca de Santa Marta, zona bananera y reminiscencias de época llamada "banana era" que coincide con la guerra civil de 1903 y la de 1915-1918.

García Márquez reside en México, Pátzcuaro, y en España, pero se casó en Colombia, en 1958, y trabajó de periodista en Bogotá y

en Caracas. En Bogotá dirigió "Prensa Latina", que defendía a Fidel Castro. Pero lo más importante de su biografía es, como lo dice él mismo: "¡Tuve una niñez fabulosa!". Lector de Hemingway, aprendió la economía del lenguaje decidor, lleno de humor y de pathos. "Cuando leí a Faulkner —dice— decidí ser escritor". Y, como Faulkner, creó un pueblo imaginario más real que los pueblos reales de su tierra.

García Márquez dice que el libro que él habría querido haber escrito es "*La Peste*" de Camus. Y hay algo de tersura gálica del estilo del argelino en la prosa límpida del novelista colombiano.

En el primitivo y poderoso Macondo, hay poco amor, más lealtad y sensualidad. Sus mujeres son firmes, matriarcales, sólidas, inquebrantables, leales. El paisaje asoma diluido en los recuerdos. Lo importante es el ser humano, caracteres inolvidables como Mamá Grande, quien no se parece en nada a doña Bárbara, sino que es una matriarca, "cristiana vieja". La política aparece implícita en las actitudes del alcalde, de los revolucionarios, de los militares. Entre los personajes sobresalen José Arcadio, el fundador de Macondo, y la abuela.

En cien años. . . los muertos regresan al pueblo (un poco como en Juan Rulfo). Sin embargo, dice García Márquez, "es el menos misterioso de todos mis libros, porque el autor lleva al lector de la mano para que no se pierda en la *oscuridad*. Con este libro ("*Cien años de soledad*"), termina mi ciclo de Macondo, y me dedico a algo completamente distinto". Cerrado el ciclo no puede ir más allá de la obra maestra, y nos quedamos esperando con curiosidad el nuevo ciclo o la nueva obra que aún no aparece. El próximo libro deberá ser "El otoño del patriarca" retrato de la decadencia de un tirano. Agrega el autor: "No sé por qué no se me había ocurrido antes: tendrá que ser el largo monólogo del dictador al enfrentarse a un tribunal del pueblo. Trabajo en las notas".

Un trozo de antología, separado de "*La Hojarasca*", "*Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo*", ha sido publicado por amigos del autor. Es un cuadro perfecto. (Véase: "La buena hora de García Márquez" del escritor argentino Francisco Urondo, "Cuadernos Hispanoamericanos", Madrid, No. 232, abril, 1969).

"Esto de no sentirme bien en mi país —explica García Márquez— me da una gran pena". Reside ahora en Barcelona, como Vargas Llosa, porque "los españoles son gente estupenda". Cuando supo, en Suiza, el éxito de *Cien años de soledad* y el premio italiano de un millón de liras, le pareció una broma, "que había fastidiado a alguien". Después de la próxima novela, el autor volverá a escribir poemas, como en la juventud.

Al estudiar su éxito, García Márquez descubre que el problema de la literatura hispanoamericana no era el de la retórica, sino el de la mala retórica. Y la tendencia actual, dice, estriba principalmente, en "desembarazarse de ese lenguaje de racionalidad discursiva", que todavía se encuentra en *Rayuela* y en *Los cachorros* novela corta de Vargas Llosa. Porque no hay nada más difícil que la facilidad. Y García Márquez ha logrado el estilo acaso más puro de la narrativa contemporánea. Como la de un Camus colombiano.

Según García Márquez, "Asturias ha sido uno de los sustentadores de la mala retórica. . . es la apoteosis de la mala poesía. . ." Sostiene el novelista colombiano que "*El Señor Presidente*" es un falso mito y una novela insalvable. El está escribiendo ahora sobre el mismo tema para dar una lección magistral —y él puede hacerlo— del estilo desnudado de una mayor y más intensa verdad.

Amigo de Cortázar, García Márquez, se la puede pasar horas oyendo discos y haciendo reminiscencias de su país, desde Barcelona, París o Pátzcuaro. El automatismo de la prensa, y la "literatura" en el sentido peyorativo que le daban los modernistas —como en Letanía al Señor don Quijote, de Darío— hace que en Hispanoamérica el nuevo autor de valía "busque el originario hontanar de la lengua", que había perdido, en el manoseo, su significación. A García Márquez se le pueden buscar antecedentes en Faulkner, Hemingway, Camus, Fafka, Joyce, Berwet. Pero es más interesante gustar simplemente de su jugosa originalidad creadora y de la cristalina verdad de su estilo. El ha encontrado la fuente inmaculada del idioma. Otros, por huir de la literatura, han llegado simplemente a escribir mal.

Manuel Mejía Vallejo. 1923

NACIÓ en Jericó, del estado de Antioquia, e hizo estudios en la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín. Periodista, en Venezuela y Centro América, colabora en "El Tiempo" y "El Espectador", de Bogotá. Ejerce también de profesor de literatura en la Universidad de Antioquia y dirige su Editorial Universitaria. Cuando en 1963 fue el primer extranjero en obtener el Premio Nadal de novela, en Barcelona, con *El Día señalado*, ya había publicado: *La tierra éramos nosotros*, 1943; *Tiempo de sequía* (Premio único de cuento interamericano, México, 1954); *La muerte de Pedro Canales* (Premio Concurso latinoamericano de El Salvador, 1956); *Riña para cuatro gallos* (Primer premio de cuento folklórico, Colombia, 1957) y en 1958, otra novela estupenda, *Al pie de la ciudad*, tierna, tremenda, verdadera, sencilla, concisa y profunda.

Mejía Vallejo es uno de los primeros novelistas "de la Violencia" que comenzó en Colombia con una guerra civil, en 1948 y ha continuado como guerra social de guerrillas o simple campaña de bandoleros hasta el presente, aun cuando su virulencia haya disminuido en los últimos seis años. El otro extranjero agraciado con el NADAL, en España, es otro colombiano, Eduardo Caballero Calderón, quien con *El Cristo de espaldas*, *Manuel Pacho* y otras obras inició el ciclo de la actual novela colombiana de la Violencia.

Desde este ángulo han escrito sobre este fenómeno social los sociólogos canónico Germán Guzmán, el presidente de la Universidad Nacional Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña, en dos volúmenes titulados *La Violencia en Colombia*. Conozco la segunda edición, de 1962. Jorge Zalamea Borda, el poeta ya fallecido, con su *El gran Burundín ha muerto*; Antonio Osorio Lizarazo, con *El pantano*; Clemente Airó, con *La Ciudad y el viento*, y Manuel Zapata Olivella, *En Chimaná nace un santo* son otros tantos títulos de "La novela de la Violencia en Colombia", estudiada en "Cuadernos Hispanoamericanos", de Madrid, 1967, por Zuluaga.

El día señalado y *Al pie de la ciudad*, como *La Hojarasca* de García Márquez, son novelas poéticas de la violencia. Hay autenticidad y humanidad. Los personajes son inolvidables, como el sepulturero y el cura de *El día señalado*. El estilo, como en Caballero Calderón, es de una pureza clásica. Pero Mejía Vallejo mejor que ninguno otro ha podido concentrar en cortos trazos palpitantes toda la brutalidad y la humana amargura de la lucha fratricida en su patria.

Alejo Carpentier, Cuba. 1904

EL crítico peruano Luis A. Sánchez publicó hace unos años un ensayo titulado "América, novela sin novelistas", Alejo Carpentier escribió más tarde: "Hace veinte años, yo habría estado de acuerdo". Hoy, y ya hace más de veinte años desde la tesis de Sánchez, el novelista hispanoamericano —y los hay muchos y conocidos— es un artista competente, que sabe manejar la naturaleza sin ahogarse en ella y tratar los problemas psicológicos sin pedantería y los males sociales sin alardes pseudosociológicos ni cartelerías politiqueras. Alejo Carpentier, nacido en La Habana, de ascendencia francesa, es uno de los "adelantados" de la generación seria de novelistas actuales. Uno de los primeros intentos de hacer novela latinoamericana sacándola de las coloristas limitaciones nacionales y regionalistas es la novelística de Alejo Carpentier. Un novelista hispanoamericano... ¿típico? Nacido en Cuba de padre francés y madre rusa, fue

estudiante de medicina en Suiza. Luego se dedicó a la carrera de su padre, arquitectura y estudió arte y música. Desde joven le entusiasmaron la arquitectura y Anatole France: es decir, el arte de las proporciones y el estilo lúcido. Nació en 1904 y en 1924, a los veinte años, era escritor confirmado y director de la revista "Carteles". A los 23 ya estuvo siete meses en la cárcel como preso político, bajo la tremenda dictadura de Machado. En 1928 escapó a Francia, al destierro, con los papeles oficiales de un amigo francés, el poeta Robert Desnos. Pensaba quedarse unos dos años. Pero se quedó once, de 1928 a 1939.

Amigo de surrealistas franceses, escribió Carpentier en su revista *Révolution surréaliste*, en la que André Breton declaraba: "Sólo lo maravilloso es hermoso". Pero el cubano Carpentier descubrió que lo maravilloso no tenía que inventarlo, como los franceses: lo maravilloso era el Continente Americano. Por eso, el "realismo mágico" se inicia con él y con Asturias. Todo es maravilloso en América, las altas montañas, los ríos infinitos, las cataratas, las pampas inacabables, las selvas misteriosas, la naturaleza virgen, el hombre olvidado. Entre dos mundos, por la sangre y el ambiente, Carpentier se sentía desplazado (*Los pasos perdidos*)... Quería expresar el mundo americano inédito.

"Me pareció una tarea vana mi esfuerzo surrealista. No iba a añadir nada a este movimiento. Tuve una reacción contraria. Sentí ardientemente el deseo de expresar el mundo americano. Aún no sabía cómo... Me dediqué durante largos años a leer todo lo que podía sobre América, desde las Cartas de Cristóbal Colón pasando por el Inca Garcilaso hasta los autores del siglo XVIII... América se me presentaba como una enorme nebulosa que yo trataba de entender... Me aparté del surrealismo... Pero el surrealismo significó mucho para mí. Me enseñó a ver texturas, aspectos de la vida americana, que no había advertido, envueltos como estábamos en la ola de nativismo... Comprendí que detrás de ese nativismo había algo más: contexto telúrico y contexto épico-político. El que halle la relación entre ambos, escribiré la novela americana".

La primera novela de Carpentier, *Ecue-Yamba-O*, ("Alabado sea el Señor!") mira a la cultura afrocubana como por dentro, como Rivera o Güiraldes miraron la vida y la muerte en la selva y la pampa, pero con un conocimiento más profundo. Los indios llamaban al blanco "los racionales"; "el blanco tiene razón", decía entre irónico y convencido el negro cubano. Desde el libro de los quichés, el *Popol Vuh*, nadie se había acercado tanto a las fuentes nativas. La mirada del escritor de hoy en América Latina es ecuménica: abraza los mundos de América, Europa y África.

Alejo Carpentier sostiene, y con razón, que el novelista hispanoamericano actual está por lo menos a la par con el de cualquiera otra región del mundo. Prefiere el escritor cubano hablar francés, en sus entrevistas, que español-cubano con acento francés. Sus libros se estudian en el Instituto de estudios hispánicos, de París, como en nuestras universidades norteamericanas.

De joven, dirigió en París la editorial "Foniria", en la que publicó a Whitman y a Louis Aragon y presentó al público europeo al joven poeta chileno Pablo Neruda, hoy Premio Nobel de Literatura 1971. Con Rafael Alberti y Federico García Lorca, Carpentier estudió música y escribió una ópera con Edgar Varese, "padre de la música electrónica". (v. Harss, p. 46). La música, como la arquitectura, está presente en todas las obras del novelista cubano. Después de un breve regreso a la patria, en 1936 está otra vez en Europa y asiste en 1937 al Congreso de escritores celebrado durante la guerra civil española, con Nicolás Guillén, Neruda y Vallejo.

OBRAS: *Ecue-Yamba-O*, 1933; *Los pasos perdidos*, 1953; a mi juicio todavía la más excelente de sus obras; *El acoso*, 1958; *La guerra del tiempo*, 1958; *El siglo de las luces*, 1962; *El reino es de este mundo*, 1967. Para el teatro, ha escrito *Aprendiz de brujo* y en 1946 publicó un ensayo sobre *La música en Cuba*. "El año 59: trilogía de la revolución cubana", impresión "de colectividad" no resultó una verdadera novela.

Hoy día Alejo Carpentier es Jefe de Prensa Nacional del gobierno cubano de Fidel Castro. Ha repartido 20 millones de volanderas partidistas en 1964 y 27 millones en 1965. Luis Harss comenta: "No es primera vez que la literatura pierde un buen representante por la histeria". No creo que estén sus pasos ya perdidos. Ha de ser un paréntesis, como en la creación de Neruda o de André Malraux.

En 1943 el actor francés Louis Jouvet invitó a Carpentier a visitar Haití, desde Cuba, Carpentier estudió su historia y mitología, según aparece en el prólogo a *El reino es de este mundo*. El tema del destierro y el regreso a la patria es un leit-motiv de Carpentier. América es la madre y protagonistas y autor emprenden una y otra vez *El viaje a la semilla*.

En *Los pasos perdidos*, el narrador-protagonista mezcla en su "diario" lo temporal y lo intemporal, y medita sobre la vida y el tiempo, la historia, lo universal y lo particular. El consabido retorno del peregrino es sintomático del autor, extranjero en todas partes y también dentro de sí mismo. El símbolo angular es claro y fácil: viaje por un río de la selva, remontándolo, retrocediendo en el tiempo, pero este tiempo es el tiempo primitivo real y no el ficticio de los surrealistas. Y retrocede hasta llegar a la fuente de donde

el río mana. Narra con "ojo inocente" casi adánico, como si viera por primera vez las cosas. El asunto es viejo, el estilo es inédito. Escribe el libro en Venezuela, desterrado. En el Pos-Scriptum se lee: "Escenario: Nueva York-Venezuela, símbolo de todo el Continente por descubrir". . .

Intelectual afrancesado, "regresa" a su lugar al hogar natal de su lengua. La música preside las cláusulas. Nueva York es la ciudad "moderna", Ruth, la esposa y Moncha, la amante francesa ("Darío: mi amante, de París. . ."). El protagonista sueña despierto y piensa en alta voz. Hay revolución en Caracas y duerme en la selva la edad de piedra. Es como un relato del Génesis fecundo del Trópico. *Dramatis personae*: algunas son personas reales, otras, tipos: El griego, el adelantado, el misionero, Rosario, la madre-tierra, doña Bárbara. Seis semanas dura el relato.

Es interesante el cuadro de la primera cristiandad en las tierras del Nuevo Mundo y el "nacimiento de la música en ellas", por otra parte la historia de los indios, "cautivos, cautivos de los otros, que se tienen por raza superior, única dueña legítima de la selva". El amanecer, la lluvia, son paisajes musicales y plásticos, como la mentira y la brutalidad son aguafuertes de denuncia social. Hay una sólida investigación científica del fondo histórico como subsuelo de la expresión artística del novelista. El protagonista regresa a la mujer de la tierra, Rosario; la puerta del laberinto abre a la "tierra de elección". Y entonces el hombre se siente "dueño de mis pasos", que andaban perdidos por la ciudad "civilizada". Pero el hombre es también un extraño en su tierra de elección y además de haber viajado por la geografía ha viajado también por las edades.

En *El acoso*, segunda parte de *Guerra del tiempo*, el estilo de este novelista que pretende haber abandonado el superrealismo es de un barroco que raya en glotonería de lujo verbal. Aquí el contexto vale más que las personas; falta profundidad de observación y uno se deleita en la música del lenguaje.

"El personaje de Fuentes habla con el espíritu de la tradición, que mira el hombre como encarnación de un espíritu colectivo. El estilo neo-barroco de Carpentier crea una selva (como Rivera o Gallegos), no personas. Demasiado follaje en el lenguaje. La lengua de Fuentes o Asturias es espontánea. En Carpentier es literaria (más que en Cortázar)." (Luis Harss, 1.c.) Su lengua pinta arabescos porque no puede representar figuras, como los musulmanes. Carpentier no conversa con el lector. Le da las espaldas y a veces le tapa la vista. Pero siempre puede escucharse la música, a veces pura música.

"El siglo de las luces" cuya acción comienza con la caída del avión del narrador en la Isla Guadalupe, entrega una repercusión

en América de la Revolución francesa. El estilo es elocuente. En *El acoso*, la revolución devora a sus hijos en una mezcla familiar, de idealismos, corrupción y violencia. Carpentier es un "moralista de la revolución, no un agitador". Cuando pretende ser apologista de la revolución cubana (el año 59) su estilo decae. La América de Carpentier más que geografía es un estado de ánimo. Lezama Lima no alcanza la maestría de Carpentier.

Manuel Rojas, Chile. 1896

NACIDO en la República Argentina, de padres chilenos, se "ave-cinda" definitivamente en su patria, Chile, en 1924. Ha escrito poesía, cuento, novela y ensayo. Premio Nacional de Literatura de 1957.

OBRAS: *Lanchas en la bahía*, 1923; *Hombres del Sur*, 1927; *El Delincuente*, ocho cuentos, 1929; *El árbol siempre verde* (Premio Marcial Martínez, 1930); *El bonete maulino*, 1943; *Antología de cuentos*; *Hijo de Ladrón*, 1951; *Punta de rieles*; *Travesía*; *Tonada del ausente*; *Deshecha rosa*; *Mejor que el vino*, 1963; *Sombras contra el muro*; *La ciudad de los Césares*; *Historia breve de la literatura chilena*; *Pasó por México un día*; *Mariano Latorre*, introducción a sus mejores cuentos; *Costumbristas chilenos*, introducción a Antología de Mary Canizzo; *Chile, cinco navegantes y un astrónomo*; *Obras Completas*, Zig Zag, Santiago de Chile. TRADUCCIÓN de *Hijo de Ladrón* (*Born Guilty*, mala traducción del título, McMillan, New York); 1955; La misma obra traducida al alemán, en Austria "Wartit, och Komme mit", 1955. El crítico del *London Daily Mail* compara a Rojas con Orwell, Gorki y el Dassin de la película "Rififi".

Aniceto Hevia, personaje de *Hijo de Ladrón* y de *Mejor que el vino*, sus dos obras más perfectas, es el hombre común, que Papini no podía encontrar. La historia la narran a veces varios narradores, a veces por medio del diálogo, otras veces en soliloquio frente al lector, otras en monólogos íntimos en alta voz. Hablando con el lector, el protagonista comienza diciendo: "Imagínate..." El narrador-protagonista no siempre sabe bien el cuento, no sabe qué está pasando, un poco como en los túneles de Sábato. Es vago, indeciso, fatalista, como el hombre de nuestro pueblo y da la impresión que cuenta algo "a ver cómo sale". El fatalismo —moro o indígena— se expresa chilénisimamente por "la mala pata". La amistad y el amor salvan de la angustia. La mujer única encarna el amor.

Aniceto pasa de Argentina a Chile; le vemos en Mendoza, Corral, Valparaíso, Los Andes, Magallanes. El estilo es sencillo y sabio. De pronto cita a Sor Juana Inés de la Cruz cuando, en su *Primer Sueño*, exclama: "¿Cómo entra el hombre en el día, cómo entra el día en el hombre...?" Este gigantón moreno y cano tiene una visión directa, y poética a la vez, de realidades sórdidas de uno y otro lado de la Cordillera, en las vidas miserables. Con una autenticidad dickensiana en estilo de vanguardia, deja asomar a veces como vergonzante una ternura humana, especialmente en cuentos como *El vaso de leche*, de antología, y hasta en los rasgos más recios de sus personajes. Es un clásico de nuestra narrativa.

José Donoso. 1925

EL crítico de *The New York Times* al reseñar *Este Domingo*, de José Donoso, dijo: "José Donoso es uno de los novelistas más importantes que escriben actualmente en América". Y el crítico estadounidense no dijo "América Latina", sino América, abarcando a todo el continente.

José Donoso nació, de familia acomodada, en Santiago de Chile, en 1925. Familia de abogados y médicos. Estudió el bachillerato en un colegio inglés "The Grange School", donde también estudió Carlos Fuentes, hijo de diplomático mexicano en Santiago. Por el mismo tiempo otro novelista chileno laureado, Manuel Vergara, autor de "*Daniel y los leones dorados*", era alumno del vecino Saint Georges College, de la avenida Pedro de Valdivia.

Al terminar su educación secundaria, Donoso trabaja de ovejero en Magallanes, de apuntador del puerto de Buenos Aires. Regresa para estudiar en Santiago en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile para profesor de inglés y obtiene una beca Dougherty que le permite estudiar dos años en Princeton University, New Jersey. Entonces publica, en inglés, sus primeros *Cuentos*. Viaja a Chile por tierra, pasando por México y Centroamérica. En la Universidad Católica de Santiago obtiene una cátedra de Inglés y enseña también en Kent School, en Santiago. Después de un corto viaje a Europa, regresa a los Estados Unidos, donde es nombrado "Writer in Residence" de Ohio State University, 1949. Años más tarde enseña en el Departamento de Bellas Artes de Columbia University en Nueva York. Regresa a Chile y luego fija su residencia en España, en Barcelona o la Isla de Mallorca.

OBRAS: *Veraneo*, cuentos, 1955; *Dos cuentos*, 1957; El mismo año escribe su gran novela *Coronación*, que obtiene el Premio Faulkner en EE.UU. 1960; *El Charleston*, cuentos que incluye el

ya nombrado y *Paseo* (uno de sus mejores cuentos), 1966; *Esse Domingo*, novela, 1966; *Este lugar sin límites*, México, 1966 y, finalmente, *El obscuro pájaro de la noche*, novela, Seix Barral, Barcelona, 1970.

En la narrativa de José Donoso, al revés de la mayoría de sus contemporáneos, el narrador escribe en tercera persona —menos en la última novela—. Pero es un narrador omnisciente y omnipresente: conoce los pensamientos y sentimientos íntimos de cada uno de los personajes. Y sus novelas son creaciones más que de su fantasía, de su fantástica memoria, obsesionada por liberarse de los fantasmas de la infancia. Sería mórbido —y llega a serlo en la última novela— si no luciera un humor casi británico, hasta en lo trágico.

El mundo, dice el profesor Goic, "es transparente para la omnisciencia del narrador..." "Esta transparencia del narrador es un fenómeno de gran relieve que viene a modificar los términos de la tradición en que se inserta la novelística nacional... El modo narrativo adquiere así la riqueza y variedad de colores de la paleta de un pintor y en este aspecto la novela de Donoso representa rasgos excepcionales por la extensión y la vida de la gama que maneja". (Cedomil Goic, *La novela chilena. Los mitos degradados*. Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1968).

Cada personaje mira la acción desde diversos ángulos y ninguna de sus reacciones se oculta al narrador. Este cambia de tiempo y de lugar libérrimamente; es no sólo omnisciente sino omnipresente y ubicuo, con una aparente incoherencia. Pero el narrador no se introduce en el relato, no lo opaca, sino, transparentemente mueve el enfoque de un punto a otro, con la incoherencia de múltiples pesadillas que él conoce y revela, pero con la pericia de un experto "cameraman" que sabe enfocar el momento, la escena y el lugar precisos.

A ratos, el diálogo ilumina las diversas perspectivas y permite a los personajes traslucir su carácter más íntimo. Predomina en la historia un sentimiento del absurdo, inutilidad y vanidad de un mundo en decadencia, que indirectamente resulta en una denuncia social de la aristocracia y burguesía, ciegas al futuro, que muchas otras obras de protesta explícita no dejan tan claramente de mani-fiesto.

La realidad, recordada y soñada, con una mezcla de añoranza poética y de disgusto racional, no está pintada a la manera del sociólogo ni retratada fielmente como el novelista "realista" del siglo XIX. Es una imagen surrealista de la realidad "a través del velo del alma" del artista como diría Poe.

En "*Coronación*", la obra que le consagró entre los grandes

novelistas actuales del hemisferio, hay tres historias principales, como en Ernesto Sábato: La historia de Misía Elisita Grez de Avalos, anciana coronada de locura o santidad: la historia de Andrés, el nieto solterón frustrado que se enamora de la criada; y la historia de la criada Estela y de su novio Mario, hermano del ladrón René. En la mejor tradición de la tragicomedia de Calixto y Melibea, se siguen las vidas y los amores, y las costumbres y el lenguaje, precisamente observado y copiado fielmente de los diversos estratos de la sociedad chilena de principios del siglo. Como si se hubiera reencarnado Belst Gana en un poeta superrealista. La trabazón de la obra es perfecta, y no separada en partes que no se integran como en *El Túnel*. Y hay una profunda interiorización e individualización del mundo novelístico. Lo más importante, como en Eduardo Barrios y en Eduardo Mallea, pasa en el interior del hombre. No son las cosas sino las almas, decía Barrios, lo importante para el novelista, igual que para El Greco.

Hay tres tipos de existencia, que recuerdan los tres tipos de "yo" que declaraba Unamuno: una existencia inauténtica, "social" que es falsa; la existencia de la locura como solución del conflicto entre la realidad aparental y el sueño, y la existencia rústica, idílica, natural, que pertenece exclusivamente al pueblo.

Hay un mundo "pobre" natural e inocente y un mundo "rico" indecente. La mordedura de Estela destruye la vida de Andrés, "el señorito", quien se refugia en la locura.

Los personajes secundarios, el doctor Carlos Gros, Lourdes, Rosario, Dora, tienen, como en Galdós, acaso más realidad viva que los personajes principales y constituyen el coro trágico de la decadencia de la "casa rica". El alcohol, el robo y la locura son escapes de esa vida. Porque la muerte, llega... ¿cuándo? En un cuento de Donoso, *Paseo*, tenemos este sugerente párrafo final: "Jamás supe si tía Matilde, arrastrada por la pura blanca, se perdió en la ciudad, o en la muerte, o en una región más misteriosa que ambas".

En *Este domingo*, la figura más magistralmente pintada es la del abuelo, "Muñeca" y la fortaleza matriarcal de la abuela a la que se agarran "pegados a ella" como a un árbol las parásitas, los demás caracteres del cuento. El lenguaje es perfectamente señorea-do por el artista con una adjetivación efectiva y precisa que recuerda la de Neruda: "...dormitorios terriblemente inhabitados..."; "en el jardín los ruidos son menos intrusos que en la casa".

El método de pesadilla esquizofrénica que aplica Donoso al tratamiento de realidades minuciosas y de recuerdos lúcidos, lo aplica con mayor audacia en *El obsceno pájaro de la noche* a un delirio fantástico.

Hay quienes señalan influencia de Cortázar en esta última obra. Siempre he insistido en la necesidad de distinguir entre las influencias directas —y hay que demostrarlas— y las coincidencias paralelas de época y de lecturas, o situaciones comunes y modas de escuela. Por lo demás, antes que Cortázar, Borges, Sábato y los chilenos Pedro Prado, Eduardo Barrios y sobre todo María Luisa Bombal, habían empleado con éxito técnicas semejantes. La distorsión de la continuidad en el tiempo, es, tal vez, como en todos los novelistas actuales de cualquiera lengua, la novedad técnica más saliente.

Desde Poe, Valle Inclán en sus "esperpentos" y Gabriel Miró no había producido la prosa de lengua castellana una atmósfera de más obsesionante pesadilla que en la última obra de José Donoso. Uno de los jóvenes "clásicos" de esta generación ya ilustre.

Carlos Fuentes. México. 1929

AGUSTÍN Yáñez, con su obra maestra y magistral, "*Al filo del agua*", marca el comienzo de la novísima novela mexicana, cuyos mejores representantes son: Carlos Fuentes y Juan Rulfo.

Carlos Fuentes, nacido en 1929, estudió en Santiago de Chile, donde su padre era embajador de México. Ha vivido en su adolescencia en varias capitales. Lector de Dos Passos, Faulkner, Huxley, Joyce, emplea, para revolucionar la "Novela de la Revolución" todos los recursos de la técnica novísima: contrapunto, monólogo, soliloquio, diálogo, asociación libre de ideas, mitología cineástica contemporánea, *flashbacks*, (visiones retrospectivas), yuxtaposición de relatos secundarios.

OBRAS: "*Los días enmascarados*", cuentos, 1954; "*La región más transparente*", 1958; "*Las buenas conciencias*", 1959; "*La muerte de Artemio Cruz*", 1962; "*Aura*", novelita de misterio, 1962; "*Cantar de ciegos*", cuentos, 1964; "*Cambio de piel*", 1969.

La región más transparente es, ciertamente, una "novela de la Revolución Mexicana". Todo lo que se ha escrito, en novela y teatro en México, desde Azuela, tiene por marco o por fondo, o por atmósfera, la Revolución de Madero de 1910, o sus consecuencias, inmediatas o remotas, sus desencantos y sus traiciones. La Revolución, con mayúscula, ha impreso carácter en el arte y la vida de México, desde la pintura a la narrativa, desde la política hasta la arquitectura.

Pero la de Fuentes es una "nueva" novela de la Revolución. Algo así como las del Uslar Pietri en Venezuela, con "nuevas" novelas históricas. Lo revolucionario, o lo histórico, según los casos,

no está en la acción misma. A veces lo recuerdan los personajes, otras veces ellos mismos son producto de las circunstancias históricas y respiran en el ambiente su angustia. Es una novela más que narrativa, psicológica, en la que, como decía el chileno Eduardo Barrios, importan más las almas que las acciones.

Fernando Alegría esperaba, después de esta primera novela, que Fuentes "empezara su regreso a la realidad, a una neo-realidad de formas más sencillas, pero de fondo especulativo cada vez más trascendental". (F. A. *Novelistas contemporáneos*, 1966). "*Cambio de piel*" es una obra más sencilla. Pero es menos profunda, menos trascendental, exagera lo grosero y lo obsceno innecesaria y antiartísticamente. "*Las buenas conciencias*" es un latigazo a la hipocresía, como "*Cambio de piel*", pero fue escrita con menos concesiones al feísmo que parece estar de moda exigente para el éxito de la novela, el teatro, el cine y el anti-arte en general.

"*La muerte de Artemio Cruz*" es su novela más perfecta. Hay visión panorámica de varios tiempos de la revolución histórica, a través de los prismas de varios personajes y los variados matices de cada uno de ellos. "Quise representar —dice el autor— una vida escultóricamente en redondo. Para esto, hago hablar el 'yo' del viejo agonizante en presente, el 'tú' habla en futuro y el 'él' en pasado. Es como un diálogo de espejos en que se ve reflejada la multiplicidad de la vida de Artemio Cruz". Muchos han seguido, hasta ahora, este procedimiento, pero nadie ha empleado en él la maestría y el dominio seguro de Carlos Fuentes.

La "inutilidad" tema tan frecuente en la novela y el teatro contemporáneos, —la frustración del hombre actual, desde Becket, es en el caso de esta novela mexicana, la inutilidad del sacrificio humano— ante los antiguos dioses como ante el dios colectivo del paraíso marxista. Esta mezcla presenta el mismo tema en forma más estilizada, más actual y más tremendamente cínica.

Octavio Paz habla de la Revolución como de la "inmersión de México en sí mismo". La originalidad de la Revolución Mexicana es doble: primero, por ser la primera, y acaso la única verdadera revolución social de la historia, siete años antes de la bolchevique y con raíces meramente mexicanas; segundo, porque ha marcado para siempre y a fondo el carácter y el arte del mexicano.

Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán son autores maderistas; Yáñez es el mitólogo de la Revolución, que se convierte de rural en urbana; José Revueltas es marxista. Y Carlos Fuentes es artista por encima de todo.

Carlos Fuentes, de niño, vivió en Santiago, Río de Janeiro, Buenos Aires, Montevideo, Quito, Ginebra, Washington. Su ascendencia es alemana y canaria, con un bisabuelo alemán socialista refu-

giado en México, rebelde contra Bismarck, en 1875. El abuelo materno, comerciante, y el padre banquero y diplomático. Domina el inglés, el alemán y el francés. Al terminar la carrera de Derecho, funda en 1955 la "*Revista Mexicana de Literatura*", en la que sentó una declaración importante: "Una cultura sólo puede ser nacionalmente útil sólo cuando es generosamente universal". Y este lema guía en la creación a los actuales novelistas hispanoamericanos. Fuentes colaboró con Abby Mann en la película "Los hijos de Sánchez" y ha trabajado con Luis Buñuel en la filmación de "El Acoso" de Carpentier.

A diferencia de la mayoría de sus colegas, que viven en Europa, Fuentes trabaja en América, en México, "porque es barato, el clima es bueno y es fácil aislarse en México". Escribe tal como conversa y él mismo dice que es una máquina de hablar. Escribe novelas porque "hay que llegar al paraíso a través del infierno". (Las citas son de Luis Harss, *op. cit.*) De niño, a los trece años, publicó, en Chile, cuentos, en el *Boletín del Instituto Nacional* y *The Grange Magazine*, revistas estudiantiles. En 1954, en México, el excelente cuentista Juan José Arreola fundó la casa editora "*Los Presentes*" y Carlos Fuentes se pone a escribir como loco. "Nuestros héroes (Cuauhtémoc) son héroes porque fueron sacrificados". El sacrificio humano de los aztecas retorna como centro de la vida mexicana, en las novelas de Fuentes. "*La región más transparente*" —título que recuerda "*La grandeza mexicana*" de Bernardo de Balbuena—, es la historia pasional de una ciudad, de un país, de un tipo de hombre: el mexicano. Zamacona refleja a los intelectuales, Robles a los postrevolucionarios triunfantes y poderosos en el éxito; Ixca Cienfuegos, al indio misterioso. Luis Harss dice que el personaje no convence. Creo, por el contrario, que es el espíritu omnipresente en toda la obra, misteriosa omnipresencia burlona y exigente, del indio que se burla ladinamente al lado de los demás personajes. Personaje misterioso y trágico, realísimo e inolvidable.

Carlos Fuentes reconoce la máxima influencia de Faulkner y de D. H. Lawrence. Podría agregarse las de Joyce y Dos Passos. "Hasta el más remoto pasado es presente". Y en el presente de la historia late el pasado histórico en sus narraciones.

"*Las buenas conciencias*" es obra mejor construida aún y "*La muerte de Artemio Cruz*", presenta como ninguna otra el prototipo del caudillo mexicano trágico: héroe y antihéroe a la vez. En "*Cambio de piel*" hay cuatro personajes y un narrador anónimo nihilista, que habla con una de las dos mujeres. Su novela es una nueva herejía, que a lo mejor puede ayudar a salvar este mundo inconcluso.

Juan Rulfo. 1918

OBRA: *El llano en Llamas*, 1953, *Pedro Páramo*, 1955, Próxima: novela: *La cordillera* (Ver: Hugo Rodríguez Alcalá: *El arte de Juan Rulfo*, Hispania).

Es el más grande de los cuentistas mexicanos, desde su "Cantar de ciegos". Discípulo de Yáñez, antecede a Fuentes e iguala, si no supera, a Arreola. "Sus cuentos —dice Fernando Alegría— son como pedradas en el pecho del sacrificado". Sus novelas cortas para la extensión en boga hoy día, son cuentos largos. Su lenguaje es mágico y sencillo a la vez, como el de los indios y eso les da un patetismo sin igual, más auténtico y como asombrado, como en el peruano José María Arguedas.

Montañés aislado en Jalisco, declara: "Me gusta la forma, la estructura limpia y redonda del cuento".

Recuerda la época del presidente Calles que provocó la "revuelta de los cristeros", 1926-1929. El ambiente es de la atmósfera enrarecida de pobreza, miseria, ruina, tragedia, violencia. ("Diles que no se maten") . . . Venganza, muerte, trasvida, vida estéril.

En el pueblo de Comala, andan los vivos y los muertos por igual. Y no hay mucha diferencia entre ellos. Hay algo aquí, extremado, retorcido hasta la última gota de tanto estrujarlo del ambiente real-irreal de la chilena María Luisa Bombal, en *La amortajada*, *La última niebla* o del argentino Eduardo Mallea de *Todo verdor perecerá*. Realidad igual pesadilla. El caudillo local abandona su pueblo. Abandono, dolor sin esperanza, del pueblo mismo.

La dureza obsesionante de la ilusión es tan grande, que el propio tirano se dobla ante la ilusión.

Juan Rulfo conoce bien la literatura rusa, de Andreyev a Korolenko; la escandinava de Selma Lagerlöf, Knut Hamsun y el novelista suizo Ramuz y admira al francés Jean Giono. Pero su erudición no le recarga el estilo. "No quiere hablar como se escribe, sino escribir como se habla". El estilo "conversacional" que pedía Unamuno como cura de la parlanchina retórica del siglo XIX la han llevado algunos jóvenes maestros latinoamericanos, como Rulfo, a una perfección que ni Unamuno ni Gabriela Mistral habrían soñado.

Como Arguedas en el Perú, Juan Rulfo representa lo más puro del relato de su tierra mexicana y su destino. Y *Pedro Páramo* es, a mi juicio, una de las más depuradas y eficaces obras maestras de nuestra lengua.

Mario Vargas Llosa. Perú. 1936

EL gran escritor, dramaturgo y ensayista peruano Sebastián Salazar Bondy, decía de la novela *La ciudad y los perros*: "Es un cuadro viviente, en fin, de nosotros mismos. El lenguaje de Vargas Llosa, sin embargo, no se deja engañar por la falacia del verismo. De rica fuerza metafórica, describe recurriendo al arsenal de la imaginación, narra superponiendo y encabalgando los planos, evoca y prevé sin trabas puristas, pero también sin descuidar la eficacia literaria. Fluye el idioma torrenciosamente, mas por un cauce que previamente, en el esquema, el escritor ha determinado inteligentemente".

Y el gran crítico francés Roger Caillois, dictamina: "De toutes façons (*La ciudad y los perros*), est une des oeuvres matresses de la littérature de langue espagnole de ces vingts denieres annees. En outre, une innovation dans la technique romanesque, qui va singulierement plus loins que les procedés, souvent mechaniques du 'roman nouveau'".

Uno puede preguntarse por qué, entre lectores y estudiosos jóvenes y no tan jóvenes, de la literatura, se impone Vargas Llosa como uno de los preferidos, uno de los que más a gusto saborean los intelectuales de lengua española y los del extranjero. Las citas anteriores dan en parte la respuesta. Acaso las principales razones sean dos: La primera, que Vargas Llosa es un extraordinario narrador que atrae y mantiene el interés del lector hasta cuando lo que está narrando sea, muchas veces, repugnante y sórdido. La segunda, que es uno de los escritores actuales más inteligentemente conscientes de la nobleza del instrumento —el lenguaje— y uno de los trabajadores más respetuosos de la dignidad, la propiedad y la elegancia de la lengua.

Por lo demás, buen orador y conferenciante, se planta bien ante los públicos de dos continentes y habla tan cuidadosamente como escribe. Cuidadoso no tanto de la sustancia de lo que dice como del estilo de su elocuencia. Puede decir cosas sabidas o arriesgar teorías inaceptables; pero el tono convencido y la fluidez de la dicción le hacen ser escuchado con simpatía.

Mario Vargas Llosa nació en Arequipa, sur del Perú, en 1936 y es el más joven de los novelistas hispanoamericanos de moda hoy día. Estudió en Cochabamba, Bolivia, y en Piura y Lima, en su patria. Licenciado en Letras por la Universidad limeña de San Marcos y Doctor en Derecho por la de Madrid, periodista de diario, revista y radio, vive en Barcelona, después de haber dirigido en París la "Radio Panamericana" y de haber enseñado en las uni-

versidades de Londres y Puerto Rico y en la Universidad Libre de Barcelona.

OBRAS: "*La huida*", teatro, Piura, 1952; "*Los Jefes*", Barcelona, 1958, Premio Leopoldo Alas; "*La ciudad y los perros*", Premio Biblioteca Breve, 1962, Premio Crítica, Madrid, 1963; "*La casa verde*", 1965; "*Conversación en La Catedral*", Seix Barral, Barcelona, dos tomos, 1970. Ha sido traducido al holandés (Amsterdam, 1964); al alemán, al finlandés, al italiano, al francés (Gallimard, París); al sueco, al inglés (Londres y Nueva York); al polaco, al hebreo, al noruego y al ruso. Y a los treinta y cinco años de edad algún crítico entusiasta ha preguntado ya si no llegaría al Premio Nobel antes de la edad en que lo han obtenido Asturias, Mistral y Neruda.

En "*Conversación en La Catedral*" (No olvidarse de T. S. Elliot, esta "Catedral" es una taberna, lo cual hace el título en vez de sugestivo, falaz); en esta novela, Vargas Llosa intenta la novela "política". Y la novela política ya ha sido demasiado tratada en Hispanoamérica especialmente. La política resulta menos interesante y más repetida, que los seres humanos de *La casa verde* y las reminiscencias locales de la adolescencia en *La ciudad y los perros*. Y aunque el narrador es el mismo, su lenguaje parece empobrecerse para ponerse a tono con la pobre inimaginativa política de las dictaduras latinoamericanas. Sí: sus personajes son reales, pero la imaginación, que levanta el estilo de las otras novelas tiene aquí menos pábulo y, por primera vez, en el relato siempre cuidadosamente elocuente de Vargas Llosa, hay momentos de chatura, que molestan al admirador. Esto sugiere una posible evolución del novelista peruano y siempre la esperanza de una nueva obra mejor, después de su meticuloso trabajo concentrado de unos ocho años más.

José María Arguedas. Perú. 1911-1971

LA literatura "*indigenista*" es decir la literatura comprometida a reivindicar al indio americano, arranca de la novela de una mujer peruana, doña Clorinda Matto de Thruener, quien en su obra naturalista *Aves sin nido* tiene el mérito, a pesar de los defectos de la novela, de haber sido la primera en enfrentarse valientemente al tema.

Manuel González Prada (1848-1918), anarquista, ensayista y poeta y Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, tratan el tema desde un ángulo socio-político, anarquista y marxista, respectivamente. El gran poeta César Vallejo, en *Tungsteno*, novela poco justipreciada, trata de la explo-

tación del indio en la mina, con tono de crónica documental de gran efecto artístico. El líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, desde 1927, *Por la emancipación de América Latina*, trató de encauzar el grupo de justicia en acción política organizada. Y el novelista Ciro Alegría, con su trilogía *La serpiente de oro*, 1935; *Los perros hambrientos*, 1938 y la obra laureada *El mundo es ancho y ajeno*, 1941 (traducción de McMillan: *Broad and Allien is the World*), pintó un fresco impresionante y real de la situación del indio andino.

Pero nadie ha llegado al grado de autenticidad y de pureza artística, a la vez, de la breve obra de José María Arguedas, que se suicidó en 1971.

Arguedas vivió su infancia entre los indios de la sierra; en 1929, para estudiar en la Universidad de San Marcos, en Lima, tuvo que aprender por primera vez la lengua española. Y al encontrarse en la capital con lo que él llama la falsificación de lo indígena, en arte y folklore para consumo de turistas, convirtió su indignación en creación literaria exquisita. "Una gran indignación y una aguda necesidad de revelar la verdadera realidad humana del indio, totalmente diferente de la presentada por la literatura imperante", le mueve a escribir como nadie lo había hecho en español.

Etnólogo, folklorista, coleccionador de poemas y cuentos quechúas obtuvo, en 1958, una beca de UNESCO para estudiar antropología en España. Y todo el instrumento de sus conocimientos científicos lo vertió en el molde de su narración, que no necesita del "realismo", ni del "verismo", ni del "feísmo", ni del "realismo mágico", ni del "realismo real". Su arte se funda en una verdad bien conocida y sentida; y se transparenta con sinceridad y eficacia en un estilo claro, espontáneamente poético, como el propio lenguaje del indio, cuya sintaxis a veces sigue. A menudo, en realidad, escribe el español como el indio lo habla, no sólo en el diálogo sino en su mismo relato; y las palabras quechúas no van en bastardillas como alardes de erudición etnológica, sino que le brotan asimiladas por su propio corazón indígena, a través de la pureza de sus intenciones y de una limpia mirada.

OBRAS: *Agua*, cuentos, 1935; *Canto quechua*, 1938; *Yawar Fiesta*, novela, 1941; *Canciones y cantos del pueblo quechua*, 1948; *Cuentos mágico-realistas y canciones de fiestas tradicionales en el Valle del Mantaro*; *Diamantes y pedernales*, 1954; *Los ríos profundos*, su mejor novela, 1958; *Todas las sangres*, 1964.

El crítico chileno Ricardo Latcham escribió: "Ha correspondido a José María Arguedas el mérito singular de alcanzar una simbiosis admirable entre las vivencias nativas y una modalidad expresiva que alcanza a todo el mundo". Y Mario Vargas Llosa ha dicho de

su compatriota Arguedas: "Su vinculación honda y personal, con la realidad que evocan sus libros, de nada serviría literariamente hablando, si Arguedas no fuera un gran creador, uno de los más puros y originales que han nacido en América". Y tal es el más justo epitafio del poeta de los indios americanos.

Podrían estudiarse otros novelistas actuales de Hispanoamérica: Carlos Droguett de Chile, Juan Carlos Onetti, del Uruguay, a Cabrera Infante y Lezama Lima de Cuba, aunque francamente no sé por qué han llamado novela los "tristes tigres" de Cabrera; a René Marqués y Díaz Alfaro, de Puerto Rico. Pero creo que los novelistas cuya obra y cuyo valor dentro de nuestras letras he esbozado, son lo más representativo de la novelística hispanoamericana de los últimos veinte años; novelística variada, rica, sólida y meritoria; desde el fondo verdadero hasta el estilo creador y artístico. Sus autores serán los jóvenes clásicos del futuro en la historia literaria de nuestra lengua.

ROBERTO ARLT, ESCRITOR MADURO Y ADOLESCENTE

Por *Robert M. SCARI*

A PARECIÓ, hace algunos años, en un matutino de Buenos Aires, un artículo que nos dio a conocer los últimos detalles del fallo dictado en la sucesión de Roberto Arlt (1900-1942), en favor de la hija de su primer matrimonio, Electra Mirta, según el cual ésta percibiría el sesenta y seis por ciento del haber hereditario de su padre, integrado casi exclusivamente por los derechos de autor. La escueta noticia tuvo la virtud de reincorporarnos un poco a la vida de este ser extraño, nunca apreciado en su justo valor ni como hombre ni como escritor, de cejas hirsutas, ceño fruncido, y en la mirada, la expresión de vivaz interrogante atravesada por una chispa de pensamiento irónico o regocijado.

En la ciudad de Buenos Aires hubo, hacia el año 1925 una controversia entre dos calles: Florida, la de los comercios de lujo y las exposiciones de arte, y Boedo, la de la clase media trabajadora. Un eximio representante de la calle elegante fue Eduardo Mallea. Con respecto a Boedo, la agresiva y popular, la palpitante de problemas sociales y políticos del momento, hubo varios cultores de tendencia izquierdista, cuya consigna fue, aparentemente, "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje", que "el sapiente búho es mejor consejero." Roberto Arlt, escritor de Boedo, expresa una renovación formal puramente instintiva, unida a su propio mundo complicado, contradictorio, tortuoso. No es sólo la crisis de la personalidad argentina, de Buenos Aires, sino su enfrentamiento con el hombre buscado en su totalidad, de cara ante su destino, su soledad y su muerte.

Ese rasgo de pesimismo y destructiva desilusión, propio de la Europa de posguerra, aflora en su pesadumbre secreta, sobre todo en *El juguete rabioso* y *Los siete locos*, obra que culmina en *Los monstruos*, título primitivo sustituido más adelante por el de *Los lanzallamas*, que Carlos Alberto Leumann le había sugerido al autor. El protagonista de la primera de las obras referidas, Silvio Astier, revive la adolescencia de su creador. Hijo de inmigrantes, criado en la pobreza y en el rigor, enfrenta a la vida con un caudal

de rebeldía como coraza. Se escuda en ella por desengaño y sentimentalismo. Sueña con ser bandido e inventa su propio cañón, culebrina o bombardera, para destacarse destruyendo y matando. Hace un culto de la amistad: funda el Club de los Caballeros de la Media Noche y con ellos roba casas desalquiladas y la biblioteca de una escuela en tiempo de vacaciones. Se somete a trabajos que le son odiosos para facilitar los estudios de la hermana menor, delicada y frágil, aunque se rebela y prende fuego al depósito de libros de su patrón. El incendio es frustrado por la suerte, quedando Astier totalmente desilusionado. Más adelante entra en amistad con el Rengo, quien le comunica sus planes para asaltar la casa de un ingeniero, en complicidad con la sirvienta; luego, con evidente deleite, los delata.

Vemos en todo esto al adolescente ansioso de destacarse y deslumbrar en una sociedad que solamente le brinda cuadros de miseria, desde la humildad agobiante de su propia familia hasta la bajeza moral en la que se sumerge al delatar al Rengo, uno de los hombres más nobles que había conocido, según él mismo confiesa. En otra manifestación de su carácter antitético, cuando lo arrojan del ejército por "ser inteligente y no bruto", por explicar sus inventos y no servir para fregar la grasa de los aviones, humillado e impotente, quiere quitarse la vida para atraer la atención de su madre, que sólo se dirigía a él para enrostrarle la falta de trabajo bien remunerado. En la delación, Silvio se siente como Judas Iscariote, del que se habla insistentemente, y explica su proceder aduciendo que no es perverso sino curioso de la enorme fuerza que lo impulsa a obrar, aunque desatinadamente, y que se llama vida, alegría de vivir.

Corre el año 1926 cuando aparece esta obra. La revolución rusa, el arresto de Trotsky en lo político, Tolstoi y Dostoievski en lo literario, son sus fuentes. Estamos en el Buenos Aires de la presidencia de Alvear, de los movimientos obreros, de la trata de blancas y de la política como juego de caudillos y de comité. En 1929 Arlt obtiene el tercer premio municipal por *Los siete locos*, cuyos personajes retoma en *Los lanzallamas*, aparecida en 1931.

Ofrece un mundo abigarrado, inserto en estratos sociales de clase media o arrabal, donde pululan individuos al margen de las estructuras tradicionales. Además, halla expresión en esta obra la angustiada confusión del autor proyectándose hacia perplejidades de carácter metafísico. Notamos, por ejemplo, que Augusto Remo Erdosain trabaja en una compañía extranjera, a la que defrauda, no por necesidad perentoria sino por el placer de acometer algo nuevo, lo cual es, para él, algo así como la alegría del inventor.

Son de especial interés las inolvidables escenas, verdaderas pe-

sadillas, que tienen lugar en Temperley, suburbio de Buenos Aires, donde Erdosain se dirige a un extraño personaje, especie de astrólogo, que vive en una casaquinta antigua y arbolada, en la que, junto a un mapa de Norteamérica que marca las zonas dominadas por el Ku Klux Klan, conoce a Haffner, apodado "El Rufián Melancólico".

El Astrólogo proyecta la creación de una rara sociedad nueva, sostenida por prostíbulos, sin ejército, con masas revolucionarias: "Hace falta oro para atrapar la conciencia de los hombres". Los futuros dictadores serán reyes del acero, del petróleo, del trigo. El Rufián sostiene que en la sociedad actual se procede peor que en un prostíbulo, porque los ricos, los capitalistas, explotan a todos: fundiciones de hierro, frigoríficos, fábricas de vidrio, manufacturas de fósforo y de tabaco. Continuas incoherencias asaltan su espíritu. Debe de haber una vida hermosa, fuerte y múltiple, constituida por seres de una creación perfecta, hacia la que siente impulsos de pertenecer, escapándose de la tierra. Inútilmente piensa en dos proyectos importantes, productos de su inventiva que tiende siempre a aplacar su alma de disconforme. Uno era perfeccionar las máquinas de vapor, y el otro, crear una peluquería para teñir perros. Asimismo recuerda cuando su esposa le confesó que, de no haberse casado, hubiera tenido un amante, y esa idea lo perturba y enloquece. Angustia, terror, soledad, incertidumbre, de continuo martillan su cerebro y su alma: oscuridad sensual de pobre hombre insatisfecho. Entretanto, el Astrólogo diserta sobre "los tiempos nuevos, que sólo conocerán los elegidos". Cuando la innovación esté en marcha y alguien pueda sustituirlo, se retirará a la montaña. Desprecia a las masas humanas, de las que se valdrá sin embarco para ejecutar su idea, porque "la vida del hombre vale menos que la de un perro". Predice que se está en quiebra no porque se carezca de dinero sino de dioses de carne y hueso, como Rockefeller. El trabajo de los superhombres y sus servidores se concretará a destruir al hombre y sólo un pequeño resto será aislado en algún islote sobre el que se asentarán las bases de la nueva sociedad. La minoría, escéptica, depositaria de la ciencia y el poder, administrará los placeres y los milagros para el rebaño. Volverá la edad de oro. El dios de la comedia será un adolescente educado para ese fin, que vivirá en las montañas del Chubut, en un templo inaccesible de oro y de mármol —cartón—, que luego fotografiarían como morada del Mesías judío. Esos valles serán una especie de Edén donde abundarán los bienes y las prostitutas, deliciosamente ataviadas, de modo que aunque todos querrán ir al sur, serán elegidos sólo los más incultos, a los que se hará trabajar veinte horas diarias en las minas. Se los tratará a latigazos, igual que en el gran Chaco,

en los yerbales y en las explotaciones de caucho, café, y estaño. Habrá bolcheviques, católicos, fascistas, ateos, militaristas. Utilizará a los "genios de hojalata" y a los "locoides" de café. No busca ningún fin personal. Como otros instintivos, forma parte de un gremio de expectantes incrédulos que se creen en el deber de excitar la conciencia de la sociedad, de hacer algo, aunque sean disparates. "Aquel que encuentre la mentira que necesita la multitud será el Rey del Mundo". Un supuesto mayor afirma, en una reunión, que el ejército es la fuerza específica del país y que debe actuar porque la política "es una riña entre comerciantes que quieren venderle el país al mejor postor". Aunque aquí no haya comunismo, la sociedad deberá tener aspecto comunista, lo que atraerá a los muchos disconformes, se multiplicarán las cédulas y los atentados, y cuando hayan estallado ya muchas bombas intervendrán los militares, en vista de la ineficacia del gobierno.

Un año más tarde, el 6 de setiembre de 1930, los revolucionarios harían, caído el gobierno de Hipólito Yrigoyen, declaraciones semejantes. Con bacilos de peste y gases asfixiantes se eliminaría a una gran parte de la población.

La temática está limitada a un preciso núcleo de ideas: la angustia, el silencio de Dios, la soledad, la pureza en la mujer, la búsqueda de la felicidad, y, en lo social, la crítica de los defectos de la moral burguesa. Todos los personajes llevan en sí un germen de muerte, que se agranda por momentos hasta colmarlos, física y espiritualmente. Son la negación de la vida, ansiosos de lo infinito, apóstoles del terror, que en su pureza macabra anulan lo mejor de sí mismos, creados a imagen y semejanza de Dios.

Se terminó de imprimir este libro el
día 2 de marzo de 1973 en los talleres
de la Editorial Libros de México, S. A.
Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F.
Su tiro consta de 1 530 ejemplares.

Nº 416

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros: Precios
por ejemplar

	Pesos	Dls.
RENDICION DE ESPIRITU (I y II), por Juan Larrea	10.00	1.00
LA APACIBLE LOGURA, por Enrique González Martínez ...	10.00	1.00
LA PRISION, por Gustavo Valcárcel	10.00	1.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvarez Acosta	15.00	1.50
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Roio	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes ..	15.00	1.50
SANGRE DE LEJANIA, por José Tiquet	10.00	1.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Cossio del Pomar	15.00	1.50
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo To- riello	30.00	3.00
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
POESIA RESISTE, por Lucila Velásquez	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
RAZON DE SER, por Juan Larrea	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Ale- gría	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00	1.50
PACTO CON LOS ASTROS, GALAXIA Y OTROS POE- MAS, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
LA EXPOSICION, DIVERTIMIENTO EN TRES ACTOS, por Rodolfo Usieli	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTA- DOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic H. Young	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLU- CION, por Fedro Guillén	5.00	0.50
EL DRAMA DE AMERICA LATINA. EL CASO DE ME- XICO, por Fernando Carmona	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Selva	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre-Charles	25.00	2.50
EL PANAMERICANISMO. DE LA DOCTRINA MONROE A LA DOCTRINA JOHNSON, por Alonso Aguilar Monteverde	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por José Tiquet	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Leal Araujo	25.00	2.50
LOS FUNDADORES DEL SOCIALISMO CIENTIFI- CO: MARX, ENGELS, LENIN, por Jesús Silva Herzog	20.00	2.00
PARA DELETREAR EL INFINITO, por Enrique González Rojo	40.00	4.00
PASTORAL, por Sara de Ibáñez	5.00	0.50
LA AGONIA DEL PERU, por Gustavo Valcárcel	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José Guada- lupe Zuno	8.00	0.80
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por Alfredo L. Palacios	3.00	0.30

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números) (1973)

MEXICO	150.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	13.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	15.50
PRECIOS DEL EJEMPLAR	
MEXICO	30.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	2.70
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	3.00

Ejemplares atrasados. precio convencional

NUESTRO TIEMPO

Jesús Silva Herzog

Hernando Aguirre Gamio

Países ricos y países pobres.

El proceso revolucionario peruano.

Nota, por CARLOS O. SUAREZ

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

Jesús Silva Herzog; Vicente

Aleixandre; José Alvarado;

Francisco Ayala; Manuel Du-

rán; Jaime García Terrés; Jo-

sé Agustín Goytisolo; José

Luis Martínez; José Emilio

Pacheco; José María de Quin-

to; Juan Rejano; Manuel Tu-

ñón de Lara; Ramón Xirau;

Agustín Yáñez; Raúl Cardiel

Reyes

Homenaje a MAX-AUB.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Carlos Díaz

Arturo Serrano Plaja

Pedro Daniel Martínez

Mauricio de la Selva

Personalismo y Marxismo.

¿La religión es el opio del pueblo?

¿El opio será la religión del pueblo?

Imagen de la desnutrición social.

Dos libros de Silva Herzog.

PRESENCIA DEL PASADO

José Durand

Ricardo Donoso

Juegos ecuestres en el Inca Garcilaso.

Confesión de un historiador.

Nota, por ALBERTO MARIO SALAS

DIMENSION IMAGINARIA

Raúl Amaral

Carlos D. Hamilton

Robert M. Scari

El modernismo literario en el Para-

guay.

La novela actual de Hispanoamérica.

Roberto Arlt, escritor maduro y ado-

lescente.